BIBLIOTECA PREDICABLE

POR

D. FELIX LAZARO GARCIA,

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA Y CATEDRÁTICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA (QUE HA SIDO) DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

Y

otros señores sacerdotes.

TOMO XXII.

MADRID:—1850

IMPRENTA DE JOSE REDONDO CALLEJA,

Calle de los Abades, núm. 5.

Esta obra es propiedad de su editor D. Antonio Urquizu, *quien perseguirá ante los tribunales al que la reimprima sin su consentimiento.*

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SERIE OCTAVA.—Sermones de Jubileo, consagraciones de Iglesia, Honras fúnebres y otros de circunstancias particulares.

TOMO UNICO.

Contiene un sermon de Jubileo, otro de toma de hábito de alguna religiosa, de profesion de la misma, de bendicion de banderas militares, de consagracion de Iglesia, de Bula de Santa Cruzada, de Misa nueva, entrada á regentar alguna parroquia y otros varios.

SERMON

en la toma de hábito de una religiosa.

Cada uno debe permanecer en la vocacion á que ha sido llamado, como nos lo manda el Apóstol.

Unusquisque in qua vocatione vocatus est in ea permaneat.
Permanezca cada uno en el estado á que ha sido llamado.
I. Corinth. c. 7, v. 20.

Con que al fin, señora N.: ¿no es cierto que vencidas mil dificultades, y allanados obstáculos al parecer insuperables, habeis logrado que se os admita en el lugar del dolor, del llanto y de la mortificacion? ¿No es verdad que venís buscando los horrores de la penitencia, el sepulcro del amor propio, la cruz y todas las penalidades de la vida monástica? ¿No lo es tambien que habeis resuelto vivir en una pobreza modelada por la de Jesucristo que nació en un pesebre y murió en un leño afrentoso sin te-

ner en donde reclinar su cabeza? ¿Y os vais á despojar de vuestra propia voluntad hasta el estremo de no poder beber ni aun el cáliz del Señor, sin dependencia de una prelada que podrá ser áspera ó benigna, política ó rústica, prudente ó indiscreta, genial ó adversa, no siendo vos, sino Jesus el que viva en vuestro corazon? ¿Y para esto estais decidida á vivir en castidad virginal y en clausura perpetua renunciando á los placeres de la carne, y á las diversiones de los mundanos? Todo esto es demasiado estraordinario, se resiste á los impulsos é inclinaciones de la naturaleza, llama la atencion de todos los circunstantes, y nos hallamos en el caso de ver qué espíritu es el que os mueve en vuestra estraña resolucion; porque podrá ser bueno ó malo, segun el orígen de donde proceda, y el fin á que se dirija. Esta averiguacion es necesaria para vuestro porvenir temporal y eterno, y para la seguridad de las santas religiosas que os quieren abrazar como á hermana si sois del espíritu de Dios, y os desechan sin las credenciales del cielo impresas en la vocacion del estado á que os llama la divina Providencia. ¿Sabeis, pues, si Dios os ha escogido para vivir en el retiro del claustro, pobre como Jesus, obediente como Jesus, pura, limpia y casta como Jesus, y muerta enteramente al mundo, á vuestra propia voluntad, y á los movimientos de la naturaleza propensa á lo malo, desde que la desordenó el pecado? Ahora vamos á verlo para evitar equivocaciones y errores de gravísimas consecuencias, si el Señor se digna iluminarnos con su gracia, y la Reina de las vírgenes se declara en favor nuestro. Sea esta Madre de piedad la estrella que nos dirija, el faro que nos guie, nues-

tro ángel tutelar, y la prenda segura de nuestro acierto. Con ella no tenemos que temer á las tinieblas del error, ni á la malicia del padre de la mentira, porque es toda luz, toda verdad, toda piedad y clemencia para los que tiernos, devotos y obsequiosos como nosotros, la dicen con el ángel:

Ave María.

Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat.

Dejais al mundo, señora: os apartais de la casa de vuestros padres, renunciais al trato de vuestros parientes, huis de la sociedad en que nacísteis y os habeis educado, y nada quereis tener que ver con las gentes del siglo. Pero ¿por qué? ¿Creis acaso que todos los que viven fuera de los claustros estan destinados á condenarse y arder perpetuamente en los infiernos? ¿Se os figura que no hay salvacion mas que para las monjas? y que con serlo asegurais la felicidad eterna? Esto sería un error torpísimo, y pudiendo ser sugerido por el ángel malo: ¿quién sabe si será un lazo tendido para perderos? En todos los estados, en todas las clases y condiciones de la sociedad pueden y deben santificarse todos cumpliendo con la voluntad del Padre celestial. Jesucristo ha muerto por todos los descendientes

de Adan: á todos llama, á todos busca, á todos proporciona los medios necesarios para llegar á la patria del descanso y de la felicidad eterna. Registrad sino el Almanaque que anda en las manos de todos, y en él vereis innumerables solteros, casados y viudos, ricos y pobres, militares, magistrados, doncellas y niños, labradores y artesanos venerados en nuestros altares como santos que Dios puso en el mundo para nuestra instruccion, para nuestro ejemplo, para nuestro modelo en la carrera y ocupaciones propias de su estado y condicion. Tened en cuenta que la gracia de Dios no se limita á cierta y determinada clase de personas, porque es muy rico el Omnipotente para todos los que le invocan, segun el oráculo sagrado, y no olvideis que la iglesia santa se forma de muchas y diferentes clases de personas, así como el cuerpo humano consta de diversos miembros, como lo dice el apóstol. La cosa consiste en que cada uno siga su vocacion; en que cada uno oiga con sumision y docilidad la voz interior con que Dios lo llama á su servicio; en que todos permanezcan fieles en el estado en que los coloque la divina Providencia, como lo espresan estas palabras de san Pablo. *Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat. Permanezca cada uno en la vocacion á que ha sido llamado.* Ahora bien, amable señora: ¿habeis reconocido vuestra vocacion en el santuario de la oracion; en las esperiencias que de vos misma debeis haber hecho; en las consultas de un buen director y en los secretos adonde os haya conducido el deseo de amar á Dios, de servirlo y de hacer su santísima voluntad? ¿Creeis con fundamento que Dios os ha elegido para que seais esposa de Jesus en el retiro del claustro? Si es así se-

guid las inspiraciones del cielo; buscad á Dios en el silencio de la soledad, pues que allí habita segun san Agustin; entrad en el camarin del Esposo celestial, y sed en él lo que fueron las Escoláticas, las Claras, las Teresas, las Gertrudis, las Ritas y tantas otras como honraron y ennoblecieron los claustros, admirando al mundo con sus virtudes y perfeccion evangélica.

¿Pero sabeis lo que vais á hacer con enterraros en ese sepulcro de esqueletos estenuados con los rigores de la mas austera penitencia? ¿Sabeis lo que es ser monja del convento de N? Pues cuidado, no sea que haya error en esto, porque tambien puede haberlo. Debeis entender que una monja de N. es una víctima consagrada enteramente al Señor, muerta al mundo y viva para Jesus; mortificada, caritativa y crucificada con los clavos de la *pobreza*, de la *obediencia* y de la *castidad*, que son los votos solemnes que constituyen el estado monástico, todo espiritual y divino. Una monja de N. es una enamorada esposa de Jesus por cuyo amor se confunde, se anonada y se humilla hasta el estremo de tenerse por indigna de pisar la tierra santa en que habita, sin descalzarse, como Moisés, de todos los afectos terrenos y carnales para acercarse al Dios que se manifiesta entre las espinas de una zarza, símbolo de las pasiones y miserias á que estamos sujetos los desterrados hijos de Eva. Es una hija de la gracia destinada á sufrir un martirio tan penoso y prolongado como el de los antiguos solitarios de la Tebaida y de la Nitria, que no cesaban de decir á su Dios: *Señor: hiere, corta y saja en esta vida, con tal que nos perdones en la eterna.* Una monja en fin de N. no pierde jamás de vista aquel *morir ó*

padecer de santa Teresa de Jesus, aquel *temed á Dios* de san Vicente Ferrer; aquel *á qué has venido, Bernardo*, del doctor melífluo, ni aquellas saludables máximas que inspiró Dios á san Francisco de Sales, para espiritualizar á las vírgenes que el espíritu del Señor lleva á los claustros. Todo esto abraza el concepto que debeis formar de lo que debe ser una monja del convento de N. Si os es repugnante, dejadlo: marchad á otra parte á salvaros; no entreis á profanar ese alcázar de perfecciones evangélicas en que es adorado el Dios de la santidad, y no tengais la osadía y temeridad de acercaros como Oza, al arca santa: porque os esponeis á quedar muerta al rigor de un Dios ofendido, como aquel israelita. Aquí todo debe estar purificado, todo bien probado, todo libre y espontáneo, todo dirigido por la gracia, todo del cielo y nada de la tierra; no sea que haya que deplorar lo que sucedió con Ananías y Safira, que queriéndola echar de piadosos y desinteresados quisieron engañar á los apóstoles y quedaron muertos á los pies de san Pedro. Cuidado con esto, señora N. Meditadlo, pedid luces al cielo, atended á vuestra vocacion, y resolveos á permanecer en ella.

Si despues de lo dicho os sentís resuelta á amar absolutamente á Jesucristo abrazándoos con su cruz: si os decidis á sacrificaros en las aras de la mas perfecta abnegacion y vuestro deseo no es otro que el de sufrir, padecer y vivir alimentada con el pan de la tribulacion y las lágrimas de la penitencia: si humildemente pedis la gracia que hace fáciles los imposibles de los hombres, y quereis entregaros sin reserva al Dios de la santidad confiada en su piedad y misericordia: en este caso, entrad á pelear con las

armas de la fe, contra el comun tentador. Asociaos con esos ángeles que os desean; seguid sus buenos ejemplos, santificaos; sed las complacencias del Dios que os convida con su amistad y con su gracia. Ahí se os instruirá: ahí vereis el plan establecido por el cielo para santificar á los que aspiran á la perfeccion evangélica. Un año de prueba se os concede para que podais deliberar con detencion sobre el partido que debeis tomar. Si quereis principiarlo, todo está dispuesto para recibiros: pero aun quisiera hablaros algo mas para vuestro consuelo y el de los que presencian el espectáculo que ofreceis á todos en este gran dia destinado á formar época en la historia de vuestra vida.

Yo tengo motivos para creer que es cosa de Dios lo que vemos en vuestra persona; que la mano del Señor está aquí, y que obrais dirigida por el cielo, inspirada por el Espíritu Santo. Habeis visto y observado el movimiento de ese mundo agitado por las furiosas pasiones de los hombres: se os ha convidado con la copa de los placeres, riquezas y comodidades del siglo; en vuestra adolescencia vislumbrásteis que el mundo, el demonio y la carne se coligaban para perderos, y os estremecisteis; dísteis un grito de horror, acudísteis al Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, y él os escuchó, él os dijo, como á Lot, que saliéseis de la Sodoma impura del mundo y fuérais á salvaros á la soledad; y vos, señora, habeis obedecido: todo lo habeis dejado: hoy sales como Israel en otro tiempo del Egipto, y entras en el desierto de los claustros en donde ningun obstáculo te impedirá obrar bien. Temerosa de ser sumergida en el torrente de las iniquidades que inundan la tierra, os habeis propuesto aban-

donarlo todo, y sin pensar mas que en salvar vuestra alma os habeis ocultado como Noé en la sagrada Arca de la religion, y ahí teneis la mansion que os destina la divina Providencia: en ese convento está el teatro de vuestros combates, de vuestros triunfos y victorias. En él puedes ofrecer tranquilamente tus sacrificios al Señor: él mismo te alimentará con su divina palabra, te ilustrará con sus luces celestiales, te inundará con las aguas de su gracia, te cubrirá con la nube de su proteccion, te dará valor y fuerzas para pasar sin tropiezo á la patria prometida, que es el reino de los cielos, y dia llegará en que digas llena de reconocimiento: Por Dios se ha hecho todo esto, que es tan admirable á nuestros ojos. *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris.*

Es necesario, señora, que conteis con que Dios va á probar vuestro amor y vuestra fidelidad; va á ver si sois del número de aquellas almas apocadas que en faltándoles la alegría y las dulzuras de la paz interior al momento se aburren, se desconsuelan, lo dejan todo, y nada hacen de provecho: de aquellas almas, dice san Francisco de Sales, que mas sirven á los consuelos de Dios, que al Dios de los consuelos: de aquellas almas que cayendo insensiblemente en una tibieza lastimosa se estacionan en el camino que conduce á la perfeccion, perdiendo todo lo que debieran adelantar si su fe fuera mas viva, su esperanza mas firme y su caridad mas ardiente. Dios os va á tratar como á sus escogidos, haciendo que la tentacion os atribule, que las aflicciones y penurias os purifiquen, que vuestro amor propio use de todos sus artificios para engañaros, que nada os falte para que podais decir con el santo Job, que

es una milicia la vida del hombre sobre la tierra. Hoy mismo vais á dar principio á una guerra á muerte contra los enemigos de vuestra alma, ¿y sabeis cómo debeis conduciros en ella? Escuchadme. A vos, señora, os toca permanecer fiel y constante en vuestra vocacion, como os lo encarga el apóstol; besar la mano del Dios que os visita en la prueba; resignaros en su santísima voluntad; empeñaros en los ejercicios de piedad que vais á emprender; manteneros tranquila y siempre igual, animada con el escudo de la fe y sostenida con el áncora de la esperanza. Debeis conduciros como muerta al mundo, y ser como un cadáver al que aunque le presenten los campos elíseos ó el huerto de Salomon, nada ve, porque no tiene vista: al que aunque le ofrezcan las viandas mas delicadas de la mesa de Asuero, no lo provocan, porque no tiene gusto: al que aunque David toque su arpa, ó los caldeos hagan resonar su música, no se altera ni conmueve, porque está sin sentimiento y sin oido. Llenad de injurias á un muerto; heridlo y maltratadlo; calumniadlo, oprimidlo, satirizadlo y procurad irritarlo; nada adelantareis, su insensibilidad lo pone á cubierto de todos los ataques, se burla de vuestros esfuerzos, y triunfa con su falta de vida. Esta es vuestra imágen. Las vanidades con sus falsos relumbrones, las diversiones profanas con sus dulzuras engañosas, los placeres sensuales y todos los alicientes de las pasiones, ninguna impresion hacen en las religiosas del claustro; porque desprendidas de todo lo carnal y terreno aunque viven en la carne, no se gobiernan por ella, sino por el espíritu, como lo quiere san Pablo. Las monjas no entienden de modas, no suspiran por bailes, no comen con regalo, no

aprecian esas fruslerías que tanto hechizan al corazon humano: son como unos cadáveres, y visten la mortaja con que han de caer en el sepulcro: estan crucificadas con el mundo, y el mundo con ellas: renuncian hasta del nombre que recibieron en el bautismo, y no quieren ser conocidas sino con el que les recuerda el gran dia de su toma de hábito, que cuentan como el primero en el servicio del Señor. ¿Os parecen todas estas cosas de poca significacion é importancia? Pues la tienen muy grande, y yo os la recomiendo para que vuestra vida sea digna de la vocacion á que habeis sido llamada, y permanezcais en ella como os lo encarga el apóstol: *Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat.*

Ni os acobarde la idea de que vais á sostener una guerra terrible en ese lugar del combate en que va á reunir todas sus fuerzas el enemigo de nuestra salvacion: porque el Dios que está en medio de sus esposas, deja caer con profusion las lluvias celestiales en esa ciudad de refugio: hace que ahí se sientan los efluvios del paraiso, los llamamientos interiores, las voces secretas en que el alma sin poder contenerse dentro de sí misma, se enciende, se derrite, se muere de amor divino y se hace invencible. Bajo una vida que es toda mortificacion, toda cruz, toda espinas, toda combate y toda guerra, reina la paz mas dulce, la tranquilidad mas agradable, el sosiego mas apetecible, la gloria que Dios comunica á las almas afligidas por su amor. Tú lo esperimentarás al lado de las veteranas en el servicio del Señor. Esas vírgenes prudentes que tienen provistas sus lámparas del óleo santo de la caridad, y estan prevenidas para recibir al divino Esposo en cual-

quiera hora en que las llame, os instruirán con sus doctrinas y ejemplos á pelear y vencer. Veneradlas con la mayor sumision y respeto: imitadlas en lo mucho bueno y edificante que veais en ellas: haceos digna con vuestras virtudes de que aprueben vuestra vocacion de consagraros á Dios con los votos monásticos, y esperad que el Dios que ha principiado en vos una obra grande la perfeccionará con su gracia, haciendo que seais en esos claustros lo que fueron tantas almas de esclarecida santidad, como los han honrado y ennoblecido. Entrad ya en el taller de la virtud, estudiad vuestra vocacion, y si hallais que sois llamada al estado de monja en este santo monasterio, disponeos para el dia decisivo en que despojándoos hasta de la propia voluntad, seais toda de Jesus y podais decir con el Apóstol: No soy yo, sino Jesucristo el que vive en mí. Invocad á la Reina de las vírgenes como una de sus mas ardientes devotas; acudid á los ángeles y santos del cielo y á los justos de la tierra, porque nuestro Dios quiere que le pidamos y supliquemos del modo que nos lo enseña por su divino Hijo y por su esposa la Iglesia santa. Seguid el impulso del Espíritu Santo que os inspira y dirige, y acordaos en vuestras fervorosas oraciones de los que quedamos fluctuando en el mar borrascoso del mundo lleno de escollos y peligros, para que mereciendo una mirada de bondad y clemencia del que da su gracia á quien quiere, tengamos todos la dicha de permanecer fieles en la vocacion del estado á que hemos sido llamados, y la felicidad de cantar eternamente el triunfo de nuestro Redentor en los alcázares de la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

en el dia de la profesion de una religiosa.

Con la profesion de los votos monásticos se vence á la muerte.

¿Ubi est mors victoria tua.
¿En donde, ó muerte, está tu victoria.?
I. AD CORINTH. C. 5, v. 55.

Hombres del mundo, hijos de la vanidad y reguladores de nuestros destinos: mirad á esa ilustre vírgen que acaba de sacrificarse á su celestial Esposo en las aras místicas de la religion divina con los solemnes votos de obediencia, pobreza, castidad y clausura. Hoy por última vez se presenta á vuestros ojos para daros el último *á Dios* y deciros que no os cuideis de ella, porque va á sepultarse hasta la muerte en la soledad. Insultadla, si quereis, y decidla que su imaginacion acalorada la induce á habitar en una tierra que traga á sus habitadores; doleos de su

resolucion atribuyéndola á su simplicidad, á su educacion fanática, y á un vértigo de cabezas calenturientas, mil veces mas funesto en la sociedad que la peste, el hambre ó la guerra: lastimaos por verla condenada á vivir sin libertad, y esforzaos para demostrar, que es muy triste vida la de cubrirse el rostro con un velo, someter la voluntad propia á la agena, tal vez indiscreta y desabrida, condenarse á la pobreza de que tanto huyó Salomon, y presentar una cruda guerra á la carne por conservar la castidad. Esplicaos como esos habladores enfadosos y consoladores importunos que, remedando á los amigos del santo Job, emplean toda su ciencia en ensalzar y engrandecer todo lo sensible, carnal y terreno, y en abatir lo celestial y divino del espíritu del Señor que habita en los corazones de los justos. Vomitad blasfemias, aglomerad cargos, agotad en defensa de vuestro mundo los recursos de vuestro ingenio, y no dejeis de mover los resortes de vuestra astucia para hacer creer, que el acto que hoy se solemniza en este santo templo es efecto de la desesperacion ó de la tontería, de la ignorancia ó del fanatismo, de la imprevision ó de humanos compromisos, ó de todo junto y reunido. Pero escuchad á esa hija de la gracia y no la priveis del derecho que tiene á contestaros, á calmar vuestra inquietud, á satisfaceros y á probaros que ella ha escogido la mejor parte.

»No, dice esa esclava del Señor, no hago caso del lenguaje seductor de las pasiones: ni porque se encienda el furor de los pueblos, ni porque el dolor sofoque á los príncipes de Filistin, ni porque los de Edon se conturben, tiemblen los robustos de Moab y se pongan en vergonzosa

fuga los perversos de Canaan, yo procuraré renovar el espíritu de mi vocacion, para permanecer en ella como me lo manda el apóstol, y lograr que mi nombre se escriba en el libro de los predestinados. Verdad es que hoy he contraido nuevas obligaciones; que he renunciado los bienes de la tierra, que ya no puedo poseerlos, buscarlos ni aun desearlos; mi voluntad no tiene derecho ni aun para formar un solo pensamiento que no sea regulado por la obediencia: que me he divorciado con cuanto puede halagar los sentidos; que he declarado guerra á la carne y á la sangre, y que no solo me separo de la dulce compañía de mis padres, de mis parientes y amigas, sino que me niego á mí misma, teniendo por un enorme sacrilegio el amar á otro que á Jesucristo crucificado. Pero todo esto es porque estoy segura de que ha de llegar un dia en que roto este vaso de barro, y recobrada una vida inmortal y gloriosa podré ver anonadada á mis pies la altived orgullosa de la muerte, dar entonces gracias incesantes al Dios que en su misericordia me condujo al retiro de las almas justas, y preguntar con tono de irrision á la misma muerte: «¿En dónde, ó muerte, está tu victoria? *Ubi est mors victoria tua*? Y en aquella hora tan terrible y tremenda para los pecadores esperimentará mi alma los placeres y delicias del vencedor, los consuelos del mas completo triunfo, el gozo de una esposa querida, amada y abrazada de un Esposo inmortal. Ved pues si esta gloria debe animar mis propósitos. Yo sé que con mi profesion religiosa prevengo la muerte, la desarmo y le robo sus despojos.» ¿Quién, señores, procede con mas juicio? Los mundanos con sus bachillerías ruidosas y destempladas, ó esa hija de la cruz unida á su celestial Espo-

so con los sagrados votos de su profesion religiosa? Yo os lo diré en este discurso dirigido á sostener en sus resoluciones á esa vírgen consagrada al Señor, y á llamar vuestra atencion sobre vuestro porvenir eterno. Sea conmigo y con vosotros la Reina, maestra, madre y protectora de las vírgenes del claustro María Santísima á quien digamos todos á una voz:

Ave María.

¿Ubi est mors victoria tua?

Nos habeis dicho, señora respetable, que sabeis que con la profesion religiosa prevenís la muerte, la desarmais y le robais sus despojos; y yo os digo, que esta verdad no os la ha revelado lá carne ni la sangre, sino el Padre que está en los cielos. Se conoce que en el año de prueba que se os ha concedido para resolveros, habeis conocido vuestra vocacion, logrado la instruccion necesaria para vivir asociada á las esposas de Jesus, y conseguido las gracias que Dios derrama sobre los humildes que lo aman y confian en su bondad. Al fin habeis comprendido que con la profesion religiosa que acabais de hacer, prevenís los aparatos de la muerte que tanto horrorizan á los mundanos, y esto os puede santificar, os puede conducir á la perfeccion á que aspirais, y haceros digna esposa de Je-

sus. Los maestros de la vida espiritual os han dicho sin duda lo que es la profesion religiosa: os han dicho con santo Tomás, que es sacrificarse á Dios en holocausto, en que la víctima no solo muere, sino que tambien se consume, se abrasa y se reduce á ceniza (1): con san Agustin, que esta muerte á que nos arrebata la caridad de Dios, muda nuestro ser y nos da un nuevo órden de operaciones: con el abad Moisés, que la religiosa es una muger muerta y sepultada (2): con Sta. Teresa de Jesus, que la religiosa que no muere al mundo, solo lo es en el nombre y en la apariencia (3), y con san Gregorio, que á las almas religiosas dirige especialmente san Pablo estas palabras, que debeis grabar en vuestro corazon:—Estais muertos, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo. *Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Cristo in Deo.* Todo esto, comentado con sábias y oportunas reflexiones, se os ha dicho en ese lugar de silencio en que habla Dios á las almas que lo buscan, y os ha hecho grande impresion; lo habeis meditado en la oracion, lo habeis consultado con María Santísima, con los ángeles del cielo y con los santos de vuestra devocion, y os habeis decidido, os habeis entregado á la muerte para embotar su aguijon y vencerla; os habeis propuesto caminar por la senda santa, y llevais razon cuando asegurais que llegará un dia en que adornada con las virtudes de vuestro estado podais decir con el Apóstol. ¿En dónde, ó muerte, está tu victoria? *¿Ubi*

---

(1) I. 2. q. 186.
(2) In vit. PP. lib. 7, c. 26.
(3) Sta. Teresa en su vida, lib. 6, c. 2

est mors victoria tua? ¿Qué es lo que me quitas despojándome de la carnalidad en que está aprisionada mi alma que vive en Dios? Sea enhorabuena terrible tu golpe para los mundanos á quienes robas los bienes que dejan: asústense á tu presencia los grandes y poderosos que viven agravados bajo el peso de sus riquezas, de sus placeres, de su cacareada libertad é independencia, porque contigo todo lo pierden: en estos aun tienes en qué cebarte; pero en mí ¿qué puedes hallar que te satisfaga? ¿Acaso el temor de dejar esta vida miserable en que gime el corazon humano? Tan lejos estoy de temerlo, que no deseo mas que dejar la mortalidad de este cuerpo para unirme con mi Amado en el cielo. ¿Te lisongearás orgullosa con sorprenderme al querer herirme? Pero entonces me hallarás muerta y tú serás la vencida.

Así es, muere la religiosa al terrible golpe de la pobreza monástica que la despoja de todo derecho de poseer bienes terrenos, y hasta de su propia voluntad. Nada, absolutamente nada puede poseer el monje, dice el gran padre S. Benito. Herencias, derechos, frutos, bienes de fortuna, goces y riquezas en que abundan los poderosos del mundo, nada teneis que ver con esas vírgenes que se han desprendido de todo con mas ansia que un avaro corre tras el dinero. Ellas suspiran por aquellos dias amargos del pobre que traen consigo la escasez y la penuria. Se acuerdan mucho del pesebre de Belen, y de lo que sufrió nuestro Redentor en la cima del Calvario, y esta reminiscencia les hace mirar con desdeñoso desvio todo cuanto se opone á la pobreza evangélica que han profesado. Esto que tanto asusta á los mundanos recrea á las pobres monjas, las ali-

gera la carga, las eleva sobre la tierra, las pone á cubierto de los horrores que afligen y atormentan al pecador cuando ve venir de frente á la muerte armada contra el patrimonio del criminal, y las hace superiores á si mismas.

Muere tambien la religiosa con la obediencia, porque ella es segun el abad Clímaco, una muerte voluntaria, el sepulcro de la propia voluntad. Desde el instante en que se hace el voto de obediencia religiosa se dice al que la profesa lo que dijo Jesus á san Pedro: Pedro, Pedro, cuando eras mozo te ceñias segun tu voluntad y andabas por donde quérias; pero ahora otro te ciñirá y te llevará por donde tú no quieres ir. Es decir, aplicándoos estas palabras, señora: que vuestros movimientos no son vuestros, que no teneis querer propio, que no podeis ser santa si no os dirigís y gobernais por voluntad agena, de manera que si vivís muerta á los bienes de afuera, por decirlo así, muerta tambien debeis estar á los bienes de adentro, á los propios y personales, á vuestra alma, puesto que debeis perderla en esta vida para ganarla en la eterna. Acabais de prometer obediencia hasta la muerte bajo la pena de un infierno eterno; y esto quiere decir, que la N. del siglo no es la N. que acaba de profesar los votos monásticos; que aquella murió, y esta tiene su vida escondida con Cristo en Dios. Nada mas que imitar á Jesucristo, que fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, segun san Pablo. La propia voluntad es tan repugnante al estado monástico como el crímen á la virtud, como el pecado á la gracia, como el vicio á la santidad. Bien lo sabeis; esta es la ideologia que se os ha enseñado, y habeis aprendido en la escuela de la cruz. Ella atemoriza á los mundanos, pero

es porque no penetran que los que mueren en la profesion religiosa viven en Dios y no tienen por qué temer á la muerte segunda, segun aquella sentencia de san Juan: *Qui vixerit non lædetur á morte secunda.* Todo esto es infalible, es positivo, porque es la palabra de un Dios que no puede faltar. De aquí, señores, se sigue que cuando los mundanos se vean oprimidos con las desesperaciones de la muerte como los Antíocos y Aquitófeles, las monjas se entregarán á los raptos de la mas pura alegría: que cuando horrorizados los pecadores con el aspecto de la muerte caigan en una espantosa desesperacion, las monjas se dirán á sí mismas como san Hilarion: *¿por qué temes, alma mia?* que cuando el criminal vea alzada la fatal guadaña para cortarle el hilo de la vida, dirá la monja con san Gerónimo:— Estiende tu brazo sobre mí: ¿por qué te detienes? ¿No me quieres porque te quiero y acepto como un bien que me une con el Dios de mi corazon? Cuando en fin, queden los hombres del mundo hechos miserables despojos de la muerte, las monjas la insultarán y podrán decirla: ¿en dónde está tu victoria? Tú podrás gloriarte de quitar á los mundanos los bienes y placeres que les arrebatas; pero nosotras todo lo hemos dejado, estamos crucificadas, eres para nosotras el nuncio de nuestra felicidad, la puerta del cielo, nuestra mayor alegría. ¡Qué dicha esta, católicos! Y se llega á ella por la profesion de los votos monásticos que acaba de hacer esa hija de la religion.

¿Y qué diré de la castidad y clausura que separan á las monjas para siempre de los placeres sensuales, cuyo divorcio hace tan formidable el aspecto de la muerte á los mundanos? Yo no he subido á este púlpito á aturdir á nadie con

el lenguaje del terror. Quiero conduciros al terreno de los hechos para convenceros, persuadiros y justificaros. En él ¿no vemos todos que hay un infinito número de necios que engañados por sus pasiones se divierten con ficciones, se entregan á vicios torpes, andan alegres y contentos por los floridos prados de la lujuria, y se jactan de que son felices en sus ilusiones por mas que ellos esperimenten todo lo contrario? ¿Hay ni puede haber uno que diga, que ha encontrado la felicidad en la inmundicia? Pero llega para estos hijos de Asmodeo la hora de la muerte, y ellos mismos ven, que el deleite se disipa como el humo, que lo pasado ha sido un engaño y que han vivido errados. Ven abiertas las puertas de la eternidad, y entonces haciendo propias las palabras del santo Job esclaman y dicen aturdidos:— Mis placeres se han mudado en pensamientos lúgubres y tristes que atormentan mi corazon: *Cogitationes meæ dissipatæ tunt torquentes cor meum.* Entonces.... Pero ¿no habeis visto morir á algun impío? ¿No habeis presenciado la muerte de los que han vivido mal? ¿No los habeis observado en lucha con presentimientos funestos? Pues nada de esto se ve en la muerte de las que profesan castidad y clausura. Pusieron entredicho á las diversiones, á los placeres carnales y á los espectáculos alegres, y si sienten los pasos de la muerte y ponen su vista en lo pasado, ven silicios, espinas, cruces, penitencias, divinas alabanzas, abnegacion propia y silencio, y se consuelan: no se turban, no se afligen, no se desesperan; no dan señales de zozobra, se encomiendan á las oraciones de sus hermanas, invocan á su Dios, se arrojan en los brazos de la Iglesia santa y en ellos entregan su espíritu al Dios que las crió, redimió y santificó,

quedando sus cadáveres con un aspecto angelical que infunde respeto y veneracion en cuantos los contemplan. Si esto es, ó no es así, averiguadlo, é inferid las importantes verdades que de ello se desprenden. Decidme ahora si son cuerdos, justos y juiciosos los que se lastiman y compadecen de esa nueva monja que acaba de entregarse á la muerte de los votos monásticos por vencer y triunfar de la muerte misma, ó si ella es la que lo acierta y escoge la mejor parte. No quiero que prescindais de los sentidos, deseo que los unais á la razon y á la religion, descubridoras de la verdad que debe dominar en nuestras resoluciones. Prosigamos para dajar concluido mi discurso.

La muerte, señores, no nos presenta la guerra con lanzas ni con balas: las espadas y cañones con que se nos pinta armada en el libro del santo Job, son símbolos escogidos para mostrarnos su ferocidad. El pecado, dice san Pablo, el monstruo del pecado es el cruel cuchillo de que se vale la muerte para herir y arruinar á la raza pecadora. Sin la culpa, ni aun idea tendríamos de la muerte. El pecado es el autor de esa continua guerra que tenemos que sostener en la lid del cristianismo: él es el que nos tiende aquellas redes que hacian temblar á Salomon, aquellos lazos que caen sobre el pecador como las gotas de agua en una lluvia tempestuosa, segun el simil de un rey escarmentado. ¿Quién no los teme? ¿Quién podrá resguardarse en medio de tantos peligros? ¿Quién vivirá asegurado entre tantas calamidades como fluyen sobre la tierra dominada por el pecado? Vos, señora, vos, y cuantas almas han acudido al arca de Noé, la sagrada órden en que habeis profesado. La religion será para vos la ciudad

de David en donde no entran las saetas de los enemigos: el huerto cerrado del esposo en donde no pisará la mala bestia; el puerto en donde no penetran los piratas, como lo dice san Lorenzo Justiniano (1). No temais; vais á vivir perpetuamente, como lo acabais de prometer en la profesion que acabais de hacer, en los caminos de las justificaciones, en la observancia de vuestros votos monásticos, y en el cumplimiento de la ley santa del Señor, y con vos nada funesto tiene que hacer la muerte. La habeis desarmado, le habeis robado sus despojos con la profesion monástica. Si sois fiel, y correspondeis á las esperanzas de las religiosas que os han admitido en su santuario, vuestro es el triunfo, vuestra la palma, vuestra la victoria, vuestra la corona y vuestra la gloria. Cuidado con perder el primer fervor: cuidado con sostener y aumentar la caridad: cuidado con volver la vista hácia la Sodoma impura de que habeis salido inspirada por Dios, porque podrá aconteceros lo que á la muger de Lot: cuidado en fin con renovar de continuo los propósitos de amar y servir á vuestro Dios para que la tibieza no tenga entrada en vuestra conducta, y seais del número de aquellas almas dichosas que vencen á la muerte con sus mismas armas y la dicen fortalecidas con la gracia: ¿En dónde, muerte atrevida, en dónde está tu victoria? ¿*Ubi est mors victoria tua?* Dirigid vuestra conducta hácia la perfeccion en que podais desafiar á la muerte de este modo. Sed pobre como Jesus, y vos misma esperimentareis que la pobreza monástica es un canal

---

(1) Justin. de discip. monástica.

fértil de bienes espirituales, como lo dice el melífluo padre san Bernardo, en que se hallan la libertad de espíritu, la paz interior, la piedad, la alegría del corazon, la posesion de todo, sin tener propiedad en cosa alguna. Esta, señora, es la felicidad de la pobreza en cuyos brazos acabais de poner toda vuestra confianza. Pero aun es mas sublime la felicidad de la castidad; pues que por ella se hacen las vírgenes hermanas de los ángeles, segun san Cipriano (1), ellas viven alegres entre los ardores de la concupiscencia, sin lesion de cuerpo ni de alma, sacando su felicidad de en medio de los peligros, porque viviendo en carne no atienden á las pasiones de ella. Así lo dice el Damasceno, añadiendo que los castos son invulnerables al fuego, como los ángeles. Además que segun san Pedro Crisólogo, mayor felicidad es adquirir la gloria de los ángeles que el tenerla. Ved, pues, si es ventajosa la gloria reservada á las vírgenes en el cielo, y procurad serlo en el cuerpo y en el alma. Si quereis aun mas felicidad y haceros semejante á la bienaventuranza divina, sed tambien obediente. ¿Quién duda de que una religiosa puede hacerse una misma cosa con Dios por union de sentimientos, segun aquello de san Pablo: *Qui adhæret Deo, unus spiritus est cum eo*? Pues esto se consigue con la verdadera obediencia: con esa obediencia que no solo sacrifica la voluntad propia, sino tambien el entendimiento. Con ella se obedece sin mirar á quien manda, sin investigar la intencion del superior, porque esto sería un sacrilegio en sen-

---

(1) Lib. de Virginib.

tir del P. san Bernardo. Todo es felicidad para el obediente: todo le alegra, porque Dios lo manda y porque el prelado lo ordena. Entrad á esperimentarlo en ese taller de virtudes evangélicas: cumplid con los votos de vuestra profesion; haced que Jesus viva en vuestra alma, y contad con que en vuestra muerte cantareis el himno de los justos, y entrareis á reinar eternamente con Cristo en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

para el dia en que las religiosas deben elegir prelada con arreglo á sus constituciones monásticas.

Para que esta eleccion sea meritoria es necesario que en ella no se piense mas que en hacer la santísima voluntad de Dios.

Ostende quem elegeris.
Manifiéstanos tu voluntad en esta eleccion.
ACT. APOST. C. I, V. 24.

Esposas del Cordero vírgen: el Dios á quien estais consagradas quiere daros en este dia una prueba de su confianza poniendo en vuestras manos la eleccion de una prelada que haga sus veces en ese lugar de vuestra justificacion. Os llama para que intervengais en los designios de su Divina Providencia, para que tengais parte en las obras de su misericordia, coopereis á que sea cumplida su santísi-

ma voluntad, os hagais dignas de ser trasformadas en ángeles de luz, y tengais la dicha incomparable de ser una misma cosa con vuestro Jesus bendito. Vosotras dirigidas por el espíritu que movió al patriarca Abraan á salir de su patria y de la casa de sus padres, y á Lot del incendio de Sodoma: vosotras que habeis tenido el valor de imitar á las Escolásticas, á las Umbelinas, á las Claras, á las Brígidas, Ritas, Teresas y otras miles, asimiladas á las flores del huerto del Esposo, y que despreciando las engañosas apariencias de un mundo reprobado por Jesucristo habeis venido á salvaros á ese monasterio en donde se manifiesta Dios á los humildes, á los pobres y á los limpios de corazon: vosotras en fin, que habeis hecho el sacrificio de vuestra voluntad convencidas de que no en ella, sino que en la de vuestro Dios es en la que podeis salvaros, ¿podreis decirme á qué sois congregadas en este dia con tanto aparato y solemnidad? ¿Sabeis bien cómo debeis conduciros para no dejar pasar sin grande mérito de vuestras almas la grande ocasion que hoy se os presenta de corresponder atentas y obsequiosas á las finezas de vuestro celestial esposo? Y aun cuando sepais cuanto debeis saber para cumplir los deberes que os impone la religion en el caso en que os hallais: ¿estais resueltas á obrar como hijas de la gracia con absoluta dependencia del Dios que debe dirigiros, sin que tan siquiera se os ocurra la perniciosa idea de que teneis derecho para ejercer vuestra propia voluntad, sino que solo la de Dios es la que debe hacerse y consultarse? Pues es que en esto consiste toda la dificultad. Hacer una religiosa su propia voluntad, es lo mas absurdo y repugnante al estado monástico que ha profesado; es un contraprincipio;

una irrision de la ley santa del Señor, una trasgresion horrenda de vuestras constituciones: es la ruina de la disciplina monástica, el escándalo de la religion, una parodia de lo que se ve en las elecciones civiles de las gentes del siglo, indigna de vuestro sagrado carácter: es, en una palabra, dar al diablo el dominio de Dios, para vuestra perdicion eterna. Desgraciada comunidad la en que dominara este espíritu de amor propio, raiz, principio y orígen de todos los vicios que puede haber en los monasterios, segun el grande padre san Benito. Para esterminarlo, necesario es que advirtais y tengais presente lo que hoy pasa entre Dios y vosotras. ¿No es cierto que habeis entregado vuestra propia voluntad á vuestro amado Esposo con el fin de que no seais vosotras sino Jesucristo el que viva en vuestras almas, como de sí mismo lo decia el apóstol? Pues ved aquí que vuestro Redentor amable os ofrece en este dia su divina voluntad para que obreis segun ella, para que la sigais y os sirva de regla en la eleccion que vais á hacer de prelada que os gobierne y dirija segun el espíritu del Señor, latente y palpitante en vuestra santa regla, usos, prácticas y constituciones aprobadas por la Iglesia. Si todo lo que vais á hacer lo haceis segun la voluntad de vuestro Dios, la eleccion que esperamos será grata y aceptable en los eternos consejos, dareis una prueba edificante de vuestras virtudes, y todos diremos enternecidos: *digitus Dei es hic*: Aquí está el dedo de Dios. ¿No lo quereis hacer así? ¿No es esto conforme con vuestras leyes, con vuestra profesion, con vuestra santidad y con lo que se os ha inspirado en la oracion en que debeis haber tratado este negocio? Yo creo que no hay ni aun una sola entre vosotras, que se atreva

á negar esta verdad, y aun añado: que teniendo presente lo que pasó en la eleccion solemne que hicieron los apóstoles, os quereis asociar á estos príncipes de la Iglesia para decir á Dios como ellos: *Ostende quem elegeris*: Señor, manifiéstanos tu voluntad en esta eleccion. Si estos son vuestros sentimientos, santa, laudable, meritoria y digna de las esposas de Jesus será la eleccion que vais á hacer, como os lo voy á demostrar en este breve rato.

Reina de las vírgenes, que jamás supísteis obrar sino segun la santísima voluntad del Dios de vuestra alma: aquí teneis á vuestras hijas resueltas á imitaros en el firme propósito de ser siempre la sierva y esclava del Señor. Inspiradlas ideas de perfeccion evangélica, para que sin apartarse un ápice de la ley santa sean cumplidos los designios del Altísimo en la eleccion de prelada que van á hacer; y nuestro Dios sea alabado, bendito y glorificado en esos claustros misteriosos: en donde se ha refugiado la virtud. Os lo pedimos recordándoos el feliz momento en que os dijo el ángel:

Ave María.

Ostende quem elegeris.

¿Piden vuestras almas con sinceridad al Padre de las luces que os manifieste su santísima voluntad en la eleccion

de prelada que os confia el cielo para probar vuestra fidelidad, aumentar vuestra virtud, y acrecentar vuestro mérito? ¿Os inclinais á buscar á Dios en la persona que vais á elegir, sin que la carne, la sangre ni pasion alguna bastarda tenga la menor parte en la grande obra que debe ser impulsada por la gracia, y dirigida por el espíritu del Señor? Pues escuchadme, porque en este caso, Dios os oye, Dios os atiende, Dios os habla y Dios os dice, que elijais á la persona en quien mas grados de perfeccion evangélica se encuentren. San Juan Clímaco os enseña á buscar las virtudes que deben adornar á una religiosa perfecta: dice, que busqueis la prelada que necesitais, al destello del resplandor de los santos que se elevaron á la cumbre de la santidad por las prácticas de los ejercicios monásticos en que se ocupan los profesores de los consejos evangélicos, y entendais, que Dios os muestra por prelada de su agrado á la religiosa que se haya formado en la obediencia, en el ayuno, en el silicio, en la ceniza y en las lágrimas: en el silencio, en la humildad y en la vigilia: en el trabajo, en el desprecio, en la miseria, en la abnegacion de sí misma y en la caridad fraterna: en la fe sumisa, en el desprecio del mundo, odio de la carne y libertad del corazon: en la vileza voluntaria, en la simplicidad inocente, en la victoria contra sus pasiones, en la esperanza firme, en la paz del alma y en la discrecion y prudencia; en la memoria de los novísimos del alma, en la misericordia, en la oracion, en la caridad perfecta, en la trasformacion en Cristo, en la copia de ilustraciones, en el celo por la honra de Dios y por la disciplina monástica, en el deseo de amar y servir á Dios y en el estudio de su santísima vo-

luntad para cumplirla. Añaden los ascéticos, que debeis huir de la que ponga buena cara á los honores, desee dignidades, pretenda preeminencias, solicite votos y se muestre complaciente con las que la honran, alaban y engrandecen, porque esta se deja arrastrar por el espíritu del siglo, que jamás debe dominar en los claustros, y no es á propósito para dirigir almas al cielo. Se trata, respetables señoras, de elegir con la prelada que ha de caminar á vuestra cabeza hácia el puerto de la salvacion, un diestro y hábil piloto que sepa dirigir la nave de esta comunidad con conocimiento y acierto para no esponerla á un naufragio, y evitar los peligrosos escollos en que sin la ciencia competente pudiera zozobrar y perderse: y para esto ¿hay cosa mejor que poner los ojos en una religiosa que mire la prelacía como una solicitud penosa, como una carga pesada que pone en sus manos las flaquezas y miserias de sus hermanas, y como la obligacion de llevaros en su seno del mismo modo que una tierna madre lleva al hijo de sus entrañas? Para curar á un enfermo ¿se busca un facultativo que adule, halague y prometa, sin atreverse á propinar mas de lo que guste y agrade, aunque de semejantes complacencias se siga la muerte del complacido y mimado: ó se recurre mas bien á otro que sin pensar mas que en la salud del paciente, pone por obra los medios conducentes á su fin de curar, prescindiendo de que sean dulces ó amargos, suaves ó fuertes, de bueno ó de mal gusto? Pues este es vuestro caso. Vosotras necesitais una prelada que no piense mas que en asegurar vuestra salvacion; en curar vuestras dolencias, aunque sea sajando y cortando cruentamente lo que puede dañar; en

conduciros como pastor vigilante por los collados santificados con las huellas de las almas justas que os han precedido; en perfeccionaros, para tener el consuelo de poder decir al Dios de la redencion: Señor, aquí teneis las preciosas religiosas que me habeis encomendado: que no perezca una siquiera, puesto que os las presento crucificadas, y su vida está escondida con Cristo en Dios, como lo quiere el grande apóstol.

Feliz mil veces la comunidad compuesta de religiosas, que al elegir su prelada no cuentan mas que con hacer la voluntad adorable del Padre que está en los cielos, porque ellas teniendo por norte invariable de sus operaciones la gloria de su Dios y su propia salvacion, atraen sobre su morada el vapor de la virtud divina que fecundiza las tierras mas incultas, haciéndolas dar frutos saludables; ponen á su frente una Dévora incansable en doctrinarlas; una Judit afanosa en procurarles el triunfo contra el infierno con las armas del ayuno y de la oracion; una Ana profetisa destinada á mostrarles al Niño Dios en el templo; una Magdalena maestra de la divina contemplacion, y una Marta solícita por el gobierno doméstico de su casa. Semejantes religiosas hacen lo que Samuel en casa de Isai. Iba el profeta por mandado de Dios á ungir por rey de Israel á uno de los hijos de aquel honrado descendiente del Padre de los creyentes, y los habitantes de Belen se conmovieron al verlo y le dijeron: ¿Es de paz tu venida? Y él respondió: De paz es: he venido á sacrificar al Señor: Santificó á Isai y á sus hijos, y al querer ungir por rey al escogido de Dios, vió á Eliab y dijo: Señor, ¿es este el que habeis elegido? Dios le respondió: No mires á su presen-

cia ni á su estatura: porque lo he desechado; yo no juzgo por lo que aparece á la vista del hombre, porque este no ve mas que el esterior, mas el Señor ve el corazon. Llamó Isai á otro hijo, lo vió Samuel y dijo: Ni este es el escogido. Vinieron hasta siete hijos, y viendo el profeta que ninguno era el escogido de Dios, dijo á Isai: ¿Se han acabado ya todos tus hijos? Aun, Señor, le contestó, tengo otro pequeño que está apacentando las ovejas: Pues envia por él y tráele, porque no nos sentaremos á comer hasta que él venga. Llegó, y dijo Dios á Samuel: Levántate y úngele, porque este es. Ungió Samuel á David por rey de Israel en medio de sus hermanos, y desde aquel dia se apoderó el espíritu del Señor de David, comunicándole todas las virtudes de alma y cuerpo que podian hacerlo un rey perfecto. Así vosotras, venerables señoras, hoy sois llamadas como Samuel á este lugar para elegir una prelada, y si teneis la conducta que tuvo aquel santo profeta en cumplir las órdenes del Señor, la superiora que nombreis será inundada de dones celestiales, recibirá el espíritu del Señor, y con él entre vosotras reinarán la paz, la concordia y todas las virtudes propias de vuestro estado, y este será un dia de grande mérito para vosotras.

No os enamoreis del esterior, ni de las fisonomías de los cuerpos; no os fijeis en las apariencias ni en los aparatos de una virtud falsa; no atendais á la que dice: *Señor, Señor*, sino á la que hace la voluntad del Padre celestial, aunque sea la última de las elegibles y no aparezca entre las primeras, como el pequeño David, porque esta es la que quiere Dios por su representante en ese santo monasterio. Nada de partidos, nada de pasiones, nada de miras

particulares; nada de ambicion y nada de cuanto pueda oponerse á la voluntad santísima de nuestro Dios, porque si por desgracia hubiera algo de esto entre vosotras ¿en qué os distinguiríais de los étnicos y publicanos? Si en esos lugares santos se conocieran las intrigas, los manejos y ardides de los mundanos, y llegara á cundir la division entre vosotras ¿qué sería de los lazos de la caridad que estrechan á los hijos de la gracia entre sí y entre su Dios? Si en lugar de buscar la virtud en la persona, llegárais á buscar la persona en el vicio y en vuestro interés particular, ¿qué diferencia habria entre esos claustros profanados con el crímen, y el infierno? Reflexionad por Dios, hijas de la religion, reflexionad, y entended que es de gravísimas consecuencias la eleccion que vais á hacer. De ella penden la gloria de Dios y vuestra salvacion; el que florezcan las virtudes en esa santa comunidad, ó el que entre la relajacion en vuestro santuario, y no se vean en él mas que abominaciones; el que seais señaladas con el signo de la predestinacion, ó se os borre del libro de la vida haciéndoos odiosas y abominables al Señor. Escoged, pues, entre Dios y las criaturas; entre la divina voluntad y la propia vuestra; entre el cielo y la tierra; entre el esplendor de las virtudes monásticas y los vicios horribles de los mundanos, y preparaos para ejercer el derecho que se os concede para obrar meritoria y santamente en nombre del Señor, ó para incurrir en los terribles anatemas de la Iglesia, si teneis la temeraria presuncion de elegir á la que Dios rechaza. Resolveos ahora mismo en favor de Dios y de vuestras almas; decídanse ustedes todas por la virtud, por la santidad, por vuestras leyes, por la cruz y

por el cielo: recurran ustedes presurosas al Señor pidiendo luces celestiales para hacer su santísima voluntad, y sean fieles imitadoras de los apóstoles, que para elegir al que habia de ocupar el lugar que tuvo Judas en el apostolado, acudieron á la oracion en que, deseosos de agradar á Dios, decíanle con las veras de su alma: *Ostende quem elegeris*: *Muéstranos tu voluntad en esta eleccion*: Vosotras ya quedais instruidas; ya sabeis lo que Dios quiere. La voz de la virtud resuena en vuestros corazones; no la desprecieis; escuchadla y seguidla para que habite en vosotras la gracia de Dios, y todo cuanto se haga en estos lugares de santidad sea en honra y gloria del Dios que nos ha criado y redimido, aprovechamiento de vuestras almas y esplendor de vuestra religion santa que profesamos los católicos españoles. De este modo, no lo dudeis, todas sereis colmadas de bendiciones celestiales, merecereis las caricias de vuestro divino Esposo, sereis las hijas predilectas de la que inspirada por Dios pronunció aquel *Fiat mihi secundum verbum tuum* que hizo descender del cielo al Salvador de los hombres, y los fieles quedarán edificados, cumplidas vuestras leyes, Dios satisfecho, y vosotras en la senda recta que conduce á la gloria eterna que os deseo. Amen.

A. M.

PLATICA

que despues de la prima suele predicarse á las monjas en la víspera de la Natividad del Hijo de Dios que se anuncia en la calenda.

En el pesebre ha puesto Dios la escuela en que se enseña la ciencia de la salvacion.

Parvulus natus est nobis.
Nos ha nacido un párvulo.
Isai, c. 9, v. 6.

Qué calenda la de este dia, religiosas santas! Ella anuncia á las almas grandes en la fe, toda su dicha, toda su felicidad y toda su gloria: os hace rebosar en gozo y alegría, inunda de júbilo vuestros corazones, os dice que estais asociadas con los ángeles del cielo para entonar cánticos de alabanza é himnos de júbilo en justa celebracion de las misericordias del Señor. Ella os revela que no habeis nacido para la tierra; que vuestro destino eterno está en

las alturas; que vuestra vida no es la de los sentidos, sino la de la religion en que nuestro Dios puso el jardin de todas las virtudes. Ella os descubre un nuevo mundo espiritual, una monarquía santa en que obedeciendo todos á un solo Señor, no se vea en la tierra mas que una sola voluntad, cesen por todas partes los disturbios, se cierre el templo del guerrero Jano en Roma y se agrupen los hombres todos al rededor de ese precioso Niño que nos ha nacido para nuestra justificacion, segun san Pablo. Ella... Ah! ella nos dice, que el cetro de Judá que correspondia á la familia de la Vírgen en cuyas venas corria la real sangre de David, estaba en las manos de un estrangero, y nosotros sabemos, que un patriarca moribundo allá en siglos remotos vaticinó que cuando esto se verificara, aconteceria el suceso mas importante que han esperado los siglos: que entre las semanas de años de que habló en Babilonia un profeta de altas visiones, corria la señalada para que bajase la luz que habia de iluminar al universo: que el cuarto de los imperios que habian de sucederse antes de establecerse el reinado eterno del DESEADO, iba llegando á pasos de gigante á su encumbramiento: que estando en paz el universo bajo la dominacion de Augusto nació en Belen de una Vírgen purísima JESUCRISTO Hijo del Eterno Padre, y apareció en la tierra hecho hombre, como lo dice el Evangelista y nos lo enseña la fe. El Verbo Eterno se hizo carne mortal: Dios está con nosotros; nos ha nacido un Niño: *parvulus natus est nobis*. Ved aquí la espresiva significacion de las augustas ceremonias con que solemnizais el anuncio que acaba de pronunciarse con tanta pompa y magestad. ¿No es digno de fijar nuestra consideracion,

de interesar nuestra piedad, de arrebatar nuestras potencias y sentidos, de hacerse objeto de nuestras meditaciones y de que lo tengamos por el mas importante y necesario á nuestra salvacion? Así lo pensais todas las que os gloriais con san Pablo en las humillaciones de ese recien nacido que se ensaya en el pesebre para atraer hácia sí á todos los hombres cuando lo eleven de la tierra y lo pongan á la vista y afrenta de todo el mundo en el árbol ignominioso; y no, no seré yo el que defraude los deseos que manifestais de oir cosas edificantes y divinas del precioso infante que hace hoy vuestras delicias.

El Omnipotente, á cuya voz se humillan los cielos, tiembla la tierra y se conmueven los abismos, se manifiesta flaco y sin fuerzas, espuesto á las injurias de las estaciones, y hecho el rigor de las desdichas: nace en un vil establo y es reclinado en un pesebre en medio de dos animales, segun el testo sagrado: llora, tiembla de frio, é ignorado de todo el mundo, gracias que tiene una madre amorosa que lo estrecha entre sus brazos, y lo recalienta con el aliento de su amor, y con el fuego de su abrasado corazon. ¡Qué cosas estas, hijas de la gracia! La mas dichosa de las madres encumbrada sobre los serafines aparece la mas digna de compasion, y la suerte de su divino Hijo ningun mundano la tendrá por envidiable. Sin embargo, María Santísima nos ha dado á Jesus, y Jesus ha traido consigo el cielo con el designio de hacernos sus moradores. Vosotras sabeis que ese Niño nacido en la mayor pobreza vino á fundar un imperio eterno, espiritual y divino, que está en contradiccion con las pompas y vanidades de los hijos de este corrompido siglo: sabeis que vino á

salvar al mundo, á destruir el pecado, á sujetar la carne al espíritu, a hacer ángeles de pecadores, y á establecer en nuestros corazones aquella paz interior que hace las delicias de los justos: sabeis que en el portal de Belen ha puesto el Omnipotente la escuela en que se aprende la ciencia de los santos, y como matriculadas en ella no ignorais, que en tan sublime cátedra se dan lecciones de sabiduría eterna, capaces de hacer á los que se aprovechen de ellas tan santos y perfectos, como deben serlo los hijos del Padre celestial. Ah! ¡establo hediondo y despreciable de Belen! La fe me manifiesta que entre las muchas grandezas que en él resplandecen, es una de ellas la altísima leccion que nos da el Maestro de la divina ciencia, acerca de lo que valen las cosas humanas, y todo lo que tiene perdidamente enamorados á los secuaces del fausto, del poder y de las riquezas que tanto aprecian esos Cresos ricos y opulentos del siglo: leccion de profunda verdad que trastorna todas las creencias falsas y errores sobre la felicidad del hombre: leccion consoladora que persuade á los adoradores de ese Dios recien nacido en un establo de bestias, de que no son estimables, ni deben codiciarse el lujo, la ostentacion, las comodidades, el regalo ni las honras mundanas, que no ha querido para sí el soberano Maestro y modelo de nuestra vida, pues que siendo el Arbitro de todo lo criado y digno de que los reyes le sirviesen de rodillas, y las reinas con afectuoso acatamiento le mecieran la cuna para adormecerlo, celebrando su hermosura con suaves cánticos de alabanza y de amor, desdeñó los palacios y la corte de los potentados, y escogió para sí la pobreza suma y el estremado abatimiento.

No puede concebirse mayor consuelo para un pobre que el de ver á su Dios haciendo gala de la pobreza en el portal de Belen. Si los pobres no se consuelan y no bendicen á Dios por haberlos puesto en el estado en que El mismo estuvo, es porque no fijan su consideracion en el humilde y endiosado pesebre de Belen. Si los ricos se apesadumbran por la pérdida ó merma de sus tesoros, es porque no miran al dador de todos los bienes, que está sin ellos en la cueva de Belen. Si los que pretenden honras y dignidades, padecen los tormentos de la ambicion, es porque no reflexionan sobre el espectáculo que se les ofrece en el establo de Belen. Si los que viven desairados por el mundo sienten el aijon de su amor propio, y echan de menos la recompensa debida al mérito, es porque no meditan en lo que merecia y no tiene el niño que se nos ha dado en Belen. Vino á enseñar el desprendimiento de todo lo terreno para labrar la dicha de los hombres aun entre las espinas de este mundo: siempre será cierto que si no somos felices y estamos siempre con el *Ay* en los labios, es porque no hemos aprendido de ese precioso Niño que acaba de nacer aquella filosofía superior á los sentidos que llamamos *ciencia de la salvacion*. Con su enseñanza de abnegacion se remedian la mayor parte de nuestras amargas aflicciones, provenientes por lo comun de la atormentadora vanidad de nuestros inquietos é insaciables deseos. Prueba de ello es vuestra dulce alegría en medio de vuestras molestas privaciones, de vuestros visibles trabajos, de vuestras fatigas é incesantes penitencias. Testigos de estas verdades en todas las naciones católicas los conventos de las pobres y penitentes religiosas, que viven como vos-

otras entregadas en los brazos del Evangelio que ha publicado en Belen el Niño que hoy nos embelesa. Ni es esto solo, respetables esposas de Jesus, lo que se halla en la escuela celestial del portal de Belen, porque yo creo con los santos Padres, que no tiene la moral un baluarte mas firme que el heroismo de la virtud personificado en aquel de quien dijo el evangélico Isaías, al ver con asombro la tierra convertida en un nuevo cielo: Nos ha nacido un Niño: *parvulus natus est nobis*.

La historia personal de todos los hombres grandes comienza por lo comun desde su nacimiento; pero la del Hijo de la Vírgen no tiene principio, porque es Dios. El Evangelista la abre en el seno de la divinidad, diciendo: «que el Verbo era en el principio, y que el Verbo estaba »en Dios, y que el Verbo era Dios, y que por él fueron »hechas todas las cosas.» Inclinemos nuestra frente hasta el suelo al oir estas palabras, pues que al oirlas todos los fieles se arrodillan, y estemos en la persuasion de que no nos toca mas que adorarlas con sumisa veneracion y el mas profundo respeto. Ese tierno infante, en cuanto Dios, es el mismo que hace ya miles de años precipitó del cielo á los ángeles rebeldes, arrojándolos á un abismo de abrasadoras llamas, dejándose admirar en su fortaleza y airada justicia de los espíritus inmortales que permaneciendo fieles le entonan cánticos de triunfo por haber quebrantado la soberbia de Luzbel: pero ahora lo ven tan mudado, que no solo olvida las injurias de los hombres, sino que de tal modo los ama que se abate para ensalzarlos, hasta tomar su naturaleza, hasta representar la persona de su propio ofensor, hasta bajar de la gloria á hacer penitencia por los pe-

cados de su enemigo. ¡Cuánta grandeza entre tanta humillacion! De ella participan cuantos cursan en la escuela que ha puesto ese Niño-Dios en el establo de Belen. El mismo lo espresó cuando se dignó hablar sobre la felicidad del hombre señalando las verdaderas fuentes de la bienaventuranza posible mientras vivimos en este valle de lágrimas. «Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos: bienaventurados los mansos y los que lloran; los que tienen hambre y sed de justicia; los misericordiosos y limpios de corazon; los pacíficos y los que padecen persecucion por mí.» Todo esto, religiosas santas, se toca y se palpa en las almas virtuosas que partiendo del portal de Belen siguen á Jesus por los pasos de su vida mortal, hasta verlo volver al seno de la divinidad de donde salió con la mision de salvar al mundo. Muchas se hallan entre vesotras, y yo quisiera que me dijeran si es cierto que hay bienaventuranza y felicidad en vivir pobre y miserablemente, en llorar y padecer persecucion, en ser atribulados y hechos el objeto de la maldicion, del desprecio y del ludibrio de los altaneros hijos de la carne. Yo quisiera que vosotras mismas hiciérais anatomía, si así puede decirse, de lo que esperimentais cuando vuestro celestial Esposo os aflige y os consuela, cuando fijadas en el Niño de Belen contemplais sus gracias, sus ejemplos y enseñanzas, y cuando distraidas de tan preciosos objetos atendeis al bronco rumor de las pasiones, siempre en armas contra el espíritu. Quisiera.... Pero ¿qué necesidad hay de que digais la menor cosa, si sin decirla, vocea, clama y dice todo cuanto teneis en vuestro corazon, que no hay en esta vida mortal feli-

cidad comparable con la que se desprende de la cuna del Niño que se nos ha dado para nuestra justificacion, y para llenarnos de gracia, de virtud y de gloria? ¿Qué es lo que se ve en el nacimiento del Hijo de Dios? Un establo hediondo habitado por unas bestias, un anciano respetable llamado justo por san Mateo, una Vírgen Madre con un Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre: la morada de la pobreza, de la miseria, del rigor, del desamparo, de la humillacion, de la calamidad y de la escasez: allí nada halla el mundo en que cebarse, aparta su vista de objetos para él tan repugnantes; huye de aquel abismo de miserias; y sin embargo, en el pesebre ha puesto Dios la cátedra de sus divinas enseñanzas; en el pesebre está la santidad misma adornada con todas las divinas perfecciones; de él salen torrentes de luz celestial destinada á iluminar á todo el hombre que viene al mundo; de allí se derivan todas las virtudes que hacen la hermosura de los justos; en tan divino reclinatorio ha fijado su asiento la Sabiduría eterna para decir á los mortales: Esta es la ley, este el camino, este el sendero que han de tomar los que quieran ser eternamente felices en el cielo. Dichosos los que escuchan esta voz enérgica de ese Niño precioso que solo se esplica con sollozos, gemidos y lágrimas, y son dóciles á sus doctrinas y ejemplos, porque ellos estan escritos en el libro de la vida, y su suerte será la de los santos.

De este número de predestinados son sin duda los que renunciando al mundo han escogido habitar en la casa del Señor para meditar de dia y de noche la ley santa, y seguir á Jesus en todos sus pasos. Con los votos monásticos que ha-

beis hecho y cumplís con fidelidad, formais en vuestras almas el portal de Belen, y en él sois nada menos que esposas predilectas de ese Niño que se sonrie, os acaricia y pone tan alegres y contentas como lo manifestais y deja verse en la devocion tierna y afectuosa con que contemplais el nacimiento del Párvulo que vió á lo lejos el profeta cuando dijo como en albricias al pueblo escogido: *Parvulus natus est nobis.* ¿Qué mucho que tengais unas pascuas tan dichosas y felices como yo os las deseo y anuncio, si mirais atentas al Niño que viene á enseñaros el arte de ser felices en esta y en la otra vida? ¿No veis cómo os presenta su establo, sus pañales y sus lágrimas para que aprendais á sacar utilidades de los trabajos de esta vida? ¿No os encantan las grandezas que nos muestra la fe en la vileza del pesebre que sirve de trono al Rey inmortal de los siglos? En ellas está escrita con caracteres eternos toda la doctrina del Maestro celestial que reconocemos en el Niño que nos ha nacido. Con ellas se han regocijado los mártires en medio de sus tormentos, las vírgenes han hecho frente á los tiranos, los fieles han desafiado al infierno, y los débiles han aparecido fuertes, poderosos é invencibles, como lo dice san Pablo. Con ellas se han obrado todos los milagros, prodigios y maravillas que se han admirado en el mundo, y con ellas, dice el apóstol, seguro estoy de que ni el mundo, ni el infierno, ni las potestades, ni los ángeles, ni los hombres, ni criatura alguna será capaz de quitarme la paz y alegría interior que infunde en mi corazon el hermoso Niño de Belen. Júntense, añade el mismo santo, las potestades terrestres é infernales para perdernos; acuda el príncipe de las tinieblas con sus le-

giones, y no falten los hombres con sus diabólicos artificios, malas mañas y ardides especiosos; que nosotros parapetados en la inconquistable fortaleza de Belen saldremos victoriosos y triunfantes, nos agruparemos para cantar un nuevo cántico de gracias al Niño que nos ha traido del cielo las credenciales de nuestra felicidad, y á su lado todos respiraremos gracia, poder, virtud y gloria anticipada. Nada mas necesitamos para tener unas pascuas dichosas y felices: en ellas nos asociaremos con los ángeles del cielo para publicar *Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres en la tierra de buena voluntad*; haremos compañía á los sencillos pastores que hallaron sus delicias en el Niño que vieron en el pesebre, y con ellos adoraremos al Omnipotente, sin poder ni fuerzas, por salvarnos: ni perderemos de vista á los santos reyes, que conducidos por una estrella, vinieron á Belen á ofrecer dones al Niño Dios, á rendirle vasallage, á adorarlo y á decir, que no solo Israel, sino que el mundo todo se sujetaba á la dominacion dulce del Padre del futuro siglo y Príncipe glorioso de la paz: todo entre nosotros será regocijo en estos dias, porque nos ha nacido un Niño que es nuestro Salvador, porque en su fe, en su esperanza y en su caridad encontramos todos los tesoros de la gracia, y porque no hay amargura, dolor ni trabajo en los justos que sufren, padecen y se afligen con el precioso Infante que tremola su Cruz en Belen para conducir con ella al cielo á todos los que la juren, como la habeis jurado vosotras al ofreceros en sacrificio al Señor, cuando pronunciásteis solemnemente vuestros votos monásticos. Miraremos enagenados de gozo todo cuanto nos represente el nacimiento del Niño Dios, y en estas

miradas deliciosas esperimentarán nuestras almas todo lo que necesitamos para que las presentes pascuas sean una figura, una representacion, un símbolo ó un indicante de la felicidad que nos prepara en los años eternos el Niño que tirita de frio, que llora, padece y sufre en un pesebre para colocarnos en un trono de gloria en el cielo, que á todas ustedes deseo. Amen.

A. M.

SERMON

para la festividad de las sagradas formas de Alcalá de Henares.

La milagrosa permanencia de Jesucristo en estas formas incorruptas, es un testimonio auténtico de la predileccion con que nos ama nuestro Dios.

> *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.*
>
> Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios en medio de ellos será su Dios.
>
> APOCALIP., c. 21, v. 3.

Hijos de Alcalá, pueblos del Henares, españoles todos; el Dios de nuestros padres nos habla desde aquel sagrado tabernáculo, y esto basta para que nuestro corazon tenga descanso, y reposo nuestra fe. Mirad aquellas veinticuatro formas incorruptas, y reconcentrad lo posible todas las ideas de vuestra inteligencia; examinad la grandeza y

magestad de nuestra santa y adorable religion, y si hallais que el Dios de nuestra nacion es nuestro refugio y nuestra fortaleza, nuestro defensor en las tribulaciones y nuestra mas dulce esperanza en nuestros conflictos, dad palmadas de aplauso, gritad con voces de júbilo y decid con entusiasmo santo que el Señor está sentado sobre ese solio magestuoso para reinar en medio de vosotros: publicad sus alabanzas; porque aquí está el tabernáculo de Dios; porque el Señor se ha dignado morar con nosotros para que seamos su pueblo y su herencia; porque el Omnipotente, lleno de amor, habita de un modo prodigioso en nuestras tiendas para ser nuestro Dios. *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.*

¡Qué placer tan puro, qué torrente de gozo, qué enagenamiento y qué encanto tan delicioso derraman estas especies sobre las almas fieles! Cuando considero, á la presencia de esas incorruptas y sacrosantas formas en donde por un milagro siempre vivo y siempre naciente el Señor ha querido establecer su mansion en medio de nosotros, y contemplo en la grandeza de este beneficio la estension de las relaciones que por su medio ha contraido Dios con su pueblo, y las garantías de misericordia que en él se afianzan, mi fe se asegura, mi esperanza se reanima, mi corazon se dilata rebosando en gozo, y mi lengua se siente forzada á esclamar: —Nacion privilegiada, bendita raza de Boanerges, distinguida con el sello de las bondades del Todopoderoso; ¡oh si conocieras tu felicidad y tu gloria! Yo admiro, saludo y venero en tí las prerogativas con que el Señor te ha distinguido de los de-

más pueblos de la tierra; los designios de Dios para contigo son designios de amor, de ternura y de misericordia; así lo demuestran á satisfaccion de la mas severa crítica esas sagradas formas, como os lo haré ver al probar «que la verdadera permanencia de Jesucristo en esas formas incorruptas es un testimonio auténtico de la predileccion con que nos mira aquel Dios que tronando desde el cielo, hace temblar la tierra y estremecer delante de su ira á todo el universo. . . . . .

¡Gran Dios! mi espíritu se abisma á la vista de tan inefable dignacion, y yo no sé si mi alma podrá resistir la dulce emocion que esperimenta, el torrente de gozo de que se siente inundada al haber de publicar la grandeza de vuestras misericordias. Sostened, Dios mio, mi flaqueza; reanimadme, para que pueda trasmitir á mis oyentes los sentimientos de fe, de ternura, de amor y de agradecimiento que tanto me deleitan en este feliz momento de mi vida, y no detengais el curso de vuestros beneficios cuando todos nos reunimos en esta vuestra casa para publicarlos y agradecerlos. Esta gracia os pedimos por la poderosa intercesion de aquella dichosa depositaria de vuestros tesoros María Santísima, en cuyas manos está nuestra salud, y á la que recurrimos llenos de confianza diciéndola:

Ave María.

Ecce tabernaculum....

Terrible fue la tempestad que suscitó el infierno contra la Iglesia santa en el siglo XVI. Un furor inestinguible de derribar lo existente por ser antiguo; un odio irreconciliable á todo lo que respetaban los hombres y los siglos; una conjuracion contra aquel que preside en los cielos y contra los que hacen sus veces en la tierra.... Ved aquí la divisa de esta guerra sacrílega. Lutero, Melancton, Calvino, Muncero, Beza, Pompanacio, Espinosa.... estas son las furias abortadas del abismo para levantar el estandarte de la rebelion y encender por todas partes la tea de la anarquía civil y religiosa. Sus escritos incendiarios son como las lavas abrasadoras del Etna ó del Vesubio, que llevan por la Europa entera el fuego de la sedicion. Toda la Alemania se pone en combustion; unos pueblos se arman contra otros pueblos; arden las sediciones por todas partes; no contenta la revolucion con haber borrado todos los monumentos del culto, persigue con furor á los que llevan sobre la frente el Tau de hijos de la Iglesia, y lleva su frenesí hasta parodiar á aquellas tribus bárbaras que no sacrifican sus víctimas sin cubrirlas primero de injurias y de improperios. Inglaterra pierde su tranquilidad por abrazar las nuevas doctrinas: la sangre de sus habitantes comienza á derramarse; el furor y la anarquía de los partidos suceden á las dulzuras de la paz y de la religion; bien pronto la deliciosa morada de los santos se ve trasformada en una corte de

incrédulos, en una sentina de hereges. La Holanda, la Dinamarca, la Polonia, la Suiza y aun la Suecia, que parecia ser escéntrica al torbellino, fueron envueltas en el torrente de las blasfemias y abominaciones de la gran bestia salida del infierno. Ya no es la Europa la Jerusalen santa de los hijo de Dios; es un cuadro lleno de horrores, en donde no se descubren mas que ruinas, abominaciones, crímenes horrendos y catástrofes espantosas. Allí se veian ruinas de templos; aquí despojos de altares quemados; de una parte las imágenes de los santos entregadas á las llamas de horrorosas piras; en otra los vasos sagrados convertidos en usos execrables: á un lado sacerdotes degollados; á otro multitud de vírgenes llorando la desolacion de su Sion amada: aquí el sacramento y adorable cuerpo de Jesucristo pisado sacrílegamente, arrojado en lugares inmundos, hecho pasto de insectos hediondos.... ¡Ah! Y el Dios del poder que vió tantos horrores, y que para escarmiento de los pueblos los dejó abandonados á sí mismos, envió luego su ira. La Europa cubierta de ruinas y de sangre; los caudillos del error muertos desastrosamente y precipitados en los abismos; los reinos entregados á los horrores de la anarquía y de la sedicion; sus ángulos cubiertos de montones de cadáveres, y sus ciudades convertidas en ruinas y escombros, son lecciones terribles para que las naciones no se atrevan á insultar á aquel que tiene en sus manos el rayo, que lo despide y ejecuta sus órdenes, que obedece su voz, y depues se le presenta diciendo: «Aquí estoy.»

Pero, ¿y la España? ¡Ay, ámbles compatricios! Un milagro jamás visto debió obrarse en esta nacion ínclita Para libertarla de la general catástrofe que afligia tormen-

tosamente á las otras, y el Dios de nuestros padres lo obró. La católica España, al ver sobresaltada la terrible tempestad en que naufragan naciones enteras, se consterna, se aflige, se angustia y se estremece; pero el Señor no la abandona en el peligro: en lo mas recio de la tempestad se ven sonreir mil y mil miradas halagüeñas de una Providencia consoladora que vela sobre su fe. Nuestra patria es como la tierra de Gesén, que cuando todo el Egipto estaba lleno de tinieblas, disfruta de un horizonte claro y sereno; es como el arca de Noé, en que cuando un diluvio general inundaba la Europa, no solo se salva en ella la religion en toda su integridad, sino que se desarrollan las semillas de un nuevo mundo cristiano; es el verdadero Israel, con quien el Omnipotente renovó su alianza; el pueblo escogido entre millares para recibir en él el mas público y solemne desagravio de los horrorosos ultrajes que habia recibido en el Santísimo Sacramento de su amor, La real presencia de Jesucristo en la hostia consagrada. que ha hecho siempre las delicias de la Esposa del Cordero inmaculado, es solemnemente negada por unos hombres que se apellidan reformadores; la Iglesia de diez y seis siglos es reputada por adúltera; el sacrificio de la nueva alianza es abolido por un decreto original en los anales del mundo; con él se destruyó el culto con todos sus monumentos; bien pronto se negó la vida futura, y se destruyeron las obligaciones del hombre: se negó á Dios, y con este acto de impiedad se aniquiló al hombre mismo, porque hombre sin Dios es una quimera, es un imposible. ¡Cuántos horrores!

La religion debia ser vengada de tantas injurias. Jesu-

cristo debía volver por su gloria y por la de su santa Esposa: su presencia real en el Sacramento del altar debia ser afianzada por un triunfo glorioso que justificase nuestra fe, que canonizase nuestro culto y confundiese para siempre el error y la impiedad. Jesucristo ayer, hoy, mañana y siempre es el mismo: si permite que su Iglesia sea perseguída, es para sacarla mas brillante y hermosa de la persecucion: no permite los males sino para sacar de ellos mayores bienes: jamás hubiera permitido sus ultrajes y humillaciones sino por hacer brillar mas los triunfos. Si en el siglo XVI hubo tanta iniquidad y agravio tanto, fue para mayor triunfo de la religion y para hacer brillar mas su gloria.

España... (¿quién lo creyera, señores?) España, esta nacion distinguida con el sello de las misericordias del Altísimo, era destinada por una providencia consoladora para obrar en ella tanto triunfo; el mismo Jesucristo queria erigir en nuestra patria el más brillante trofeo de la religion con la permanencia milagrosa de su Cuerpo santísimo en esas sagradas formas; él determinó recibir una reparacion auténtica de su gloria ultrajada. ¿Pero cuál seria entre todas las ciudades la escogida por Jesus para colocar su tabernáculo, fijar en él su trono y habitar con nosotros como el Dios grande en medio de su pueblo? ¿Cuál la privilegiada Cariatarin donde se debia establecer y conservar el arca de la alianza y la divinidad?... Venturosa Cómpluto, ciudad de felicidad y de gloria, patria inmortal de Justo y Pástor, ¿será tan completa tu dicha que seas tú la destinada para grandeza tanta? ¿Será tan colmada tu felicidad que ponga el Señor el último sello á sus beneficios

escogiéndote para trono de su gloria? Así lo disponíais vos, Dios mio: así lo teníais determinado en vuestra misericordia, segun la cual queríais hacer de esta afortunada ciudad el teatro de vuestras maravillas y de vuestro mas glorioso triunfo. Vos quisiste que Alcalá se enriqueciese con los despojos de la antigua Atenas para que los consagrase algun dia á vuestro culto, y adornase con ellos vuestro tabernáculo: disponíais que fuese el emporio de la literatura española y se llenase de hombres sabios que siendo testigos oculares de vuestras maravillas y viendo triunfar la fe de vuestra real presencia en esas veinticuatro formas sacrosantas, diesen testimonio de ella en todas partes y la defendiesen contra todas las imposturas y sofismas del error, de la impiedad y de la mentira. Vos quisiste...

Pero acerquémonos ya á la época memorable que nos ofrece las ideas consoladoras que provocan nuestro júbilo, nuestro agradecimiento y nuestro amor. ¡Ah! Mis labios son demasiado impuros y mi lengua balbuciente para describiros un acontecimiento que trae vinculados consigo los caracteres de la verdad eterna, que tiene impresa aquella virtud que es una emanacion fecunda de la divina Omnipotencia, á la que jamás podrá resistir el mas preocupado fatalista. Yo no podré deciros el infame tratamiento que darian al divino Salvador en esas sagradas formas cuando los sacrílegos que las robaron, pusieron sus impuras manos en el original de toda santidad. Solo vos, Dios eterno, que lo sufrísteis, lo sabeis y podeis revelarlo á quien os plazca. Pero Señor: ¿por qué no privaste de la vida á estos hombres atrevidos cuando osaron profanar vuestros sagrarios? ¿Por qué no cayeron muertos como los cincuenta

mil betsamistas, cuando miraron atrevidamente, el arca viva de vuestro testamento? ¿Por qué no los asaltó una muerte como la de Antíoco cuando violaron vuestro santuario?... Pero, Dios mio: ¿qué palabras son las que acabo de pronunciar? ¿Delante del trono de la misericordia me atrevo á proferir palabras de venganza? He hablado como necio: nunca resplandece mas vuestra gloria que cuando sufrís con infinita paciencia y mansedumbre: la religion no celebraria este glorioso triunfo, si no hubiérais permitido tan horrendo atentado. Tampoco me detendré á referir los prodigios y maravillas que obligaron al que cooperó al robo de estas santas formas á entregarlas al benemérito jesuita, el padre Juarez. Tú solo, venturoso Colmenar de la Alcarria, tú que como misteriosa cisterna ocultaste este divino José para el magnífico triunfo que le estaba preparado: tú que como otro Oreb fuiste el primero que viste esta sagrada zarza sin consumirse en el incendio de la corrupcion; que fuiste testigo del hospedage que las inocentes y laboriosas abejas prepararon á su Dios: tú, que viste aquel precioso tabernáculo que le prepararon, deberias hablar en esta ocasion (1). Tampoco haré mencion

---

(1) Los moros ayudados de un cristiano infame robaron tres copones en tres distintas iglesias, arrojaron las sagradas formas en un estercolero, las abejas las llevaron intactas á su colmenar en que fabricaron un hermoso panal, colocándolas en él con el mayor primor. Así fue revelado al cristiano profanador, vió el prodigio, se convirtió al Dios de piedad inmensa, avisó á la gente santa, y esta se conmovió como Elías cuando vió venir á su Dios detrás de un torbellino.

de las repetidas esperiencias que por espacio de veintidos años se hicieron para comprobar la milagrosa incorrupcion, esperimentos que repetidos con constancia y perseverante celo por los hombres mas sabios que en todas facultades tenia entonces la universidad complutense hacen incontestable la presencia real de N. S. Jesucristo en ese augusto Sacramento, y confunden para siempre la charlatanería del emperismo filosófico, semejante al de los judíos que pedian nuevas pruebas y milagros para acabar de coronar su endurecimiento malicioso.

No, no es la Iglesia santa como la sinagoga que pone su confianza en signos mentirosos, y confunde la falsedad con la certeza: es la columna y fundamento de la verdad, y nunca consentirá que sus hijos se prosternen delante de estos sagrados símbolos sin estar asegurada de la certeza del milagro; jamás hubiera permitido que estas sagradas formas se pusiesen á la veneracion pública si para ello no fuera inspirada y dirigida por el Espíritu Santo. Pero siéndolo llegó el dia 25 de abril de 1620, dia memorable para Alcalá, dia de júbilo y de alegría para la Iglesia. Las santas formas salen por primera vez en triunfo por la ciudad, y con ella sale nuestra religion victoriosa y triunfante del infierno y del error. Los prodigios y maravillas iban delante del arca viva de la divinidad, el augusto monarca Felipe III con toda su real familia viene á poner su corona á los pies de Jesus sacramentado y á adorar con profundo reconocimiento este prodigio de su amor; un inmenso pueblo concurre á bendecir las misericordias del Señor; los aires resuenan en himnos de regocijo, y en cánticos de Aleluya: ¿y Alcalá?... ¡Ah! Aquíse enagena mi espíritu,

y al contemplarla como á una nueva Jerusalen adornada como gallarda esposa con el anillo y las arras de su divino Esposo no puedo menos de esclamar lleno de gozo: Salve, ciudad privilegiada en los designios del Señor, porque tú eres la ciudad magnífica apoyada en las montañas santas; la amada Sion que el mismo Dios eligió para habitarla; la escogida entre millares en donde el arca santa ostenta su poder con los prodigios y maravillas que obra en medio de tí. ¿Qué nacion ó qué pueblo tan grande hay sobre la tierra, esclamaré con mi doctor angélico, que tenga tan cerca de sí á su Dios, como tú lo tienes? Aquí está colocado como una nube misteriosa que hace descender las lluvias de la mañana y de la tarde, segun el profeta Joel; está en su trono real para pronunciar oráculos de misericordia y de amor; para derramar delicias y dulzuras celestiales sobre los hijos de la fe.

¿Y qué dirán á esto aquellos mordaces Aristarcos de la religion y sus milagros que con sonrisa fria é insultante preguntan y dicen que por qué no se hacen milagros á nuestra vista? Ahí teneis veinticuatro en uno solo. Acercaos con seguridad, haced análisis y anatomía de esas hostias incorruptas despues de mas de dos siglos y medio de existencia en ese sagrado tabernáculo: poned en tortura todos los secretos de vuestra decantada química, apurad sus afinidades, descomponed sus elementos, resolved sus quintas esencias, emplead el calórico y el frio, trabajad en vuestros elaboratorios públicos y privados, y esplicadnos cómo despues de tanto tiempo se han preservado estas santas formas de la corrupcion. Decidnos cómo, espuestas por espacio de veintidos años á cuantas pruebas pudo escogitar la mas se-

vera crítica, pudieron resistir á la fuerza disolvente del tiempo, de la naturaleza y del arte, se ven hoy dia tan frescas, limpias y lustrosas como si acabaran de hacerse?... ¿Pero qué podeis decirnos que no hayamos oido á la tradicion y á la historia trasmitida por los hombres mas sabios y verídicos que han pisado el suelo complutense? Callad, ó en caso de hablar, decid como en otro tiempo los magos de Faraon: «El dedo de Dios está aquí.» Y vosotros, fieles hijos de Pelayo y admiradores de Justo y Pástor, que vivís bajo el hemisferio de esta nacion privilegiada, venid llenos de alborozo á reposar en rededor del tabernáculo del Dios de Jacob: venid á derramar vuestro corazon en su presencia, á ofrecerle sacrificios de júbilo y accion de gracias, porque el Dios santo de Israel se ha mostrado grande en medio de vosotros. Ya habeis visto que cuando el dragon rojo del Apocalipsis adquirió libertad para dañar á la tierra y á los mares; que cuando la Europa toda ardia en guerras y sediciones, y los hombres entregados á un espíritu de vértigo, perdian su fe y eran portadores de los desastres de la anarquía, entonces fue cuando el Señor se dignó celebrar con nuestros padres una alianza de paz y de misericordia, con que no solo se salvó la religion del naufragio en que perecieron tantas naciones, sino que estableció su tabernáculo en esta ciudad que colocada en el centro de la nacion española está, como el tabernáculo de Israel rodeado de las doce tribus, perpetuando su real presencia en esas formas incorruptas, para habitar con nosotros, para ser nuestro Dios y nosotros su pueblo, para velar siempre en nuestra defensa; para recibir de nosotros como de sus hijos predilectos un público y

solemne desagravio de los ultrages que recibió de las naciones apóstatas, y para tenernos á cubierto de todo mal bajo su pabellon sagrado. *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.*

Y á vista de tantas misericordias, amados mios, ¿habrá un solo español que titubee en el partido que debe abrazar? ¿Pudiera hallarse un hijo de padres católicos capaz de desertar de las banderas de Jesucristo por alistarse en las del protestantísimo, ídolo desgastado y carcomido por la multitud de sectas, que como otros tantos gusanos nacidos de su misma corrupcion corroen y devoran sus entrañas con ansia de relegarlo á los abismos de donde ha salido? El español que blasfema de Jesucristo es un monstruo de ingratitud: el que á la vista de ese milagro de su real presencia en medio de nosotros desierta de sus banderas, es un pérfido traidor; el que duda de la divinidad que adoramos en esas formas, ya es un herege de peor condicion que un demonio, porque los demonios creen, tiemblan y se estremecen: El español que niega... Pero no, no abriga la Sion española tales monstruos: las guerras civiles han podido dividir los ánimos, producir escisiones y partidos; este es efecto natural de toda guerra intestina. ¿Pero no está Dios todavía con nosotros? Cuando yo pongo la vista en ese sagrado tabernáculo y veo que aun subsiste aprisionado en esas veinticuatro cárceles de su amor para ser nuestro Dios y que seamos su pueblo... ¡Ah! dulce mirada! Dios está con nosotros: luego tenemos con él todos los bienes, todas las dichas y felicidades. Dios está real y verdaderamente presente en esas formas sacrosantas libres de la corrupcion.

Luego la milagrosa permanencia de Jesucristo en ellas es un testimonio auténtico de la predileccion con que nos mira el Dios que en su ira hace temblar al universo, y en su misericordia todo lo llena de delicias y de gloria: Luego somos el objeto tierno del amor inmenso del Eterno, y estamos destinados á ser un jardin de virtudes, un paraiso de delicias; las bellezas de la religion, los custodios del arca viva de la alianza, los justos ocupados en cantar alabanzas al Dios de nuestros padres, los predestinados para la gracia y para la gloria cubierta con el velo de los incorruptos accidentes de esas hostias consagradas.

Que sea así, Dios Omnipotente; que sea así, y vean todas las naciones, que no hay Dios como el de los españoles; que no hay tabernáculo como el nuestro; que los ínclitos de Israel no tienen mas gloria que la de decir que formamos vuestro pueblo, y que vos sois nuestro Dios, y que con vuestra proteccion somos la estirpe elegida, el real sacerdocio, y la gente santa señalada con los caracteres eternos de la bondad divina para que todos seamos recibidos en triunfo por los ángeles del cielo en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

para la bendicion de una bandera militar.

No hay mas heroismo verdadero que el que inspira la religion, que manda acordarse de Dios en la guerra.

Si exieritis ad vellum... erit recordatio vestri coram Domino Deo vestro.
Si salieseis á la guerra, acordaos de vuestro Dios.
NUMER. C. 10, V. 9.

Vencedores del mundo, hijos de Pelayo y compañeros del Cid, vosotros sois el consuelo, la defensa y apoyo de nuestra patria. El heroismo se halla personificado en los valientes de vuestra prosapia, en la ínclita prole de los que hicieron á nuestra metrópoli la señora de mil provincias, la reina de los reinos conocidos, y árbitra de cuantas regiones baña el sol con su luz. Sois soldados del Dios que sumergió en el Bermejo á Faraon y á su numeroso ejército; del Dios que fue representado en las batallas de

Josué, en las conquistas de Ciro y en la gloria magestuosa de Salomon, del Dios que acepta vuestros juramentos de fidelidad con que os afiliais bajo las banderas del Vencedor de los fuertes y poderosos. Rechazad la idea de las hazañas que de los griegos y romanos, nos cuentan Quinto-Curcio y Tito Livio: no hagais caso de las vencedoras huestes de los Alejandros y Escipiones: despreciad á los poetas ocupados en hácernos creer sus ficciones desnudas de verdad, y empeñados en que tengamos por cierto y verdadero lo inverosímil y lo falso, y estad en que estas pinceladas de la fantasía acalorada con las imágenes de lo sublime y sorprendente no son á propósito para simbolizar vuestro mérito y grandeza. Vosotros no sois los hombres de la fábula, ni los héroes de la novela; sois los valientes que forman al lado de los ángeles; los caballeros fieles y honrados que obedecen las órdenes del Omnipotente comunicadas por los reyes y gobiernos que os mandan y dirigen; las capacidades llenas de inteligencia que no saben ser suyos, sino de Dios y de la patria. Sois peritísimos en el arte de matar y de morir; de *matar*, como ministros de la divina justicia; de *morir*, como dignos campeones de las virtudes militares que tanto os honran y ennoblecen. ¿No es esta la idea que del soldado español se tiene en toda la redondez de la tierra? ¿Y no se nos manifiesta sensible, latente y palpitante en la bendicion de esa bandera destinada á mostraros el camino de la gloria, y á escitar en vuestras almas las virtudes que conducen á la victoria y al triunfo?

Ya estoy viendo vuestro interior, y él me dice que las augustas ceremonias con que solemnizamos el acto reli-

gioso que imprime el sello de la divinidad en vuestra honrosa y noble profesion, infunden en vuestras almas el valor que forma el carácter del guerrero denodado é invencible; que sabeis muy bien que las armas templadas con el fuego del cielo, y manejadas por el brazo robusto del que pelea en el nombre del Señor, tienen una eficacia superior, decisiva, completa y triunfante, como todo lo que viene del Dios de los ejércitos y es dirigido por su diestra. ¿No sois católicos? Pues si lo sois, en los Josués, en los Gedeones, en los Davides y en los Macabeos estais representados: los Sebastianes, los Martinos, los Acacios, los Mauricios, los Celedonios y Emeterios, los Enriques, Luises y Fernandos son vuestros modelos: los de la legion tebana son vuestra luz, vuestra regla y vuestro ejemplo. Sois militares de una nacion católica, y por lo mismo obligados á cumplir la órden que se os da en este dia, concebida en estos términos dictados por el mismo Espíritu Santo: — Si saliéseis á la guerra, acordaos de vuestro Dios: *Si exieritis ad vellum.... erit recordatio vestri coram Domino Deo vestro.*

Esta es la órden escrita en esa bandera que simboliza la lealtad, el valor, la virtud y grandeza del soldado español. Cumplidla fielmente, y sereis superiores á todo lo criado, vencereis á los enemigos de la patria, triunfareis de vosotros mismos, y vuestra suerte será la de los héroes que asombraron al mundo con sus proezas y alegraron al cielo con sus virtudes, como os lo voy á demostrar en este breve rato.

Señor Dios de los ejércitos, que tantas veces dísteis la victoria á los pocos que os amaban contra los muchos que

os ofendian; moved mis labios en este dia para que acierte á demostrar á estos fuertes que no hay militar tan valiente, generoso y esforzado como el que se forma al lado de esa bandera santificada con las bendiciones de nuestra santa y adorable religion. Os lo pido haciendo que todos doblen su rodilla para decir á la Generala de las tropas españolas:

Ave María.

Si exieritis ad bellum..... erit recordatio vestris coram Domino Deo vestro.

La recordacion del Dios á cuya voz obedecen los vientos, los mares y los astros, y ante cuya presencia tiemblan todas las potestades criadas y se estremece el universo; la memoria del que con mano fuerte y poderosa arrojó del cielo á los ángeles rebeldes, y comprime la arrogancia y soberbia de los que habitan en la tierra; la vista en el Omnipotente, que da la fuerza y la quita á quien quiere, segun los designios de su adorable Providencia, hace un papel importantísimo en las batallas, en los choques, en los encuentros y en todas las maniobras de los guerreros; es la antigua guerrera del pueblo escogido y la invencible amazona portadora del terror y del espanto á las falanjes enemigas, y del valor y confianza á las del Dios

de los combates. La recordacion de Dios está personificada en su poderío, en sus prodigiosos efectos, y en cuantos la toman por arma, por escudo y defensa de su patria y de su religion. Ella es la madre de los verdaderos héroes, por mas que de esto se rian los hombres superficiales. Ella hizo invencible el corazon de los innumerables mártires que derramaron su sangre por la fe; inspiró á la mayor parte de los atletas esclarecidos que con su espada triunfadora defendieron en diversos siglos y naciones la religion civilizadora del mundo, y ha llenado de héroes la tierra y de santos el cielo. Nadie se acuerda de Dios sin invocarlo, y nadie lo invoca sin encenderse en el sagrado fuego del heroismo, sin sentirse elevado hasta el trono de la Divinidad, sin enaltecerse como un gigante que camina con paso firme hácia todo lo grande y heróico. El que invoca al Señor espera, y el esperar el triunfo, predispone para conseguirlo: así lo prueban esas proclamas dirigidas comunmente á las tropas en tiempo de guerra y de combates. El que invoca á Dios, recurre al auxilio de un poder infinito; y con semejante aliado, ¿quién no puede desafiar á todos los ejércitos imaginables? Sin recurrir á milagros ni á misticidades, señores, ¿no se comprende fácilmente que al lado de Dios se exaltan los ánimos, y que esta es una disposicion escelente para acometer empresas sobrehumanas?

El fijar los ojos en la verdad infinita; el engolfarse en el océano de la verdad eterna, y ver en ella que todo lo que se pierde muriendo es vanidad ó una leve sombra que pasa, y descubrir mas allá de esta vida una felicidad inmensa para los que, fieles á sus juramentos, defienden con valor la causa de su Dios y de su religion, ¿no es lo

mas á propósito para formar valientes y esforzados soldados, y hacer de ellos héroes impertérritos, denodados y dignos de la nacion mas fuerte y poderosa que se ha visto en todo el orbe? El que tiene por lucro el morir, como san Pablo, no conoce el temor, es naturalmente valeroso y esforzado, desprecia impávido todos los peligros, supera en arrojo á Codro, rey de los atenienses, que se metió disfrazado en medio de las tropas enemigas para dar la victoria á sus soldados, y en su comparacion son muy poca cosa los Bias, los Pelópidas y los Epaminondas, que con sus dichos y hechos insignes dejaron testimonios irrecusables de su ningun miedo en las batallas. El que se acuerda de Dios en la guerra, como se os manda en la órden de este dia, es algo mas que hombre, es un amigo del primer capitan de los ejércitos del Señor. Escuchadme, y os lo daré á conocer.

Va el valiente Josué á reconocer la plaza de Jericó para conquistarla; la idea del deber militar lo alienta y anima; el carácter del general en gefe lo esfuerza, lo arrebata y exalta; la gloria de su gente lo conduce hácia lo árduo y heróico; camina, y se encuentra con un guerrero imponente, en cuya mano brilla una espada desnuda: encárase con él y le pregunta: —¿Quién eres tú? ¿Eres nuestro ó de nuestros enemigos? — Yo, le contesta, soy el que capitaneó las huestes del Señor, el gefe de los ángeles, el apoderado del Dios de los fuertes, el que dispone de las victorias y de los triunfos, segun las órdenes del que gobierna y dirige el universo segun su voluntad. En tus manos he puesto á Jericó, á su rey y á todos sus defensores. — Al escuchar esto Josué, cae en tierra, y ado-

rando al enviado del Señor, le dice: —¿Qué es lo que mi Dios habla á su siervo?.... Y se siente invencible humillándose, y cree pertenecer al ejército de los ángeles postrándose delante de una vision angélica, y no es un hombre atenido á sus propias fuerzas, sino un héroe revestido con el poder del cielo. Esta es la imágen del soldado que viendo en esa bandera al Dios en cuyo nombre acaba de recibir mil bendiciones, la adora y toma su vénia para portarse en las batallas con el ardor de un militar español. Generales, gefes y oficiales, que no os arredrais al marcial aspecto del mas valiente guerrero, sino que imitando al caudillo de Israel, os acercais, le preguntais sin ningun miedo, y manifestais un ánimo dispuesto á luchar cuerpo á cuerpo con cualquiera formidable desconocido en el caso de ser vuestro enemigo; yo quisiera apostrofaros y deciros si no se hermanan bien el valor y la religion; si Dios es un estorbo en la guerra, ó un principio necesario para pelear, vencer y triunfar. Josué creia no tener superior en el ejército que mandaba, y se encuentra con un general del mismo ejército, pero de una gerarquía infinitamente elevada y misteriosa; se le presenta como el Señor y árbitro del mundo, y en este concepto le ofrece el triunfo y le dicta sus órdenes para la toma de una ciudad fortificada, sentenciada al esterminio. Así trata Dios á los generales, gefes y oficiales que se acuerdan de él y lo invocan, como lo manda el oráculo sagrado: *Si exieritis ad bellum.... erit recordatio vestri coram Domino Deo vestro.* No sea infructuosa para vosotros esta leccion.

Comunmente se cree que los militares son aficionados á lo magnífico, á lo sublime y heróico, y en esto podrá ha-

ber exactitud, porque en la milicia no se conoce la vulgaridad. Todo en ella es grandioso, todo colosal, todo singular y sorprendente. Veámoslo no precisamente en los poetas que hicieron intervenir á la Divinidad en sus guerras, valiéndose de sus dioses en todas sus epopeyas, y del fuego sacro en sus poemas épicos, sino en las sagradas páginas de los verdaderos héroes. En ellas se nos presenta el mismo Dios peleando de un modo digno de su omnipotencia, y esto hechiza, encanta y admira á las almas grandes. Cinco reyes se coligan contra Gabaon, la sitian y estrechan, la ponen en el mayor apuro, y se atreven á decir con irrision: —Llama, llama á tu Dios para que te libre.—Esta blasfemia llegó á los oidos de Josué, se encendió en celo por la honra y gloria de su Dios, y arrojando rayos de cólera celestial, cayó sobre los sitiadores como nube de tempestad asoladora, y los llenó de un cobarde espanto: los cinco reyes con sus ejércitos coligados se ponen en vergonzosa fuga, dejando su campamento hecho un lago de sangre: Josué los persigue fulmainando mil muertes; ve que falta el dia al hambre de su espada, y enfervorizado en lo mas recio de la matanza, manda al sol que se detenga, y le obedece el sol; manda á la luna, y le obedece la luna; pelea en el nombre de Dios, y Dios lo fortalece con su poder. Soldados suyos son el sol y la luna, los mares y los vientos, las tempestades y el fuego, los ángeles y la muerte. Ved aqui otra leccion. Aprovechadla, imitad á Josué en el valor, en el arrojo y en el heroismo que encontró en su religiosidad, y Dios, puesto á vuestro lado, os hará formidables á vuestros enemigos, gratos á la patria y dignos de las honras universales.

Sennaquerib pone sitio á Jerusalen, é insulta por escrito al Dios de Israel: el piadoso rey Ezequias corre al templo con aquel pliego de blasfemia y de abominacion, lo presenta en el altar santo, pide amparo y socorro al cielo, y el cielo le manda un solo soldado de sus ejércitos, y él solo basta para reducir á la nada el poder colosal de aquel guerrero soberbio y arrogante. En una noche degolló un ángel ciento ochenta y cinco mil asirios. Despierta Sennaquerib al rayar la aurora, se siente señalado por la mano de un cortesano celestial, ve que todo su ejército está durmiendo el sueño de la muerte, y queda..... yo no sé decirlo, pero vosotros sabeis comprenderlo. Jeroboan, rey de Israel, estiende sus batallones con el fin de envolver al ejército de Judá, confia en su valor y en sus fuerzas, dispone la batalla, va á acometer con ímpetu furioso, y el peligro de Abias, rey de Judá, es inminente; pero Abdias y su pueblo invocan al Señor, tocan las trompetas los sacerdotes, claman al cielo, y el Señor los oye. Un repentino espanto se apodera de Jeroboan y de los suyos al tiempo mismo en que Abias se siente lleno de un ánimo y de un valor celestial. El rey de Israel se desordena, sus soldados se ponen en precipitada fuga, y Abias los persigue, Abias los acuchilla, Abias los destroza, Abias invocó al Señor, y Abias triunfó ayudado del que es muy rico para todos los que lo invocan. Gedeon tiene delante de sí un numeroso ejército de madianitas aguerridos, fuertes y animosos, empeñados en arruinar al pueblo escogido; pero Gedeon se acuerda del Señor su Dios, cuenta con el divino auxilio, y tiene por segura la victoria. Para que el mundo la atribuyese al Dios del universo, echa mano de

trescientos soldados, les da unas armas de nueva invencion, instruyéndolos en el modo de manejarlas; rodea el campo del enemigo en una noche oscura, estiende su línea, y haciendo alto á corta distancia, hace que de repente suenen á un mismo tiempo las trescientas trompetas de sus soldados, y rompen unas con otras las vasijas de barro con las luces encendidas que llevaban; aparece un ejército de fuego al lado de los madianitas, corren á las armas; el terror, el espanto, la sorpresa y la confusion los ciega, y luchan unos con otros creyéndose enemigos. Crece el desórden y el espanto se aumenta; el furor no distingue, se atropella, se arremolina, destroza con ímpetu aterrante todo cuanto encuentra; los cadáveres se amontonan, la lucha se encarniza, los soldados de Gedeon tocan las trompetas, á sus roncos sonidos se degüellan los madianitas; ciento treinta y cinco mil fuertes quedaron aquella noche nadando en su misma sangre; los restos del innumerable ejército huyen azorados y perseguidos al despuntar el dia para ser acuchillados. Así combate nuestro Dios al lado de los que se acuerdan de él y lo invocan.... ¿Quién no querrá tenerlo de su parte? Su auxilio y proteccion infunde fuerza y valor en los que creen y esperan en su bondad; hacen héroes destinados á reinar en los palacios de la inmortalidad, de los que confian en su poder; convierten á los hombres débiles y miserables en ángeles fuertes y poderosos, y á su omnipotente influjo se atribuyen con razon los innumerables y variados sucesos que llenan las páginas de la historia. ¿No la habeis estudiado? ¿No hay al frente de esos batallones hombres esclarecidos é ilustrados que saben dar á cada cosa lo que

es suyo, y ostentar su grandeza de alma, ya presentándose con erguida frente y tono magestuoso delante del enemigo, y ya humillándose reverentes ante el trono de aquel Dios en cuyas manos está la suerte de todas sus criaturas? Pues seguid su voz, escuchad su palabra, obedeced sus órdenes; ellos os harán poner la vista en esa bandera llena de bendiciones del cielo, y en ella encontrareis todo lo que necesita un militar para ser lo que debe ser; diestro en el arte de acometer y matar con valor, y aun mas grande en la resignacion de morir con gloria. En esto consiste el verdadero heroismo; no el heroismo de los que sobre su vestidura de gloria se notan horribles manchas; no el heroismo de aquellos cuya carrera de triunfo va acompañada de una crueldad superflua ó de una ambicion desmedida de oro y plata, indigna de la nobleza española: no, en fin, el heroismo de aquellos cuyo ímpetu belicoso tiene por blanco alguna de las pasiones que degradan al hombre, sino el heroismo que inspira la religion, el de los que ostentan sin mancilla las virtudes militares consignadas en la ordenanza; el de los que hacen estribar toda su gloria en ser fieles á las banderas que han jurado; el de los que procuran ser el brazo robusto y esforzado de sus gefes; el de los que siempre tienen presente para cumplir la órden que se publica en este dia, diciendo con la mayor solemnidad: — «Si saliéseis á la guerra.... acordaos del Señor Dios vuestro.» *Si exieritis ad bellum.... erit recordatio vestri coram Domino Deo vestro.*

Hacedlo así, valientes del regimiento de N. Sed fieles á los juramentos que hoy haceis delante de Dios, de sus

ángeles y de los hombres. Estad dispuestos á dar dias de gloria á vuestra patria con vuestro valor y con vuestras virtudes, y sea esa bandera la copia de la escritura de vuestros honrosos compromisos. Defendedla como defendieron vuestros padres la suya en Numancia y en Sagunto, en las Américas, en las montañas de los Andes, en las dilatadas provincias del Tíber, del Congo y Angola, y en cuantas partes pusieron su planta las siempre victoriosas y triunfantes tropas españolas. Invocad á vuestro Dios como los Macabeos, y sereis los astros y la gloria de nuestra nacion. Los baluartes de nuestras leyes, los sostenedores de nuestra independencia, los ministros de la divina venganza y los rayos de Dios en la guerra contra la impiedad y la opresion tiránica de los enemigos del trono y del altar. No olvideis jamás este dia grande y solemne destinado á formar época en vuestra vida militar, y contad con que sereis el gozo, la esperanza y la gloria de vuestros gefes superiores, del rey, del gobierno y de todo el pueblo, dispuesto á cantar vuestras victorias en la tierra para que entendais que aun en esta vida premia Dios á los que, acordándose de él é invocándolo, los tiene destinados para coronarlos de gloria en el cielo. Amen.

A. M.

SERMON

De Jubileo.

En la gracia del jubileo que se nos concede debemos evitar el poco aprecio y la demasiada confianza con ella.

¿ Vis sanus fieri?
¿ Quieres sanar?
JOAN. CAP. 5, V, 6.

Oimos y leemos con un género de envidia aquellos pasages de la Escritura Sagrada que nos manifiestan la bondad y misericordia infinita de nuestro Dios cuando se dignó bajar á la tierra y habitar entre los hombres; cuando libró á la adúltera de la confusion y la pena á que la condenaban sus acusadores; cuando iba fatigado por sacar del cieno de sus culpas á la Samaritana; cuando absolvió tan solemne y completamente de sus culpas á la Magdalena; cuando con una mirada amorosa y penetrante convirtió á su apóstol Pedro; cuando alimentaba milagrosamente á las turbas en el desierto; cuando sanaba enfermos y resucitaba muertos; cuando pasaba por todas partes haciendo bien y dando se-

ñales de su bondad y de su poder, y cuando él mismo no contento con satisfacer los deseos de los que le suplicaban y pedian, convidaba y rogaba con sus beneficios. *¿Vis sanus fieri? ¿Quieres sanar?*

No se aflija ni entristezca nuestro corazon, amados mios, al vernos tan distantes de aquellos felices dias. Tambien ahora está Jesucristo con nosotros, nos ama tanto como á los hombres de su tiempo, nos favorece, y cuando tal vez lo esperábamos menos, cuando mas olvidados vivíamos de sus misericordias, cuando estábamos mas bien hallados en las enfermedades de nuestros vicios, nos llama, nos suplica, nos insta por su vicario y representante en la tierra el romano pontífice nuestro santísimo padre N. N. para que aceptemos la salud. *¿Vis sanus fieri?* Nos abre y franquea los tesoros de la Iglesia con que poder pagar todas nuestras deudas. El ángel de la piscina ha movido las aguas y todos podemos llegarnos á lavarnos en ellas y limpiarnos de cualquiera enfermedad que padezcamos. *¿Vis sanus fieri?* Condolido el padre comun de los fieles de las miserias y calamidades que afligen al pueblo cristiano, atendiendo á su mucha relajacion, inmoralidad y libertinage, y deseando por todos los medios posibles la salud, la conversion y aprovechamiento espiritual de todos sus hijos, usando de la plenitud de potestad que le tiene conferida el mismo Dios, ha concedido á toda la cristiandad á su subida al solio pontificio (1) un jubileo plenísimo con

(1) Si fuese otro el motivo del jubileo podrá espresarse y lo mismo si fuese concedido á una nacion determinada, ó pueblo ó cofradia, etc.

que podemos quedar limpios de toda culpa y reato de pena eterna y temporal, y gloriarnos de ser unas nuevas criaturas en Jesucristo, como se esplica el apóstol.

No necesito estenderme en manifestaros las gracias, favores y privilegios que con tanta abundancia se nos conceden y se espresan en la bula pontificia, y aunque no me contemplo con las luces y dotes necesarias para hablar como yo desearia en este asunto de tanto interés, deseoso de vuestro interés y aprovechamiento espiritual, confiando en la gracia del Señor y la proteccion de su Santísima Madre, voy á desvanecer dos escollos en que podemos tropezar con motivo del presente jubileo: El poco aprecio de esta gracia tan singular, y la demasiada y temeraria confianza en ella. Para que obremos con acierto recurramos á implorar los divinos auxilios por la intercesion de María Santísima.

Ave María.

¿Vis sanus fieri?

Es indispensable para que procedamos con claridad, esponer la doctrina católica acerca de las indulgencias y jubileos, aunque sea molesto para los que estan instruidos en esta materia. Ciñéndome lo posible digo: que todo pecado lleva consigo un reato de pena eterna si es grave, y de pena temporal si es leve: mas claro; ningun pecado se

perdona si no se castiga y se purga. Por el sacramento de la Penitencia es verdad que siempre que se reciba rectamente se perdona toda la culpa, pero la pena eterna que le era merecida se conmuta en pena temporal. Voy á espresarme prácticamente. Cometimos un pecado mortal, por este solo hecho, no solo quedamos privados de la gracia de Dios sino que incurrimos en una pena eterna justamente merecida, porque apartándonos de Dios, nos convertimos á las criaturas. Le sujetamos debidamente al sacramento de la penitencia, y no solo se nos perdona, sino que aquella pena eterna en que incurrimos se nos conmuta en pena temporal que debemos pagar en la otra vida, ó satisfacer con nuestras penitencias, mortificaciones y buenas obras en esta, y lo mismo sucede con respecto á la pena temporal debida por el pecado leve, y solo cuando fuera grandísimo el dolor del pecador y su arrepentimiento y amor á Dios sería cuando conseguiria la remision de toda la pena con la de la culpa, como sucedió con la Magdalena y el buen Ladron.

Ahora bien; por grandes que sean nuestros esfuerzos, largas y rigurosas nuestras penitencias, y continuas y repetidas nuestras satisfacciones nunca serán proporcionadas á las penas que merecemos por nuestros pecados: nuestros castigos serán siempre inferiores á nuestros delitos, siempre quedaremos muy atrás de lo que la justicia divina exige de nosotros, siempre nos hallaremos precisados como el siervo del Evangelio á pedir largas y agoviados de una multitud de deudas que aun no hemos podido satisfacer. Ved aquí ya la utilidad y aun la necesidad de las indulgencias. La Iglesia condolida siempre y cuidadosa de facilitar

á sus hijos su eterna salvacion los da la mano para que la aspereza del camino no desaliente su flaqueza. Ofrece á la justicia de Dios los tesoros que tiene en depósito, y rescata con este precio al pecador oprimido por sus deudas; saca de la superabundancia de los méritos de Jesucristo lo que falta á las obras del penitente débil y cobarde.

Ciñámonos al presente jubileo. Nuestro soberano pontífice, usando de la suprema potestad que reside en él como vicario de Jesucristo y sucesor de san Pedro para aplicar y distribuir los tesoros espirituales de la iglesia, dispone que todo cristiano que arrepentido y verdaderamente contrito confiese y comulgue, visite tres iglesias pidiendo por la paz y las necesidades de la iglesia, ayune el miércoles, viernes y sábado de una semana y haga una obra de caridad proporcionada á sus haberes, consiga una total remision de las penas temporales merecidas por sus culpas, en tal disposicion que si en aquel instante muriera, iria sin detencion al cielo como si acabara de bautizarse, y concede tambien á cualquier confesor facultades para absolver de todo pecado aunque sea reservado, y de conmutar votos y juramentos, escepto algunos que no pueden ser conmutados, que es lo que añade el jubileo sobre la indulgencia plenaria (1).

¿Con que algunos dias de lágramas, unas ligeras mortificaciones, algunos dias de ayuno suave y que molesta muy poco, son capaces de borrar, purgar y abolir delante de Dios el reato de las penas eternas en que hemos in-

(1) Si el santo padre fijase otras práoticas ó diligencias para ganar el jubileo se hará espresion de ellas.

currido por nuestros pecados? ¿Con que unas llamas inmortales, una desesperacion eterna, un gusano roedor que jamás habia de morir, una separacion irremediable de Dios y una sentencia tan espantosa y tremenda como la que habíamos merecido por nuestros pecados, todo puede desaparecer y de todo podemos librarnos con el presente jubileo y aun las penas temporales á que despues del sacramento de la penitencia quedamos sujetos, se nos conmutan en unas austeridades momentáneas, en unas obras tan fáciles de practicar y poder satisfacer á tan poca costa unas deudas tan inmensas? Amados mios, recordemos que en otro tiempo la Iglesia por un solo pecado imponia muchos años de penitencias y trabajos. ¿Y qué género de penitencia? Lágrimas abundantes, ayunos continuos, humillaciones públicas, austeridades asombrosas, oraciones largas y frecuentes, la ceniza y el ciliclo, la separacion del altar, de la compañía de los fieles y de todos los placeres... sin embargo, entonces estaban cubiertos los pórticos de los templos de penitentes, entonces se ansiaba por la penitencia, los emperadores mismos se despojaban de su púrpura real para tomar el saco y la ceniza, y ahora que el crecido número de pecadores ha hecho imposibles las penitencias públicas y canónicas, y ha obligado á la Iglesia á mitigar su primitivo rigor; ahora que tan á poca costa se nos ofrece el perdon, la indulgencia y se nos convida con su salud ¿qué aprecio es el que hacemos de tanto favor?

Dejemos á la impiedad, á la disolucion y al libertinage que hablen y se mofen segun su estilo de esta grande misericordia de nuestro Dios, diré mejor conforme á los sentimientos de un verdadero cristiano, compadezcámonos de

su ceguedad y pidamos á Dios por su salud. Contemplemos á los mas morigerados y timoratos, á los que pasan por hombres de bien, y aun por devotos y piadosos entre nosotros ¿qué aprecio se hace del santo jubileo? Sacerdotes del Dios vivo ¿se cumplirán las esperanzas que os prometísteis al anunciarle? ¿No es verdad que esperábamos ver un grande concurso al tribunal de la penitencia, una ansia general por gozar cuanto antes de este beneficio, que esperábamos ver la mesa santa rodeada de almas hambrientas del pan de los ángeles, que esperábamos ver ejemplares de modestia, humildad y compostura por las calles, un cambio saludable de costumbres? Y ¿qué es lo que vemos y hemos visto? Es cierto que se frecuentan y han frecuentado las iglesias, pero con un espíritu disipado, distraido y sin señales de devocion. Muchos tambien han confesado sus culpas y se han llegado á comulgar; pero ¿se ha desterrado la vanidad y el lujo escesivo, se han reconciliado los que estaban en enemistad, se han desamparado las amistades peligrosas y las malas compañías, se han evitado los escándalos, huido de las ocasiones, restituido lo mal tenido, se han suspendido por lo menos los pasatiempos, diversiones y placeres? Con tristeza y sentimiento esperimentamos que el vicio sigue dominante, que las enfermedades permanecen por mas que se convida con la salud, porque no se quiere sanar y lo que descubrimos es que se practican algunas devociones esteriores nada mas, que se quiere seguir á Dios, pero sin desprenderse del mundo.

Aun es mas sensible el ver que muchísimos ni aun las diligencias practican para ganar este santo jubileo. ¡Ay, hermanos mios! ¡Tan poco aprecio y estimacion hacemos de

nuestra alma! ¡Tan poco amor nos tenemos á nosotros mismos! ¿Queremos penar en la vida venidera y eterna por no lavarnos y purificarnos en esta? Las fuentes de la salud estan corriendo, las medicinas estan dispuestas, estan conmovidas las aguas de la piscina, presente es el tiempo de la propiciacion, cuantos lleguen á tomar el baño en las aguas de la penitencia sanan de sus enfermedades; los sacerdotes en nombre y con el poder de Jesucristo os convidan con la salud. *¿Vis sanus fieri?* ¿Quereis permanecer por mas tiempo en vuestras envejecidas enfermedades? Si se tratara de la salud del cuerpo, de aumentar los bienes, de hacer fortuna; si se nos convidara con los honores, con las dignidades, con las grandezas del mundo, ¿qué haríamos ¿Qué dejaríamos de hacer? ¿Por qué tenemos tan poca fe y vivimos tan sumergidos entre el cieno de este mundo? No rehusemos la voz del Señor que nos llama: acaso no nos dará tiempo para conocer otro jubileo y en el dia de su justicia nos pedirá una cuenta estrecha de estas gracias que desestimamos. Temamos que si ahora desamparamos á Dios que nos llama, Dios tambien nos desamparará y se reirá de nosotros cuando queramos buscarle: *Vocavi et remistis, ego quoque in interitu vestro ridebo et subsanabo.* Os he llamado, os he buscado por todos los medios y no me habeis querido oir; yo tambien me reiré de vosotros cuando al tiempo de morir me invoqueis. Terrible anatema, pero que podemos evitar en este tiempo santo usando y haciendo el debido aprecio de las gracias que nos proporciona este jubileo. No le despreciemos pues, y tampoco confiemos temerariamente en él.

No quisiera que al oir que por medio del jubileo se per-

dona y remite toda la pena merecida por el pecado, se tomará de aquí ocasion de pecar viendo la facilidad de la indulgencia. De esta falsa y errónea confianza quisiera apartaros recordándoos las palabras del apóstol san Pablo á los galatas: *Tantum ne libertatem in occasionem detis carnis.* No tomeis ocasion y pretesto para pecar de la libertad que habeis adquirido por la sangre y los méritos de Jesucristo. ¿Hemos ofendido á Dios? ¿Hemos entendido lo que es el pecado? ¿Conocemos cuánto aborrece Dios al pecado? Y si lo conocemos ¿podemos dejar de estremecernos al considerar la horrible contradiccion de sentimientos entre Dios y nosotros? ¿Con qué ojos nos parece que mira Dios en nosotros que no somos sino unos esclavos, unos rebeldes é insolentes, esos pecados, que no son pecados de orígen y necesidad, sino pecados de voluntad y eleccion; esos pecados que no se miran como una calamidad que llora y de que se avergüenza el hombre, sino como unos pecados en que se complace y gloría, porque tal es la disolucion de este siglo de prevaricaciones que con escándalo de la religion y afrenta de la razon misma, no es ya el pecado en cierto modo el delito del pecador. Se peca, sí, pero se peca sin miedo, sin remordimiento y sin escrúpulo; se peca con tan espantosa facilidad, que para los pecados que no se cometen parece que solo falta la ocasion de cometerlos. Si se trata de asegurar nuestra fortuna con detrimento de la salvacion de nuestra alma, de seguir los estímulos de la carne resistiendo á los llamamientos de la gracia, de ofender á Dios por no ofender á los hombres, pronto nos resolvemos y siempre decidimos contra Dios; no dudamos cometer un pecado que nos sea gustoso ó útil, y la pronti-

tud con que el corazon humano abraza la culpa da ocasion para dudar si para arrojarse al pecado necesita de otro incentivo que del incentivo del pecado mismo. Se peca y despues de haber pecado os saboreais en una profunda paz con las dulzuras de vuestro pecado. Sobresaltados continuamente y temerosos sobre el estado de vuestra fortuna vivís en una fria tranquilidad sobre el estado de vuestra conciencia. Una ambicion frustrada, un orgullo abatido, una venganza malograda, una mala intencion conocida y descubierta desespera y enloquece; pero si no habeis perdido mas que á Dios y su gracia, bien pronto os consolais ó por mejor decir, no llega vuestra afliccion á tanto que necesiteis de consuelo, porque pecais, quereis pecar, teneis complacencia en pecar y lejos de huir del pecado que os tienta, correis apresurados, por esplicarme así, tras el pecado que se aparta y huye de vosotros. Nada se omite para allanar los caminos del pecado y para viciar el corazon. Parece que la inocencia y la virtud es un peso horrible que agovia. Parece que tememos y nos avergonzamos de ser justos mucho tiempo y de empezar tarde á ser pecadores. Pecamos y nos obstinamos y endurecemos en el pecado, nos resistimos á las repetidas inspiraciones de la divina gracia, nos hacemos sordos é insensibles á todos los remordimientos de la conciencia, poco cuidadosos de morir en el pecado con tal que tengamos la satisfaccion de vivir en él. Pecamos, y no queremos pecar solos. En todo estado, en toda edad y condicion siembra el libertinage sus máximas prevaricadoras, la sensualidad derrama y comunica su ponzoña y la irreligion vomita sus blasfemias. La maldad con frente erguida y descocada insulta y se bur-

la de la modesta y encogida piedad. La moda, la costumbre, el respeto humano degradan y deprimen la virtud, y como si cada uno de los pecadores quisiese que su pecado fuese el pecado de todos los pueblos y de todos los hombres, peca, se jacta y gloría de su pecado haciendo locamente alarde de no esperar nada, de no avergonzarse de ningun vicio, de no temer ningun castigo, y como hombre insensatamente impávido en nada estima ser pecador sino añade el escándalo de parecerlo y si á la temeridad con que se hace digno del castigo de Dios no añade la insolencia de provocar sus iras y despreciar sus rayos.

¿Y un Dios tan riguroso y justiciero con qué ira tan impetuosa y con qué odio y aborrecimiento tan implacable descargará sus venganzas sobre vosotros, pecadores, que no contentos con ofender su santidad é irritar su paciencia con los pecados que cometeis le renovais cada dia las injurias con vuestra facilidad en cometerlos, con vuestro sosiego despues de haberlos cometido, con vuestra ceguedad en amarlos, vuestra pertinacia en multiplicarlos, vuestra desenvoltura en escandalizar pecando...? ¿Sobre vosotros, pecadores, cuyas máximas son todas lecciones de pecado, cuyos discursos son todos documentos de pecado, cuyas acciones son todas ejemplos de pecado? ¿Sobre vosotros cuya fortuna, cuyos talentos, cuyo nacimiento ilustre y elevacion de destino no son ni sirven de otra cosa que de incentivo del pecado? ¿Sobre vosotros ¡ó polvo y ceniza, átomos despreciables! que delante de Dios no podeis gloriaros ni presentar otro título que el de esclavos del pecado, ni otros derechos que los que os da el pecado á su aborrecimiento?

Y ¿quereis vivir confiadamente en el pecado esperando que una indulgencia lo transija y disimule todo? ¡Doctrina perjudicial! Jamás se hubieran poblado los desiertos de penitentes si hubieran sido tales los sentimientos de los cristianos de aquellos siglos. En vano hubieran estado abiertos los claustros para admitir en su seno y ser testigos de las austeridades y penitencias rigurosas de los pecadores reconocidos y humillados, en vano serán los suspiros, las lágrimas y satisfacciones si tan graciosamente se nos ha de perdonar y hemos de quedar limpios de toda culpa y de toda pena.

Entendamos, hermanos mios, las verdades de nuestra religion. Por mas que con nuestra contriccion y sentimiento de haber pecado consigamos restituirnos á la gracia de Dios; por mas que de pecadores hayamos pasado á ser verdaderos penitentes, por mas que Jesucristo haya borrado de nuevo y aligado á la cruz la cédula del pecado en fuerza de la cual estábamos sujetos á las venganzas eternas de un Dios tantas veces escarnecido y ultrajado, con todo eso, digo, nosotros quedamos deudores de las penas temporales debidas al número y enormidad de nuestras culpas.

Es verdad que el Señor si recibimos dignamente el sacramento de la penitencia nos exime y libra de los castigos eternos, pero se nos conmutan en castigos temporales. La Iglesia por el presente jubileo nos exime, aplicando y derramando sobre nosotros los raudales de la sangre de su Esposo Jesucristo, de estas mismas penas temporales de que quedamos deudores supliendo así nuestra mucha fragilidad y la insuficiencia de todas nuestras obras para satisfacer; pero supone el verdadero dolor y arrepentimiento, la

verdadera penitencia sin la que jamás se nos perdonan las culpas, ni las indulgencias y jubileos tienen virtud para tanto.

Segun esto, ¿qué alma habrá tan ingrata y enemiga de Dios y de sí misma que no convierta todos los dias y todos los momentos de su vida en otros tantos dias y momentos del mas vivo y tierno agradecimiento? ¿De qué castigos no se haria acreedora y digna aquella alma infiel y rebelde que de la facilidad de alcanzar el perdon de sus culpas y la remision de las penas á que quedan sujetas, tomase ocasion para temer menos al pecado, para no huir de las ocasiones del pecado, y para no hacer penitencia y castigarse por el pecado? ¿Cómo? Porque nuestro Dios es todo amor y todo bondad, ¿hemos de ser nosotros todo rebeldía, todo perversidad y todo insolencia? ¿Será posible, Dios mio, que nuestros beneficios se conviertan en nuestras manos en oprobios y baldones vuestros? Un superior inhumano é inflexible hallaria acaso un pueblo dócil y obediente; pero vos sois todo misericordia, vos sois tardo en castigar y pronto en perdonar, una lágrima, un suspiro salido del corazon estingue y aboga el fuego de vuestras iras. ¿Es posible que el remordimiento y gratitud sea para nosotros menos poderoso y eficáz que el miedo? ¡Qué indigno sería de la gracia y virtud de las indulgencias y jubileos aquel hombre insensato que en vuestra misma misericordia hallase el estímulo y el fomento del pecado! ¿Qué digo? ¿Cómo es posible que pudiese conseguir estas gracias? Vos, Señor, sondeais y probais los corazones y no restituis la estola cándida de la verdadera inocencia y pureza al hijo pródigo sino despues que desengañado de sus escesos se

resuelve á vivir y morir bajo la obediencia que debe á su superior, y bajo el amor que debe á su padre. Lejos, pues, hermanos mios, de que este jubileo nos inspire menos vigilancia, menos recato, menos fervor en lo venidero, procuremos mas bien que no nos cierre enteramente los ojos sobre lo pasado. Aquellos pecados de que al parecer hemos conseguido entera remision no cesemos sin embargo de tenerlos presentes en nuestra memoria, y mucho mas en nuestro corazon para humillarnos por ellos, para llorarlos y para expiarlos tambien y satisfacer por ellos; porque ¿quién puede estar seguro de que habrá cumplido con todas las diligencias y condiciones que manda y supone nuestro santo padre, con aquel fervor, con aquella fe viva y pureza de alma tan indispensable para recibir con toda su estension la grande gracia que se nos concede, y si habremos aparecido tales delante de Dios que nos haya hallado dignos de aplicárnosla en toda su plenitud?

Los que no habeis cuidado hasta ahora de practicar las diligencias para ganar el jubileo ó las habeis practicado mal, aun teneis tiempo, aun se os aguarda, llegaos, no despreciéis esta misericordia grande del Señor, no dejeis que pase el término señalado y ceda en perjuicio de vuestras almas. Y vosotros, cristianos fervorosos y penitentes, que habeis practicado ya cuanto se os ha mandado para ganar el santo jubileo, vosotros que desde el primer dia habeis frecuentado con ansia los templos del Señor, y habeis edificado con vuestro buen ejemplo y mudanza de vida, Dios quiera que hayais conseguido todas las gracias que estan concedidas y que se hallen vuestras almas libres de todo reato de pena eterna y temporal. Velad, no obs-

tante, velad sobre vosotros mismos, detestad el pecado y por lo mismo que Dios es tan bueno para vosotros continuad de ahora para siempre siendo buenos para Dios. No reine mas en nosotros el pecado ni nos dejemos dominar del mundo y cuanto nos aparte del amor á nuestro Dios. Seamos ya todos unas nuevas criaturas reformadas en Jesucristo y que desaparezcan los vicios y los escándalos. No nos hagamos indignos de las divinas misericordias ni le obliguemos con nuestra ingratitud y el desprecio de sus gracias á que no nos de tiempo de gozar mas y que se aparte y olvide de nosotros. Apreciemos como se merece este santo jubileo, ansiemos por ganarle y no confiemos temerariamente en la bondad de Dios, sino servirle con amor y temor. Ahora nos convida el Señor con la salud, dejemos de ser débiles y enfermos, ahora que tán fácilmente podemos aplacar al Señor hagamos por su amor, lo que haríamos por el temor de las penas. Oid, Jesus mio, los ruegos de este pueblo que os invoca y que pone en Vos todas sus esperanzas; de Vos espera los auxilios que ha esperimentado cuantas veces ha recurrido á vuestra piedad: concededle, Señor y concedednos á todos la verdadera contriccion y arrepentimiento de nuestras culpas, la penitencia verdadera y las gracias de este jubileo: dadnos la perseverancia en vuestro amor, y que despues de una vida santa tengamos una dichosa muerte que nos sirva de paso para entrar á gozaros por toda la eternidad. Amen.

F. L. G.

SERMON

En la reconciliacion, concordia y avenencia de los vecinos de un pueblo antes dividido en partidos.

Sobre que la felicidad no puede hallarse mas que en el ejercicio de las virtudes cristianas.

Beati pacifici quoniam filii Dei vocabuntur.
Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.

Todos, amables oyentes: todos queremos y deseamos ser felices. Todos buscamos ardorosamente la felicidad; todos anhelamos por conseguirla; no hay uno que no se la proponga por objeto y fin de todas sus obras. Verdad es, que ninguno la encuentra, y que se pierde la esperanza de hallarla sobre la tierra; pero tambien es cierto que jamás nos abandona el ansia de ser felices. ¡Oh felicidad tan vivamente anhelada por el hombre! ¿En dónde estás escondida? ¿En dónde podremos encontrarte? ¿Quién podrá mostrarnos el camino que á ella puede conducirnos?

Los filósofos no saben contestarnos; los sabios del siglo enmudecen; los hombres todos solo nos dicen que desean ser felices, pero sin enseñarnos á buscar la felicidad que se les escapa como la sombra de las manos del que intenta cogerla como si fuera un ente tangible, real y verdadero. ¿Podrá ser acaso una quimera, una ficcion ó un engaño este deseo de ser felices, que forma las delicias del hombre, sin el que la religion sería una fábula, una mentira el Evangelio, y una farsa todo lo que percibimos, vemos y palpamos? No, señores. Hemos nacido para ser dichosos y felices, y lo seremos infaliblemente si escuchamos la voz del que quiere hacer de la tierra un nuevo cielo. Nuestro Salvador divino se ha dignado hablarnos sobre esta materia, señalándonos las fuentes de la felicidad posible mientras vivimos como peregrinos en este valle de lágrimas. El nos dice que la bienaventuranza á que podemos aspirar en esta vida, consiste en la práctica de la virtud; no en las riquezas, no en el mando, no en los placeres sensuales, no en la dominacion, no en las ordenaciones de la vanidad, de la soberbia ó del orgullo. Dice terminantemente que consiste en la paz del alma, en aquella paz que siendo uno de los frutos del Espíritu Santo, descansa en el ejercicio de las virtudes cristianas, y nos mueve á esperar el reino de los cielos como pensamiento vivificante en medio de nuestras miserias, como término de nuestra trabajosa peregrinacion, como el blanco de nuestros suspiros, como el consuelo de nuestros pesares, como el galardon y corona de nuestras buenas obras. Dice... pero, señores; el cristiano que dominando sus pasiones procure la paz interior para sí mismo, y trabaje por esta-

blecerla en las demás ¿no es del número de los dichosos y felices de que habla Jesucristo cuando dice, que son bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios? ¿No es esta la gran verdad que nos reune hoy en este santo templo para demostrar que la caridad cristiana nos une con lazos tan indisolubles, que cualquiera pueda decir de nosotros, como de los primeros cristianos, que no tenemos mas que un corazon y un alma? Así quereis demostrarlo en celebridad del triunfo que ha conseguido en vosotros la gracia contra las malas pasiones: vuestra devocion edificante indica que el Espíritu Santo posee vuestros corazones; la dulzura y benevolencia con que os mirais nos revelan que estais destinados para formar una sociedad santa en que, reinando la paz de los justos, la amistad mas pura, el gozo del Espíritu Santo y todas las virtudes cristianas, hagais que este pueblo sea un remedo del cielo, una reunion de santos, la mansion dichosa de los hijos de la fe. ¡Oh si siempre fuérais lo que sois en estos momentos de paz y de concordia! En este caso, felices sobre toda ponderacion seríais todos los que me escuchais, como os lo voy á demostrar con el fin de que se eternicen vuestros pactos fundados en la caridad, y halleis en ellos la felicidad que Jesus ha prometido á los pacíficos dignos de llamarse hijos de Dios. *Beati pacifici quoniam filii Dei vocabuntur.*

Pidamos ante todas cosas la gracia que obra prodigios en los que hablan y en los que escuchan, y digamos con fervorosa devocion á la Reina de los ángeles:

Ave María.

Beati pacifici quoniam filii Dei vocabuntur.

Ningun filósofo de la antigüedad adivinó en qué mina estaba encerrada la ventura del hombre. Solo el Legislador divino nos ha dicho que la adquisicion de esta felicidad pende de nosotros mismos, y que estando dentro de nuestra alma, es una riqueza que nadie puede arrebatarnos por la fuerza. Todos sin la menor escepcion podemos optar á ella: á todos se concede; á ninguno se niega; está ofrecida al pobre y al rico; á los que habitan en suntuosos palacios, y á los que vejetan en los brazos de la mendicidad; á los que viven en la penuria, y á los que abundan en comodidades y nadan en la opulencia; al andrajoso, enfermo y miserable Lázaro, como al magestuoso Salomon rodeado de magnificencia y de gloria. La felicidad que del cielo nos ha traido nuestro Redentor, no escita esa codiciosa envidia que producen los bienes materiales en los mundanos: las riquezas que tanto aprecian los Cresos opulentos del siglo estan continuamente espuestas á mil peligrosas contingencias de perderse; pero para la felicidad del Evangelio no hay mas peligro que la inconstancia en la virtud que es su asiento: las dignidades, altos empleos, y consideraciones respetables exigen grandes sacrificios y ocasionan mil cuidados: la felicidad que hoy os predico no requiere para su conservacion mas que deliciosa una vigilancia en no desviarse del camino del

cielo: las pompas y vanidades de los hijos de la carne abandonan á sus secuaces á la entrada del sepulcro, y los entregan á las furias infernales; la felicidad que hace tan deliciosa la vida del justo, se asemeja á la tenue luz del crepúsculo matutino, que se convierte en un océano de claridad esplendorosa con la aparicion del sol; pues que al salir de esta vida el hombre virtuoso con la felicidad evangélica que ha podido adquirir con la observancia de la ley, se le abren las puertas del cielo en donde se desarrolla hasta lo infinito, adquiriendo una vida inmortal y gloriosa, cuya contemplacion hace felices á los que unidos con los lazos de la caridad, merecen el glorioso título de *pacíficos*.

¡Qué dichosos seríamos todos si en nosotros mismos esperimentáramos la exactitud de estas verdades! Los santos que veneramos en nuestros altares las comprendieron perfectamente, y ellos solos pueden esplicarnos cómo el hombre puede ser feliz llorando, sufriendo y padeciendo persecucion por la justicia; cómo puede amarse la pobreza, y cómo sujetando las pasiones y haciendo penitencia por los pecados propios y agenos se introduce en nuestras almas aquella paz dichosa que forma los pacíficos á quienes promete Jesucristo la bienaventuranza propia de los hijos de Dios. Ellos perfeccionaban su virtud en la enfermedad, llevaban con gusto la suave carga de la cruz; pedian y obtenian trabajos y tribulaciones por hacerse dignos de imitar á Jesucristo crucificado: vivieron mortificados crucificando su carne para reducirla á servidumbre: pero felices entre sus dolores y amarguras, decian con el apóstol, que esperimentaban grandes consolaciones, y que sobreabundaba en ellos la alegría. Verdad es que esta especie de fruicio-

nes interiores pertenecen á la vida íntima del alma; y que no son fáciles de esplicar: pero por eso no dejan de ser muy reales y positivas. ¿No habeis observado á un justo alimentado con la paz que produce la virtud en los que se ejercitan en ella? Acordaos de su inalterable aspecto, de su sencilla simplicidad, y de su alegría, y decidme, sino habeis visto muchas veces que se traslúce en sus ojos y en su semblante un rayo espresivo de esa inefable dicha y alegría que rebosa en los corazones pacíficos: decidme, sino parecen los justos unos ángeles vestidos de carne humana; si hasta en sus trabajos no se advierte un no sé qué admirable que revela en medio de sus padecimientos un gran fondo de apacible gozo; y si no se comprende muy bien que el hombre goce de cierto grado de felicidad interna aun en medio de las tribulaciones. Yo en todo esto reconozco la accion invisible pero real de la divina Providencia, y asombrado con la grandeza de las obras del Señor me prosterno ante su dignacion, lo adoro, y le digo enternecido: «Dios mio, vuestra bondad ha abierto mis ojos para que vean la felicidad que habeis prometido á los pacíficos, como preludio de la infinita que les preparais en la gloria. Haced que sepa apreciarla, que llegue á poseerla, y jamás la deje, para que viviendo en el ejercicio de las virtudes cristianas se verifique que Vos sois todo para mí, y yo todo para Vos.» Aquí teneis la dicha á que puede llegar el hombre en esta vida: en ser todo de Dios y para Dios consiste su felicidad; en su amistad, en su trato íntimo, y en su familiaridad han encontrado los santos unas delicias tan inesplicables como incomprensibles á que todos debemos aspirar por nuestro propio interés, por principiar

á ser felices en esta vida. ¡Pero qué dolor! ¿Cómo es que deseando con tanto ardor la felicidad y mostrándosenos tan á las claras, no vamos hácia ella, ni procuramos adquirirla? Si en la virtud tiene su asiento la ventura del hombre, y en ella encuentra su felicidad: ¿cómo es que todos huyen de ella, y se abandonan á los vicios mas ignominiosos de sus pasiones, como si en ellos descansara su gloria? ¿De dónde el empeño de huir de la virtud, como si fuera un monstruo horrendo, y la solicitud con que todos caminan hácia los prados floridos de la lujuria á embriagarse con la copa de las abominaciones que tiene puesto al mundo en maligno, como se dice en los libros santos? Esto consiste en que los hombres desacordados, necios é incipientes no han tomado el gusto á la virtud; en que no ven en ella mas que lo repugnante y amargo á los sentidos; en que los adornos de la humildad con que se viste no los embelesa; en que sus percepciones no pasan de la corteza; en que no tienen idea de la dulzura que dejan en el alma las prácticas de la virtud, ni quieren reflexionar sobre la amargura que destilan los deleites mundanos sobre los corazones de los pecadores. Sean los hombres cuerdos por un momento, y en él conocerán que la virtud es la que puede hacerlos felices, y que el pecado hace la desgracia de los pueblos llenándolos de calamidades, como lo dice el Sabio. Ya os he dicho que bajo el esterior humilde del justo agoviado con los trabajos de la cruz, se abriga una paz tan abundante en divinas consolaciones que no se detiene el Salvador en llamarlos dichosos y felices. Ahora debo deciros lo que son los mundanos entregados á las pompas y vanidades, al fausto, á la opulencia, á los goces sensuales, y á

las ordenaciones de la altivez, del orgullo y de la soberbia, para que hagais comparaciones y acabeis de decidiros.

¿Qué habeis hallado, os diré con el apóstol, en todas aquellas cosas torpes de que os avergonzais en el dia? ¿Os han hecho felices las grandezas humanas, las delectaciones ilícitas, los tratos injustos, las rivalidades, riñas y pendencias, ni todo ese ruidoso aparato en que se agitan los que buscan su dicha y ventura en la confusion infernal que producen los crímenes y pecados? ¿Habeis podido encontrar la calma de la paz que nos trajo del cielo Jesucristo, en las borrascas de un mundo inicuo reprobado por la sabiduría eterna, y renunciado con tanta solemnidad en el bautismo? Consultad vuestros corazones para contestar, y ellos os diráp, que no hay en esta vida una cosa tan parecida al infierno, como la que esperimenta un pecador entregado á sus vicios y pasiones, olvidado de la religion, y en guerra abierta contra su Dios. Comparad vuestros pasos en los dias de vuestra demencia, con los que hoy dirige la religion que ofrece la felicidad á los pacíficos, y vereis la diferencia que hay en veros y trataros como enemigos, y en obsequiaros mutuamente, en amaros, y en vivir unidos como miembros de un cuerpo santo de que es cabeza el mismo Hijo del Altísimo. ¡Qué estremos estos, amados mios! De un lado los odios, las venganzas, la rabia y la desesperacion con un diluvio de males y desastres; y de otro el amor, la benevolencia, la caridad y las virtudes portadoras de la paz del corazon, de las delicias del alma y de los frutos del Espíritu Santo! En una parte enseñoreada, orgullosa y altiva la ciencia carnal y terrena ha-

ciendo alarde de su dominacion infernal como la prostitu. ta de Babilonia; y en otra la sabiduría de la cruz derramando luces celestiales sobre los hombres para hacerlos ángeles en la tierra! La religion divina uniendo á todos, civilizando al mundo, ofreciendo á todos la felicidad, y señalándonos la senda recta que conduce al cielo: y los hombres teniéndose por los semi-dioses de la tierra inventando planes en manifiesta contradiccion con los de la sabiduría eterna! ¡Ah! Apartemos la vista de tan repugnante cuadro; leamos en el libro de la esperiencia, y si hemos visto que no puede hallarse la felicidad entre los estravíos de los sabios y prudentes del siglo, busquémosla en nuestra santa y adorable religion; en esa religion hija del cielo que no halla distincion entre el griego y el romano, entre el judío y el gentil, entre estos ó aquellos, porque á todos los tiene por hijos y los abraza como tierna y cariñosa madre. Acudamos á ella con la humildad del publicano, y todos saldremos justificados de este santo templo. No apartemos nuestras miradas del Dios-hombre que puesto en una cruz pedia al cielo por los mismos que lo injuriaban y llenaban de tormentos, é imposible será que no amemos, no solo á los que nos aman, sino á los que nos aborrecen y ofenden. Ensayémonos en las prácticas de la virtud, y todos veremos que en ellas está escondida la felicidad que tanto deseamos. Si de nada nos han servido las enseñanzas de los políticos del mundo, prestemos nuestros oidos á la voz sonora de nuestra santa religion, y en ella hallaremos el anuncio de nuestra felicidad, la señal de nuestra dicha, el decreto de nuestra predestinacion. Ya hemos dado el primer paso hácia el cielo reuniéndonos en este santo templo

como verdaderos hermanos unidos con los lazos de la caridad. Adoremos al Dios que habita entre nosotros; invoquémoslo, y él congregará los dispersos de su pueblo, reunirá los corazones de sus hijos, reconciliará los ánimos, cicatrizará las llagas profundas que la guerra civil ha abierto en todas las clases de la sociedad, y todos nos acordaremos que antes que liberales ó serviles, progresistas ó retrógados, de esta ó de aquella comunion política, somos españoles-católico-apostólico romanos. Este sentimiento inspirado por la caridad cristiana, triunfará de nuestros corazones helados con el vicio, sucederá la calma, reinará entre nosotros la quietud del buen juicio, y todos, todos nos apresuraremos á sacrificar en las aras de la religion y de la patria los resentimientos de todos los partidos, para que tengamos la dicha de ser del número de los pacíficos que por llamarse hijos de Dios serán bienaventurados en esta y en la otra vida, como lo dijo nuestro Salvador divino: *Beati pacífici, quoniam filii Dei vocabuntur.*

Que sea así, Dios omnipotente: haced que desaparezcan para siempre de este pueblo y de todos los de nuestra España esas ominosas denominaciones que tanto nos han enconado con perjuicio del órden público, de nuestras conciencias y de nuestra amada patria. Decid con voz fuerte y poderosa: «yo soy vuestro Dios; Dios de paz y no de discordia; Dios de caridad, y no de odios y venganzas. No haya cismas ni divisiones entre vosotros como entre los gentiles que no me conocen: venid todos á formar en rededor de mí un solo pueblo, un solo redil bajo la direccion de un solo Pastor divino, y vosotros vereis que es muy delicioso el vivir todos unidos, muy dulce la paz de

los hijos de Dios, agradable en estremo el no pensar, querer ni amar mas que la virtud, en que tiene su trono la felicidad para que habeis sido criados y redimidos.» — Para que yo, Dios mio, tenga el placer de deciros habeis sido escuchado, Padre de las misericordias: á vuestra voz todos los de este envidiable pueblo se han rendido: todos estamos perfectamente reconciliados, concordes y bienavenidos: todos á una os proclamamos, bendecimos y glorificamos como al Autor de la felicidad que perciben nuestras almas en estos momentos de paz, de union y de concordia, y todos siendo vuestros hijos sumisos y respetuosos queremos ser españoles católico-apostólico-romanos, y nada mas. Esto nos basta para dar honra y gloria á la magestad divina, lustrosa brillantez á nuestra religion, honor á nuestra patria, placer y gozo á nuestros conciudadanos, virtud á nuestras almas y felicidad á nuestros corazones. Nada mas necesitamos para que no haya entre nosotros mas que un solo sentir, un solo pensar, una fe, un bautismo y un solo Dios que sois Vos, divino Señor sacramentado. Haced que agrupados todos en rededor vuestro pasemos esta vida á la sombra de vuestro pabellon divino hasta que unidos todos en la perfeccion del cuerpo místico que forman los fieles seamos introducidos en los tabernáculos de vuestra santa gloria. Amen.

A. M.

SERMON

De honras fúnebres en alguna cofradía.

No puede pensarse en lo que sufren y padecen las benditas ánimas del purgatorio sin que se interese nuestra caridad en su socorro y alivio.

Miseremini mei, miseremini mei... Quia manus Domini tetigit me.
Tened lástima de mí, porque la mano del Señor me ha herido.
Job, c. 19, v. 21.

Todo, respetable auditorio; todo pasa en este mundo: todo se acaba: todo espera un término mas ó menos inmediato. Sobre toda criatura que hay bajo del sol está escrita una irrevocable sentencia de muerte, que sin cesar se pregona, que á todas horas vemos ejecutarse, que nadie puede eludir, bien sea que viva en suntuosos palacios, ó que vejete en las chozas y cabañas de los pobres. El universo es un morir continuo, un morir de cuanto nace: yerbas, flores, árboles, producciones de toda especie, plantas de

toda clase, obras de la mano del hombre, el hombre mismo y el género humano está incesantemente pereciendo. Si aun hay habitantes sobre la tierra es porque á los difuntos quiere Dios que sucedan otros, que estando de viaje para la eternidad hagan en esta vida lo que hoy haceis vosotros inspirados por la piedad que os reune en este santo templo para consolar á los que os han precedido, á los que os han acompañado, á los que os han edificado con sus buenos ejemplos, á los que acaso debeis los bienes de fortuna que poseeis, y á los que estais unidos con los lazos de una caridad que hace un solo cuerpo de los fieles que viven y han muerto en el Señor.

Vosotros prevenidos por la fe, que es la base y fundamento de la cofradía á que perteneceis, sabeis muy bien que vuestros hermanos difuntos que durmieron el sueño de la paz alentados con la caridad y la gracia, escritos en el libro de la vida y predestinados para la gloria, pueden hallarse en el purgatorio rodeados de un fuego devorador que los abrasa y penetra, que los acrisola y purifica, que los atormenta y aflige de un modo superior á nuestros alcances y escasa comprension. Sabeis, que en las almas justas que fundaron y sostuvieron esta santa cofradía, manantial de tantas gracias y bienes para los que tienen la dicha de pertenecer á ella, pudieron quedar algunos vestigios del pecado, algunas imperfecciones y venialidades, que es muy difícil que el hombre evite en esta tierra de corrupcion y de miseria, y que con estas impurezas no es posible que entren en el lugar de las delicias y descanso eterno en que todo es puro, perfecto y santo como conviene á cuanto rodea el trono del Dios de la santidad. Sabeis

que detenidas las almas del purgatorio en una cárcel dura y tenebrosa, claman al cielo y no son oidas: que inspiran por el Dios á quien aman, y nada consiguen; que se les dice que su remedio lo ha puesto Dios en la tierra; que sus hermanos y amigos pueden salvarlas; que nosotros podemos ser sus ángeles libertadores y darles el pasaporte para entrar en su amada Sion del cielo. ¿Qué mucho, respetables señores, que en la tortura de su dolor esfuercen su voz, clamen y nos digan que nos compadezcamos de ellas y las socorramos, porque la mano de Dios las ha herido? Contemplad: traed á la memoria, á la imaginacion y al corazon todo lo que creeis y confesais del purgatorio. Haced callar á los sentidos, reconcentraos en vosotros mismos para escuchar el grito que resuena en el purgatorio implorando la piedad divina. Es de nuestros cofrades, compañeros y amigos que se dirigen á nosotros con el ardor que un cautivo pide su libertad, con la solicitud que un pleiteante pretende la conclusion favorable de su proceso, con el ansia con que un enfermo desea su curacion, y un pobre una limosna. *Miseremini mei, miseremini mei.... Quia manus Domini tetigit me.*

Vosotros sois á quienes estas almas angustiadas dirigen sus suspiros para que las consoleis. Saben que su suerte está en vuestras manos; que la inflexible justicia del Dios que las castiga no se desarma con sus dolores, suspiros y lágrimas; que vosotros sois los que podeis aplacar la ira del Omnipotente, enemigo del pecado, y que con vuestras súplicas y satisfacciones pueden acabarse sus penas y principiar su gloria, y siempre, á todas horas y sin cesar piensan en vosotros, claman y dicen de continuo: «Tened pie-

dad.—¿Qué contestais á estos clamores los que no dejais pasar á un mendigo miserable sin socorrerlo? ¿Qué os inspira vuestra fe en estos momentos? El pensamiento religioso de rogar á Dios por los difuntos: ¿no es verdad? Pues á ejecutarlo, segun el espíritu de la Iglesia, señores: á ofrecer sufragios saludables por los que murieron en el Señor dejando dispuestas estas honras fúnebres en alivio y socorro de sus almas: á cumplir con los deberes que vosotros mismos os habeis impuesto al entrar en esta santa cofradía; á implorar la divina misericordia en favor de los que nos invocan desde el lago de la miseria y la sombra de la muérte en que son tan afligidos y atormentados que no es posible pensar en lo que sufren y padecen, sin interesar nuestra caridad en su alivio, como lo vais á ver en este discurso. Saludemos antes á la Vírgen Santísima aplicando por los difuntos que escitan nuestra compasion el

Ave María.

Miseremini mei, miseremini mei... Quia manus Domini tetigit me.

No hay remedio, devotos congregantes; ó habeis de socorrer á los difuntos que arden en llamas encendidas con el soplo del furor divino, ó someteros á sufrir la nota ignominiosa del hombre sin justicia, sin religion y sin piedad. Vuestros consocios, amigos, compañeros y herma-

nos, en calabozos oscuros, en cárceles tenebrosas, en pesadísimas cadenas y entre un fuego devorante que los penetra y consume gritan sin cesar mientras no os vean derramar lágrimas que apaguen los ardores que los atormentan, romper con vuestras limosnas las cadenas que los aprisionan, y descubrir con vuestras oraciones y sacrificios el rostro del Dios á quien aman y desean con vehemencia irresistible. Aquella recomendacion del Sabio (1): «Honra á tu padre, no eches en olvido los gemidos de tu madre; acuérdate que por ellos naciste, y págales con liberalidad lo que han hecho contigo... «Aquella advertencia de Salomon (2): «En todo tiempo ama al que es verdadero amigo, pues que el hermano se reconoce en el tiempo de la tribulacion...» Aquella exhortacion de san Pablo (3): «Hijos, amad á vuestras esposas como Cristo amó á su Iglesia...» Las Santas Escrituras, los santos Padres, la tradicion respetable, las doctrinas, los usos, prácticas y costumbres de los fieles desde la mas remota antigüedad, y esos instintos religiosos enervados con el aparato fúnebre que nos rodea ¿no bastarán para movernos á imitar á los difuntos que en su vida agradaron á Dios, merecieron su gracia, y nos enseñaron á pedir y suplicar por los que sufren tormentos incomprensibles en el purgatorio? ¿Tendremos valor para mostrarnos insensibles á los clamores que escucha nuestra fe de los que muriendo en el Señor confiaron en nuestra piedad, creyendo que con nuestras sa-

(1) Eccles., c. 7.
(2) Prov., c. 17.
(3) Epist. ad efes.

tisfacciones, oraciones y sacrificios sería corto el tiempo de su penar en el purgatorio? Esto sería ser con nuestros hermanos mas crueles que las fieras de la Hircania, mas inhumanos que los que despreciaron al infeliz maltratado por los ladones en el camino de Jericó, mas ingratos que los que habiendo sido curados por el Salvador no cuidaron de darle gracias. Ahogar los gritos de nuestros hermanos difuntos con una indiferencia propia de los que no creen, aman ni esperan en Dios, es una impiedad que nos arroja del santuario, nos hace indignos de asistir á estos actos religiosos, y nos señala para víctimas de la cólera encendida de un Dios que castiga omnipotentemente las sombras y reliquias del pecado en sus mismos amigos y escogidos aherrojados en el purgatorio. Permanecer indolentes, frios, apáticos... Pero no puede ser así. Si veo la piedad cristiana personificada en vuestra devocion religiosa, y leo en vuestros semblantes lo que pasa en vuestros corazones enternecidos al oir las súplicas de los que demandan misericordia desde el lugar de los tormentos ¿cómo me atrevo á suponer en vosotros motivos de reconvenciones acres, fuertes y terribles, como si fuérais lo que no sois? He seguido á los Agustinos, á los Naciancenos, á los Ambrosios, Bernardos, Buenaventuras y Antonios de Padua, que usaron de igual lenguaje en concursos parecidos al que me escucha, y no retiro una sola palabra de las que os he dirigido con el designio de escitar vuestra piedad en favor de las almas que atormentadas en un océano de penas claman y dicen atribuladas:—Tened lástima de nosotras, porque la mano del Señor nos ha herido:—*Miseremini mei, quia manus Domini tetigit me.*

¿Por qué hemos de disimular nuestro disimulo infame, nuestra perversa índole, nuestra ficcion impía, y todo lo que aglomera la malicia de nuestro corazon para hacernos creer que somos los Rafaeles destinados á conducir á los Tobías impotentes hácia el cielo, dando luz á sus ojos, alegría á sus almas, contento á sus familias y placer al pueblo santo? ¿No será mejor apartarnos de las vanidades y presunciones del fariseo que daba gracias á Dios porque creia en su altivez y soberbia que no era como los demás hombres, y seguir al publicano que confesando humildemente sus pecados logró ir justificado á su casa? Pues esto justamente es lo que hoy puede poner á nuestros hermanos difuntos en posesion de la gloria á que estan predestinados, y esto es lo que puede hacernos gratos al Señor que quiere y nos manda que saquemos con nuestras buenas obras á las ánimas benditas del lugar horroroso en que sufren las penas y desconsuelos mas atormentantes que pueden imaginarse. Hemos ofendido á Dios con pecados que no conocieron nuestros padres, y hemos multiplicado nuestras culpas como las arenas del mar: pero el Señor en su bondad inmensa dice, que en qualquier momento en que nos convirtamos á él con propósito firme de amarlo y servirlo, hemos salvado nuestras almas y quedado blancas como la nieve; y si así lo hiciéramos ahora mismo aplicando nuestra sincera contriccion en sufragio por los difuntos que sufren y padecen en el purgatorio, nosotros seremos adornados con la gracia de los hijos de Dios, y las benditas ánimas que tantas súplicas nos dirigen en su afliccion serán trasladadas de las cárceles en donde son atormentadas, á la patria del descanso eterno para ser en ella nuestros abo-

gados y protectores. Convirtámonos á Dios con corazon contrito y humillado; pidámosle piedad y misericordia; imitemos á nuestros hermanos difuntos en sus santas obras, en sus oraciones, en sus penitencias y en sus méritos, y no hay que dudarlo, este será el dia que ha hecho Dios para santificarnos, y llenar de gozo á los que son el objeto de estas honras fúnebres. Así lo quiere el cielo, así lo desean los justos de la tierra, así nos lo piden y publican con lágrimas de sangre nuestros hermanos difuntos: *Miseremini mei, miseremini mei... Quia manus Domini tetigit me.*

Es tan activo, tan violento y voraz el fuego que atormenta á las almas del purgatorio, que no hay símiles en la tierra con que poder esplicarlo. Sabemos que el fuego es el elemento mas robusto, mas rápido y mas estrepitoso en sus obras: que liquida los metales, reduce á polvo las piedras, convierte en ceniza los mistos, y vuelve á su nativa pureza los simples: que encerrado en minas subterráneas arroja por el aire torres, castillos y murallas, como si fueran ligeras pajas, y que conmovido en las nubes por el viento arroja rayos y centellas llenando de espanto y de terror al universo: pero si estos estragos causa el fuego en las manos de la naturaleza y del hombre; ¿qué será en las de un Dios Todopoderoso cuando lo destina para vengarse castigando á las almas del purgatorio manchadas con las reliquias del pecado? La medida de su actividad es el aliento de un Dios indignado, que como un torrente de azufre aviva sus llamas para que sean las depositarias de su ira. Con él atormenta á las ánimas benditas consumando en ellas la ira de sus venganzas, como se dice en el

Apocalipsis: *In illis consumata est ira Dei* (1). Nuestros hermanos, parientes y amigos que se hallen en el purgatorio, pueden decir con David; que «colocados en el lago inferior, en los calabozos tenebrosos y en las sombras de la muerte, sienten que se confirma sobre ellos mismos el furor del Señor:» que los inunda en un mar de fuego encendido con todos los rigores de su divina justicia. Por eso afirmó san Agustin, que el fuego del purgatorio es mas doloroso que todo lo que puede padecerse en esta vida, añadiendo que de un modo prodigioso es mas cruel que el del mismo infierno. Por lo mismo dijo san Cirilo Alejandrino, que todos los trabajos de esta vida son consuelos comparados con los del purgatorio, y que un solo dia en esta mansion del dolor es mas terrible que todo cuanto han padecido y padecerán los hijos de Adan hasta el fin del mundo. Con este fuego superior que es lo mas acre, lo mas vivo y lo mas penetrante del del infierno, segun san Gregorio, purifica Dios á los hijos de Leví, á las almas justas, liquidándolas como la plata y el oro en el crisol, segun el profeta Malaquías (2). Como el químico para limpiar el oro de la escoria lo arroja al fuego, lo derrite, lo convierte en ascua, y á prueba de calor candente lo sublima y reduce á la mayor pureza; así Dios arroja á las benditas ánimas manchadas con las reliquias del pecado en aquellas llamas, que irritadas con el soplo de la divina justicia las purifican con una quinta esencia del fuego que llama Isaías *Espíritu de ardor*. El Omnipo-

(1) Apocalipsi., c. 15, v. 1.
(2) Malaq. c. 3, v. 3.

tente eleva el fuego del purgatorio no obstante su sér material, para que obre con toda su violencia en las almas espirituales. De aquí el llamarlo san Agustin fuego que obra de un modo incomprensible, pero verdadero é incógnito, pero real y efectivo: *miris, sed veris, modis.* Con él hiere, consume y abrasa el Dios de la santidad las fealdades de las hijas de Sion, las purifica bautizándolas con fuego formidable, segun san Gregorio; las hace sentir dolores desapiadados, dolores que al padecerlos Jesucristo en el huerto fue necesario que un ángel lo confortase; que al sentirlos María Santísima en el monte de sus aflicciones fue mártir y mas que mártir, acreditándose de superior en su dolor á todos los mártires habidos y por haber. ¡Qué estremados deberán ser los tormentos del fuego vengador cuando tocan al alma desnuda de materia y desvalida, como una hoja que arrebata el viento, sin apoyo, sin auxilio y sin consuelo! Se halla rodeada de males por todas partes, oprimida con las angustias mas crueles, equivocada en sus dolores con los condenados del infierno; y sin embargo, cofrades respetables y piadoso auditorio, aunque tan terrible y espantosa esta pena de sentido que atormenta á las ánimas del purgatorio, aun sufren otra mas amarga, la privacion de la vista de Dios, la pena de daño con que las atormenta el cielo de un modo el mas violento que puede imaginarse.

Si, fieles sensibles, sí: la pena de sentido, aunque cruel y en estremo atormentadora es limitada; la de daño es infinita segun el doctor angélico. Esta es la mas rigurosa, la mas cruel, la que sola es mas sensible que mil llamas, mas tormentosa para las almas justas que los do-

lores del infierno y del purgatorio reunidos. Aman á Dios, y carecen de Dios. ¿Sabeis lo que es esto? Amar á Dios es estar unidas á aquella bondad inefable de donde nos viene la vida por quien somos y nos movemos; es ser parte de la bondad inmensa y del corazon de Dios, como lo dice el salmista (1): y carecer de Dios, es carecer de aquella hermosura encantadora que arrebata los deseos de los ángeles, y hace la felicidad de cuantos la miran. Carecer de Dios, es estar privados de aquella luz inaccesible, que aun oculta, atrae con tan fuerte y dulce violencia como se vió en los terrenos y carnales apóstoles, cuando acostumbrados á las obras de los sentidos lo dejaron todo por seguir la voz divina que los llamaba hácia lo mas arduo y difícil para el hombre pegado á la tierra. Carecer de Dios es la pena mas intolerable, la que trae consigo todos los trabajos, todos los males y todas las angustias que caben en la comprension humana. Acordaos del príncipe Absalon privado de ver la cara de su padre. No puede vivir sin ver el rostro de su rey y señor. Rodea el palacio, se acerca á la antecámara, y á los porteros, á los criados, y á todos no cesa de decir: «yo quiero ver á mi padre.» No se avergüenza de suspirar; derrama lágrimas, suplica, recurre á los mas ínfimos sirvientes, llama en su auxilio al capitan Joab, y le dice: Tú que tienes acceso en la corte, habla por mí para que mi padre me dé entrada: esta es la gracia que te pido. Yo merezco la muerte y la sufriré con gusto con tal que me franquee su vista. Quiero morir si aun se acuerda de mi iniquidad, y me aleja de su pre-

(1) Ps. 72.

sencia.» Si Absalon siendo príncipe de la corte, rodeado de delicias, de honores y de bienes de fortuna no puede sufrir un breve destierro de la presencia de David, las ánimas del purgatorio entre llamas devorantes, aflijidas por la justicia del Dios de su amor, reducidas á la miseria mas incomprensible, esclavas y faltas de todo consuelo ¿qué no sufrirán al verse desterradas de la vista y fruicion deleitable del Dios infinito y eterno, fuente inagotable de todos los bienes? ¿Qué lágrimas, qué suspiros, que clamores, y qué súplicas dirigirán al cielo para juntarse con aquel Dios á quien aman y no pueden dejar de amar? Ah! Ellas en su afliccion recurren á nosotros como Absalon á Joab, y nos instan para que empleemos el valimiento que tienen los justos con el Dios de las misericordias, á fin de que el Señor les muestre su rostro, y las admita en su presencia; nos hacen presente su calamitosa situacion, pero como olvidadas de sus dolores incomprensibles, solo nos dicen que no pueden vivir sin su Dios, que Dios es su centro, su fin y su objeto; que anhelan por su vista con mas ansia que David: *Faciem tuam domine requiram.* De aquí aquel ardor supremo con que se arrebatan hácia su Dios, el ímpetu vehemente con que se inclinan á él, el incomprensible pesar que les causa el no poder vencer el obstáculo que pone la divina justicia entre el purgatorio y el cielo. Nosotros podemos allanarlo todo; podemos ponerles espedito el camino de la luz eterna; en nuestra mano está el levantar la losa que las cierra en las llamas devorantes; con solo querer nosotros son felices y dichosos nuestros hermanos que levantan sus manos suplicantes para que les tengamos lástima y usemos de piedad con ellos

porque el Señor las ha herido con mano fuerte. *Miseremini mei, miseremini mei... quia manus Domini tetigit me.*

No pueden decir estas almas santas como el santo Job: *No hay quien pueda librarnos de la mano de Dios. Non est qui de manu tua possit eruere*: porque aunque las destierra de la patria celestial les proporciona quien como al jóven Tobías las restituya á la casa de su padre: porque aunque encerradas en un calabozo oscuro, quiere Dios que rompamos sus cadenas como el ángel á san Pedro. Dios las somete á todo género de aflicciones, y las ha imposibilitado para hacer por su propia mano el mas pequeño movimiento como el paralítico de la piscina: pero se complace en que las consolemos, y desea que una mano caritativa las arroje en las aguas de la salud. En nuestras manos ha puesto el caudal que puede redimirlas dejando satisfechas sus deudas. Nuestras penitencias, nuestros ruegos, nuestras buenas obras y nuestros méritos son los arbitrios que ha puesto en nuestro poder para coronar cuanto antes la santidad de nuestros hermanos difuntos; ¡y qué alegría, piadosos y sensibles oyentes, qué alegría sería la suya si los ángeles que presencian estos cultos les hiciesen saber, que su causa está terminada, que este es el dia de su rescate, que hoy mismo rotas sus cadenas con nuestros sufragios, van á volar á la ciudad santa! Cooperemos, señores mios, á esta saludable libertad: humillémonos en la presencia del Señor; pidamos por las ánimas al pie de los altares; elevemos nuestra voz hasta los cielos, y hagamos que Dios se acuerde de sus antiguas misericordias. Digámosle contritos y humillados: Vos, Dios mio, sois aquel Dios que perdona, que se compadece y quita las manchas

y reliquias del pecado, y podeis arrebatar de las llamas devorantes á los difuntos que tanto nos interesan. Los ministros de la nueva alianza van á ofrecer el gran sacrificio por esas almas abandonadas, van á derramar vuestra sangre preciosísima por su libertad, van á tomar en sus manos como David, el cáliz de la salud, cuya eficacia penetra hasta los abismos, apaga el fuego vengador del purgatorio, y hace que de él salgan las benditas ánimas para descansar en paz rodeadas de luz inmortal en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

De accion de gracias por los frutos recibidos, que despues de verano suele predicarse en algunos pueblos, y llaman sermon de Ofrenda.

Debemos bendecir y alabar al Señor, darle gracias por los favores y beneficios que nos hace y corresponder agradecidos dándole de lo que él mismo nos ha dado.

Dante te illis, colligent: aperiente te manum tuam, omnia implebuntur bonitate.
Dándoles tú, ellos recogerán: abriendo tú tu mano, todos se llenarán de bienes.
Ps. 103, v. 28.

Asombrado el real Profeta á la vista de las obras maravillosas de Dios, y resuelto á cantar sus misericordias y celebrar sus alabanzas, convida á los justos á que se unan con él para glorificar al Señor. No quiere que se dé lugar en este coro á los impíos: antes bien dice de estos, que sino se han de arrepentir sean confundidos para siempre: pero

tú, alma mia, *añade*, no dejes de bendecir y de alabar á tu Dios continuamente. Para escitarnos á hacer lo mismo recorre los caminos de la Providencia segun sus alcances, y dirigiéndose al Autor sapientísimo de la naturaleza le dice con corazon sincero y agradecido: — «Vos, Dios mio, haceis las fuentes al pie de las montañas para que filtrándose las aguas por medio de ellas formen copiosos arroyos para fecundizar con sus risueñas corrientes las vegas y los campos. De ellos beben todos los animales que pacen en las selvas para saciar su sed. Vos regais los montes con las lluvias que enviais del cielo, fertilizando con ellas la tierra, para que produzca sus frutos en toda sazon y abundancia. De ella haceis nacer el heno para alimento de las bestias, y las legumbres y verdura para el uso de los hombres. De la misma sacais tambien el trigo que mantiene y da fuerzas al hombre, y el vino que recrea y alegra su corazon; el aceite y todo género de alimentos con que reparan sus fuerzas enflaquecidas. Obras vuestras son el sol y la luna, que distingue los tiempos con sus crecientes y menguantes, mientras que el rey de los astros sigue su carrera alumbrando al mundo desde que nace hasta que se pone. Suceden á la luz del dia las tinieblas de la noche; y estendiendo esta su negro manto sobre el cielo da lugar á las fieras para que salgan de entre las espesuras de los bosques á buscar con que vivir. Mas apenas nace el sol, todas se retiran á descansar en sus cuevas, y se da lugar al hombre para que desde el primer rayar del alba siga con sus interrumpidas tareas y labranza, hasta que el sol vuelva otra vez á ponerse. En vista de esto, Dios mio, ¿quién no quedará absorto al contemplar la grandeza de vuestras obras?

¿Qué espectáculo mas noble y magnífico que ese espacioso mar en cuyos senos se hallan tantos peces grandes y pequeños, y por cuya superficie surgen y corren la inmensidad y profundidad de sus aguas escuadras numerosas de navíos? Todas las criaturas del universo tienen de Vos una absoluta dependencia: de Vos solo esperan que las proveais á su tiempo del necesario alimento. Si Vos lo dais, todos acuden á recogerlo: si abris la mano, todos quedan satisfechos con la abundancia que derramáis sobre ellos: *Dante te illis, colligent: aperiente te manum tuam omnia implebuntur bonitate.*

¿Quién de vosotros, amables oyentes, no se unirá de buena voluntad al real Profeta para alabar y bendecir al Dios que nos da todo cuanto necesitamos para vivir ocupados en su santo servicio, como hijos verdaderos de la fe? ¿No nos ha dicho Jesucristo que busquemos ante todas cosas el reino de los cielos, sin cuidar con demasía de la comida y del vestido, porque sabiendo el Padre celestial que necesitamos estas cosas nos las concederá por añadidura? ¿No reprende á los que las buscan con el afan de los gentiles que no conocen al Dios de la Providencia, que cuida de las aves del cielo y de los insectos que serpean sobre la tierra, y viste al lirio de los campos con mas hermosura y magnificencia que la que ostentó Salomon en los dias de su magestad y de su gloria? Pues sea nuestro oficio el de alabar y bendecir al Señor, el de darle gracias sin cesar por sus beneficios, el de corresponder agradecidos dándole de lo mismo que nos ha dado, porque esto le agrada, como os lo voy á manifestar en este breve rato para que comprendiendo lo que es esta funcion llamada *de Ofrenda*, os santifi-

queis en ella, y os hagais dignos de que el Señor abra su mano y se llenen de bienes vuestras casas, vuestras familias y vuestras almas.

Vírgen amable: todos á vuestro lado respiramos la alegría de la esperanza. Creemos que antes faltará la luz al sol que á vos la bondad y clemencia con que mirais á vuestros devotos, y esto nos consuela, nos regocija, nos inspira el pensamiento de pediros la gracia de acertar á corresponder agradecidos al Dios que nos ha llenado de beneficios. Alcanzádnosla del Hijo precioso que descendió de los cielos á vuestro vientre virginal cuando os saludó un ángel diciéndoos:

Ave María.

Dante te illis, coligent: aperiente te manum tuam omnia implebuntur bonitate.

Alabar, bendecir y glorificar al Dios de la creacion: ved aquí en lo que se ocupan todas las criaturas visibles é invisibles. No hay un ser criado que no reconozca y esprese, segun su naturaleza, su dependencia del Criador del mundo. *El nos ha hecho á todas, y no nosotras á nosotras mismas,* dicen las criaturas que pueblan el universo, confesando con esto, que siendo deudoras de su existencia al que las hizo, á él deben dirigirse sus bendiciones y alabanzas. *Los cielos*, dice el Salmista, *declaran la gloria de Dios, y*

el firmamento anuncia las obras de sus manos (1). Los vastos cuerpos del sol, de la luna, de las estrellas y planetas que se presentan á nuestra vista en esos inmensos espacios del firmamento; las revoluciones constantes de los cielos, los meteoros del aire y todo lo que registramos sobre nuestra cabeza nos dan gritos en cierto modo y nos convidan á que fijemos en ellos nuestra consideracion y reconozcamos que obras tan admirables solamente son obras de Dios, y que su empleo no es otro que el de obedecer la ley eterna del Criador impresa en su naturaleza. Un dia que iluminado por el sol ha publicado la magestad del Señor habla á otro dia y le comunica la órden de ir anunciando por su turno la gloria del Altísimo: y una noche despues de habernos manifestado la grandeza del Inmenso, deja á la noche que la sigue el cuidado de publicar sucesivamente sus grandezas y alabanzas. Toda gente, nacion y tribu entiende el lenguaje mudo, pero enérgico con que nos hablan las cosas que ha criado Dios; todas ellas nos dicen que en seguir su voz de magnificencia consiste nuestra felicidad; que Dios con sus criaturas, y las criaturas con su Dios presentan á la consideracion del hombre reflexivo una inmensidad de riquezas, de bienes y de delicias superiores á nuestra comprension, pero que nos obligan á alabar, á bendecir y á glorificar al Dios que ama todo lo que ha criado, y es fuerte y poderoso con los que reconocen sus beneficios y le rinden homenages de amor y de respeto, como los tres niños que cantaban las glorias de su Dios en el horno de Babilonia, convidando á todas las cria-

(1) Ps. 18.

turas á alabarlo y engrandecerlo; como Judit al frente de los betulienses cuando los libró Dios de las amenazas de Holofernes; como la amable Estér favorecida por el cielo, y como los patriarcas del pueblo escogido ocupados en establecer monumentos que perpetuasen la memoria de los beneficios recibidos, y la gratitud religiosa con que procuraban corresponder al Dador de todo bien.

Y si á los gritos de la naturaleza, que con tan suave y armoniosa melodía nos llevan hácia la fuente y orígen de cuantos bienes ha derramado la divina Providencia sobre los mortales, debemos responder con cánticos de alabanza y continua accion de gracias, en perfecta consonancia con todos los pueblos de la tierra: ¿que no deberemos hacer los cristianos en cumplimiento de los deberes que sobre este particular nos impone nuestra santa y adorable religion? *Sed agradecidos*, nos dice el apóstol. *Grati estote* (1). Mi P. san Bernardo observa que para dar testimonio y acreditar los hombres en todos los siglos su gratitud á los beneficios recibidos se han compuesto muchos himnos y cánticos en tal disposicion, que no hay beneficio alguno señalado que los fieles no hayan celebrado con algun cántico particular de accion de gracias. Cantó Israel un cántico al Señor cuando lo libró de la espada y poder de Faraon. Cantó Dévora, cantó la madre de Samuel, y cantaron otros muchos las misericordias del Señor para no ser tenidos por ingratos á los divinos beneficios, y para cumplir con los deberes de bendecir y alabar al Señor por la bondad con que cuida de sus siervos. El real Profeta lleno de agrade-

(1) Ad Colos. c. 3, v. 15.

cimiento decia con vivos deseos de corresponder al Dios que lo favorecia.— ¿Qué retornaré al Señor por los grandes beneficios que me ha hecho? ¿Cómo podré corresponder á tantas mercedes como he recibido de su mano poderosa?— Despues de una madura deliberacion dijo inspirado del cielo: — Os sacrificaré, Dios mio, una hostia de alabanza, y me ocuparé en invocar vuestro santo nombre: *Tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen domini invocabo.* Daré gracias á Dios, espone san Juan Crisóstomo, le alabaré, é invocaré su santo nombre, porque en esto consiste el sacrificio de alabanza. Ofreceré mis votos y ofrendas al Señor en presencia de todo su pueblo, en los atrios de la casa del Señor, á la vista de toda la ciudad de Jerusalen, para invitar á todos á seguir mi ejemplo, á acompañarme en dar gracias al Dios que á todos da para que recojan, que abriendo su mano todos se llenan de bienes. *Dante te illi colligent; aperiente te manum tuam omnia implebuntur bonitate.*

Ahora bien, amados mios, si tan agradable es á nuestro Dios el que todos los dias lo bendigamos, alabemos, glorifiquemos, y le demos gracias sin cesar, porque son continuos y repetidos sus beneficios ¿cuánto mas grato no le será el que le manifestemos nuestro reconocimiento cuando nos favorece con una mercerd señalada y estraordinaria como al presente? Acabais de recoger los frutos que Dios os ha dado, porque con tiempo oportuno envió el rocío á los campos, los vientos á los mares, el frio y el calor á las diversas estaciones, y las nieves y las lluvias *cuando* y *como* convienen para el admirable órden del universo. ¿No es natural, justo y conveniente darle gracias, ofrecerle sa-

crificios, manifestarle nuestra gratitud, y demostrar que somos por nuestra fe hijos de Abrahan, de Isac y de Jacob, amigos de nuestro Dios porque correspondieron agradecidos á sus beneficios? Vuestros generosos y devotos corazones no sufren ya estímulos innecesarios para moveros: vosotros mismos inspirados por el instinto natural, y por la fe que heredásteis de vuestros padres, habeis determinado dar un público testimonio de vuestro agradecimiento; habeis promovido estos solemnes cultos; quereis celebrar con pompa religiosa esta funcion llamada *de Ofrenda*, porque con vuestros voluntarios donativos deseais manifestar que teneis fe, esperanza y caridad; y no, no podeis consentir en que se os tenga por tan inhumanos y tan viles, que seais capaces de olvidar el beneficio despues de recibido. Sabeis que el que siembra en bendicion, en bendicion segará; que el que da recibirá; que el que ofrece uno al Señor, recibirá ciento; y que no el afan de los gentiles, ocupados esclusivamente en buscar la comida, el vestido y las riquezas materiales, puede haceros ricos, felices y dichosos, sino que todas estas cosas estan ofrecidas y se dan por aumento al que busca ante todas cosas el reino de los cielos, como lo dice el mismo Jesucristo cuyas palabras no pueden faltar. Tambien sabeis, que vuestras ofrendas deben ser libres y voluntarias para que sean aceptables, y dignas de recompensa; porque de lo contrario podria aconteceros lo que sucedió á Ananías y Safira que haciendo un donativo á los apóstoles y queriendo engañar á san Pedro, cayeron muertos á sus pies. Sean pues vuestras dádivas como la de la pobre muger que se menciona en el Evangelio, porque habiendo ofrecido de su pobreza una misera-

ble dracma para reedificar el templo, fue la ofrenda mas agradable á los ojos del Señor. Acudid y ofreced al Dios de lo mismo que os ha dado, para que se asegure su culto, y no carezca su casa de lo que necesita para su esplendor y magnificencia, y él cuidará de que todo vuelva centuplicado á vuestras manos, porque él es el Dios que dando á sus criaturas, todas recogen; y abriendo su mano, todo se llena de bienes. Pero si la cierra, y se retira el Dador de todo bien: ¡ah! En este caso todos pereceremos, todos nos hundiremos en el caos de la nada de que hemos salido por efecto de la bondad de nuestro Criador y Salvador glorioso, y desconcertado el universo desaparecerá como el humo sin dejar rastro de que ha existido. Si Dios nos deja..... Pero esto, no puede suponerse; ama á sus criaturas, quiere que con amorosa y filial confianza le digamos los cristianos, *Padre nuestro*. Nuestro Señor Jesucristo nos ha enseñado á llamar *Padre* al que domina sentado en el trono de la eternidad. Los sentimientos que inspira aquella sola palabra, y las relaciones que establece entre el Eterno y los hijos del polvo, son de tan inmensa importancia, de tanto consuelo, y tan gratas esperanzas, que puede asegurarse que en ella sola está compendiada toda nuestra santa y adorable religion. ¡Dios nuestro Padre, y nosotros los hijos de sus deliciasl ¿Quién puede contemplar este beneficio, sin decir con el real Profeta — Alma mia, bendice y engrandece al Señor: entrañas y cuanto hay en mi interior, alabad y glorificad su santo nombre?— ¿Y quién reconociendo los infinitos beneficios que ha recibido de su Dios, no tratará de mostrarse agradecido segun las inspiraciones de la gratitud cristiana? El que tal omision ad-

mitiera en su indolencia sería un impío, un desalmado, un hijo de perdicion, no un cristiano católico romano, como tenemos la dicha de serlo, los que habiendo recogido los frutos que Dios nos ha dado, venimos á este santo templo á bendecirlo, alabarlo y glorificarlo, y á darle gracias por el cuidado con que nos atiende, por la solicitud con que mira por nuestra dicha y felicidad, por la providencia con que provee á nuestras necesidades. Imitemos pues á las potestades angélicas que no cesan de bendecir al Señor, y manifestémonos agradecidos al Dador de todos los bienes, no solamente con palabras y con nuestra lengua, sino con nuestras obras y con toda verdad, porque nuestro Dios exige de nosotros la gratitud y accion de gracias mas que la caridad, como lo dice mi doctor melífluo: *Gratiarum actionem, magis quam dilectionem.* Es verdad que á los actos del amor y de la caridad se debe la primacía sobre todas las virtudes; pero en sentir de mi santo Padre el sacrificio de la accion de gracias es mucho mas acepto á Dios, porque es un holocausto perfectísimo que se quema y consume en honor de Dios por el fuego de la misma caridad. Es la espresion de la caridad misma, el producto de esta virtud sublime, porque es imposible amar de veras á Dios sin ofrecerle el obsequio del corazon y de la mas rendida gratitud. ¿No es cierto que el que alaba, bendice y da gracias á Dios, manifiesta en esto mismo, que lo ama, lo adora y glorifica? Pues demos gracias al Señor y hemos cumplido con toda la ley: correspondamos agradecidos al Dios que nos ha llenado de bienes, dándole de lo mismo que nos ha dado, y no dudemos de que esto es lo que mas le agrada, lo que lo llena y satisface, lo que le oblige á derra-

mar los tesoros de sus riquezas sobre nosotros, y lo que acreditándonos de agradecidos nos hace dignos de nuevas gracias y beneficios. Así se halla consignado en las primeras páginas de la ley natural, y en todas las de la escrita. Así nos lo dice terminantemente Jesucristo al mandarnos santificar el santo nombre del Señor, al dar él mismo gracias al Eterno Padre cuando resucitó á Lázaro, al encargar al endemoniado librado, de que nos habla san Lucas. que volviese á su casa á contar á todos los grandes beneficios que habia recibido de Dios, y al manifestar lo grato y acepto que le es el agradecimiento cuando despues de haber curado á los diez leprosos elogió al que vino á darle gracias. Así en fin lo veo escrito en vuestros corazones, en vuestros semblantes, en vuestros cuerpos y en vuestras almas; y nada, nada mas falta que hoy hagamos todos con Dios lo que él hace con nosotros. El dándonos, recogemos, y abriendo su mano todo se llena de bienes. Pues ved aquí, amados mios, que nosotros podemos hoy hacer el oficio de dioses, si puede decirse así, con nuestro mismo Dios. Se halla pobre y necesitado de un culto digno en su santo templo, no pueden hacerse las solemnidades con la pompa y solemnidad convenientes, mendiga el santuario en estos tiempos de general penuria, los sacerdotes andan como avergonzados al ver la casa del Señor mas necesitada que las de los mas miserables é infelices, y vosotros podeis derramar vuestros bienes ofreciéndolos al Señor con buena voluntad y corazon devoto. Hacedlo así, y Dios os colmará de favores y beneficios, llenará vuestros troges de frutos, y vuestras almas de virtudes y todos tendremos la dicha de esperimentar que la funcion de *la Ofrenda* es debida á la

piedad que santifica, á la caridad que ilumina, á la accion de gracias que tanto agrada al Señor, y á la gracia que infunde Dios en los agradecidos para que edifiquen con su buena vida á los fieles, y les señalen el camino recto que conduce á la gloria que os deseo. Amen.

A. M.

SERMON

que en honor del bienaventurado apóstol san Pedro, patrono de la Sociedad de Socorros Mutuos del clero, instalada en España, predicó el señor socio

D. ATILANO MELGUIZO

siendo Vice-Presidente de la Junta Directiva, etc., en la iglesia del Cármen Calzado de Madrid el dia 1.º de agosto de 1847, dia en que la Sociedad celebró por primera vez la fiesta de su santo Patrono, conforme á sus Estatutos.

Ante omnia autem, mutuam in vobis metipsis charitatem continuam habentes.

Y ante todas cosas, teniendo entre vosotros mismos constante y mutua caridad.

1.ª Pet., c. 4, v. 8.

La caridad, Excmo. Señor: la caridad es la que nos reune hoy en este santo templo para dar un público testimonio de nuestra fe á la faz del mundo todo. La caridad, sin la que es imposible agradar á Dios, en la que consiste toda la ley, y con la que somos el linage escogido, el real sacerdocio, la gente santa y el pueblo de adquisicion de

que nos habla el príncipe de los apóstoles (1.ª Pet. 2.º, v. 9), nos llena de consuelo, inflama nuestros corazones y nos inspira para que digamos al Señor: «Bendito seas, gran Dios. Criador y Conservador prudentísimo de los hombres, bendito seas: porque tú destruyes y tú vuelves á edificar: porque azotas y halagas: porque hieres y dulcemente sanas. Bendito seas, vengador omnipotente de tus ofensas, y dispensador clementísimo de tus misericordias: porque sabes vibrar el asta de tu furor contra los impíos y arrojas saetas de muerte sobre los malos: y porque consuelas á los que te aman, en medio de sus tribulaciones. Bendito, porque te enojaste terriblemente contra nosotros, y bendito porque pasó tu furor y luego nos consolaste. Bendito, Señor, bendito, porque llenaste de afliccion á tus sacerdotes, y bendito porque no perecieron en la amargura nuestras almas. En una palabra, Dios escelso, llénente de bendiciones los cielos y la tierra, porque redujiste al clero español á la condicion de un leproso abatido y humillado: y alábente todas las generaciones porque habeis revelado al grande apóstol san Pedro el plan de nuestra felicidad trazado en estas palabras de vida eterna.—*Ante omnia autem mutuam in vobis metipsis charitatem continuam habentes.*»

Y ved aquí, sabios y piadosos oyentes: ved aquí los sentimientos del clero español, su religiosa ilustracion, las especies que escita en nuestras almas la Sociedad de Socorros Mutuos establecida entre nosotros bajo la proteccion del bienaventurado San Pedro con aplauso de las autoridades encargadas de hacernos felices en esta y en la otra vida. ¿Por qué no habria de ocupar hoy este púlpito un Crisóstomo capaz de hacernos comprender *que no pu-*

diendo ser nuestra sociedad obra de la sabiduría humana; lo es de una caridad ardiente que la destina para llenar de gracias á los socios, de virtudes á los fieles y de honor y gloria á nuestro Dios, como me propongo manifestaros? ¿Cómo entre tan dignos eclesiásticos...

Pero ¡Dios mio! Que vean todos en mi pequeñez el poder de vuestra diestra. Concededme la gracia que hace elocuentes á los que inspira. Haced que salga de mis labios una voz de virtud y de magnificencia que nos obligue á cantar en medio de vuestro templo los cánticos de Betulia y el himno de nuestros triunfos y regocijos. Os lo pedimos y suplicamos por medio de la que mereció que el ángel la saludase diciendo:

Ave María.

Ante omnia autem, mutuam in vobis metipsis charitatem continuam habentes.

Y ante todas cosas, teniendo entre vosotros mismos constante y mutua caridad.

1.ª Pet., c. 4, v. 8.

El cristianismo, Excmo. Señor, el cristianismo no puede suplirse con ese aparato de civilizacion que tanto deslumbra á los que tienen por posible una sociedad sin Dios, sin religion y sin virtud. La sabiduría y prevision de los Licurgos y Solones, la perspicacia de los modernos socialistas, ni esos maestros del saber humano que todo lo alla-

nan y resuelven por los principios de la ciencia: ¿han acordado, ni jamás alcanzarán á establecer una ley que penetrando en lo interior de nuestras almas, sea capaz de purificarlas y hacerlas dignas de ser templos vivos del Dios de la verdad? ¿Pueden las leyes civiles, la policía, ni toda la sagacidad humana inflamar los corazones de los hombres, unirlos en social fraternidad, interesarlos en favor de sus hermanos hasta esponer la vida por ellos, y precisarlos á buscar su felicidad temporal y eterna en el amor del prójimo? No señor: estas cosas son muy superiores al poder humano, y á la vista está. Solo puede realizarlas la Sociedad de Socorros Mutuos bajo el sistema de una mutua y continua caridad en que se encierran los beneficios, los auxilios, los consejos, la conmiseracion, la dulzura, la indulgencia y todas las virtudes que dejan verse en estos preceptos del divino Maestro. *Haced á los demás lo que quisiérais hiciesen con vosotros mismos.* (Luc. 6, v. 13.) *Amaos los unos á los otros como* Yo *os he amado.* (Joan. c. 13.)

Los que atenidos á estos principios de eterna sabiduría aman á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos: los que dirigidos por la fe reconocen en nuestro Redentor un Rey omnipotente, un Dios escelso, y un Padre que envia saludes á Jacob, como lo dice el Psalmista (Ps. 43, v. 3), son los únicos que pueden llenar de bienes á sus semejantes y hacer de la tierra un nuevo cielo. Estos bendicen, ensalzan y glorifican á la sabia Providencia que vela sobre los justos, y no cesan de decir á los que la niegan con desprecio de los que esperan en el Señor: «¡Faltar á sus amigos y servidores, un Dios que dirige á Noé en medio de la corrupcion mas espantosa: á

José en las cárceles de un pueblo estraño: á Tobías en la cautividad: á Judit en el ejército de Holofernes: á Estér en el palacio de Asuero: á Mardoqueo á la vista de un patíbulo, y á Naaman Siro entre los ídolos..! ¡Desamparar á los que sufren, padecen y esperan, un Dios que anima y fortalece al paciente Job en un asqueroso muladar: á Jonás en el vientre de la ballena, á Elías en la soledad, á Elisco en la corte de Samaria, á Sanson en un zaguan, á Daniel en el lago de los leones, y á los tres niños en el horno de Babilonia..! ¡Abandonar á los que confian en la bondad inmensa, un Dios que ha ofrecido su gracia á los humildes, que es rico en todos los que le invocan, fiel en todas sus palabras, santo en todas sus obras, y fuerte, poderoso y lleno de piedad para consolar á los afligidos y atribulados! No, esto no puede ser así. *Bórrense del libro de la vida y no se escriban con los justos los nombres de los que blasfeman del Autor de nuestra fe*, se dice en los libros santos (Ps. 58, v. 39). Nuestro Dios no es un Dios de bronce como el que recibe incienso de la impiedad. Es el Dios de las misericordias que se ha dignado ser nuestro auxilio, nuestro refugio y nuestra fortaleza, y á él dirá siempre cada uno de nosotros con los Ambrosios y Agustinos: *En tí, Señor, esperé; y no seré eternamente confundido*. Y hombres de este temple, respetable auditorio, hombres de esta fe ¿no son los mas á propósito para establecer una sociedad que basada en la caridad, llene de gracias á sus socios, de virtudes á los fieles, y de honor y gloria al Dios de la paz y de la dileccion que nos consuela en todas nuestras tribulaciones? Pues á la clase de estos pertenecen los que se han puesto á la cabeza de la Sociedad de Socorros Mutuo

del clero, inspirada por el cielo y establecida entre nosotros con prodigios que no me toca calificar.

Sacerdotes sin posicion, sin relaciones, sin garantías ni recursos, son los que comprendiendo la verdad que espresó el Evangelista cuando dijo: HÆC EST VICTORIA QUÆ VINCIT MUNDUM FIDES NOSTRA, se atrevieron á todo, y todo lo arrostraron por sus hermanos. Consultan con los dignos obispos que ha puesto el Espíritu Santo para dirigir y gobernar la Iglesia de Dios: penetran en los régios alcázares: comunican su pensamiento á los grandes y poderosos: presentan los Estatutos: y sin empeños, sin recomendaciones, sin favores de ninguna especie lograron su aprobacion, consiguieron que se instalase nuestra Sociedad, y que hombres de fe repitiesen estas palabras del apóstol: *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia* (1). Se estiende la noticia del pensamiento social por todo el reino: escuchan la *nueva* los eclesiásticos españoles: y ¿no sabeis el gozo que tuvo Jacob cuando le dijeron que aun vivia su amado José? Pues tal fue el que esperimentaron los que devorando pe-

---

(1) Al Sr. D. FELIX LAZARO GARCIA se le debe el pensamiento y proyecto de la Sociedad de Socorros mutuos del clero español. Los señores presbíteros D. JUAN MIGUEL JIMENA, D. ATILANO MELGUIZO y D. JUAN DE DIOS CARRANZA fueron los únicos que se le asociaron para formar los Estatutos, presentarlos á la reina nuestra señora por medio del señor ministro de Gracia y Justicia, y obtener la real auxiliatoria que se logró sin dificultad alguna por parte del gobierno de S. M. Al constituirse la sociedad fueron nombrados presidente de la Junta directiva el Sr. D. Juan Miguel Jimena; vice-presidente, D. Atilano Melguizo; secretario, D. Felix Lázaro Garcia; y tesorero, D. Juan de Dios Carranza.

sares, angustias y aflicciones en la postracion mas horrorosa overon la social resolucion. Vox exultationis et letitiæ in tabernaculis Justorum, nos dijeron nuestros hermanos de Gandia, constituyéndose los primeros en sociedad: *Bonum est nos hic esse*, repitieron los de Valencia, Valladolid, Alicante, Aranda, Játiva, Logroño, Urgel, Medina, Betanzos, Calatayud, Sigüenza y otros muchos (1). Un nuevo mundo fecundo en dichas y felicidades se abre á la familia sagrada con la Sociedad de Socorros Mutuos, dicen los que la han comprendido. Porque fundada en la caridad que todo lo sufre, que á todos abraza, que á nadie escluye, que es benigna y estrecha todas las instancias, hace desaparecer la distincion de judío, de griego y de romano, une á los socios hasta hacerlos un corazon y una alma, los santifica, los llena de virtudes, les hace percibir... lo que yo no sé esplicar, pero que lo esperimentamos todos. Porque desde que somos socios, ¿no sentimos en nuestros corazones, como los discípulos de Emaus, un ardor divino que nos acerca á nuestros compañeros nece-

---

(1) En el poco tiempo que ha mediado desde el 8 de febrero último en que se nombró la Junta Directiva, é instaló con su nombramiento la Sociedad, se han nombrado las comisiones subalternas, conforme á lo que previenen los Estatutos, en Alcoy, Alicante, Aranda de Duero, Covarrubias, Cuellar (obispado de Segovia), Calatayud, Ezcaray, Gandia, Játiva, Logroño, Medina del Campo, san Ildefonso, Valencia, Valladoild, Valdealgorfa (en Aragon), Urgel. Y estan para formarse en casi todas las capitales y pueblos de consideracion del reino, en donde hay nombrados comisionados para el efecto, y estos refunden en sí las atribuciones de las comisiones hasta tanto que estas se nombren.

sitados, que nos inclina hácia la piedad y misericordia, y nos arrastra hácia el cielo? ¿No se abren nuestros corazones á los consuelos, al considerar que ya no somos estrangeros en nuestra patria; que no daremos un paso en ella sin encontrar hermanos que nos traten como Ragüel á Tobías, y que se acabaron los temores de la indigencia, de la miseria, del desamparo y de esa inanicion espantosa con que acaban los necesitados no socorridos? Pues la caridad: la caridad entrañada en nuestra Sociedad: la caridad que es el mismo Dios, segun san Juan (I. Joan, c. 4, v. 16), es la que obra estas maravillas. Ella será desde hoy para nosotros el árbol de la vida, la fuente de la gracia, un eco del cielo, una inspiracion que nos haga decir á la Iglesia santa: «Esposa digna del Cordero Vírgen, canta himnos de alabanza y regocijo, porque el Señor ha dirigido sobre tí una mirada de amor y de ternura. La caridad es el alma, el corazon y la vida de tus hijos: serán alimentados con los frutos de honor y honestidad, y todos, todos alabaremos á Dios en la tierra, como lo alaban y bendicen los ángeles en el cielo.»

¿Podrá dejar de ser así? ¿No son estos los instintos, las tendencias y aun la esencia de la Sociedad de Socorros Mutuos del clero? Esta consiste en amar, en servir, en socorrer, en obsequiar y atender á nuestros hermanos, *y el que ama á su prójimo cumplió con toda la ley*, segun san Pablo. (Roman. c. 13, v. 8.) Obliga á los socios á permanecer en la caridad, y el *que permanece en la caridad permanece en Dios, y Dios en él*; como lo dice el discípulo amado. (I. Joan. c. 4, v. 16.) Nos anima para que hagamos con los necesitados lo que hizo el Samaritano con el

robado y herido de que nos habla Jesucristo. (Luc., c. 16.) Nos manda en suma que hagamos bien á todo el mundo y mal á nadie; que seamos santos y perfectos como deben serlo los hijos del Padre celestial. Y en vista de esto, ¿habremos de estrañar que el poder supremo de la nacion nos ampare y proteja: que nuestro santísimo Padre Pio IX (Dios nos lo guarde), nos colme de beneficios por medio de ese digno enviado que tanto se interesa por nuestra Sociedad: que los señores obispos la aprueben, bendigan y favorezcan, ni que acuda á este santo templo un concurso tan respetable, tan augusto, y de un significado tan importante y honroso para nosotros (1)? Nada de esto hay que estrañar, porque nuestra España es muy católica, y su clero siempre se encuentra en donde reina la caridad, en donde preside san Pedro.

San Pedro! ¡Ah! San Pedro, sin el que no hay cristiandad ni salvacion eterna, que siempre vive entre nosotros, y es nuestro Vice-Dios en la tierra! San Pedro en cuyas manos estan las llaves del cielo por virtud de la palabra del Eterno, es nuestro Patrono, nuestro protector, nuestra esperanza, nuestro consuelo, nuestro honor y nuestra gloria, y á su lado nadie puede perecer. En sus cadenas, en la salida de la cárcel de que lo sacó un ángel, y

---

(1) Ofició de pontifical el Excmo. é Ilmo. señor patriarca y obispo de Córdoba, socio de esta Sociedad. Asistieron el Excelentísimo é Ilmo. señor delegado de Su Santidad y demás señores obispos residentes en la corte, el señor Vicario eclesiástico, y muchos señores curas párrocos, y un concurso respetable de todo género de personas.

en su restitucion á la Iglesia ocupada en dirigir fervorosas plegarias al cielo por su cabeza y Pastor Supremo: ¿no vemos retratadas con anticipacion las circunstancias en que se han hallado los eclesiásticos españoles, angustiados antes, reanimados ahora, y puestos felizmente en el ejercicio de su ministerio para tratar en él santamente las cosas santas, hacer con sus doctrinas y ejemplos virtuosos á los fieles, y dar honor y gloria á nuestro Dios? Si pues este infalible maestro de la verdad nos ofrece el tipo, el ejemplar y modelo de la Sociedad que hemos formado bajo su proteccion, no lo perdamos de vista: sigamos constantes por la senda que nos señala el sistema de mutua y continua caridad que hemos adoptado: resuenen siempre en nuestras almas estas palabras dignas de san Pedro: *Ante omnia autem mutuam in vobis metipsis charitatem continuam habentes.*

He concluido, venerables padres, maestros y hermanos mios: he concluido. ¿Pero he acertado á demostrar que siendo la Sociedad de Socorros Mutuos del clero obra de la caridad, está destinada á llenar de gracias á sus socios, de virtudes á los fieles, y de honor y gloria á nuestro Dios? Prescindamos de todo lo humano que pueda haber salido de mis labios: atengámonos, á lo que practicamos cuando impulsados por la caridad socorremos las necesidades de nuestros prójimos, y fácilmente nos convenceremos de que siendo estos los actos propios de nuestra Sociedad, hay en ella un tesoro inagotable de recursos para los socios necesitados. Porque si un eclesiástico caritativo ve á su hermano en necesidad y miseria, ¿podrá dejar de compartir con él su sustancia, de escitar la cari-

dad del que pueda socorrerlo con mas abundancia, y de consolar por cuantos medios le sean posibles al que es carne de su carne y hueso de sus huesos, cortado de la misma piedra y destinado á una misma felicidad eterna? Reflexionémoslo.

Y vos, príncipe de los apóstoles, protejed á vuestro clero reunido en sociedad para mejor cumplir con los preceptos de caridad que tanto nos recomendásteis. Os pertenecemos como los discípulos al maestro, como los hijos respetuosos al padre tierno y compasivo, y os pedimos y suplicamos que protejais nuestra sociedad, que la hagais fecunda en bienes espirituales y temporales para que llene de gracias á sus socios, de virtudes á los fieles y de honor y gloria á nuestro Dios. Que seamos vuestros en la tierrar para ser eternamente felices con vos en el cielo. Amen.

A. M.

SERMON

De la Bula de la Santa Cruzada.

La falta de fe es la causa del abandono y desprecio con que se mira en nuestros dias á la Bula de la santa Cruzada.

Infinitus enim thesaurus est hominibus: quo qui usi sunt participes facti sunt amicitiæ Dei.

Es un tesoro infinito para los hombres, del que el que se aprovecha se hace participante de la amistad de Dios.

SAP. CAP. 7, V. 14.

¡Un tesoro! Basta esta nocion, hermanos mios, para avivar y despertar á los ánimos mas indiferentes y sosegados. El ansia de poseer es general en todas clases y condiciones, y si en todos los siglos ha sido propio y apetecido de los hombres el enriquecerse, podemos asegurar que lo es mucho mas en este en que la pasion dominante es el dine-

ro, en que todo se sacrifica al dinero, y en que por desgracia se atropella tambien la justicia, la religion y la conciencia; no se teme faltar á los deberes mas sagrados, ni cometer los crímenes mas detestables por el dinero. ¿Qué impresion deberá hacer el anuncio de un tesoro en una época en que todo se esplota, en que todo se especula, con todo se comercia, y es la manía general el querer ser ricos? Pues yo vengo hoy á daros parte de un tesoro de mas valor que el que pudiérais apetecer, de un tesoro en que no arriesgais la salud, la vida, el reposo, ni vais espuestos con él á la envidia y las asechanzas de los ladrones, de un tesoro que podeis lograr todos á muy poca costa, y con que podeis comprar los bienes y favores del cielo, y proporcionaros vuestra eterna salvacion y la de vuestros prójimos, de un tesoro que escede y se aventaja á los del oro y de la plata, del tesoro de la Bula de la santa Cruzada.

Sí, amados mios, porque en último resultado ¿qué bienes nos traen, ni qué podemos conseguir con esas riquezas que se atesoran y congregan con tantas fatigas, se gozan con tanta inquietud, se pierden con tanta facilidad y con tanta pena; con esas riquezas que ni tranquilizan la conciencia, ni alivian al alma de sus penas, ni son suficientes para dar la salud, ni el gozo verdadero, ni valen para comprar los bienes del cielo, con esas riquezas que por lo comun no sirven al hombre sino para su perdicion? Pues la Bula de la santa Cruzada es un tesoro cuyas riquezas son mas sólidas, mas útiles, son sus riquezas espirituales y esceden por lo mismo á las terrenas y perecederas, cuanto escede el espíritu al cuerpo, lo eterno á lo transitorio, lo divino á lo humano y terreno, la posesion

de la bienaventuranza á las comodidades de la vida presente. Siendo así, ¿por qué no habremos de apetecer este tesoro? ¿Por qué hemos de ansiar todos aprovecharnos de él y enriquecernos con las gracias que nos proporciona la Bula de la santa Cruzada? Pues yo voy á convenceros con la brevedad que me sea posible de la realidad y verdad del tesoro de la Bula de la santa Cruzada, de las infinitas riquezas que contiene y de que nos provee y á manifestaros con esto de que si no la apetecemos y buscamos con el ansia, por lo menos, con que buscamos los tesoros y riquezas de la tierra, si la abandonamos y se la mira con indiferencia y con desprecio en nuestros dias, es por la falta de fe. Voy á poneros, con la sencilla esposicion de los bienes que contiene la Bula de Cruzada, en la precision de confesar que el abandono y desprecio con que se la mira, nace de la falta de fe, y yo espero que convencidos la sabreis apreciar en su justo valor, y procurareis aprovecharos de este incomparable beneficio, de este tesoro infinito para los hombres, del que el que se aprovecha se hace participante de la amistad de Dios. *Infinitus enim thesaurus est hominibus; quo qui usi sunt participes facti sunt amicitiæ Dei.* Nada puede decirse mas eficaz para su recomendacion. Y si solo falta que nos dispense su gracia para que yo hable con acierto y se muevan vuestros corazones, y convenza vuestra alma de estas verdades de tanto interés. Pidámosela rendidamente por la intercesion de su Santísima Madre á quien saludaremos con el ángel:

Ave María.

Infinitus enim thesaurus...

Bula de Cruzada es una concesion pontificia que contiene muchos y muy útiles privilegios, indultos y gracias que duran por el espacio de un año que se cuenta desde una á otra publicacion, hecha á los reyes de España y á todos los cristianos que residan en sus dominios y la tomen contribuyendo con la limosna que en ella se tase y se destina en favor de la guerra contra los infieles ó para causas piadosas. No es que se pague la Bula y mucho menos que se paguen con el dinero las gracias é indulgencias, esenciones y privilegios que contiene y en ella se conceden: no hay dinero para pagar los bienes espirituales; se toma la bula y es una de las condiciones para ganar sus gracias el contribuir con la limosna establecida para los fines piadosos que el sumo Pontífice y los reyes de España determinen. Hecha esta aclaracion para evitar todo error ó mala inteligencia en este asunto veamos, aunque no es posible hacerlo con toda estension, cuáles son las gracias y privilegios que concede.

En cada año que se tome el sumario, se concede por la Bula al que la toma una indulgencia plenaria para mientras viva y otra para el artículo de la muerte, las que deben aplicarse por el confesor, y si alguno tomase dos sumarios se le pueden aplicar dos indulgencias. La Bula, hermanos mios, no perdona los pecados. No hay otro medio para curarnos de las enfermedades del alma que la penitencia; el

dolor y sentimiento de haber ofendido á Dios con el ánimo y propósito de confesar nuestras culpas, ó la misma confesion bien hecha de todas ellas cuando podemos hacerla. Las indulgencias no perdonan los pecados ni hemos de incurrir jamás en la necedad de creer que se perdonen por Dios sin la detestacion, dolor y arrepentimiento verdadero de ellos. Digo mas, las indulgencias no se pueden ganar sin estar en estado de gracia, pero aun así es muy apreciable una indulgencia plenaria. El pecado da la muerte al alma si es mortal, la priva de la gracia de Dios y hace rea de los castigos eternos del infierno. La penitencia sacramental nos perdona los pecados; por la confesion bien hecha volvemos á la gracia de Dios y se nos exime de la pena eterna, pero esta es la diferencia que hay del bautismo á la penitencia, aquel nos perdona y libra de toda la pena merecida por el pecado, y la penitencia nos libra sí de la pena eterna, pero se nos conmuta en pena temporal que habemos de pagar en esta vida ó en la otra, como enseñan los teólogos y es doctrina corriente de la Iglesia. Tenemos pecados y confesándolos debidamente se nos perdonan: quedamos absueltos de toda culpa y de las penas eternas del infierno; pero quedamos sujetos á las penas del purgatorio ó á las satisfacciones correspondientes en esta vida con nuestras mortificaciones y aquellas penitencias rigurosas que exige el débito de nuestros crímenes y de que nos dan una idea las públicas penitencias de los primitivos fieles. Nuestro Dios siempre es el mismo y su justicia así como su ley es invariable; el espíritu de la Iglesia es el mismo. Los pecadores y los pecados se han aumentado y el fervor y las penitencias se han disminuido. Habria que satisfacer en el

purgatorio lo que no se satisface en esta vida. ¡Qué sentimiento, hermanos mios! ¡Qué triste recurso y qué idea tan desconsoladora! Pues la Bula de Cruzada nos provee de remedio con las indulgencias plenarias que en ella se nos conceden. Perdonados que sean los pecados, aplicándosenos las indulgencias de la Bula de Cruzada se nos perdona, sino toda la pena temporal que debíamos pagar en el purgatorio, al menos muchísima parte segun la voluntad de Dios y se nos exime por ella de aquellas antiguas y rigurosas penitencias, de aquellas satisfacciones que se imponian para expiar los pecados, sin que porque se nos indulte de ellas quedemos sujetos á satisfacer en el purgatorio. ¿Sabemos lo que son las penas del purgatorio? ¿Y hemos reflexionado sobre la facilidad con que podemos ganar las indulgencias plenarias de la Bula de Cruzada y disminuir la duracion de las penas que habríamos de padecer ó tal vez eximirnos enteramente de ellas? ¿Y en la hora de la muerte tener seguridad de que se nos conceda una indulgencia y remision cumplida de las penas temporales debidas por nuestras culpas, dejará de ser una tranquilidad y consuelo para el alma agitada entonces con el recuerdo de su vida y del juicio que la espera? Si tenemos fe no dejaremos de confesar que la Bula de Cruzada es un tesoro infinito para los hombres, de tanta virtud que el que se aprovecha de él se hace participante de la amistad de Dios.

Pues ahora debo añadir que por la Bula se conceden otras muchísimas indulgencias ya plenarias, ya parciales, visitando cinco iglesias ó cinco altares de cualquier iglesia, rogando por la paz y victoria contra los infieles, extirpacion de las heregías y aumento de nuestra santa fe. Se con-

cede por cada dia en que voluntariamente y sin ser de precepto ayunemos una indulgencia de quince años y quince cuarentenas. Se concede tambien una indulgencia plenaria aun á los que mueren repentinamente y sin confesion, con tal de que no hayan sido negligentes en confesar al tiempo que lo manda la Iglesia. Molestaria vuestra atencion si me detuviese á referir las muchísimas gracias é indulgencias que se nos conceden por la Bula de Cruzada y que puede cada uno leer con reflexion en el sumario de ella; pero no me dispensaré de llamar vuestra atencion sobre los difuntos. Los difuntos, hermanos mios, aquellas almas justas que son tan terriblemente atormentadas, aquellas almas de nuestros padres, de nuestros favorecedores, de nuestros amigos, nos piden desde aquellos calabozos el alivio y socorro de sus penas, y nosotros podemos ofrecérsele abundantemente por medio de la Bula de la santa Cruzada que no ha dejado olvidadas á estas benditas almas, ni á los fieles con el desconsuelo de no poder aliviarlas. Puede todo el que tome la Bula que se llama de difuntos aplicar una indulgencia plenaria por el alma que sea de su agrado ú obligacion, puede tomar dos ó mas en cada año y aplicar por cada ánima otras tantas indulgencias. Puede visitar los cinco altares y ganar la indulgencia en los dias que se saca ánima y aplicarla por el alma que sea de su devocion. ¿Es esto algun sacrificio costoso y que no puede hacerle todo cristiano? ¿Y podemos ocuparnos en cosa mas satisfactoria, mas útil y que sea de mas agrado de Dios, que en ayudar á las almas del purgatorio y cooperar á que se anticipe su entrada en la gloria, constituyéndonos en cierto modo redentores de las almas con Jesucristo nuestro Señor? Es-

tas obras ¿dejarán de grangearnos la amistad de Dios? Pues ved como de cualquier modo que consideremos la Bula de la santa Cruzada es un tesoro infinito para los católicos españoles del que el que se aprovecha se hace participante de la amistad de Dios. *Infinitus thesaurus est hominibus; quo qui usi sunt participes facti sunt amicitiæ Dei.*

El pecado he dicho que no se nos perdona por la Bula; pero ¿cuánto nos ayuda para que consigamos la absolucion y logremos la amistad de Dios? Sabemos que la plenitud de potestad para perdonar los pecados está en el sumo Pontífice; que de este emana y se comunica á los señores obispos y de estos á los sacerdotes, comunicando mas ó menos facultades á cada uno y reservándose así los señores obispos como el sumo Pontífice el poder absolver de ciertos pecados mas graves y trascendentales para que con la dificultad de conseguir la absolucion sean menos comunes. El pecador que haya incurrido en alguno de estos pecados reservados por mas que se duela y arrepienta no puede ser absuelto sino por el obispo ó el Papa, porque los demás carecen de jurisdiccion y no alcanza su poder para desatar de tales culpas. En este estado ¿no se angustiará el penitente y tendrá que arrostrar dificultades para lograr la absolucion? Pues tomando la Bula de Cruzada puede presentarse á cualquier confesor y donde quiera que sea le puede absolver de todos los pecados reservados á los señores obispos y al sumo Pontífice, esceptuándose tan solamente el pecado de la heregía mista.

Mas todavía, hermanos mios, y todo favorable y consolatorio. ¿Tenemos hechos algunos votos y nos hallamos imposibilitados ó con dificultades para cumplirlos? ¿Nacen

de aquí inquietudes y agitaciones en nuestro espíritu? Pues por la Bula de la santa Cruzada podemos tranquilizarnos, porque en su virtud puede conmutárnoslos cualquier confesor, escepto los tres reservados de castidad, religion y peregrinacion á los Santos Lugares, en otras obras que contribuyan á los fines piadosos de la Bula.

Tadavía inquieta y perturba mas la conciencia el recuerdo de lo mal adquirido. El haber defraudado á un público en ventas, medidas, pesos ó de cualquiera otra manera; el hallarse con lo ageno pero sin saber á quién corresponda, como sucede muchas veces, y sin saber á quién se ha de restituir; en muchísimos casos en que se ignora el dueño y aun el modo cómo han venido las cosas y cómo ha de tranquilizarse la conciencia para continuar poseyéndolas, la conciencia del que mira las cosas como deben mirarse á la hora de la muerte y como quisiéramos haberlas mirado delante de Dios se angustia y se estremece. Pues por la Bula de composicion se provee de remedio y se da el modo de tranquilizar sus conciencias á los que se hallen en estos casos.

Se concede el poder comer huevos y lacticinios en los dias prohibidos, ya sea dentro ó fuera de la cuaresma, siempre que así el médico espiritual como el temporal aconsejen que así es necesario para la salud; se concede el indulto de carnes, esceptuados poquísimos dias, á los que teniendo la Bula de Cruzada tomen además la que se llama de *carne*, se conceden muchas gracias y privilegios para tiempo de entredicho. Se da facultad al señor comisario general de Cruzada para conceder varias dispensas de irregularidades, censuras y demás; y la Santa Sede autoriza

al mismo comisario para que esponga, aclare é interprete la Bula y declare el sentido en que deba entenderse.

Tales y otras muchísimas mas son, amados mios, las gracias, exenciones y privilegios que se nos conceden por la Bula de la santa Cruzada, que como sabeis para lograrla no se nos exige sino un cortísimo dispendio. Menos de lo que un jornalero gana en un solo dia, menos de lo que consume cualquiera en una diversion, un juego ó tal vez en alguna cosa superflua ó perjudicial; menos de lo que una muger emplea en un antojo, una moda ó una bagatela.

¿Qué podremos decir de esa apatía, esa indiferencia y aun de ese declarado desprecio con que se mira la Bula, la Bula de que tanto se gloriaban nuestros padres? Preciso es no tener fe, no creer en las indulgencias, en el purgatorio, en la potestad de la Iglesia para reservar los pecados, votos y juramentos; no creer ni esperar nada para no apreciar este infinito tesoro, porque yo no acierto á comprender, ni es posible que haya quien lo comprenda, cómo podemos creer y tener por ciertas las verdades de nuestra religion y no querer aprovecharnos del tesoro y las ventajas que nos ofrece la Bula de Cruzada. No podrá alegarse la imposibilidad ó falta de medios; el no tomarla no puede nacer sino de desprecio, y el desprecio nace de la falta de fe, de esa indiferencia con que se tratan y miran las verdades mas sagradas, y del poquísimo respeto que se tiene á las disposiciones de la Iglesia, siendo así enemigos de nosotros mismos y tan necios que despreciamos un tesoro, tantas gracias para nosotros y para nuestros difuntos de que pudiéramos aprovecharnos y por cuya pérdida suspirare-

mos algun dia, en lugar de que tomándola jamás tendremos de qué arrepentirnos. Aprendamos lo que es y lo que vale y la apreciaremos en su justo valor, y nos apresuraremos á adquirir este tesoro con el que de tantos modos como aunque á la ligera os he manifestado, podemos adquirir la amistad de Dios, que es la apreciable riqueza y por la que debe el hombre dejarlo todo, y aun vender cuanto posee por comprarla como aquel que halla un tesoro escondido en un campo. *Infinitus enim thesaurus est hominibus; quo qui usi sunt participes facti sunt amicitiæ Dei.*

Todo es verdad, oimos decir, y no negamos la abundancia de gracias que se conceden á los que toman la Bula de Cruzada, así como tampoco la facilidad de adquirirla por lo insignificante de la limosna con que se contribuye para tomarla; pero la inversion que se da á estas limosnas, las manos por donde pasan, los fines á que se destinan, las personas que se emplean en este que ha venido á llamarse un arbitrio y los que con asombro oimos muchas veces que han sido socorridos con limosnas de Cruzada, en una palabra, y yo diré mas de lo que quiera decírsenos sobre esto, el abuso que se hace de estos fondos es lo que nos retrae y por lo que no queremos cooperar con nuestras limosnas ni tomar la Bula de la santa Cruzada.

No es de este lugar ni quiera el Señor, hermanos mios, que yo me introduzca jamás á juzgar las operaciones y los deberes de las autoridades que han de ser juzgadas por Dios y dar razon de su administracion. No es de este lugar analizar lo que en esta materia se miente y exagera, ni el dar satisfacciones de la conducta de los que intervienen en los fondos de Cruzada. Diré sí, que hasta obcecacion es el ha-

blar de esta manera y que por este principio habremos de faltar á todas nuestras atenciones y obligaciones y aun á todo lo que pueda sernos útil y cómodo. No contribuiremos con nuestros pagos al Estado, porque el Estado abusará de nuestro dinero. No daremos limosna á un pobre, porque el pobre la gastará en vicios. No tomaremos vestido ni calzado, porque los sastres y zapateros malgastarán el dinero que los demos. No comeremos, porque con el dinero que damos á los que venden los comestibles se emplean en usuras, en tratos ilícitos y en lo que queramos suponer y tal vez será cierto. No mandaremos aplicar el santo sufragio de la misa porque con la limosna el sacerdote podrá malgastar lo que no es lícito. ¿Investigamos en el trato humano en qué y cómo ha de emplear nuestro dinero aquel á quien compramos ó de quien tomamos alguna cosa? Creo que jamás nos habrá ocurrido ni habremos hecho escrúpulo de conciencia. ¿Por qué razon tanto miramiento y tanto levantar la voz cuando se trata de la limosna de la Bula? ¿Qué derecho tenemos para penetrar en lo que en ninguna otra cosa reparamos, ni aun imaginamos? ¿Quién nos ha hecho jueces de lo que no nos compete?

Si en todo lo demás buscamos nuestro provecho y dejamos al que damos nuestro dinero que se componga con Dios y su conciencia en su inversion, tomemos la Bula atendiendo á ganar y aprovecharnos de su tesoro y de las gracias que en ella se nos conceden y dejemos que nuestras limosnas las distribuyan aquellos á quienes compete como es de su deber, porque á nosotros ni nos toca ni nos interesa. ¿No sería necio el que no comiese por no dar su dinero á uno que habria de malgastarlo? Pues infinita-

mente mayor es la necedad de los que no quieren tomar la Bula de Cruzada porque dicen que se malversan y se abusa de las limosnas. No demos oidos á semejantes temeridades y conozcamos que no puede ser este motivo para no tomar la Bula. Que la indiferencia y abandono que se advierte en esta materia es hijo únicamente de la falta de fe y del poco aprecio que se hace de las verdades eternas.

Pues si no queremos ser justamente reprendidos de faltos de fe y quedar privados de un tesoro que nos proporciona la amistad de Dios desoigamos las murmuraciones y calumnias, estudiemos lo mucho que ganamos con la Bula, ansiemos por adquirirla y por ganar los beneficios que con ella se nos conceden, aprovechemos este tesoro para comprar con él la amistad de Dios y con esta alcanzar la gloria eterna que á todos deseo. Amen.

F. L. G.

PLATICA

Para el dia en que empieza á regentar un párroco su parroquia.

Afianzaremos la paz tan apetecible en los pueblos y familias, y el cumplimiento de nuestros deberes en el amor y caridad que tanto nos encargó Jesucristo.

Gratia vobis et pax á Deo Patre nostro et Domino Jesucristo.

La gracia y la paz del Señor sea con vosotros, y os la conceda Dios y nuestro Señor Jesucristo.

ROM., CAP. 1, V. 7.

El ser sacerdote, y mucho mas párroco y pastor de almas, es, segun el testimonio de los divinos oráculos, ser ministro de Jesucristo, dispensador de los misterios de Dios, coadjutor y ayudante del Redentor divino, mediador entre Dios y el pueblo, antorcha y columna de la fe, puerta de la entrada de la ciudad santa, sal de la tierra, luz del mun-

do, forma, ejemplar, conductor y gobernador del rebaño de Jesucristo. Dignidad la mayor que puede darse sobre la tierra; pero por lo mismo la mas temible y la mas pesada aun para los hombros de los ángeles. Esta consideracion me llena de espanto, de desconfianza, de terror; reconozco y respeto los altos juicios del Señor, que es el que dispone segun su voluntad de los destinos y dignidades de la tierra, y este sin mérito alguno de mi parte y por su misericordia y beneplácito se ha dignado elegirme para su ministro y pastor, y poner á mi cuidado y direccion esta parroquia, de cuyo desempeño me ha de pedir una estrecha cuenta. Hoy es el primer dia que doy principio á mi ministerio, y comienzo encomendándome y ofreciéndome á vos, Dios mio, de quien viene todo don y toda gracia, y sin cuyos auxilios me reconozco por insuficiente é inútil aun para las obras buenas menos interesantes, para dirigirme á mí mismo y mucho mas para dirigir á otros. Yo me pongo en vuestras manos, Señor, y espero y os suplico que así como habeis querido elegirme con este destino, me ampareis y favorezcais con las gracias que necesito para desempeñarle dignamente, que es lo que no negais segun el órden de vuestra divina Providencia. Y por la primera vez que oís mi voz y me dirijo á vosotros, amados feligreses, os saludo con las palabras del apóstol san Pablo á los fieles de Roma. *Gratia vobis et pax á Deo Patre nostro et Domino Jesucristo. Sea con vosotros la gracia y la paz del Señor que os conceda nuestro Padre celestial y nuestro Señor Jesucristo.*

Estos son los bienes que quisiera traeros y ser uno de los ministros de Jesucristo que evangelizan la paz, que de-

jan señaladas las huellas por donde pasan por la gracia y la paz del Señor que dejan diseminada. A esto dirigiré mis trabajos y desvelos, porque este es mi deber, y porque logrando que reine en mis feligreses la paz y gracia de Dios, todo lo he hecho y nada me queda que desear, ni vosotros tendreis que pedir mas para ser felices en esta vida y en la otra.

Pues esta paz tan apetecible y tan fecunda de buenos frutos, y lo mismo el cumplimiento de nuestros deberes que conseguiremos con ella, la afianzaremos en el amor y caridad que tanto nos encargó Jesucristo, y para cumplir mi deber y llenar mi objeto os diré hoy lo que os repetiré el dia último que esté al frente de vosotros; lo que Jesucristo nos encarga tan repetidas veces en su Evangelio; lo que todos sin distincion podeis cumplir; la caridad, que todos os ameis los unos á los otros.

El Señor nos pone en este mundo en distintos estados y condiciones, elevando á unos y abatiendo á otros, para que así se conserve esta maravillosa dependencia que tanto contribuye para nuestro bien y subsistencia: pero amándonos todos en Jesucristo se acercan las distancias, porque todos nos serviremos y ayudaremos los unos á los otros y nos trataremos como hermanos, hijos todos de un mismo Padre. Padres, amad como os lo manda Jesucristo y no solamente con un amor carnal á vuestros hijos, y con esto cuidareis de educarlos, corregirlos y hacerlos útiles para sí mismos, para vosotros, para Dios y para el mundo. No todos podreis darlos una esmerada y decente educacion en escuelas y colegios, pero todos podreis y debeis enseñarlos con vuestras exhortaciones, vuestros consejos, y mas

que todo con vuestro ejemplo. Ellos serán lo que sean vosotros, y serán buenos si vieren en vosotros la pureza en el lenguaje, la modestia, la justicia, la laboriosidad y la práctica de buenas obras. Dios os ha de pedir cuenta de ellos y debeis atender á que podais satisfacer los cargos que ha de haceros y á que no se pierdan por vuestra culpa.

Hijos, amad en Jesucristo, á vuestros padres y superiores; honradlos, reverenciadlos y socorredlos sin murmuracion ni impaciencia, y será con vosotros la paz, la gracia y la bendicion de Dios. Maridos, amad á vuestras mugeres con el amor santo que Dios os recomienda, y se disiparán de vuestro trato las nieblas de la infidelidad, de la discordia, de los disgustos, y gozareis las dulzuras de una union pacífica que os haga suaves y llevaderos los trabajos y molestias de vuestro estado. Ricos, amad á vuestros prójimos y no podreis mirar con indiferencia la necesidad de tantos infelices que mendigan el sustento y gimen en el abandono y miseria. Los que teneis con abundancia, dad abundantemente, y los que teneis poco, aun de esto dad tambien con gusto y con placer. El que teniendo bienes de este mundo aparta su vista y su corazon de la indigencia de sus hermanos ¿cómo es posible, nos dice el apóstol Santiago, que pueda permanecer en el amor del Señor? Tambien el Señor le abandonará y apartará su vista de él. Dad y Dios os dará, y si habeis de oir una sentencia favorable en el último dia, no ignorais que ha de ser porque deis de comer al pobre, de beber al pobre, de vestir al pobre, y socorrais las necesidades del pobre. Nada puedo deciros mas eficaz para moveros á la virtud de la limosna, y solo añadiré que la deis con preferencia á los

pobres de esta parroquia, porque con ellos os unen los vínculos de la vecindad, del parentesco, de la amistad; todos concurris á un mismo templo, vivís bajo un mismo director y sois ovejas do un mismo rebaño. Pobres y necesitados, vosotros tambien amad á vuestros prójimos y sed pobres dóciles y humildes, sin quejas, sin impaciencias, sin altivez y sin envidia. Bienaventurados los pobres, dice Jesucristo, este Señor que profesó y amó tanto la pobreza y que toma á su cargo la venganza de los ultrajes y desprecios que se hacen á los pobres, pero han de ser pobres que tengan caridad y amor á sus prójimos; pobres dóciles, pacíficos, modestos y justos; porque la pobreza que se irrita con las murmuraciones, que se desahoga en quejas, que se consuela con dicterios; la pobreza que no se quiere manifestar por orgullo y que se apura y abate con la desesperacion, que se indigna con sus infortunios, envidia la felicidad agena y no perdona á Dios los males que padece, ni á los ricos los bienes que poseen; una pobreza dispuesta á salir de su estado de miseria, aunque sea á costa de injusticias y maldades; una pobreza entregada á los vicios y deleites vergonzosos: semejante pobreza, digo, ni es ni puede ser sino muy abominable delante de aquel Dios que quiso ser pobre en este mundo para ser el modelo y ejemplar de los pobres. Hallareis consuelos y la gracia y paz del Señor en vuestro mismo abatimiento y pobreza si os amais, si bendecís á vuestros bienhechores, si procurais ser ricos de buenas obras y tener siempre vuestra conciencia pura, si cuidais de no ofender á Dios y no desagradar á vuestros hermanos los hombres.

Súbditos y criados, amad á vuestros amos y superio-

res, á aquellos á quienes el Señor ha puesto para regiros y gobernaros en la tierra. Sed fieles, obedientes y sumisos; respetad, venerad y honrad á las autoridades; no por el temor de los castigos, sino por la conciencia, por el amor que Dios nos manda tener á los que velan y estan encargados de nosotros. Todos los que sois cristianos y estais marcados con la señal de Jesucristo amad á vuestros pastores y sacerdotes. Preciso es, hijos mios, que manifieste, aunque con pena, que en los aciagos dias en que vivimos, el nombre de sacerdote se tiene por vacío é insignificante, y ¡ojalá que así fuese solamente y no sirviese para mofa, para blasfemia y para desprecio! No vemos aquel respeto y veneracion que tuvieron nuestros padres á los sacerdotes. Llegamos á unos tiempos en que no se halla reparo, y aun se tiene á vanidad el despreciar, aborrecer, calumniar y tratar del modo mas denigrante á los sacerdotes. Sabed, hijos mios, que en los ungidos del Señor hay un carácter muy especial que debeis respetar y que no podeis llegar á él sin herir al mismo Dios en las niñas de sus ojos. Que Dios ha de vengar estos ultrajes con grandes castigos, y que semejante desórden disminuye, ó diré mejor, arruina y aniquila la obediencia, la paz y la misma religion.

No tengo motivos para quejarme en esta parte de vosotros, amados feligreses, en quienes no he visto sino amor, veneracion y respeto. Recuerdo con placer y gratitud las señales que me habeis dado de vuestro afecto y de vuestra alegría por mi destino al frente de vosotros; yo he sido testigo de las sinceras demostraciones de vuestro amor y del júbilo con que me habeis recibido. Yo ruego al Señor que os recompense del modo mas abundante, tendré siempre

presentes vuestros favores y servicios, y del modo que me es posible os doy las gracias por el honor que me habeis dispensado; se las doy á vuestros encargados que por sí y á nombre de todos mis feligreses me manifestaron vuestras cristianas y finas atenciones; se las doy tambien al digno sacerdote que me ha precedido y hecho mis veces por el celo y buen acierto con que os ha dirigido y llenado los deberes del ministerio parroquial; por todos rogaré al Señor y tendré presentes en el santo sacrificio. Confieso que estas buenas disposiciones que hallo en vosotros, me alientan y dan ánimo á mi cobardía al ponerme á vuestro frente y cargar con la responsabilidad de vuestras almas. Unid vuestros votos con los mios para que el Señor nos dé su gracia á vosotros y á mí, para que unidos en caridad y amor santo le podamos ofrecer un pueblo perfecto. A mí me toca y estoy obligado por ordenacion divina á conocer á mis ovejas, á ofrecer por ellas el santo sacrificio, á apacentarlas con el alimento de la divina palabra y la administracion de los santos sacramentos, á darlas buen ejemplo é introducirlas en el cielo. A mí me toca mediar entre Dios y vosotros, tomar á mi cargo el cuidado de los pobres, de los huérfanos y menesterosos, de corregir, reprender, amonestar oportuna é importunamente, y hacer que no haya escándalos, disensiones, odios, pleitos ni pecados; y yo espero y confio en Dios y en que vosotros me ayudeis á que reine entre nosotros la gracia y la paz del Señor con vuestra docilidad, sumision y obediencia, con vuestra asistencia al templo á la celebracion de los divinos oficios, con el amor que os debeis tener unos á otros.

Si hay por desgracia entre vosotros alguna enemistad,

algun odio ó resentimiento, yo os pido que lo sacrifiqueis todo y por el amor á Dios que os recomiendo: Sea este el dia de la union, de la reconciliacion y la paz y gracia del Señor. Si hay algun escándalo, si hay algunos que vivan estraviados y encenagados en los vicios, que desde hoy se aparten de los caminos de la iniquidad. A mí me toca saber, y procuraré ponerme al corriente del modo de vivir de cada uno, y como padre y pastor corregiré, rogaré, amonestaré; y si nada bastase, castigaré tambien y me valdré de las autoridades para que castiguen á los incorregibles y viciosos; porque, hijos, soy responsable de vosotros delante de Dios, y me condenará si os abandono por negligencia ó por temor á vuestras personas ó riquezas; requerirá el Señor de mi mano la sangre de las ovejas del rebaño que me ha confiado. Es mi deber procurar vuestra salvacion por todos los medios ó al menos poder quedar inculpable de vuestra perdicion.

No permitais, Dios mio, que se pierda ninguno de los fieles que poneis á mi cuidado. Cuidemos todos, hijos mios, de amarnos en el Señor, y así me ayudareis á cumplir con facilidad mi ministerio y conseguiremos que reine entre nosotros la paz y la gracia de Dios. Frecuentad los santos Sacramentos para lo que me hallareis pronto en el confesonario y mucho mas para los enfermos; asistid á los divinos oficios cooperando á que se celebren con el decoro y solemnidad que permite nuestra pobreza y situacion; instruid á vuestros hijos y criados en el santo temor de Dios, y enseñadlos la doctrina cristiana: rezad todos los dias el santo rosario, rogad á Dios por mí y yo quedo encargado de rogar á Dios por todos vosotros. Vivamos en paz y

atraigamos sobre nosotros las bendiciones del cielo, amándonos en Jesucristo y formando por la caridad una sola familia unida y querida; así llenaremos con facilidad nuestros deberes y nos serán dulces las molestias de esta vida. Aunque miserable y flaco espero en el Señor que seré fuerte cooperando vosotros y siendo dóciles y sumisos á mis amonestaciones. Favorecednos, Señor, con vuestros poderosos auxilios, para que viviendo unidos en este mundo y gozando la paz en la tierra, disfrutemos despues la dicha y bienaventuranza del cielo donde, unidos tambien, os alabemos los que ahora quereis unirnos para serviros. Esto es lo que os pedimos por la intercesion de vuestra Santísima Madre y la del patrono de esta parroquia san N., bajo cuya especial proteccion estamos congregados, y haced que nos presente á vos en la iglesia eterna, en donde vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

PLATICA

PARA EL DIA EN QUE UN PARROCO SE DESPIDE DE SUS FELIGRESES.

El consuelo y la esperanza de un párroco es dejar á su pueblo en el amor de Dios.

Vigilate, state in fide, viriliter agite, et confortamini. Omnia vestra in charitate fiant.

1.ª CORINTH., CAP. 16, V. 13 ET 14.

Voy á separarme de vosotros, mis amados feligreses: Bien sé que no puedo decir, como el apóstol san Pablo: estoy inocente y limpio de la sangre de todos, porque nada he omitido para anunciaros los consejos de Dios, y no podrá hacérseme cargo de vuestra perdicion; que no puedo gloriarme de deciros, como el mismo apóstol despidiéndose de los fieles filipenses: haced lo que habeis aprendido, lo que habeis recibido, lo que me habeis oido y lo que habeis visto en mí, y el Dios de paz será con

vosotros. Que sería un temerario en deciros, como el mismo decia á los fieles de Corinto: Sed imitadores mios, así como yo lo soy de Jesucristo. Sé con amargura de mi alma que no puedo decir con verdad, que levante el dedo el que algo tenga que decir contra mí, y que me arguya y contradiga. No temo afirmar que jamás he procurado ni querido vuestro mal; que no he aborrecido ni perseguido por título alguno á ninguno de vosotros, que voluntariamente jamás he tenido ánimo ni intencion de perjudicaros en nada; pero conozco y considero lo terrible, penoso y difícil de mi ministerio; sé la mucha prudencia y ciencia que es necesaria en el que ha de regir y gobernar á las almas. Yo vine á vosotros para ofrecer sacrificios por vosotros, para mediar entre Dios y vosotros, para instruiros y dirigiros en la fe y en el camino de la salvacion, para amonestaros, corregiros, reprenderos y castigaros; para ser tambien vuestro modelo y ejemplar, y presentarme como vuestro pastor y maestro, no solamente con mis palabras y doctrinas, sino tambien con mi buen ejemplo. ¡Cuánto, hijos mios, hallo de que reprenderme en el tiempo que he desempeñado mi ministerio! ¡Cuánta tibieza y frialdad, cuántos miramientos y respetos humanos, cuántas veces habré dejado de reprender lo que debia, y cuántas otras habré reprendido con demasiada acrimonía, cuánto mas bueno pudiéramos haber hecho, cuánto mas pudiéramos haber adelantado en el camino del cielo, cuánto malo pudiera haber evitado si mi celo hubiera sido mas activo, mas vigilante y mas prudente! Me veo reducido á suplicar al Señor que perdone mis faltas y descuidos, y por la última vez que os hablo como vuestro padre y pas-

tor, os suplico por las entrañas de nuestro Señor Jesucristo, que perdoneis mis muchísimos defectos é inadvertencias; y para que halle alguna tranquilidad de conciencia os pido y encargo encarecidamente que veleis, que esteis firmes en la fe que habeis recibido, que os conserveis con fortaleza y que todo lo hagais en caridad y por caridad. *Vigilate, state in fide, viriliter agite et confortamini. Omnia vestra in charitate fiant.* Ojalá que yo pudiera grabar estos sentimientos y resoluciones en vuestras almas, y así conseguiria separarme de vosotros con algun consuelo, y mi esperanza sería fundada de que el Señor perdonase mis faltas y reconociese por pastor de su rebaño si os dejase en el amor y caridad de Dios. Oid, pues, los sentimientos y los deseos de un padre que os ama y va á separarse de vosotros, y consérvense mis palabras en vuestros corazones para siempre de modo que sirvan para provecho vuestro y para descargo mio en el tribunal de Dios, en que unos y otros hemos de comparecer.

Velad, hijos mios, procurad atender con preferencia al negocio de vuestra salvacion, conservaos firmes en la fe y sana doctrina que os he anunciado en nombre de Jesucristo y en que he procurado instruiros, haced cierta vuestra vocacion y eleccion perseverando en las buenas obras sin poneros con vuestra conducta en oposicion con vuestra fe, y sirviendo de escándalo á los incrédulos y libertinos. Sed solícitos de vuestra salud eterna y fijad vuestra atencion y encaminad vuestros deseos al cielo donde está nuestro Dios y Señor, desprendiendo vuestro corazon de los afanes y de los intereses terrenos que no sirvan jamás de un estorbo para que os privéis por ellos de la herencia de los

hijos de Dios, que ha de durar para siempre. Guardaos de los que tienden lazos y arman asechanzas á la pureza de vuestra fe y tratan de corromper vuestra sinceridad con conversaciones impías, con lecturas prohibidas, con promesas lisongeras como el astuto tentador que sedujo á la primera muger, para que corrompiendo vuestro corazon y vuestra voluntad los sea mas fácil pervertir vuestro entendimiento y robaros la fe. No creais aunque un ángel del cielo por un imposible, viniese á anunciaros y presentaros otra doctrina distinta de la que os he anunciado en nombre y como ministro de Jesucristo, y protestad continuamente vivir y morir en esta fe y creencia acompañando vuestras protestas con unas costumbres sanas, irreprensibles y conformes con vuestra fe. Permaneced firmes y constantes en la fe aunque se levanten persecuciones y os sea preciso sufrir sacrificios; pelead con valor en su defensa: *viriliter agite* y ni las promesas, ni los regalos, ni las dignidades y destinos, ni las pérdidas ni tormentos, ni la vida ni la muerte sea capaz de apartaros de la doctrina sana temiendo mas que á los hombres al mismo Dios, que puede castigar en esta vida y en la otra. Cuidad que todas vuestras obras se hagan por el imperio y como emanadas de la caridad, dirigiéndolas todas al fin último que es el mismo Dios á quien debeis procurar agradar siempre. Obrad siempre movidos del amor y caridad de Dios, y no se conocerán entre vosotros las discusiones, las envidias, los partidos, los pleitos, odios ni enemistades que tanto alteran la paz de los pueblos.

Amados hijos mios, en este mundo estamos rodeados por todas partes de peligros y caminamos entre lazos que

nos tienden nuestros enemigos. Vivimos entre seductores, entre perseguidores y enemigos, y entre descontentadizos y sediciosos. Pues bien, y tenedlo presente siempre, hijos mios, contra los seductores *velad y estad firmes en la fe*, contra los perseguidores *pelead y sostenéos con fortaleza*, y contra los sediciosos y perturbadores *obrad siempre por caridad*. Creedme, que si lograis que el amor sea el principio de todos vuestros deseos y de todos los movimientos y afectos de vuestro corazon cual fuere vuestro amor, tales serán vuestros deseos, y como fueren vuestros deseos será vuestra vida. Si obrais por un amor terreno, carnal, corrompido y viciado, cuanto obreis por este amor será tambien viciado; pero si obrais por el amor puro y santo, por la caridad de Dios moderareis todos vuestros afectos, dirigireis y vivificareis todas vuestras obras refiriéndolas al mismo Dios como fin último de todas vuestras operaciones, y con esto cumplireis toda la ley de Dios como fundada en la caridad y sin esta caridad nada hareis ni lograreis para con Dios. *Omnia vestra in charitate fiant.* Tened caridad y obradlo todo por caridad, digo al separarme de vosotros como os dije en el primer dia que os tomé bajo mi direccion. Sea que tengais que reprender, corregir, enseñar ó castigar; sea que tengais que obedecer, servir ó aprender, hacerlo todo en caridad y con el fin que ordena la caridad y con esto no sereis inflados y vanos, no tendreis pleitos ni disensiones, no dareis escándalos, no despreciareis á los pobres, ni tendrán orgullo y dureza los ricos, habrá la paz y union que es lo que hace gustosa la vida y llevaderos los trabajos que tenemos que padecer continuamente en este mundo.

Obrad siempre por caridad y sereis ejemplares de modestia y compostura. Hijos mios, que conozcan todos que sois buenos cristianos por vuestros modos compuestos y arreglados, en vuestras acciones y palabras, sin que se desprendan de vuestros labios dichos indecentes, juramentos, maldiciones ni execraciones que tanto desdicen del que tiene la fe de Jesucristo y la esperanza de gozarle en el cielo. Acordaos que sois templos vivos del Espíritu Santo y no querais profanarle y que se ausente de vosotros. Que deis á todos ejemplo de buenos cristianos por vuestra moderacion en el uso de las cosas de este mundo, en la comida y la bebida, en los vestidos y los adornos, en sufrir las molestias y las injurias de los demás hombres, acordándoos que todos somos flacos y miserables y tenemos que soportarnos unos á otros, y que no podemos gloriarnos de ser cristianos si no seguimos el ejemplo de Jesucristo y cumplimos lo que tanto nos encargó Jesucristo. Que conozcan todos que sois buenos cristianos por vuestra mansedumbre y equidad de ánimo en los trabajos, tribulaciones y persecuciones de esta vida, esperando el premio y recompensa en el cielo. Obrad, hijos mios, os diré con san Pablo, todas las cosas que son verdaderas, las que son honestas, las que son justas, santas y amables. Huid de todo lo que sea mentira, fraude, engaño, hipocresía y disimulo: amad la verdad y aborreceréis el vicio, despreciareis la gloria del mundo y los placeres de la carne, mirareis en su justo valor á las riquezas que no vienen á ser sino vanidad y un peso que estorba el caminar al cielo. Obrad todo lo que sea justo y amable procurando ser santos en el cuerpo y el espíritu. No haya en vuestras costumbres cosa alguna áspera que ofenda

á los demás, sino procurad agradaros con vuestra afabilidad, benignidad y beneficencia. Cuidad de vuestro buen nombre y reputacion de modo que edifiqueis aun con vuestra buena fama. Sobre esto, hijos mios, cumplid los cargos de vuestro estado siendo buenos hijos, buenos criados, esposos fieles, padres amantes de su familia, amos considerados y prudentes, y todos justos y resignados y contentos con vuestra suerte. Obrad en todo por caridad: *Omnia vestra in charitate fiant.* Haced conforme á lo que me habeis oido y habeis aprendido de mi, y con esta caridad y amor de Dios que tanto os encargo y recomiendo disimulad mis faltas y lo mucho que he dejado de hacer para llenar mi ministerio debidamente.

Perdonad todo aquello en que os hubiere ofendido y molestado; olvidad toda queja y resentimiento, todo disgusto que os haya causado aunque haya sido con el deseo siempre de vuestro bien. Yo deseo llevar vuestras lágrimas y vuestras bendiciones mas bien que vuestro aborrecimiento, y quisiera que me conservásois siempre en el afecto de vuestro corazon como hijos á quienes he engendrado y alimentado en Jesucristo. Con esta caridad que forma el complemento y las delicias de nuestra santa religion os pido encarecidamente que roguis á Dios por mí y me tengais presente en vuestras oraciones mientras viva, y me encomendeis á Dios cuando muera. Yo os ofrezco rogar al Señor por vosotros todos los dias de mi vida, y hacer memoria de este querido pueblo mio cuantas veces celebre el santo sacrificio de la misa, y ojalá pudiera impetrar y atraer sobre vosotros las gracias y bendiciones del cielo, para que fuéseis dichosos en esta vida y en la otra. Suplid

con vuestro celo lo que ha faltado á mi cuidado y solicitud, y con esta confianza se tranquilizará mi conciencia y será todo mi consuelo el que os deje en la caridad y amor de Dios fundados y radicados en la caridad. Con esta caridad perdono y olvido para siempre cualquiera disgusto que me hayais dado, quedo dispuesto á serviros y os doy mi paternal bendicion.

Tales son mis deseos, hijos mios. ¡Quiera el Dios de la paz que dirije nuestros destinos, que da la virtud á las palabras de los que anuncian su Evangelio, dar la gracia y fortaleza á este su pueblo y prepararse en él un rebaño escogido y sin mancha que sirviéndole en esta vida nos dé á vosotros y á mí el que le alabemos en la habitacion de los que siempre estan alegres y satisfechos, en el resplandor de los santos, que unidos el rebaño y el pastor en su templo eterno le digamos gloria por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

PLATICA

PARA EL PRIMER DIA DEL AÑO EN QUE ASISTE A LA MISA DE PUEBLO LA JUSTICIA NUEVA.

Obrando los que estan constituidos en autoridad de un pueblo como ministros de Jesucristo desempeñarán su destino á satisfaccion de Dios y de los hombres y harán su propia felicidad y la de sus dependientes.

Nimini dantes ullam offensionem ut non vituperetur ministerium nostrum: sed in omnibus exhibeamus nos metipsos sicut Dei ministros.

2.ª Cor., cap. 6, v. 3.

Procuremos llenar con exactitud y fidelidad nuestro ministerio, guardándonos de servir de ofensa á nadie con nuestras palabras ó con nuestras obras, y teniendo muy presente que somos ministros de Jesucristo y debemos proceder en todo como tales, para que no sea vituperado nuestro ministerio por nuestra causa. Así nos amonesta y en-

carga el apóstol san Pablo; y si bien sus palabras se dirigen principalmente á los que por nuestro destino y especial eleccion de Dios tenemos el encargo de anunciar el Evangelio de Jesucristo y de regir y apacentar á las almas con la sana doctrina, se dirigen tambien á todos los que por cualquiera otro título hayan de gobernar y presidir á los demás, y yo me valgo de ellas para recordaros vuestro deber en este dia en que despues de elegidos para estar al frente del régimen y gobierno de este pueblo venis por primera vez á este templo santo á ocupar vuestros asientos, á ofrecer á Dios vuestros destinos, á pedirle gracias para desempeñarlos debidamente y á incoar vuestra jurisdiccion por reconoceros siervos y ministros de Jesucristo.

Sí, hijos mios: Sois ministros de Jesucristo que teneis que servirle en el destino en que ha sido su voluntad colocaros, representais y haceis veces de Jesucristo; si hay algo que os distingue de los demás, no es solamente un nombre ó un asiento mas elevado y de mas preferencia, es una autoridad que sea el que fuere el modo con que se os comunique y el modo con que seais destinados y elegidos para ella, una vez constituidos en ella segun los modos y medios legalmente establecidos, representais al mismo Dios de quien emana todo poder y autoridad, y hay un carácter en vuestras personas que no podemos ofender ni ultrajar sin ultrajar ni ofender al mismo Dios. Como representantes y ministros de Jesucristo y revestidos de una autoridad que os viene del mismo Dios, sois responsables á Jesucristo, y Dios ha de tomaros una cuenta estrecha del desempeño del cargo que os confia. Tened presente siempre vuestro ministerio, obrad siempre como ministros que sois de

Jesucristo y le cumplireis á satisfaccion de Dios y de los hombres sirviéndoos de honor y no de vituperio, y hareis vuestra felicidad y la de vuestro pueblo.

¡Infeliz de aquel que abuse del poder que Dios le da y se valga de su destino y autoridad para sus venganzas particulares, para perseguir y derribar á sus enemigos y satisfacer sus resentimientos, para procurar sus propios intereses, para dominar con orgullo y arrogancia, para atropellar la ley y la justicia! ¡Infeliz del que no obre como ministro y representante de Jesucristo! porque el mismo Jesucristo ha de juzgar á las justicias, ha de buscar en sus manos la sangre del huérfano y de la viuda, y si puede huir en esta vida de la venganza y los castigos de los hombres, ni vivo ni muerto podrá evitar los castigos de Dios. ¡Infeliz de aquel que sirve de escándalo y de que ofendan á Dios los demás por sus locas arbitrariedades, por sus parcialidades y pasiones manifiestas, por su falta de moderacion y prudencia, por sus malos ejemplos, y hace que blasfemen y detesten de un ministerio que tanto debe contribuir para conservar el órden y hacer la felicidad de los pueblos!

Los que han de gobernar á los demás y administrar la justicia deben por lo mismo ser irreprensibles, mas moderados, mas prudentes, mas exentos de todo defecto. A vosotros toca ser el ejemplar de los demás en vuestra modestia y lenguaje decente y cristiano, en vuestra asistencia al templo y frecuencia de los santos sacramentos, en vuestro retiro de las diversiones y de la ociosidad. A vosotros toca ser imparciales y rectos en la administracion de justicia, desprendiéndoos de toda pasion y afecto particu-

lar, distribuir las cargas y los provechos con toda la igualdad y proporcion posible, sin hacer agravio alguno y mucho menos con miras de resentimiento y de venganza; á vosotros toca en todo el tiempo que seais de justicia cuidar de evitar los escándalos y diversiones indecentes, corregir y castigar á los díscolos, hacer que los demás cumplan con los preceptos de Dios y de la santa Iglesia nuestra madre, que respeten á los mayores y sacerdotes y asistan á los oficios divinos, que haya union en los casados, en los hijos y criados sumision, respeto y obediencia, y en todos honestidad y decencia cristiana, sin que haya que lamentar escándalos de ninguna especie. Deber vuestro es atender á que los puestos y oficinas públicas esten bien servidas, y que á todos se dé lo justo sin que por los espendedores se cometan fraudes, hurtos, usuras, ni otros engaños que por desgracia son tan comunes en el trato humano. Los pobres, los huérfanos y las viudas, los miserables indigentes que ocultan en el rincon de su casa su miseria, y los enfermos que carecen de auxilio, no tienen otro padre ni otro recurso que vosotros, y vuestro destino os ofrece ocasiones y medios con que socorrerlos y aliviar su suerte. Este es vuestro destino y estos deben ser vuestros cuidados. A esto os llama el Señor y para eso ha querido que ocupeis los oficios que teneis, y no para procuraros vuestro engrandecimiento, utilidad y descanso.

Tomais una carga pesada, y sobre las obligaciones que teneis como particulares, como padres, como esposos, como amos, como cristianos de que no debeis ni podeis separaros, se os impone la obligacion que os incumbe como superiores, de cuyo desempeño, entendedlo bien, no

tanto habeis de responder á los hombres como al mismo Dios, á quien representais y cuyas veces haceis. Teneis necesidad de mucho cuidado, mucho esmero, mucha prudencia si habeis de cumplir bien y no dar ocasion por vuestros abusos y escesos á que se maldiga, se blasfeme y vitupere de vuestro ministerio y se lamenten y detesten de vosotros los mismos que os han elegido: teneis necesidad de muchas gracias y auxilios de Dios para desempeñar vuestros cargos de modo que os sirvan de mérito, y para lograr la recompensa de Dios: bien conoceis que debeis agradar y obrar á satisfaccion de Dios y de los hombres, y que esto es sumamente difícil, que en vuestros cargos debeis hacer, no vuestra ruina y la de vuestro pueblo, sino la felicidad y dicha de uno y otro. Pues bien, hijos mios, para lograrlo obrad y tened siempre presente en todo que sois ministros y representantes de Jesucristo, revestíos de Jesucristo convenciéndoos de que en vuestro destino no debeis obrar como particulares, sino como obraria el mismo Jesucristo, cuyas veces y cuyos encargos teneis que desempeñar y cumplir; así sereis en todo prudentes, pacíficos, justos; no obrareis por pasion ni resentimiento, sino por amor; reprendereis con prudencia, corregireis con dulzura y castigareis de modo que entiendan los demás que no buscais sino el bien de todos. Considerad que sois ministros de Jesucristo encargados de servirle en vuestros destinos y cuidareis de obrar de un modo que no desdiga de lo que debeis y lo que se merece Jesucristo. Sereis dulces y afables, hareis bien á todos, os sacrificareis por todos, procurareis el bien y la prosperidad de todos. Sereis sufridos en las molestias y disgustos que habeis de esperi-

mentar; prontos y solícitos para el trabajo, y el mismo Jesucristo os ilustrará y recompensará todo lo que hiciéreis como siervos y ministros suyos.

¡Qué dicha la de un pueblo cuyo Señor es su Dios y no tienen otra voluntad que la de su Dios! En él se halla la paz y no se sienten las quejas, las murmuraciones, las impaciencias, ni dominan los odios, los rencores, las riñas, ni nada de cuanto perturba la paz tan amable y tan útil! Pues á esto sois llamados y este es vuestro deber; y todo lo conseguireis obrando como ministros y representantes de Jesucristo. Así hareis respetable vuestro destino y ministerio. Os apreciarán y bendecirán los hombres, que al fin os harán justicia, si vosotros sois justos y podeis prometeros despues la recompensa que tiene prometida el Señor á sus siervos fieles y prudentes.

Y vosotros tambien, á los que toca obedecer y estar sumisos y dependientes, gobernaos por esta doctrina de vida y de salud, por esta doctrina del cielo, reconoced y respetad en vuestros superiores á unos ministros y encargados de Jesucristo, veneradlos, respetadlos y obedecedlos como al mismo Jesucristo y os será suave el yugo de la obediencia, recibireis con gusto cuanto emane de su autoridad, y esta armonía y conformidad entre los superiores é inferiores, entre los que mandan y obedecen, formará la paz y las delicias de la vida. Para que unos y otros consigais esta dicha y os gobierneis por estos laudables principios, acudid al Señor pidiéndole sus divinos auxilios, ofreciéndole vivir con su divina ley, sacrificar todo disgusto y resentimiento que hasta ahora hayais tenido unos contra otros; poneos en sus manos para que él, y segun su santísima vo-

luntad se dirijan y gobiernen todas vuestras acciones, encomendaos á María Santísima y al santo que veneramos como nuestro titular patrono y que está destinado por Dios para cuidar de nosotros, y con la gracia del Señor compondreis un pueblo santo y propiamente cristiano. Mandareis con prudencia y sereis obedecidos con gusto. Reinará la justicia y la paz: concluireis vuestro encargo y recibireis las bendiciones de Dios y de los hombres ¡Quiera el Señor que no sirvan vuestros destinos para mayor responsabilidad vuestra en el tribunal supremo, sino para mayor corona y recompensa vuestra. Yo imploro y os pido como sacerdote del Señor sus gracias y auxilios para vosotros, la luz necesaria para el acierto, y que os dé á conocer que sois ministros suyos y su ayuda para que obreis como tales. Imploro la gracia de ser sumisos y obedientes para todos los demás, y le pido que os dé salud para cumplir vuestro encargo, y que viviendo todos en la paz cristiana, en esta union de hermanos tan envidiable, sin que demos ocasion á que se hable en mal sentido de nuestro pueblo despues de gozar en esta vida las dulzuras de la paz y gracia de Dios conservando el órden y armonía que corresponde á un pueblo cristiano, gocemos despues la eterna dicha de la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA

PARA LA ELECCION DE OFICIOS EN UNA COFRADIA Ó CONGREGACION.

Si han de conservarse estas piadosas congregaciones, ha de ser procurando todos sus individuos la union espiritual.

Soliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis.

Debeis procurar con mucho cuidado que se conserve entre vosotros la union de los ánimos, siendo la paz el vínculo que los una y estreche.

AD EPHES., CAP. 4, V 3.

Despues que habiendo recibido el Espíritu Santo comenzaron á predicar los apóstoles en el mismo Jerusalen, se convirtió una multitud crecida á la fe de Jesucristo, y abrazó la ley del mismo á quien vió crucificar, convencida de los milagros que obraban los apóstoles en el nombre de Jesus. No es esto sin embargo lo mas estraño y admirable: En toda la multitud de los fieles creyentes no habia sino

un solo corazon, una sola alma y una sola voluntad como se nos refiere en los hechos apostólicos: *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una.* Mas todavía. Sus bienes todos eran comunes; nada se reservaba para sí cada particular, y todo lo ponian á los pies y disposicion de los apóstoles, y así no habia pobres ni necesitados entre ellos, contemplándose todos cómo hermanos de una familia unidos con los vínculos de la paz y perfecta caridad.

Acababan de abrazar la ley de Jesus que toda es amor, que toda la redujo á que nos amásemos los unos á los otros, que nada encargó tanto como la mutua caridad, y nos dió el ejemplo de amarnos y dar su vida en la cruz por nosotros, y encendidos sus corazones en estos saludables sentimientos lo sacrificaban todo, se desprendian de todo, vendian sus posesiones, y al tiempo mismo que unian al comun de sus hermanos los fieles sus corazones, sus almas y sus voluntades, ofrecian tambien sus intereses y todo cuanto poseian. Creciendo considerablemente el número de los que creian y se bautizaban, y estendiéndose por todas partes la nueva religion que llevaban por todo el mundo los apóstoles, no fue posible conservar entre todos el fervor y la union que en los primeros, y si bien se distinguian por su caridad y prontitud para socorrerse, sus bienes dejaron de ser comunes. Entonces los mas fervorosos en cada pueblo se unieron entre sí con una especial union de voluntad y afecto, con los vínculos de una caridad semejante á la de los primitivos fieles, procurando que fuese el resultado de su union socorrerse y ampararse en sus conflictos y necesidades. Este ha debido ser, hermanos mios, el orígen de estas piadosas congregaciones y

cofradías que tan sabiamente y sin que de ellas refluya mal alguno á la sociedad hallamos establecidas en los pueblos, y que tienen el doble objeto de dar un culto especial al Señor, y ocuparse los que las componen en prácticas y ejercicios religiosos, obligándose al incorporarse en ellas no solo á ser cristianos, sino cristianos fervorosos y devotos, y el de aliviar y socorrer á sus cofrades y cohermanos en sus necesidades, en sus dolencias y hasta despues de su muerte acompañándolos á sus exequias, orando y haciendo sufragios públicos y particulares por ellos como vosotros lo sabeis por vuestras constituciones y estatutos. Honrar, servir, amar y dar culto á Dios y procurar la salvacion de vuestras almas, y amaros y socorreros unos á otros, tal es el fin santo de estas congregaciones semejante al de los primitivos fieles, y que por lo mismo han sido aprobadas por la silla apostólica, enriquecidas con gracias é indulgencias, y protegidas por los señores obispos y por nuestros reyes católicos y las autoridades que los representan.

Ahora bien. Preciso es para que se conserve esta venerable congregacion de que tengo el honor de ser el director y padre espiritual segun lo que ordenan y previenen sus estatutos, y que pueda servir para los fines con que la instalaron sus piadosos fundadores y con que vosotros os incorporásteis á ella, que en este dia se elija el que ha de estar á su frente y ser el primero entre vosotros, á quien habeis de respetar y obedecer para que haya órden y subordinacion, y á este debeis elegirle vosotros mismos, y antes de que paseis á este acto permitidme que os diga con el apóstol san Pablo á los fieles de la ciudad de Ephe-

so : *Soliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis. Procurad que se conserve entre vosotros la union y conformidad de los ánimos , siendo la paz el vínculo que los una y estreche.* La union y confraternidad es el fin , es lo que dió el ser y principio á esta piadosa congregacion : pues por los mismos medios ha de sostenerse y conservarse. Si falta esta union espiritual, esta paz que hace que os hermaneis todos y concurrais á llenar los deberes de esta hermandad se aniquilará , se destruirá y perderá este don del cielo y este tesoro de gracias , beneficios , privilegios é indulgencias de que sois depositarios. Como los fieles de Jerusalen , como aquellos fervorosos y primeros cristianos os habeis reunido en esta santa corporacion para ofrecer vuestros cultos y homenages á Dios , y para agradaros unos á otros en los oficios de la caridad cristiana , para los fines mas principales y grandiosos de nuestra adorable religion , cuales son el honrar , amar y servir á Dios y ser caritativos , amándoos y socorriéndoos mutuamente unos á otros , no habiendo entre todos sino un solo espíritu y una sola voluntad. Pues elegid de entre vosotros para vuestro hermano mayor aquel que sea mas á propósito para llenar estos piadosos deberes , y que mejor convenga para el bien y aumento espiritual de la congregacion , que sea amante de la union y la paz para que la procure entre todos vosotros , que sea ejemplar por sus buenas costumbres y por su asistencia á los ejercicios espirituales y actos de esta corporacion , aquel que tenga celo y deseos de cumplir esta nueva carga , porque á él toca el ser el mas puntual en la asistencia , mas moderado en sus operaciones , el ejemplar de todos vosotros , siendo el primero á servir á Dios y

á servir á todos los demás hermanos. Lejos de vosotros todo espíritu de discordia, desunion y desavenencia, tan ageno de este instituto en que no debe haber sino union y paz como que todos sois hermanos. Fijad vuestra atencion y dad vuestros votos á aquel que sea mas digno y mas á propósito para el cargo que vais á conferirle, y despues estadle sumisos y obedientes, respetadle, porque de este buen órden pende la armonía y la subordinacion, y con ella la conservacion de esta piadosa congregacion. Elegid á aquel que sea mas á propósito para los intereses de la corporacion, y que siendo un siervo fiel y prudente, pueda decir al Señor en el dia de la cuenta: Me entregaste cinco talentos, y con mi industria, mi sudor, mi esmero y mi trabajo he logrado aumentar otros cinco, no precisamente en el aumento de intereses materiales, sino mayormente en las riquezas espirituales, porque logré con su vigilancia y su ejemplo que haya mas asistencia, mas fervor y devocion en los ejercicios piadosos, mas caridad, mas union, mas virtudes entre todos los hermanos; que logre que renazcan entre vosotros aquellos felices dias del cristianismo en que la multitud de los que creian no tenian mas que una voluntad y un corazon, y no habia pobres ni menesterosos entre ellos, porque lo de unos suplia á la escasez de los otros. ¡Qué envidiable, amados mios, ver á un hermano enfermo y ampararle, asistirle, velarle y llevar á su casa y su familia los consuelos de la amistad y la religion, y qué grato es tambien al Señor el que le alabeis en vuestros ejercicios piadosos, que rogueis por vosotros y por vuestros difuntos, y que de vuestros bienes coopereis al culto divino y á dar públicos testimonios con vuestras so-

lemnidades religiosas de que amais y reverenciais á vuestro Dios! ¡Qué grato es y qué consolador en estos dias de perversidad, inmoralidad y corrupcion el ver que, aunque pocos, abandonais en los dias festivos las concurrencias y diversiones del mundo, os apartais del camino anchuroso de los placeres y preferís venir á postraros delante del Señor y apeteceis como único descanso del trabajo y fatiga de la semana al asistir y reuniros en vuestra congregacion para santificar el dia y cumplir con los deberes cristianos! No desmayeis, hijos mios; continuad en tan santa ocupacion, y ofreciendo tan religiosos ejemplos, y para que se conserve y aumente esta devocion y buen ejemplo elegid hoy al que sea mas digno y mas fervoroso, al que sea capaz de llenar sus deberes y pueda edificaros con su ejemplo haciendo que reine entre vosotros la union y la paz cristiana, y resolveos tambien á ayudarla con vuestra obediencia, vuestra asistencia á los ejercicios, vuestra frecuencia de sacramentos, vuestro celo y vuestras virtudes, porque preciso es que todos coopereis á un mismo fin y podais presentar al mundo un ejemplar de virtudes, una congregacion de perfectos cristianos. Pedidlo así al Señor, y para que os dé el acierto, os ilumine y favorezca y á todos os dé el que procureis la union espiritual, la caridad que es el alma y la vida de esta congregacion, y no tengais que reprenderos por no proceder con la intencion y debido fin en esta eleccion, imploremos antes de dar principio á ella los auxilios y las luces del Espíritu Santo:

Veni creator Spiritus
Mentes tuorum, etc.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA DE UNA MISA NUEVA.

En proporcion de la grandeza y dignidad de un sacerdote debe ser su celo y vigilancia para cumplir los deberes que lleva consigo.

Tu vero vigila: in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple.
2.ª AD TIMOTH., CAP. 4, V. 5.

El Señor nos socorre, consuela y alivia en todas nuestras necesidades, angustias y tribulaciones. ¡Bendito sea Dios que tanta misericordia tiene con nosotros! El nos dejó sus santos sacramentos para darnos por ellos su gracia y nutrir y conservar la vida de nuestras almas y con su Providencia admirable cuida de proveernos y sacar de los tesoros de su infinita misericordia ministros suyos que nos los dispensen y apliquen. Murieron y se concluyeron nuestros

padres en la fe; pero el Señor cuida de que no se concluyan en su Iglesia, y por nuestros padres nos da nuevos hijos herederos de su espíritu y adornados de la misma potestad para nuestro servicio y consuelo. El es capaz de hacer salir de las mismas piedras hijos de Abrahan, y así como nos lo ofreció vemos que aun en estos dias en que mas que nunca el ser sacerdote y ministro de Jesucristo lleva consigo las burlas y desprecios de los mundanos; aun en estos dias en que tan sin piedad han sido perseguidos por todos los medios y reducidos á la mas espantosa estrechez y miseria los sacerdotes; aun en estos dias en que nada puede prometerse y parece que es una temeridad y que es fuera de todo cálculo humano el abrazar el estado eclesiástico, que sobre las cargas anejas y pesadísimas no puede reportar sino abatimiento, pobreza y escasez hasta de lo necesario para el sustento de la vida, aun así, hermanos mios, lo que no harian los hombres lo toma á su cargo el Señor y cuando menos podíamos esperarlo nos provee de nuevos operarios para su mies, de nuevos sacerdotes que representándole en la tierra estiendan la duracion de la Iglesia que ha de permanecer hasta el fin de los siglos, y apacienten á su rebaño siendo sus pastores, doctores y canales de sus gracias y beneficios. Hoy lo vemos en ese nuevo ungido, en ese nuevo sacerdote de Jesucristo, en ese nuevo hermano y compañero de ministerio que va á celebrar por primera vez el tremendo sacrificio de la misa y á continuar la serie de los dispensadores de los misterios de Dios. ¡Infinitas gracias os sean dadas, Dios mio, por vuestras piedades, porque así desbaratais los planes de los indignos, así consolais á vuestra querida esposa la Iglesia, así con-

fundís la arrogancia de vuestros enemigos, así nos manifestais vuestra misericordia y no permitis que seamos consumidos y se acabe con el estado eclesiástico en esta nacion católica! En todo tiempo debemos agradeceros, Dios mio, el que nos deis sacerdotes y ministros para vuestra Iglesia, pero todos conocemos y sabemos que ahora estamos mucho mas obligados á seros agradecidos á este favor que no podemos menos de reconocer como un don estraordinario de vuestra Providencia. Yo no puedo continuar, Dios mio, sin llenar este deber, y por mí, por este pueblo que me oye, por toda la Iglesia católica, os doy las mas sinceras gracias por habernos dado en estos dias de calamidad y miseria un nuevo sacerdote.

Y dirigiéndome á tí, venerable ungido del Señor, nuevo dispensador de los divinos misterios, carísimo hermano en Jesucristo ¿me ocuparé en estos momentos en manifestar la grandeza de tu dignidad superior á la de los ángeles del cielo y aun á la de la misma Reina de los ángeles? ¿Daré á conocer lo sublime de tu carácter mucho mayor que el de todos los reyes y potestades de la tierra? ¿Recordaré que al imperio de tu voz baja el mismo Jesucristo á tus manos y se pone en la sagrada hostia y que los pecados que tú perdones en la tierra serán perdonados en el cielo? Tú sabes bien que no hay dignidad comparable á la tuya, como que eres un encargado y representante de Jesucristo desde que has recibido los sagrados órdenes, y lo sabe tambien este auditorio, aunque por desgracia no se dé ya en el pueblo cristiano aquel respeto y veneracion que se merecen los sacerdotes, ni se los oiga y obedezca como debieran ser atendidos y reverenciados. Voy á llamar tu aten-

cion sobre los nuevos cargos que tomas en este dia, sobre los deberes que te impone tu ministerio y que en estos tiempos urge mas que nunca el que los llenes fielmente por lo mismo que son mas audaces y mas multiplicados los enemigos de Jesucristo y no entras á ser ministro suyo para vivir en la ociosidad y el descanso de la paz, sino en los trabajos de una continua guerra. Por lo mismo que es grande tu dignidad debe ser mayor tu carga, tu responsabilidad y tu trabajo y para que llenes tu ministerio te dirijo para que las tengas presentes en toda tu vida las palabras del apóstol á su discípulo Timoteo: *Tu vero vigila in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple.* En tu nuevo ministerio no puedo anunciarte ni congratularte por la prosperidad, placeres, riquezas ni nada de cuanto apetece el mundo y que hace que los hombres ansien y se afanen tanto por los honores y dignidades de la tierra. Tu herencia y porcion es el Señor, y el Señor te presenta trabajos, contradicciones y molestias continuas. Dispensame si en este dia turbo la alegria y tu gozo por verte elevado á la dignidad del sacerdocio: llevado del deseo de tu bien no puedo menos de anunciarte que tu felicidad eterna consiste en llenar tu ministerio y voy á manifestarte que á proporcion de lo elevado de tu dignidad debe ser tu celo y vigilancia para cumplir los deberes que tomas sobre tí: *Vigila in omnibus labora, opus fac evangelistæ ministerium tuum imple.*

Para que yo acierte á inspirarte esta resolucion, para que tú la aceptes y graves en tu alma y merezcas así las bendiciones de Dios y de los hombres, para que los fieles todos entiendan lo que deben al sacerdocio y se esmeren

en respetar á los ungidos del Señor pidamos los auxilios de la divina gracia por la intercesion poderosa de María Santísima.

Ave María.

Tu vero vigila.....

Padecerán persecuciones y tendrán mucho que sufrir todos aquellos que quisieren vivir piadosamente, y conforme á lo que nos encarga Jesucristo nos dejó dicho el apóstol san Pablo: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur.* La vida del hombre cristiano no viene á ser otra cosa que una semejanza, una participacion de la vida y los trabajos de Jesucristo que padeció y murió en la tierra. Toda la vida de cristiano, si ha de vivir segun el Evangelio, es una cruz y martirio continuo. La continua pelea y rebelion de la carne contra el espíritu y del espíritu contra la carne, la lucha perpetua contra los demonios enemigos de nuestra salvacion, la compañía de los hombres malos entre quienes no se puede menos de vivir, los odios, las calumnias y detracciones, los pleitos injustos, las injurias que se complacen los perversos en dirigir contra los que son timoratos y piadosos, las molestias que vienen aun de los mismos buenos, por su ignorancia, por su debilidad y contrariedad de índoles y genios; los

males y calamidades públicas que no pueden menos de afligirlos y mucho mas cuando son con perjuicio y detrimento de la Iglesia; la abnegacion de sí mismos, que es tan necesaria para arrebatar por la fuerza el reino de los cielos, la penitencia tan indispensable para destruir el cuerpo de pecado, todo manifiesta que la vida del que ha de vivir bien tiene que ser una continua serie de privaciones, trabajos y padecimientos, y basta que uno deserte del mundo y se declare por el partido de la virtud, para que el mundo le aborrezca, le injurie, se burle de él y le calumnie y persiga. La cizaña tiene que criarse y crecer juntamente con el trigo hasta el tiempo de la mies. La verdad y la piedad han de tener siempre sus enemigos y perseguidores. ¿Cuál será, pues, el trabajo y la persecucion de los sacerdotes encargados y ministros de Jesucristo quienes deben ser los maestros de la verdad y los ejemplares de la piedad? ¿Qué esfuerzos no hará el mundo contra los sacerdotes que no solo deben ser buenos y vivir segun el Evangelio, sino dirigir segun él á los demás, aconsejar, amonestar, clamar, reprender, castigar hasta lograr que los demás sean tambien buenos y se aparten de los vicios? ¿Qué perdonarán á los sacerdotes y qué no tendrán que sentir de parte de tantos hombres malos, seductores, que viven en el error y que adelantan en el mal siendo maestros de la mentira y llevando á otros á los errores *errantes et in errorem mittentes* y de parte de otros tambien que bajo la apariencia de piadosos detestan, persiguen y destruyen cuanto pueden las virtudes: *habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem ejus abnegantes?* Si el simple cristiano tiene que esponerse á las burlas y la persecucion por solo

resolverse á vivir en la piedad cristiana y conforme á la ley del Evangelio ¿qué será el sacerdote que como Moisés tiene que ponerse de frente á tantos hombres corrompidos y réprobos que como los príncipes de los magos de Egipto Jannes y Mambres siempre están resistiendo y haciendo guerra á la verdad? ¿Qué será el sacerdote que sobre la guerra continua para sujetarse á sí mismo y vivir piadosamente tiene que sostener una pesada lucha contra los enemigos tan diversos y tan multiplicados de la virtud y de la verdad? Pues para llenar tu ministerio es preciso que estés en una continua vigilancia: *Tu vera vigila*, es preciso que veles para que el rebaño del Señor no sea devorado por los lobos ni oculta ni públicamente y que los hombres perversos corrompan su fe, la pureza de su doctrina ó la integridad de sus costumbres con enseñanzas corrompidas y pestilentes. Es preciso que veles, no suceda que quedándote dormido entre el hombre enemigo en el campo del Señor y siembre la cizaña. Es preciso que veles, como que has de cuidar no solamente de tí sino de los fieles á quienes por tu dignidad debes servir de ejemplo y de guia y estás por todas partes rodeado de enemigos audaces y muy diestros para aprovechar el mas ligero descuido. *In omnibus labora.* Es preciso que no perdones el trabajo, que como un pastor vigilante estés siempre dispuesto á sufrir todas las molestias que lleva consigo la guarda y defensa de su rebaño, que ni los peligros, ni las astucias, ni las persecuciones, ni las injurias de los perversos, ni los disgustos de los incorregibles te aparten de tu oficio y logren hacerte callar. Es preciso que trabajes en todo, con tus palabras y doctrina, con tu ejemplo edificando á los demás para

que se avergüencen cuando los reprendas viendo que nada pueden echarte en cara, que instes, arguyas, reprendas, amonestes, aconsejes oportuna é importunamente con toda paciencia y doctrina y que seas una exhortacion y ejemplar continuo de la virtud y la verdad. *Opus fac evangelistæ.* No es tu encargo el anunciar placeres y comodidades á los hombres en la tierra, y dejarlos en paz con sus vicios, no puedes aquietarte á los que dicen: *loquimini nobis placentia*: hablad nos cosas que nos sean gratas, y no perturbeis nuestro reposo, el placer con que vivimos en el vicio. Si piensas agradar á los hombres no puedes ser ministro de Jesucristo. Ni por adulacion, ni por temor, ni por respeto á los que ocupan altos destinos, ni por perder la gracia y los bienes temporales de los que puedan favorecerte, ni por temor á los males que puedan sobrevenirte, debes anunciar otra doctrina que la del Evangelio, ni condescender con la mentira y las pasiones. No debe guiar un ciego á otro ciego, y si tú que estás puesto por el Señor para guiar á los que estan ciegos y para iluminarlos con tu sana doctrina te dejas guiar de ellos, todos caereis en el precipicio. El médico que ha de curar al enfermo no tiene que obrar conforme á los antojos y desatinados deseos del enfermo, sino segun las reglas de la medicina. Llena tu ministerio. *Ministerium tuum imple.* No dejes de hacer cosa alguna de las que corresponden á tu sagrado ministerio, y que conozcan todos que eres un verdadero ministro y un siervo fiel de Jesucristo. Acuérdate que eres un encargado de Jesucristo. *Pro Christo ergo legatione fungimur*, y como encargado y ministro de Jesucristo debes llenar tu ministerio abrigando y enseñando siempre

una doctrina sana, teniendo una vida inocente y penitente y mortificada al mismo tiempo, una intencion pura y recta, proponiéndote no tu provecho é interés particular y temporal, sino el servicio de Jesucristo, una fe invencible que resista á todos los ataques y un amor grande y efectuoso á tu Dios, teniendo tolerancia con los débiles y enfermos, una caridad y celo infatigable que te haga buscar y atender á las utilidades y aprovechamiento espiritual de tus hermanos, aun con dispendio de tus comodidades, de tu salud temporal, de tus intereses y en ocasiones aun de tu misma vida. Debes llenar tu ministerio siendo ejemplar de sufrimiento y paciencia en los trabajos, en los disgustos y contradicciones, en todos los males que con tanta frecuencia nos vienen en el mundo, y mucho mas á los que defienden la causa de Jesucristo, y son ministros celosos de los intereses de su Señor. Por tu oficio te toca consolar al afligido, amparar al huérfano y desconsolado, dar aliento al débil, sostener y aliviar á los flacos, conservar y fortalecer á los robustos, procurar que todos sigan por las sendas de la vida eterna, y se aparten de los pastos envenenados y ponzoñosos, y ponerte al frente en defensa suya, cuando el enemigo tentador, cuando el mundo con sus escándalos y costumbres depravadas, cuando los hombres libertinos y licenciosos traten de destruir tu obra y desviar á las almas llevándolas al anchuroso camino de la perdicion.

Si así tratas de arreglar tu conducta, si llenas estos deberes, serás apreciado por el Señor como un siervo fiel, cumplirás con tu ministerio, porque estas son las dotes que son indispensables en un sacerdote representante

en la tierra de Jesucristo y encargado de hacer sus veces. Entonces no importa que los mundanos te aborrezcan, te calumnien, que los impíos te maldigan y traten como á nuestro divino Maestro de un seductor, fanático y alborotador de los pueblos y perturbador de las conciencias, no importa que introduzcas la guerra entre los viciosos, porque este es tu deber y lo que te encarga Jesucristo que no vino á traer la paz, sino la espada que separe al hombre de su pecado y de sus pasiones y afectos viciosos: el Señor te apreciará y bendecirá, y los hombres al fin habrán de hacerte justicia y rendirte el tributo de veneracion y respeto, te vendrán á apreciar aun los mismos libertinos mas que á aquellos sacerdotes débiles y condescendientes á quienes por desgracia hallan accesibles á sus deseos y de quienes se burlan, aunque se valgan de ellos para sus planes.

No te contentes con un cumplimiento puramente esterior, y con llenar tus deberes en lo que pueden ver los hombres, es preciso que los llenes tambien para con Dios que registra hasta las intenciones y los senos mas ocultos del corazon. No se diga de tí que estás muerto, aunque parece que estás vivo y que tus obras no son halladas y reputadas por llenas delante de Dios. Vela, trabaja, no te gobiernes por otra doctrina que por la del Evangelio, y anúnciala con el celo de un apóstol, llena los deberes de tu ministerio con toda fidelidad, y seas tan feliz que puedas decir como el siervo fiel á quien constituyó el Señor sobre su familia. Señor, me entregaste cinco talentos, y he aumentado con mi trabajo y mi industria otros cinco.

No es pues tú destino una fortuna del mundo, es grande tu dignidad, pero exige tambien, como lo he manifestado, grande trabajo, y has menester mucho esmero y vigilancia para cumplir tus deberes: No desmayes, porque tambien te espera una recompensa grande, el cielo, y aquel Señor que no deja sin merced un vaso de agua que se dé en su nombre, ¿qué cúmulo de mercedes tendrá dispuestas en su gloria, para los que emplean su vida y se sacrifican por servirle, y cuidan de que le sirvan los demás? Fieles todos, conoced lo que son vuestros sacerdotes, lo elevado de su dignidad, lo penoso de su ministerio, lo útil y santo de su mision, y honradlos, veneradlos, obedecedlos y respetadlos por el carácter sagrado de que estan investidos, porque son representantes del mismo Jesucristo, y el que los oye, oye á Jesucristo, y tambien el que los desprecia, desprecia á Jesucristo. Ellos se interesan por vuestro bien y se sacrifican por vuestra salud. Justo es que vosotros pidais tambien por ellos, y eleveis vuestras súplicas al cielo para que el Señor los conceda el acierto, la virtud y fortaleza que necesitan y la gracia de ser ministros fieles, y de llenar exactamente su ministerio.

Dirijamos hoy nuestras súplicas al Todopoderoso, para que se digne echar su bendicion sobre ese nuevo ungido, y que ya que por misericordia nos provee de un nuevo sacerdote, sea para bien y consuelo de su Iglesia y le conceda que sea un sacerdote grande que en sus dias agrade á Dios, que en el tiempo de la ira y en estos en que de tantos modos nos castiga Dios, sea el reconciliador, mediador y pacificador, y que al fin de su carrera sea halla-

do justo y pueda exigir la corona de gloria de mano de su Señor.

Al imperio de la voz de este nuevo sacerdote vais, Dios mio, á poneros en la hostia que va á tomar en sus manos. Dignaos serle propicio, y derramar sobre su alma las gracias que necesita para ser un sacerdote puro y santo, y aceptad el sacrificio que os ofrece de vos mismo para que aplacado por sus ignorancias y estravíos no mireis á sus pasados defectos, sino á que le habeis escogido para la tribu santa, y que desea serviros y agradaros. Oid si algo valen las súplicas de todos nosotros, y haced que viva segun nuestro corazon para que os goce despues por toda la eternidad. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA DE LA DEDICACION Ó CONSAGRACION DE UNA IGLESIA.

Los templos del Señor son las casas en que se nos dispensa la salud de nuestras almas.

Quia hodie salus domini huic facta est.
Por hoy ha entrado la salud en esta casa.
LUC., CAP. 19, V. 9.

¿Por qué honramos este dia y celebramos esta festividad con tanto gozo y con tantas alabanzas? Se edificó esta iglesia y celebramos hoy su aniversario, se consagraron las paredes de este santo templo, se cantan en este recinto los himnos y cánticos de honor y accion de gracias al Dios verdadero, se frecuenta en este lugar la oracion, se veneran las reliquias de los santos, los ángeles le guardan y defienden, se anuncia la palabra de Dios, se dispensa el perdon de los pecados, se ofrece el santo y tremendo sacrificio de la misa para la salud del mundo, Dios está en este lugar,

aquí habita de dia y de noche el santo de los santos, y consagra á esta casa con la real y verdadera presencia de su adorable cuerpo sacramentado... ¿Es creible que Dios habite con los hombres sobre la tierra, y que el que no cabe en toda la estension de los cielos y la tierra se reduzca á habitar en este templo que le hemos edificado? Aunque Dios esté en todas partes, porque no puede quedar reducido ni circunscripto por lugar alguno, aunque está en todo lugar, porque todo lo abraza, todo lo contiene, de todo dispone, en este lugar está de un modo especialísimo, aquí asiste con una presencia particular, aquí oye nuestras súplicas y se digna administrarnos su audiencia, aquí recibe nuestros votos y nuestros homenages, y si cuando vivia en la tierra dejaba marcados los puntos por donde pasaba con sus beneficios, si cuando estaba vestido de la carne mortal y pasible, con fijar su vista en un publicano y hospedarse en su casa le convirtió en un justo y dió la salud eterna á toda la familia de Zaqueo ¿qué hará estando de asiento con nosotros en este lugar sagrado que ha elegido para su morada? Alegrémonos y regocijémonos pues, bendigamos y alabemos al Dios de las misericordias, porque hoy ha entrado la salud en esta casa: *Quia hodie salus domui huic facta est.* Sí, en este templo que hemos edificado para el Señor, que hemos adornado con nuestros presentes y ayudado á construir con nuestras limosnas, en esta casa que no es digna de un Dios omnipotente y Señor de todos los que dominan, pero que el Señor se ha dignado aceptar y honrar con su presencia real y verdadera, desde ese tabernáculo en que está el mismo Dios de los cielos rodeado de ángeles y serafines que le ha-

cen la corte nos dispensa Dios sus beneficios y nos llena de gracias, y esta casa no es tanto un albergue que Dios necesite cuanto la oficina en que nos despacha sus favores y atiende al socorro de nuestras necesidades. Así voy á manifestároslo, y de esta verdad deducireis el respeto y veneracion que debeis á este sagrado lugar, la frecuencia con que debeis concurrir á él, y el celo con que debeis esmeraros en adornarle y conservarle de un modo correspondiente al Dios á quien le destinais ó al menos á vuestras facultades y los bienes que el Señor os concede.

Empezad, Señor, á manifestaros propicio y pronto á oir las súplicas de los que os invocan en este lugar oyendo las nuestras que os pedimos vuestra gracia y vuestra ayuda para que con ella acierte á desempeñar mi ministerio y producir saludables efectos en los que me oyen. Empiece por nosotros la salud que estais dispuestos á concedernos en esta vuestra casa, y sea esta la primera gracia que nos concedais y que os pedimos por la intercesion de vuestra Santísima Madre á quien nos encomendamos diciéndola

Ave María.

Quia hodie.....

He indicado ya que Dios no tiene necesidad de una casa para habitar y ponerse al abrigo de las intemperies co-

mo la tenemos nosotros, ni para descansar de las fatigas, ni para gozar las comodidades, porque ni se cansa ni fatiga, ni necesita cosa alguna, porque todo es suyo y de todo dispone á su voluntad. Quiso sin embargo que su pueblo escogido le edificase un solo templo lleno de grandeza y magestad en Jerusalen para recibir en él sus adoraciones y sacrificios, oir sus súplicas, y dispensar sus favores. Mucho mas dichosos y privilegiados los cristianos nos ha concedido el Señor el que tengamos muchos templos, y en ellos se digna habitar él mismo no solo en representacion, no solo invisiblemente por sus efectos y las gracias que en ellos dispensa, sino real y verdaderamente, en su misma persona, con su mismo cuerpo, alma y divinidad en el sacramento de su amor, en la sagrada hostia en que no solamente quiere estar presente para comunicar con nosotros, sino ofrecerse tambien por nosotros en sacrificio, repitiendo y reproduciendo en esa sagrada mesa el sacrificio del calvario. ¡Dios está en este santo templo! ¡*Vere Dominus est in loco isto*! He elegido este lugar para su habitacion. ¿Qué mas podemos decir? Porque si con Dios está todo y donde está Dios está su gloria, sus gracias, dones, beneficios y todas las cosas, estando en este templo, aquí tenemos nuestro tesoro, nuestro amparo y refugio, todo cuanto podemos necesitar. En todas partes está el Señor, pero á este sagrado recinto quiere que vengamos á esponerle nuestras necesidades, á dirigirle nuestras súplicas, esta es una casa de oracion, aquí quiere el Señor que se reunan los fieles, para tributar á su Dios el culto que le es debido, para adorarle y postrarse en su presencia, para manifestarle su corazon, este es el lugar que él mismo ha elegido para su habitacion

segun se espresa la Sagrada Escritura, aquí quiere que se celebren sus misterios, que se manifieste su religion con todo el aparato de sus augustas ceremonias, que la piedad se desahogue con su Dios, aquí oye nuestros ruegos, acepta nuestras ofrendas, oye nuestros votos, nosotros tambien recogidos en el templo nos dirigimos á Dios con mas fervor, todo cuanto nos rodea en este lugar nos eleva y sacándonos en cierto modo del mundo, nos traslada al cielo en que Dios es adorado y bendecido, y Dios, que nada quiere sino que le pidamos con veneracion y humildad, abre aquí sus manos y nos concede sus gracias en retorno de nuestros obsequios.

Aquí nos habla Dios y se digna instruirnos en su ley y en los caminos que debemos seguir para salvarnos, porque este templo está destinado á oir á sus ministros, á los dispensadores de su divina palabra, y el que los oye, oye al mismo Dios. ¿Qué gracia tan grande, hermanos mios, el lograr que Dios nos hable, nos instruya, nos amoneste, nos aconseje, nos dirija, y se digne ser tan solícito de nosotros y no omitir nada para que nos conduzcamos segun su santísima voluntad y como conviene para nuestra salud eterna? Pues esto nos dispensa en este templo por medio de sus ministros. Es poco y no se contenta con que oigamos el sonido de sus palabras, acompaña tambien las emociones de nuestro corazon, aquellos movimientos que hacen cambiar nuestros deseos y nuestras afecciones, aquellas emanaciones de su poderosa gracia que hacen que la divina palabra penetre á lo interior de nuestra alma, y la separa de sus costumbres viciosas envejecidas, de sus afectos y pasiones terrenas, y abrace las mas santas y heróicas reso-

luciones. ¡Cuántos como el publicano del Evangelio salen justificados del templo y dejan en este lugar la enojosa y pesada carga de sus pecados que tanto los oprimia! ¡Cuántos pueden lograr en esta santa casa la paz y gozo de sus almas que han perdido en las fiestas y concurrencias de ese mundo enemigo de los mismos que le adoran! Pero ¿no está aquí la oficina destinada para dar audiencia al pecador y concederle el perdon de los pecados? ¿No se fijan en este lugar y estan abiertos á todas horas los tribunales de la penitencia, y los pecados que aquí se perdonan quedan borrados y perdonados en el cielo? ¿Qué merced mayor puede dispensarnos el Señor que admitirnos á su gracia y reconciliacion, volvernos su amistad despues de haberle ofendido y ultrajado, y darnos seguridades de que nos admitirá á la felicidad de su reino eterno? Pues esto se nos concede en este templo, y para ello tenemos la entrada franca á todas horas.

Aquí se nos dispensan todos los sacramentos, somos recngendrados en Jesucristo por el bautismo, fortificados en la fe por la confirmacion, y alimentados con el pan del cielo, con el santo sacramento de la Eucaristía; el mismo Dios que está presente en este lugar, que está cerrado en nuestros tabernáculos para oir nuestros ruegos y recibir nuestras adoraciones, que se ofrece y sacrifica sobre el altar para ser una continua propiciacion por nosotros, viene tambien á nosotros, se nos da, se une á nosotros en el sacramento de la comunion para ser alimento de nuestras almas, para que convirtiéndonos en su sustancia vivamos por él y permanezcamos en él, para llenarnos de sí mismo, porque dándosenos en el sacramento de su amor real y ver-

daderamente, nos da á todo un Dios, todo lo que él es, y nada nos queda que poder pedir ni desear. Me quedé muy corto cuando dije que Dios estaba real y verdaderamente presente en este santo templo, y que teniendo en él á Dios hallaríamos aquí nuestro refugio, nuestro consuelo, la fuente de todas las gracias, porque no le pediríamos jamás en vano; debo añadir que si está en nuestros sagrarios, está como en depósito para comunicársenos, para trasladarse á nosotros, para unirse á nuestras almas y hacer que vivan y se alimenten de él. Para esto ha querido el Señor elegirse este lugar, en donde está fija la escala que toca al cielo, y por donde nos bajan con abundancia sus gracias y bendiciones: *Quia hodie solus huic domui facta est.* Bien podemos gozarnos y regocijarnos porque este es un dia de salud, un beneficio señalado de nuestro Dios, una festividad de consuelo, un dia en que nos ponemos al abrigo de todas las necesidades y desgracias, porque el Dios Todopoderoso y rico en misericordias ha querido vivir entre nosotros y con nosotros, y tener abiertas á todas horas las puertas de su casa para dispensarnos todos sus tesoros y dársenos hasta á sí mismo, que es la fuente de todos los bienes.

Por esto son sagradas y se santifican en cierto modo hasta las mismas paredes de esta Iglesia, y se usa para consagrarla de la aspersion, de la inscripcion, de la uncion, de la iluminacion y la bendicion, para darnos á entender que este lugar queda consagrado á Dios, que está ya destinado á su culto y separado de todo uso profano, y que aquí en donde Dios habita y se comunica tan especialmente con los hombres, todo debe ser santo y terrible, así como es san-

to y terrible el nombre mismo y mucho mas la presencia real y verdadera del Señor.

Si, pues, en este lugar está Dios de un modo muy distinto y mas especialmente que en los demás que no estan consagrados á su culto, porque está con una presencia real y verdadera, y nos oye, atiende á nuestras súplicas y despacha nuestras peticiones. Si aquí quiere que le alabemos y cantemos los himnos de honor y de gratitud, que le manifestemos nuestro corazon y descubramos nuestras miserias para proveernos de socorro. Si aquí se ofrece por nosotros en sacrificio sobre ese altar y aplaca la ira del Padre y nos atrae sus bendiciones. Si aquí nos instruye en su ley y nos provee del pasto espiritual de la divina palabra, nos alienta y conforta, nos enfervoriza con los ejemplos de piedad y la magestad del culto con que quiere ser adorado. Si aquí nos es tan fácil concebir resoluciones santas, detestar los caminos de perversidad, inflamarnos en su amor y aborrecer el pecado, porque todo contribuye á santificarnos. Si en estos tribunales de la penitencia se nos concede el perdon de todas nuestras culpas y se nos reduce á la amistad y gracia de Dios que se olvida de todas nuestras iniquidades y nos admite al seno de su querida familia, de sus mismos hijos y herederos de todos sus bienes. Si llega su amor y liberalidad á sentarnos á su mesa y dársenos á sí mismo en la comunion para ser alimento de nuestras almas y llenarnos de sus divinas gracias, ¿no podemos esclamar que Dios está verdaderamente en este lugar? ¡*Vere Dominus est in loco isto*! Que esta es la casa de nuestro asilo y refugio, que Dios usa muy especialmente de sus misericordias con nosotros y nos ama de un modo muy espe-

cial, y quedar convencidos de que aquí nos dispensa sus favores y que esta es la oficina en que quiere el Señor despacharnos y regalarnos sus dones y obrar la salud de nuestras almas? *Hodie salus huic domui facta est.*

¡Cuál pues, debe ser nuestra gratitud y cuál nuestro respeto y veneracion á este sagrado lugar? La presencia de un Dios que habita en él, que nos ve, nos observa, que espera oir nuestras súplicas y que le manifestemos nuestras necesidades, ¿no debe ser mas poderosa que la presencia de los monarcas y poderosos de la tierra para que entremos en esta su casa con modestia, con respeto, con humildad, compostura recogimiento y devocion? Si aqui se nos ve distraidos, disipados, inmodestos, desatentos y de unas maneras descorteses y que no nos perdonaríamos si las tuviésemos delante de los hombres, ¿no se nos podrá decir con razon que no tenemos fe y preguntaremos que dónde está nuestro Dios. *Ubi est Deus tuus*, puesto que no puede conocerse que estemos en presencia suya por nuestro respeto y devocion? Si aquí es casa de Dios y casa de oracion, ¿nos resolveremos á entrar en ella sin esponer á Dios nuestras súplicas, sin pedirle el socorro de tantas necesidades como nos aquejan, sin arrodillarnos humildemente en su presencia: traeremos hasta aquí el orgullo, la vanidad, el lujo y pretenderemos robar las adoraciones al Dios vivo en su misma casa? Estaremos y saldremos de la Iglesia sin haber hablado con Dios, sin haber adelantado algo en la salud de nuestra alma, sin haber reflexionado siquiera en dónde estamos y á lo que venimos? ¿Convertiremos esta casa de devocion y retiro en cueva de ladrones viniendo á ella á hacer nuestro negocio, á lucir los trages, á lla-

marse las atenciones, á distraer á los demás con conversaciones y posturas indecentes y profanas? Si aquí se dispensa la divina palabra y administran los santos Sacramentos, ¿qué debe hacer el cristiano sino venir á aprender, á instruirse en la ley de su Dios, á ilustrarse y procurar aprender la ciencia de la salud y considerando las verdades eternas de nuestra religion, escitarse á tomar resoluciones santas y pedir al mismo Dios que mueve su corazon la gracia para llevarlas adelante? *Auferte ista hinc.* El Señor es muy celoso de su gloria, no quiere ser despreciado ni insultado en su misma casa, no quiere ver en su templo la vana curiosidad, la distraccion, la tibieza, la irreverencia, la insensatez de tantos cristianos como entran en el templo sin dar señales de que son cristianos, y mucho menos de que creen que estan delante de su Dios y que vienen á buscar el bien de sus almas. Castigará con tanto rigor á estos miserables, como abrirá sus mano y derramará sus gracias con abundancia sobre los que vienen con fe, con reverencia y respeto. Aquí se dispensa el perdon de los pecados, luego no es este el lugar de cometerlos. Se nutre y alimenta el alma con pan de los ángeles, luego no debe buscarse en este lugar otro alimento, ni traerse otros deseos.

¡Tenemos entre nosotros la casa del Señor! ¿Y caeremos en la desatencion de no frecuentarla, de dejar abandonado á nuestro Dios, de contentarnos con venir á la ligera el dia de fiesta, y olvidarnos de tan buen convecino y de tan generoso Señor en todo el resto de la semana? ¿Y pasaremos por sus puertas sin entrar á saludarle? ¿Y nos moriremos de hambre sin venir á por los socorros que nos

tiene dispuestos? ¿Qué haríamos si un rey de la tierra, si un poderoso y rico del mundo habitase con nosotros y nos ofreciese su casa y sus facultades para cuando quisiéremos aceptarlas? ¿Y seremos groseros y desatentos con Dios? ¿Y frecuentaremos mas las casas del juego, de la diversion y placer, de las comidas y bebidas que la casa de Dios? Y estaremos ociosos en las plazas y las calles, y oiremos el sonido de las campanas que avisan á la oracion, al rosario, al culto divino, al sacrificio de la misa, y no nos moveremos á venir á visitar á nuestro Dios? ¿Con qué derecho pretenderemos despues que Dios nos visite y recompense, que nos socorra en nuestras necesidades y que nos abra las puertas de su gloria?

Esta es la casa de Dios y aunque pobre, aunque sin el lujo, la ostentacion y comodidades de los palacios de los reyes quiere habitar en ella por nosotros y para nosotros. ¿Con qué celo y esmero debemos procurar el aseo, la decencia el adorno de este templo material en que no se prepara habitacion para un hombre sino para Dios? El desprendernos de alguna parte de nuestros bienes para contribuir al culto divino, á la conservacion de este edificio destinado á objeto tan santo y provechoso y mucho mas en un tiempo en que tantos templos se reducen á escombros, el retribuir á Dios con los bienes temporales ya que nos da los eternos, y los temporales tambien, porque sin él no produciria sus frutos la tierra ni el sol y los aires nos darian sus benéficas influencias, ¿no lo exige la gratitud, el amor, la correspondencia y nuestro propio interés? ¿Podremos consentir que la casa de Dios esté mas pobre, mas desabrigada, mas indecente que las que tenemos para nosotros? Bien sabeis

el deber que os impone vuestra religion y vuestra fe, bien sabeis la piedad que habeis heredado de vuestros padres que solo apetecian ser ricos para tener mas que ofrecer al templo de su Dios. No degenereis de vuestros mayores, no ceseis en vuestros esfuerzos en obsequio de vuestro Dios: él os premiará con usuras los dones y el trabajo que habeis empleado y cuanto emplearéis para construir, conservar y adornar este templo en que quiere habitar con nosotros. Recibid por mi boca y á nombre de nuestro Dios las gracias y bendiciones por cuanto habeis contribuido. Contribuid todos y no os contenteis con ofrecer el oro, la plata y las preciosidades, ofrecedle y contribuid con vuestras virtudes, con la ofrenda de vuestro corazon y rodead su templo con la muralla de la penitencia, la mortificacion, el desprecio del mundo, ofrecerle el oro de vuestro amor, de vuestra sumision, vuestro respeto y vuestro celo. Cantadle sus alabanzas y que habite siempre en vuestras almas. Preparadle un templo en vuestro corazon y para que edifiqueis á los demás, para que deis un testimonio público de vuestro amor y vuestros religiosos sentimientos, venid con frecuencia á esta casa suya á ofrecerle vuestros votos y rendirle vuestras adoraciones en medio de la multitud, delante de su pueblo: *in conspectu omnis populi ejus*, *in atriis domus Domini*, *in medio tu Jerusalem*, sin avergonzaros jamás de publicar las alabanzas y rendir vuestros homenages al Señor. Venid con frecuencia á por el socorro de vuestras necesidades, á por medicina para vuestros males, por armas para pelear y vencer á vuestros enemigos, por alimento para robusteceros y alentaros y poder seguir con fortaleza el camino hasta llegar á la ciudad santa y eterna, al templo fun-

dado sobre la piedra indestructible, al tempol en que nada tendreis que pedir y solo gozar la abundancia de delicias con que regala Dios á sus escogidos.

Vos, Señor, que aunque todo lo ocupas y en todas partes te hallas de un modo invisible, quieres y te has dignado para la salud del género humano manifestarnos visiblemente las señales de tu poder, ilustra á este templo con tu poderosa presencia, acepta esta morada que te ofrece de todo corazon este pueblo fiel, y recíbela como un don de su corazon y concédenos que todos cuantos aquí orasen y viniesen á clamar en sus tribulaciones consigan el beneficio de que los oiga y consuele vuestra piedad y misericordia, y que despues de que os alaben y bendigan en la tierra os gocen y canten vuestras alabanzas por los siglos de los siglos en el cielo. Amen.

F. L. G.

ORACION FUNEBRE

EN LAS HONRAS DE ALGUN PARTICULAR (*).

Se hace el elogio de las virtudes y mérito de un varon que se distinguió por su piedad.

Humberto, vuestro amado y venerable Humberto, siervo del Señor, ha muerto, ha muerto este ministro devoto, este siervo fiel. Vosotros habeis visto que en la noche anterior ha espirado entre nuestras manos como uno de los gusanos de la tierra. Las congojas de la muerte le han fatigado y angustiado en los tres últimos dias y por fin se ha

(*) Difícil es poder formar un discurso de esta especie sin fijarse en una persona y las demás circunstancias particulares que acompañen. Podrá ser tal que merezca ser elogiada por sus virtudes y proponerse su vida por modelo á los demás, ó podrá el orador, si no hallase méritos para tanto, reducirse á amonestar saludablemente á los vivos en vista de lo terible é indispensable de la muerte, que no respeta clases, dignidades ni distinciones y que lo que segun esto conviene á todos es vivir bien para poder vivir eternamente y dejar una memoria grata en este mundo. Conforme á estas máximas hemos dispuesto presentar dos discursos ú oraciones fúnebres que puedan servir de norma y guia para formar por ellas otras adaptadas á las circunstancias. La primera es una traduccion literal, pero libre, del sermon de san

saciado con su sangre esta enemiga implacable de los hombres. Ha hecho hasta donde alcanza su poder: ha hecho morir á la carne, y la carne de Humberto está ya enterrada en el seno de la tierra. Ha separado de nosotros á un amigo dulce, á un consejero prudente, á un auxiliar fuerte. No ha querido perdonar esta insaciable homicida ni á vosotros ni á mí y mucho menos á mí ¿Así te complaces en separarnos sin piedad y sin atender á nuestras lágrimas y ruegos? ¿O bestia cruel! ¡O amargura terrible! ¡O terror y espanto de los hijos de Adan! ¿Qué has hecho? Has quitado la vida, ¿pero á qué? A la carne solamente, porque sobre el alma no tienes poder. El alma de Humberto vuela á su Criador, á aquel criador que habia amado y á quien habia deseado con tanto ardor y vehemencia, á quien habia seguido con tanta fortaleza y por quien habia suspirado con tanta ansia todos los dias de su vida. Pero ese mismo cuerpo de que te has posesionado y de que te has hecho señora te se quitará tambien y ha de llegar un dia en que tú que eres enemiga de todos quedarás destruida y te asombrarás de lo poquísimo que te ha valido tu victoria. Has de devolver sin remedio algun dia ese cuerpo mismo que á tu venida en el dia de ayer llenaste de congojas, de inmun-

---

Bernardo en el dia de la muerte de Humberto, venerable monje de Claraval, que entre otras muchísimas que hemos visto nos ha parecido preferible, sin que rebajemos por esto el mérito de otras del mismo santo y de otros santos padres y de autores modernos. La segunda muy inferior á esta la hemos trabajado con nuestras escasas luces como el resto de nuestra Biblioteca con el deseo, no de ostentar nuestros talentos sino de ser útiles á nuestros compañeros de ministerio.

dicias, de convulsiones y de horror, y con el que te gozabas por haberle cogido en tus redes. El Unigénito del eterno Padre ha de venir con una potestad y magestad grande á buscar á Humberto y á hacer participante á ese mismo cuerpo que ahora tiene todos los horrores y la fetidez de un cadáver de la claridad y hermosura del suyo. Entonces ¿á qué quedará reducido tu triunfo? Quedarás reputada por una necia, segun la espresion de Isaías, y viviendo Humberto por toda la eternidad, tú morirás para siempre. La bestia marina devolvió al profeta Jonás á quien se habia tragado, y tú tambien has de devolver á Humberto, á quien has encerrado en tu dilatadísimo vientre.

Así lo podemos creer, hermanos, porque este siervo de Dios ha sido un largo y grande ejemplar de todas las virtudes, y una exhortacion continua á la santidad. Largo, por lo dilatado de su vida, y grande en cuanto á la sublimidad de las obras en que ha empleado su vida. No tengo ya necesidad de hablar, puesto que vosotros habeis vivido con él, habeis esperimentado su trato, y no podreis menos de retener y conservar impresas en vuestras almas sus conversaciones, y lo ejemplar de toda su vida. Mas de cincuenta años ha vivido en el servicio de aquel á quien servir es reinar. Desde sus tiernos años fue puesto en el santuario de Dios; veinte vivió en el monasterio de *Casa de Dei*; y treinta ha conversado con nosotros casi desde que tomó su orígen este monasterio de Claraval, no solo sin queja, sino con gracia, y por eso su memoria irá siempre acompañada de bendicion no solamente de la nuestra, sino tambien de las generaciones venideras. Como un estrangero y peregrino pasó por el camino de esta vida to-

mando todo lo menos que pudo de las cosas de este mundo, como que estaba íntimamente convencido que no era ni pertenecia á este mundo. No tenia ciudad permanente en la tierra, y como fiel imitador de nuestros santos Padres y patriarcas estendiendo su vista á la eternidad, caminaba para conseguir la palma prometida á su vocacion. Nada tiene el mundo que pueda reclamar en él ó de él con derecho, porque ni el mundo le agradó, ni él agradó al mundo. Tomó de su sustancia todo lo menos que pudo, y aun hubiera tomado menos si la obediencia no le hubiera obligado. Estuvo contento con tener la comida y el vestido, y esto no con abundancia y superfluidad, sino lo que era puramente necesario, y aun en lo necesario hallaba algo y lo desechaba por superfluo. Muy pocos dias hace que hablando con nosotros nos decia que él era una carga pesada para el monasterio, un pobre enojoso de todos los dias que sin dar utilidad alguna era alimentado en la casa del Señor. Era de todas veras manso y humilde de corazon, y sin embargo de que abundaba en todo género de virtudes, puede decirse que sobresalia en la mansedumbre, y por eso se manifestaba amable, accesible y afable á todos y era en verdad demasiado amable.

Vosotros habeis visto lo circunspecto que ha sido en su lengua en el dilatado espacio de tiempo que habeis oido sus conversaciones, y habeis gozado de su trato. ¿Quién ha oido jamás de su boca el sonido de la detraccion, ó ha visto salir de sus labios palabras de vanagloria, voces de envidia ó espresiones de irrision y burla? ¿Quién le halló jamás juzgando temerariamente á otros, ó consintiendo y callando delante de los que los juzgaban? ¿Quién puede

decir que le oyó palabras vanas, y aun mas, quién no temió que le oyese hablarlas, y no se contuvo en su presencia? Era demasiado solícito en todos sus caminos, para no perderse en su lengua y sabia bien que el que no ofende en sus palabras es un perfecto varon. No tiene por qué temer Humberto aquella amenaza del Evangelio: ¡Ay de vosotros los que os reís ahora, porque llorareis! ¿Hay de vosotros alguno que le viese en las risas y diversiones, ó le hallase entre los que las usan? Era siempre sereno y afable su semblante, jamás fue molesto, fastidioso ni pesado para los que le trataban, era dulce y suave su conversacion; pero esas risas inmoderadas y diversiones sueltas, la mas pequeña descompostura y licencia jamás tuvo lugar en Humberto. Su gran fervor y vigilancia en las obras del servicio de Dios así por el dia como en las horas de la noche, no solo le habeis visto, sino que le habeis admirado tambien hasta en el mismo dia de su muerte. Se hallaba en una edad avanzada y decrépita que parece le escusaba ya con razon del trabajo: sobre las molestias de la vejez le afligian tantas enfermedades y achaques, como vosotros no ignorais; su espíritu sin embargo vencia y triunfaba de sus años, y jamás supo conceder cosa ni dispensarse de trabajo alguno por sus enfermedades. Durante los frios rigurosos y entre los calores abrasadores, subiendo y bajando por los montes y los valles trabajaba tanto como los jóvenes, sirviendo de admiracion á todos. Si alguna vez me ví precisado á retenerle conmigo por usar de sus consejos en los muchos negocios que me rodeaban, le veia triste y con pena hasta que volvia con vosotros al trabajo. Muy rara vez faltó en las vigilias solemnes que por lo comun so-

lia anticipar, y lo mismo en las demás horas. Jamás faltó al coro á mezclarse con los demás á cantar las divinas alabanzas hasta que conoció que á su enfermedad habia de venir muy de cerca la muerte.

En el refectorio apenas tomaba el alimento que se distribuye á cada uno, y si en algun dia se ponia alguna cosa mas, ó no la tomaba, ó la tomaba con tanta molestia y repugnancia que era mayor su sacrificio en tomarla que en rehusarla, sirviéndonos á todos de ejemplo su abstinencia y sobriedad. Habia resuelto no beber jamás sino agua y si alguna vez se le mandaba beber vino, lo mezclaba tanto con agua que no quedaba del vino sino el color y la tintura, pero sin sabor y sin virtud. Apenas se le pudo hacer en virtud de santa obediencia que entrare en la enfermería, y despues de puesto en ella apenas se le pudo retener. Tan enemigo era de su cuerpo, y confieso que en esto le hallé menos obediente y que me obligó á condescender con el respeto y veneracion que me merecia. Le alabo, pero no puedo alabarle en esto, porque vosotros sabeis que siempre le hallábamos un poco obstinado en esta parte y adicto á su voluntad propia cuando se trataba de su salud y de sus austeridades; y creo que si algo tuvo que sentir, fue únicamente por no ser condescendiente con nosotros cuando se trataba de las necesidades de su cuerpo.

¿Qué hallábamos en él cuando acudimos en busca de algun consejo? Era puro, prudente y discreto, lo que tanto mejor puedo atestiguar, cuanto que yo he recurrido repetidas veces á él y descubierto su pecho. Vosotros tambien ¿no le habeis esperimentado todos? ¿Quién en sus grandes tentaciones acudió á él y no oyó de su boca el orí-

gen y raiz de la tentacion y el remedio eficaz contra ella? Entraba de tal modo en todos los senos de la conciencia del que en su afliccion acudia al que parecia que todo lo habia visto y se habia hallado presente á todo.

¿Cuál era su caridad? Era tal la piedad de sus entrañas que á todos escusaba, por todos intercedia, ni era aceptador ni miraba á las personas, sino á las necesidades. Diré en resúmen que era humilde de corazon, dulce y afable en su trato y en sus palabras, firme y constante en el trabajo, fervoroso en la caridad, fiel y puntual en todo lo que se le confiaba, prudente y circunspecto en sus consejos. Era el mas compuesto que he visto entre todos los hombres de nuestros dias, siempre uno y el mismo en todo tiempo y en toda hora. Empezó á caminar en pos de Jesucristo y siguiendo los vestigios de Jesucristo y no se apartó del camino hasta consumar la carrera. ¿Jesus fue pobre? Tambien Humberto eligió ser y vivir siempre pobre. ¿Vivió Jesus en los trabajos? Humberto tambien estuvo rodeado de trabajos. ¿Fue crucificado Jesus? Pues Humberto se crucificó á sí mismo con sus austeridades. Trasladó á su cuerpo las llagas de Jesus y cumplió en su carne lo que faltó á la pasion de Jesus, como á cada uno nos encarga el apóstol. ¿Jesus resucitó? Pues Humberto tambien ha de resucitar. ¿Subió Jesus á los cielos? Pues creemos que tambien Humberto ha de subir: Sí, subirá lleno de gloria y magestad en cuerpo y alma cuando baje por segunda vez el Rey de la gloria por nosotros, así como subió para darnos á conocer su poder: porque no es menos grandeza ni manifiesta menos potestad el bajar por los aires que el haber subido por ellos y que se cumpla lo que

en su ascension anunciaron los ángeles, que aquel Jesus que con tanta magestad se elevaba á los cielos y se ocultaba de su vista, habia de venir en la misma forma y rodeado de tanto resplándor en el último dia.

En el libro del Eclesiástico nos dice la Escritura Sagrada que no alabemos al hombre mientras vive, porque no es segura la alabanza sino despues de la muerte. Esta es cabalmente la conducta que yo he observado con escrupulosidad con Humberto, de quien mientras vivió no he abierto mis labios para elogiarle, porque no incurriésemos ó yo en la nota de adulador, ó él en la culpa de vanidad. Ya no hay por qué temer ni lo uno ni lo otro. Ni yo le veo, ni acaso tampoco él me oye, y aunque me oiga, no se mueve ni se deja llevar ya de las palabras de los hombres estando mas fuerte y mas felizmente unido al Verbo de Dios. Nada puede lograr el enemigo contra él y el que tan artificiosamente sugiere la vanidad no tiene medios, ni poder para hacerle el mas ligero daño.

Padre dulcísimo, ya está delante de tí y goza de tu divina presencia; ya está sumergido Humberto en aquella fuente de pureza que deseaba con tanta sed y tan poderoso ardor, en aquel abismo de piedad cuya sola contemplacion y memoria le llenaba de una abundancia de suavidad inesplicable. ¿Qué predicador hubo mas devoto de la piedad divina, quién recomendaba con mas esmero la pureza humana, quién amó con mas afecto á una y á otra, á quién habló cinco palabras nada mas y no descubrió en ellas la verdadera pureza y la piedad santa de Dios? No, Humberto, no me duelo por tí á quien Dios ha concedido el deseo de tu alma; me duelo por mí con mas poderosa

razon, porque he perdido un consejero fiel, un grande auxilio, un varon siempre pronto é inalterable, un hombre á la medida de mi corazon. Los males y la pérdida es para mí. Contra mí, divino Jesus, se han convertido vuestras iras y á mí es á quien han conturbado vuestros terrores. Habeis alejado de mí á un amigo, á un prójimo, á todos mis conocidos sacándolos de la miseria y dejándome á mí en medio de las miserias. Habeis apartado de mí á mis hermanos por la carne y á los que eran todavía mas hermanos mios por el espíritu, y que en los negocios de vuestro servicio y en los asuntos temporales tambien eran sabios segun vuestra sabiduría. Uno tras otro os habeis ido llevando á todos los que me ayudaban á llevar mi carga, esta carga grande que me habeis impuesto. Solo me quedaba Humberto de tantos amigos y compañeros, tanto mas dulce y mas querido, cuanto era mas antiguo, y á este tambien te le has llevado. Sí, te le has llevado porque era tuyo. Solo yo quedo para llevar los trabajos y recibir los azotes, yo muero en cada uno de los que mueren y todas las olas de vuestra ira parece que se estrellan contra mí. Fuera mejor que quitaras la vida de una vez á quien tanto azotas, y no reservaras á este miserable hombre para sufrir tantas y tan repetidas muertes. No me opongo, Dios mio, á vuestras santas y adorables disposiciones, continuad mortificándome si así os place y séame de consuelo el saber que no habeis de dejar de afligirme. Dispuesto estoy á sufrir y confio en que como Padre misericordioso cambiareis en beneficios vuestros azotes. Por eso no van mis palabras llenas de queja, resentimiento y murmuracion, sino de dolor. No lloro por Hum-

berto. ¿Por qué hemos de llorar por él que ha sido llamado á sentarse en la mesa del Rey mas poderoso? Lloro por mí, lloro por vosotros, lloro y me aflijo por esta santa casa, por todos nuestros hermanos que hallaban en los labios de Humberto los mas acertados consejos.... Humberto ya disfruta del gozo y alegría por toda la eternidad. No lloremos por aquel en quien ya no hay llanto ni dolor. Pero ni nos quejemos ni murmuremos tampoco porque el Señor nos le ha llevado; demos gracias al Señor que por tanto tiempo nos le ha concedido y dejado entre nosotros. Sí, porque podemos decir con razon que los diez últimos años no le ha dejado vivir el Señor sino por nosotros y para nosotros, y el temor que tengo es, que tal vez nos le ha quitado porque ya no eramos dignos de tenerle en nuestra compañía. ¿Quién sabe si el Señor nos le ha llevado para que nos sea mas útil y nos proteja con su poderosa intercesion delante de su divina presencia? ¡Sea así y así confio en que sea, Dios mio! Si era tanta su caridad mientras vivia con nosotros que cedia en todo con mas gusto á mi voluntad que á la suya: ¿qué hará ahora unido ya á aquella caridad inmensa que es Dios, y cuánto mayor será su cuidado, su amor y caridad para conmigo? Pero ¡Ay! Acaso ahora me conoce mas y penetra mi corazon y temo que se indignará tal vez, lejos de compadecerse como acostumbraba. Si nuestros pecados han sido la causa de que Dios le lleve de entre nosotros, el Señor nos conceda por su intercesion el que se nos perdonen para que no suframos una pena sobre otra pena; no dejará de atraer sobre nosotros las divinas misericordias.

Falta ahora, hermanos, que nosotros nos resolvamos

á tener presentes los ejemplos y virtudes de Humberto para imitarlas. Si seguís sus pasos no caereis fácilmente en pensamientos vanos, en palabras ociosas, en conversaciones inútiles, en tantas bagatelas en que tan inútilmente se pierde el tiempo y se pasa la vida. El tiempo vuela y no vuelve jamás el tiempo que pasó, y por no sujetarnos en esta vida á unas penas ligeras tendremos que sufrirlas despues mucho mayores. Sabed á no dudar que despues de esta vida han de pagarse hasta el último cuadrante y con un céntuplo de aumento en el purgatorio las faltas que nos descuidamos y abandonamos satisfacer en esta vida. Sé muy bien que es muy duro al hombre disoluto entrar en disciplina, al hablador sujetarse al silencio, al amigo de la libertad y licencia el conservarse en la clausura y retiro; pero duro y muchísimo mas duro ha de ser tambien el haber de sufrir las penas y molestias de la otra vida. Ahí teneis á Humberto, que como yo sé muy bien, en los principios tuvo muchas tentaciones que sufrir, pero luchó, trabajó y venció como entonces le era duro sostener una guerra en las tentaciones, así despues le hubiera sido mucho mas duro el volver á los deseos y apetitos del principio, porque la costumbre habia formado en él una nueva naturaleza y naturaleza ajustada y conforme á la ley de su Dios. Ejercitaos, pues, en esta doctrina y acomodaos á vivir segun lo que vísteis y oísteis en Humberto, para que por este camino llegueis á aquel á quien él llegó que es el mismo Dios bendito por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

OTRA ORACION FUNÉBRE

EN LAS HONRAS DE ALGUN PARTICULAR.

De los difuntos debemos sacar documentos útiles para los que vivimos.

Curam habe de bono nomine: hoc enim magis permanebit tibi quam mille thesauri pretiosi et magni.

ECLUS., CAP. 41, V. 15.

Nacemos y todos tenemos que morir. Como el mar es el hospicio y receptáculo de todos los rios, así la muerte es el término y el depósito general de todos los vivientes. Mueren los ancianos y los jóvenes, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes. Es muy corto el número de los dias del hombre sobre la tierra, y cuanto mas vive, á la manera de un caminante que se dirige á un término fijo, mas se acerca á su muerte, y con la muerte se acaba su

dignidad, su riqueza, su poder, su memoria tambien, y el que era antes el asombro, la admiracion y el terror tal vez de los que le conocian y á quienes dominaba queda confundido con el polvo de un sepulcro. Todo lo que ha nacido de la tierra se vuelve á convertir en tierra, y nada le acompaña de todo cuanto poseyó en este mundo al hombre que tambien fue formado de tierra y en tierra se convierte. ¡Terrible verdad que palpamos cada dia y que venimos á lamentar hoy en la pérdida que recordamos y lloramos, en la pérdida de nuestro querido N. Murió, con sentimiento general de cuantos le tratábamos y conocíamos, y se acabaron con su muerte para él sus honores, sus dignidades, sus bienes de fortuna; una sola cosa le queda que es la que no muere y sobrevive á los mortales. Su buen nombre. Sí, su nombre se pronuncia con honor y con respeto y se llena de bendicion por los que lamentamos su muerte. Cuanto mas poseyó y fue distinguido en el mundo, tantos mas despojos ha dejado, dándonos el ejemplo de lo caduco y perecedero de esta vida, y lo insubsistente de las felicidades de la tierra. Pero el poder de la muerte no alcanza á borrar de la memoria de los que vivimos lo grato que nos es su nombre y las dulces emociones y recuerdos que sentimos al pronunciarle. Sigue mas allá de la tumba y de la arcilla de los sepulcros el nombre de los que mueren, y se presencia con maldicion sobre los impíos y con alabanza y bendicion sobre los justos. Ten cuidado, nos dice por esto el Espíritu Santo, ten cuidado de procurarte un buen nombre y te durará y aprovechará mas que mil tesoros preciosos por grandes que sean. *Curam habe de bono nomine; hoc enis magit permanebit tibi; quam mille thesauri pretiosi*

et magni. La memoria del justo será eterna, nos dice el real profeta, y aunque sobrevengan las calumnias no podrán manchar su buena reputacion. No concederá así al impio que desaparecerá como el polvo que arrebata el viento levántándolo de la superficie de la tierra. ¡Ay de los impíos que abandonaron la ley del Altísimo¡ Viven en la maldicion y la maldicion es su herencia despues de la muerte.

No vengo á juzgar á quien lloramos difunto y por quien hemos venido á dirigir nuestras súplicas y sacrificios. ¡El Señor haya usado de misericordia con él y como le pedimos, háyale admitido á su eterno descanso! Pero voy á convenceros con su ejemplo, lo que nos da á entender esa pompa fúnebre y ese aparato melancólico, que perecen y se hunden muy pronto todas las dichas y prosperidades humanas, que en la casa del luto se utiliza y aprende mas que en la casa del convite y del placer, porque los que viven piensan en lo que los ha de suceder despues de su vida, que la muerte de N. debe servirnos de un poderoso y eficaz desengaño, y puesto que todo ha de concluírsenos con la muerte y solo nos ha de quedar el nombre, procuremos que se pronuncie con elogio y bendicion sobre nuestra tumba, por los que nos sobrevivan, como tenemos motivos para bendecir al de nuestro querido y llorado N.

Descienda, Dios mio, vuestra divina gracia sobre los corazones de mis oyentes para que considerando el funesto fin de todo lo que es terreno, se dediquen á pensar en la eternidad y procurar que sea dichosa y eterna su memoria siendo justos.

Cuanto hace el hombre en obsequio y beneficio del mundo se olvida y se acaba con su muerte. Los grandes esfuerzos

y servicios hechos por la patria, los grandes talentos empleados en las ciencias y en las artes, las riquezas empleadas en la vanidad y los festejos, el mundo lo recibe, lo aplaude con facilidad, y con la misma lo olvida. ¿De qué sirve á los hombres despues de la muerte haber sido grandes doctores y maestros, militares esforzados y valientes, artistas instruidos y laboriosos, ricos generosos y emprendedores, si no se ocuparon en el servicio de Dios y fueron justos y buenos cristianos? Como no pensasen sino en lo temporal y terreno, perecerá como caduco y mortal cuanto hicieron, y sus obras y su memoria sobrevivirá muy poco despues de su muerte, y su nombre, si en su vida le afearon con sus vicios, se pronunciará con execracion y servirá de horror á la posteridad. ¿Dónde estan ni quién recuerda sino con horror los nombres de los Faraones, de los Antíocos, de las Jezabeles, de los Julianos y de tantos tiranos y verdugos que persiguieron hasta á el nombre y señal de cristiano, y el de tantos otros que solo se cuidaron de vivir en la sensualidad y los placeres? A la virtud y piedad sólida es á quien está reservado el conservar el buen nombre y sobrevivir á la muerte, haciendo que pase con alabanza de generacion en generacion, y este es el medio con que debemos procurarnos ese buen nombre que ha de durarnos mas y aprovecharnos mas que los grandes y preciosos tesoros, y que tanto nos encarga que logremos el Espíritu Santo. Si al fijar nuestra vista y dar una rápida ojeada por la vida de nuestro querido N., por el tejido de esa vida preciosa y amable que acaba de cortar la guadaña segadora, que en manos de la muerte no perdona á ningun viviente, no hallásemos sino obras de hombre, ciencia, va-

lor, riquezas, y aun lo que el mundo llama provindad y hombría de bien, poco, muy poco tendríamos que decir y muy pronto se borraría de nuestra memoria su nombre; pero fue cristiano, fue piadoso, hallamos la virtud, hallamos un depósito de virtudes, y esas son las que nos obligan á derramar lágrimas de dolor sobre su tumba, y á bendecir su memoria y hacer público su nombre. Como cristiano, y cristiano fiel y fervoroso, le vísteis caminar á paso firme en la senda estrecha de la ley del Señor, sin dejarse arrastrar de las tentaciones de la edad, de los peligros, de las ocasiones con que le brindaba el mundo y su fortuna. Las consideraciones de la política y prudencia humana, el propio interés, el cálculo ó el captarse las voluntades para lograr así sus fines, no tenian parte en la direccion de su corazon; era la religion el móvil de sus resoluciones, y así se le vió siempre compasivo, siempre benéfico, siempre dispuesto á socorrer y aliviar á los necesitados. Por eso no buscaba la luz del público para hacer sus limosnas, tantas limosnas como ocultaba en el seno de los pobres, que el mundo ignoraba y que ahora publican los que las recibieron, al mismo tiempo que riegan con sus lágrimas de amor y de tierno agradecimiento la tumba de su bienhechor. ¿Se lamenta de este modo la pérdida de los que disiparon sus caudales en el lujo, en los espectáculos y placeres? El mundo mismo ¿no se ve precisado á rendir homenaje á la virtud? Y como la limosna libra del pecado, como las súplicas de tantos á quienes consolaba y remediaba no podian menos de atraer sobre él las bendiciones del cielo, le vimos siempre igual y veraz en su trato, modesto en sus palabras, devoto y asistente al tem-

plo, procurando, no solo llenar los deberes de cristiano, sino que la llenasen los demás sirviéndolos de guia y ejemplo. ¿Qué modelo de resignacion no nos ha dado en sus desgracias? ¿Con qué paciencia ha sufrido los dolores y molestias de su enfermedad? Y la muerte que aterra y postra á los mundanos ¿no parece que la esperaba con gusto y aun que la deseaba para unirse con su Dios? ¿Le han afligido otros cuidados que los de apresurarse á recibir los Santos Sacramentos y encomendarse á las oraciones de sus prójimos?

He aquí lo que nos queda de un hombre de quien pudiera formarse una dilatada historia, y por lo que alabamos y elogiamos su buen nombre. Sus virtudes. Todo lo demás pereció y se hundirá con él en el sepulcro. Sus títulos, su dignidad, sus honores se acabaron como se acaban todas las glorias y grandezas humanas, y en el sepulcro se confundirán sus restos con los del mendigo y miserable. Su virtud solo es lo que le sobrevive en la tierra y lo que hará feliz en el cielo.

Aprendamos, pues, y acostumbrémonos á apreciar las cosas como deben apreciarse, y á elegir lo que pueda sernos mas útil: aprendamos á vivir con el ejemplo de los que mueren, porque pronto moriremos tambien nosotros. Pensemos desde ahora como pensaremos cuando nos veamos próximos á la muerte y en los umbrales de la eternidad; no nos olvidemos que los talentos, la opulencia, la autoridad, la fama, el valimiento, todos esos dones y tesoros de la naturaleza ó de la fortuna estan encerrados en un vaso de tierra, que cayendo se quiebra y solo quedan ruinas y despojos. Lo que llamamos felicidades ó desgra-

cias humanas es un puro sueño, una nada, porque nada es el espacio que media entre el nacer y morir; no hay felicidad ni infelicidad verdadera sino la eterna. Pensemos así y obremos conforme á estos saludables documentos, y entonces dejaremos y aun miraremos con lástima que los mundanos se agiten y se pierdan en las esperanzas y felicidades engañosas de esta vida, y lamentaremos su miseria lejos de envidiar su dicha. Una sola cosa podemos conservar, una sola cosas es la que puede valernos, el ser buenos cristianos, la práctica de la virtud, el conservar la vestidura blanca y la vela encendida que se nos dió en el bautismo cuando tuvimos la dicha de renacer en Jesucristo, y esta dicha todos podemos lograrla con la gracia del Señor. Con esto nos procuraremos un buen nombre que nos será mas permanente y mas provechoso que los grandes tesoros. Nos sucederá bien en el último dia y nos bendecirán en el dia de nuestra defuncion, como hoy honramos y ofrecemos este testimonio de nuestra gratitud y de nuestras lágrimas á nuestro querido N. No olvidemos los ejemplos y máximas de salud que nos anuncia ese espectáculo y ese aparato de luto para utilizar y aprovechar en lo poco que nos queda de nuestra carrera. ¡Quiera el Señor que los méritos y virtudes de nuestro llorado difunto hayan sido halladas y juzgadas por sólidas en su divina presencia! ¡Que el buen nombre que deja en la tierra le haya hallado escrito en el libro de la vida y se le haya aparecido el Señor con un semblante risueño y apacible, y mandado entrar á tomar un asiento en sus bodas! Profesó la fe y vivió segun ella, y nos consolamos con creer y confiar con que el Señor se habrá olvidado de sus fragilidades é

ignorancias. Confesamos que no es á nosotros, Dios mio, á quienes toca sondear el abismo de vuestros juicios. Confesamos y creemos que por mas virtudes que tenga el hombre, solo será salvo por vuestra gracia y vuestra misericordia. Estas misericordias infinitas, estos tesoros que nos ganásteis con vuestra preciosísima sangre son los que rápidamente os suplicamos que apliqueis á nuestro difunto N. La caridad, la gratitud, la religion, la amistad, los lazos de la carne y de la sangre, todo nos conduce y nos mueve hoy á rogaros por su eterno descanso, y á que useis con él de misericordia. Depositad su alma en la mansion de la paz, y concededla la herencia de los justos en la tierra de los vivientes. Muévanse á piedad vuestras entrañas, y juzgad segun la muchedumbre de vuestras misericordias á un alma que fue fiel y tuvo el celo de la divina honra, fue devota y trabajó por sostener el culto divino y por aliviar á los necesitados. ¡Oiga el cielo nuestros suspiros y suban hasta el trono de Dios como sube el incienso en olor de suavidad nuestras oraciones! Y si algo le queda que purgar, bórrelo la sangre de Jesucristo que acaba de ofrecerse sobre ese altar por la mano del sacerdote, y por este sacrificio de infinito valor que acabamos de aplicar por su alma, logre su alma lo que todos os pedimos y deseamos, Señor: Que descanse en paz. *Requiescat in pace.*

F. L. G.

SERMON

DE ACCION DE GRACIAS DESPUES DE UNA PESTE, EN HONOR DE SAN ANTONIO DE PADUA.

San Antonio ha sido un protector generoso en los males por que hemos atravesado.

Protegan urbem hanc et salvabo eam propter me et propter David servum meum.
Protegeré á esta ciudad y la salvaré por mi y por mi siervo David.
LIB. 4, REG. 19, V. 34.

En medio de los mayores castigos, que la justicia de Dios provocada por los pecados de los hombres descarga sobre el género humano, se deja ver siempre una mano consoladora, una bondad y misericordia que recompensa con usuras los males que recibimos, y nos hace ver lo duro, lo penoso y sensible que le es al Señor el castigar, y que levanta alguna vez el brazo de su justicia, como un pa-

dre que castiga á sus hijos y para nuestro mayor bien y utilidad. El hombre ofendido una vez, procura por todos los medios la venganza, y parece que su corazon está inquieto hasta lograr recompensarse de la injuria que recibió. Murmuraciones, calumnias, acusaciones, injusticias, todo lo que es lícito y lo que es tambien contra la ley, se pone en movimiento para tomar satisfaccion de un agravio, que acaso se causó sin culpa y contra la voluntad del que le hizo. Pero el Padre de las misericordias él mismo nos ruega, nos llama, nos convida con el perdon y con su gracia y amistad. Por grandes que sean las ofensas con que le ultrajemos, como si necesitára de nosotros, parece que no descansa, hasta vuelve á ganar nuestro afecto y si descarga el brazo de su justicia, no tarda en levantarle consolando, animando, haciendo promesas, esforzando á su mismo ofensor.

Apenas destierra al primer hombre del paraiso terrenal cuando le promete que su mismo Hijo se hará hombre y se sacrificará para reconciliarle con Dios, y abrirle las puertas del cielo que él mismo se habia cerrado. Atrae Cain sobre sí la divina venganza manchando sus manos con la sangre inocente de Abel, y el Señor consuela su afliccion asegurándole que nadie le quitará la vida como él se temia. Toda la carne corrompe sus caminos y se ve en la necesidad de purificarla y enviar un diluvio en que todos perezcan, pero por su bondad separa del esterminio y libra milagrosamente de todo peligro á ocho justos, y los jura con un pacto sempiterno que jamás volverá á castigar á los hombres con semejante suplicio; se aparta de su Dios el pueblo escogido, adora los ídolos que se fabrica con sus manos como los gentiles, blasfema de su libertador, el de-

sierto se llena de culebras que con sus mordeduras castigan tan viles atentados; y el mismo Dios ofendido manda á Moisés levantar una serpiente de metal en medio del campo, para que todos los que la miren se salven. Jerusalen es amenazada de sus enemigos en infinitas ocasiones, se ve inmediata á su último fin, pero el Señor asegura á sus habitantes, que la protegerá y la salvará por él y por su siervo David: porque es tal la bondad de Dios, dice el padre san Juan Crisóstomo, que muchas veces da la salud á muchos por los méritos de pocos, y cuando no se encuentra en esta vida un justo, se compadece y suspende sus rigores por los méritos de los justos difuntos que reinan en el cielo.

Alegrémonos ya y consolémonos, amados mios, alegrémonos todos en el Señor. Pero... ¡Estraño lenguaje! Cuando estoy viendo todavía la palidez y la enfermedad retratada en vuestros semblantes; cuando por un esfuerzo superior á las fuerzas en que os tiene vuestra debilidad, habeis logrado llegar desde vuestras casas á este templo; cuando no podeis entrar en él sin recordar que acabais de hacer las exequias de un padre que os amaba tiernamente, de un hijo en quien os prometiais una vejez descansada, de una esposa que era el bien y la felicidad de vuestra casa; cuando el motivo de esta fiesta y esta fiesta misma os trae á la memoria la falta casi repentina y violenta, y acaso simultánea de las prendas que mas amabais en el mundo: en estas circunstancias, digo: ¿os anuncio que regocijeis y alegreis en el Señor? Sí, amados mios, ¿y porqué no ha de ser así? Vuestras culpas habian llegado hasta el trono del mismo Dios, vuestros pecados habian provocado su venganza, vuestros escesos habian obligado al Señor á

desenvainar su espada; acaso no se hallaria entre todos vosotros un solo justo que levantase sus manos al cielo, y contuviese las justas venganzas; pero habita en el cielo san Antonio de Padua, os encomendásteis á él en los dias de la calamidad, sus ruegos y su poderosa intercesion han subido mas alto que vuestras iniquidades, y el Señor ha cumplido en vosotros por san Antonio lo que David prometió á la pecadora Jerusalen: Protegeré á este pueblo, le salvaré por mí y por mi siervo Antonio. *Protegam urbem hanc et salvabo...* Venid, pues, venid á dar las debidas gracias á vuestro bienhechor, á confesar su poder, su intercesion, su valimiento, á aclamarle vuestro protector. Sí, san Antonio ha sido vuestro generoso protector, y es acreedor á vuestra gratitud, como voy á hacéroslo ver brevemente ayudado de la gracia del Espíritu Santo, que pediremos al Señor por la intercesion de María Santísima:

Ave María.

Protegam urbem hanc...

Si un padre, si una fiera no abandona á sus hijos sino que los cria, los alimenta, los cuida aunque sea á costa de

su sudor y con riesgo de su misma vida, ¿qué hará el Padre de las misericordias, el Padre mas benigno, el mas cariñoso y compasivo con nosotros que somos sus hijos y hechuras de sus manos? Es verdad y la fe nos lo enseña que Dios cuida de nosotros, que nada le podemos ocultar, que todo lo conoce, que sabe nuestras miserias, y que su Providencia no nos dejará perecer. Sin embargo sabemos tambien lo mucho que el Señor se apiada y se mueve por los ruegos de sus amigos y por la intercesion de sus santos. El es quien nos socorre, pero los justos son los que piden, los que instan, los que se interesan y alcanzan de Dios sus mirericordias para nosotros. En este sentido es como he dicho y debeis conocer que san Antonio es vuestro protector. Y ¿qué le falta para serlo? El tiene un gran poder y valimiento para con Dios, él quiere emplearle y le emplea en vuestro beneficio, quiere y puede serviros, y voy á demostrároslo brevemente. Un amigo verdadero todo lo puede con su amigo, y san Antonio es amigo verdadero de Dios, porque Dios ama y aprecia la virtud, y san Antonio reunió en sí mismo todas las virtudes.

Nació de unos padres nobles y cristianos, y recibió sus instrucciones y sus ejemplos con docilidad, sin que hallasen jamás en su conducta cosa alguna que reprender. Sus ansias y deseos todos fueron el amar y servir á Dios, y ofrecerle su corazon todo entero desde la primavera de su vida. Veíase con admiracion al pie de los altares siendo el ejemplar y edificacion de todos; entre los niños de su edad exhortándolos, animándolos, enseñándolos y alentándolos con sus palabras y su ejemplo al amor y devocion de Jesus y de María. ¡Jesus y María! Sí, estos suavísimos nom-

bres jamás se apartaron de sus labios. ¿Qué miseria es la de nuestro dias y cómo no han de venirnos castigos del cielo, si hallamos que los niños se enseñan hoy á hablar pronunciando esas palabras indecentes del mundo que oyen de sus padres, y que estos celebran por una gracia particular? ¿Qué ha de venirnos en nuestros dias en que los jóvenes y aun los mismos ancianos abandonan y miran con tedio las divinas alabanzas, y solo se oyen de sus bocas palabras torpes, conversaciones que ofenden al pudor, canciones deshonestas...? San Antonio conoció muy pronto el peligro; advirtió que en el mundo se respira un ambiente de corrupcion, su virtud y su pureza le es mas interesante que todo, y para conservarla sacrifica el regalo, las comodidades, los placeres, las esperanzas, la amable compañía de sus padres, huye del mundo y procura salvarse entrando en la religion de san Agustin. Aquí crece su fervor y sin fatigarse corre á pasos de gigante en la carrera de los preceptos y consejos evangélicos. Le admiran y veneran todos, todos conocen su mérito, y él solo es quien no se conoce á sí mismo y se tiene por el último de sus hermanos y el siervo mas inútil de la casa del Señor.

El ansia de padecer el martirio y sacrificarse enteramente por Jesucristo le hizo trasladarse á la religion seráfica de san Francisco, y en ella redobló sus ayunos y austeridades, sus tareas y ejercicios de piedad. Pasó al Africa deseando predicar la fe y morir por Jesucristo; pero el Señor que le destinaba para ser la confusion de los hereges y el remedio de los pecadores, le detuvo enviándole una penosa enfermedad que supo sufrir con todo el valor

y constancia de un justo. Conoció y se resignó con la voluntad de su Dios. Predicó obligado de la obediencia, y como á Pedro en Jerusalen los de distintas naciones y lenguas, el español, el italiano, el francés, todos le oyeron en la suya propia. Fue un apóstol celoso que nada dejó por hacer para ganar almas para Dios. Las naciones y pueblos que recorrió dieron testimonio de la virtud y celo de san Antonio, y á su voz cesaron los escándalos, se convirtieron en virtuosas las deshonestas, se retiraron al claustro los facinerosos, se convirtieron los hereges, y por donde quiera que predicaba se enmendaban las costumbres, se desterraban todos los vicios y se dejaba ver la virtud. Entre las tareas de su apostolado no se olvidaba de sí mismo, y lo que debia á su profesion. Era obediente y sumiso á sus prelados, frecuente en el coro, amante del retiro, de la oracion y el estudio; así logró que el mismo Jesus en forma de niño bajase á sus brazos á recrearle con sus inefables dulzuras, y que enamorado de su virtud el Señor le amase y concediese su amistad y le arebatase cuanto antes de este mundo llevándole para sí y premiando con un lugar eminente en su reino. ¿Qué pedirá ahora á Dios, que Dios no se lo conceda? Habiéndose sacrificado por su Dios ¿qué no hará Dios por él? Confesemos pues que san Antonio es un amigo de Dios, y que es mucho su poder y su valimiento.

Pues ahora digo, que este poder y valimiento que tiene nuestro santo quiere emplearle en nuestro beneficio. Si reparamos en su vida, hallaremos que la empleó toda para bien de los hombres. Contento con un hábito pobre, con un alimento muy escaso, con el abatimiento y desprecio

de sí mismo, nada deseaba para sí y todo lo deseaba para sus prójimos. El daba la salud á todo género de enfermos, libertaba de las prisiones á los encarcelados y cautivos, ahuyentaba los demonios de los cuerpos, y resucitaba á los muertos; él apaciguaba las tempestades, sosegaba los vientos embravecidos, detenia á las nubes para que no lloviesen sobre sus oyentes en medio de los campos. Todos los trabajos de su predicacion estan manifestando una encendida caridad para con sus hermanos. El los manifestó los pecados que llevaban ocultos en su corazon, los hizo ver el mal estado de sus conciencias, el peligro de sus almas; él pedia al Padre de las misericordias por todos los pecadores, y sus delicias eran el ganar almas para su Dios. Aun los hereges mas obstinados, aquellos mismos que le perseguian y maquinaban contra su vida, merecen su cariño y benevolencia. Los predica, los amonesta, los persuade, los convierte á fuerza de milagros, y obliga á confesar que el Dios de Antonio es el Dios verdadero. No acabaria si refiriese los milagros que obró, los enfermos que sanó, los pecadores que convirtió, lo mucho que obró en beneficio de los hombres.

Ahora que está en los cielos, y que premiado por el Dios de justicia y santidad nada necesita para sí, ahora que está presente siempre á un Dios que es el manantial de todos los bienes, ahora que su caridad y amor á los hombres no se ha concluido, sino que se ha perfeccionado y perpetuado ¿dejará de ser compasivo y benéfico tan poderoso protector de los que le invocan? ¿Dudaremos de qué puede, quiere y desea socorrernos desde el cielo? ¿Qué hallamos al entrar en sus ermitas y capillas sino señales de

la gratitud de sus muchos beneficios? ¿Qué vemos sino que el enfermo sana, el tullido vuelve á su casa por su pie, el ciego recobra su vista? Decidlo vosotros: ¿cuántas veces os habeis encomendado en vuestras oraciones á san Antonio y no habeis sido socorridos? Aun ahora, en medio de esta peste y calamidad general que acabamos de sufrir y que tantos estragos ha hecho en todas partes, en este pueblo ha sido mas benigna, mas indulgente. Es verdad que para purgar vuestras manchas ha permitido el Señor algunos estragos y algunas muertes, pero muchísimo menos que en otros pueblos; no habeis visto á las gentes morirse repentinamente por las calles, ninguno ha muerto sin recibir los santos sacramentos, porque estaba en medio de vosotros san Antonio, porque recurrísteis á la intercesion de san Antonio, porque el Señor hallaba entre vosotros á san Antonio y por él ha salvado y protegido á este pueblo: *Protegam urbem hanc...* Vosotros dirigíais vuestras súplicas y oraciones á san Antonio, y san Antonio puesto delante del trono de Dios se las ofrecia y se interesaba diciéndole como Moisés: O perdónalos y olvida sus delitos, ó caiga sobre mí todo el castigo que ellos merecen.

¿Qué mas puede hacer un amigo, un bienhechor y protector? ¿Qué mayores deseos se pueden dar de servir á sus devotos? Reconozcamos pues y confesemos con gusto que san Antonio puede y quiere socorrernos, y con este poder y voluntad es y ha sido vuestro protector.

Ahora bien. ¿Qué merced ó qué pago dareis á este generoso amigo en agradecimiento de sus buenos oficios? Veo vuestra fe y vuestra devocion que agradecida á los bienes que habeis recibido por la intercesion de san Antonio á

quien recurristeis, cumple hoy sus votos haciendo esta funcion y publicando lo que debeis á este generoso abogado, veo las demostraciones públicas de gratitud con que correspondeis á sus favores, veo vuestra piedad y que creyendo que todo os viene de Dios se lo devuelve reconocida al mismo Dios en cuyo honor va á ofrecerse en ese altar la hostia del Calvario, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, al mismo Jesucristo que es el don mas grande que podeis ofrecer; veo vuestra gratitud con san Antonio de Padua, procurando é instando que se publiquen sus glorias, sus alabanzas y los beneficios que os ha dispensado desde la cátedra del Espíritu Santo para que sirva de testimonio público de vuestro agradecimiento. Apruebo vuestra devocion y piedad, y el Señor os la premie. Debo no obstante deciros, que á todo esto debeis acompañar vuestra virtud y una vida nueva. Que el modo mejor de ser agradecidos á san Antonio es servir á Dios imitando los virtuosos ejemplos de san Antonio. La virtud hizo á san Antonio amigo de Dios; sin ella por mas milagros que hubiera obrado no estuviera en el cielo, y si quereis ser amigos de Dios y favorecidos de san Antonio es preciso que empeceis por ser virtuosos. Dejad los engaños, la mala fe, los escesos en la comida y la bebida, las maldiciones, las deshonestidades, todos los pecados.

Concluiré haciéndoos una sencilla reflexion: Suponed que uno de los que habeis visto morir en esta enfermedad y epidemia pasada, hubiera resucitado por los ruegos de san Antonio y se hallara bueno y sano entre nosotros. ¿Qué no haria este hombre? ¿Qué gracias no daria á su bienhechor? Todo le pareceria poco; si se hallara en esta fiesta

se haria lenguas en honor de san Antonio. Por otra parte, habiendo sufrido un juicio terrible en la presencia de Dios ¿cómo viviria ya en este mundo y cómo miraria al mundo? Observaria con toda puntualidad la ley de Dios, huiria del bullicio, de las diversiones, de las pompas y vanidades, no se mancharia su lengua con palabras malas, sería modesto, haria todo el bien que pudiese á todos, sería devoto y asistiria á los oficios divinos con una fe pura y fervorosa, sería un buen cristiano, en una palabra. Pues bien: pensad que san Antonio ha hecho con vosotros mas de lo que hubiera hecho con aquel: aquel hubiera muerto y resucitado, y á vosotros os ha conservado la vida entre tantos peligros, ha estado la muerte muy cerca de vosotros. ¿Qué, no podiais haber muerto, como ha sucedido á algunos de vuestros vecinos, amigos y parientes? ¿Teníais alguna seguridad de que no habia de penetrar en vosotros la peste que devoraba á los demás? Pues si os conservais sanos, si vivís, es tanto milagro como haber muerto y haber resucitado despues. Siendo esto así, como debeis convenceros, dad gracias y alabad á san Antonio y al Señor que le dió tanto poder, como si ahora mismo hubiérais resucitado: y acordándoos que teneis que comparecer en vuestro dia último, que al fin no estará lejano, ante la presencia del divino Juez, ordenad desde ahora vuestra vida de modo que temais aquel juicio. Sed modestos, justos, dóciles, olvidad y perdonad las injurias, haced bien á todos, alegraos y regocijaos en el Señor en este dia de vuestro reconocimiento y accion de gracias. Así conservareis la proteccion de san Antonio en todas vuestras necesidades, así es como quiere que os prepareis para

llevarle en triunfo por las calles, dando público testimonio de sus favores y de que sois sus fieles devotos. Así le obligareis á que se interese con Dios por vosotros, y conseguireis que os presente al Señor en la gloria en que sereis felices por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA DE RESEÑA (*).

A los feligreses de esta parroquia toca muy especialmente en este año honrar y desagraviar á Jesus sacramentado.

Dicite quia Dominus his opus habet.
Decid que el Señor tiene necesidad de estas cosas.
MATT., CAP. 21, V. 3.

Quiso Jesus celebrar su última entrada en Jerusalen con pompa y magestad, aclamado públicamente por rey de los judíos, por el Mesías enviado por Dios, por el hijo y heredero de David, y aunque habia caminado á pie siempre

(*) Es célebre la fiesta que todos los años se celebra en la ciudad de Segovia con el título de *Catorcena*, porque se celebra en catorce parroquias, turnando en los catorce años. Dió ocasion á

recorriendo toda la Judea en los últimos tres años, quiso en esta ocasion entrar montado, no en un brioso caballo ricamente enjaezado, ó en un carruaje magnífico como los reyes de la tierra, sino en una jumenta con su pollino al lado, y para proporcionársela mandó á dos de sus discípulos que fuesen á un castillo que estaba cerca de la ciudad de Jerusalen, donde la hallarian atada, que la desatasen y trajesen, y que si alguno les opusiese alguna cosa le dijesen: Que el Señor, que su Maestro, Dios y Señor de todas las cosas, tenia necesidad de ella. *Dicite quia Dominus his opus habet.* No quiere el Señor que se le sirva por fuerza; aunque suyas son y puede disponer de todas las cosas criadas visibles é invisibles, no quiere que le sirvan los hombres por miramientos y respetos humanos, quiere que nuestros dones sean enteramente voluntarios, y que nuestros obsequios y servicios no sean por agradar al mundo ó por cumplir con los hombres, sino por Dios y porque Dios nos los pide.

Jesus quiere tambien celebrar su triunfo y recibir públicas adoraciones en el sacramento de su cuerpo. Esta pia-

---

su institucion la venta sacrílega de una hostia consagrada que un sacristan de la parroquia de san Facundo hizo á un médico judío, el que tomándola la llevó á su sinagoga, que hoy es convento de religiosas Franciscas, y lleva el título de *Corpus Christi*, donde la ultrajaron y maltrataron, hasta que volando milagrosamente desapareció de su vista. Sabido por los fieles y piadosos segovianos instituyeron una solemnísima funcion sacramental para desagraviar al Señor de los ultrajes que recibió en el sacramento de la Eucaristía, y en la parroquia á que corresponde, concluidas las fiestas de la parroquia en que se celebra cada año, se anuncia para el año siguiente con una fiesta tambien, á que se da el título de *Reseña*.

dosa ciudad tuvo el desconsuelo y la pena de ver ultrajado á Jesus en el sacramento de la Eucaristía por los pérfidos é incansables judíos que habitaron en ella, como sabeis todos los segovianos. Los religiosos habitantes de Segovia no se creyeron satisfechos con castigar á los culpados, y dispusieron desagraviar á Jesus sacramentado de los ultrajes recibidos de un modo, no solo público y solemne, sino perpetuo, y estableciron que en las catorce parroquias señaladas se celebrase por un turno continuo en cada un año una fiesta solemnísima en que Segovia acreditase su fe, rindiese sus homenajes y publicase las alabanzas de Jesus sacramentado, haciendo que fuese conducido en triunfo y se celebrase el incruento sacrificio en la misma sinagoga en que fue tan vilmente despreciado y maltratado, convertida desde entonces en templo y convento de vírgenes religiosas consagradas á desagraviar continuamente al Señor.

Parroquia de san N., tú eres la destinada para celebrar en el año próximo venidero la fiesta de desagravios á Jesus sacramentado, la solemnísima fiesta de *Catorcena*. Este es el dia señalado para anunciarte y decirte que Jesus quiere presentarse en este templo con toda la ostentacion y magestad, de un modo triunfante y como corresponde á la dignidad y grandeza de tan gran Señor; que en el año próximo quiere celebrar su triunfo y ser desagraviado de los ultrajes de los judíos por vosotros, amados feligreses de esta parroquia, y esto es lo que estoy encargado de deciros en esta fiesta de *Reseña*, y para lo que os dirijo las mismas palabras de Jesus á sus discípulos. *Dicite quia Dominus his opus habet.* El Señor tiene necesidad de vuestras cosas. Habeis de celebrar el triunfo de Jesus, Jesus quiere

aparecer triunfante y glorioso entre vosotros, y para eso os pide desde hoy todo lo que necesita para su triunfo. Su culto esterior é interior. Aunque en todas las iglesias y en todas partes quiere ser honrado y glorificado, en este año quiere serlo mas especialmente en esta parroquia, aquí quiere ser en este año mas visitado, honrado y servido; aquí quiere derramar sus gracias con mas liberalidad, aquí quiere consolarse de los ultrajes que recibió y recibe en el sacramento de su amor, y consolarse con el culto que á vosotros, queridos feligreses, os toca dar mas continua, mas abundante y mas solemnemente. A vosotros toca reparar, embellecer, adornar este santo templo, reponer sus vasos sagrados, sus altares, sus vestiduras y todo lo necesario para el culto divino y para celebrar el triunfo que quiere Jesus solemnizar con vosotros. A vosotros toca hacer la corte á Jesus sacramentado, honrarle, venerarle, adorarle en el sacramento de su amor, tiene Jesus necesidad de vuestros dones y de vuestras ofrendas para salir al público, como corresponde á la magestad del que es rey de cielos y tierra, y tiene tambien necesidad de vuestros corazones, del puro y sencillo afecto de vuestras almas: *Dominus his opus habet*: y á vosotros toca servir al Señor, ofrecer vuestros dones al Señor, no ya por violencia, por respetos humanos, por vanidad y emulacion terrena, sino agradar á Dios por Dios mismo. Os diré en una palabra, y es lo que voy á persuadiros en mi discurso: Que á vosotros toca muy especialmente en este año honrar y desagraviar á Jesus sacramentado.

Dadme, Señor, vuestra gracia para que acierte yo á inspirar los santos deseos y resoluciones que exigís de estos

feligreses, y acompañad mis palabras con vuestros poderosos auxilios, que os pedimos por la intercesion de vuestra Santísima Madre.

Ave María.

Dicite quia Dominus.....

No tenian por cierto necesidad de grandes exhortaciones ni discursos los antiguos segovianos para moverse á honrar, desagraviar y dar pruebas de su fe y su ardiente y fervoroso amor á Jesus sacramentado. El dia de la *Reseña* era el dia de la señal para los feligreses de la parroquia en que habia de celebrarse la *Catorcena* para ponerse en movimiento, para registrar su templo y ver donde eran necesarios los reparos, para procurar proporcionar los muebles mas esquisitos y de mayor gusto y belleza para el adorno de sus altares. Testigos son los templos magníficos de esta ciudad, conservados con tanto esmero á pesar de su inmemorial orígen, los vasos sagrados en que compite el valor del metal con el gusto del arte, las vestiduras sagradas que por su antigüedad son tan estimables y revelan la piedad y desprendimiento de nuestros ascendientes, las pinturas que son el asombro y la envidia de los forasteros. No, no se hubieran perdonado nuestros mayores tener alguna preciosidad en sus casas, y no haberla ofrecido á su parroquia en el año de la Catorcena. No se hubieran perdonado te-

ner amuebladas con gusto, con esmero y lujo sus casas, y ver la escasez y pobreza en el templo del Señor. El dia de la *Reseña* era el principio de ofrecer sus caudales, sus alhajas, y los pobres artesanos y jornaleros su trabajo para cuanto se ofreciese en la parroquia y contribuyese al culto de Jesus sacramentado, y los bastaba saber que en aquel año habia de ser la Catorcena en su parroquia para escitarse y entrar en una santa emulacion, para sobresalir en donativos y testimonios de piedad y de fe. Hoy, amados mios, estan nuestros templos exhaustos, y sabidas son las causas de su pobreza, sin que entre ahora á descubrir y analizar lo que todos sabeis; hoy estan casi ruinosos los edificios de nuestras iglesias y sus alhajas, sus vasos sagrados han desaparecido, sus ropas estan deterioradas con el mucho uso, y sus altares carcomidos por su antigüedad. Vendrá la solemnidad de Catorcena, esta solemnidad que llamaba la atencion en toda la provincia, y aun de los pueblos mas lejanos, y no tendremos ni aun la cera necesaria para alumbrar el tabernáculo del Señor y esponer á Jesus sacramentado á la veneracion pública con el decoro correspondiente, porque las iglesias, porque nuestro Dios está pobre, está pidiendo limosna, como vosotros lo veis. ¿Qué hareis para honrar á Jesus y que celebre el triunfo que quiere solemnizar con vosotros en vuestra parroquia? *Dominus his opus habet.* Si ha de celebrarse la Catorcena de un modo decoroso, necesita el Señor de vuestros esfuerzos, de vuestros donativos, de vuestra generosidad y desprendimiento, de alguna parte al menos de lo que destinais para el lujo, la vanidad, los escesos y gastos inútiles y superfluos; de algo de lo mucho que os da, de algo de lo que necesitais

tambien, porque de todos quiere recibir, del pobre, del rico, del menesteroso y del indigente, porque todos quiere que tengan parte en su regocijo y en la magestad y brillantez de su triunfo. ¿No es á vosotros á quienes toca servir á Jesus? ¿Tendreis valor para negaros al Señor?

No creo que esté tan apagada y muerta entre vosotros la fe que mireis con la indiferencia y desprecio de los libertinos é impíos el culto del Señor, no es á los piadosos segovianos á quienes hay que persuadir lo útil, lo conveniente y lo justo que es contribuir al culto esterior del Señor y ofrecer sus bienes al Dios mismo que es dueño de todo lo criado, y aunque nada necesita para sí, lo necesitamos nosotros para manifestarle nuestra gratitud y reconocimiento, y merecer sus favores y beneficios. La escasez, la miseria de los tiempos, la falta de posibles, he aquí lo que alegareis para no ser generosos y desprendidos con vuestro Dios. La penuria de la época. Pero todo debe desaparecer al oir que nuestro Dios tiene necesidad de ello. *Dominus his opus habet.* Os lo pide y lo necesita el Señor para celebrar su triunfo, y es muy justo que modereis vuestros gastos, que perdoneis algo á los caprichos y al lujo tan superior al de vuestros padres, y que tan en contradiccion está con la miseria y penuria que lamentais, que quiteis algo á lo que gastais superfluamente, y quiera Dios que no sea en vicios detestables, y que lo ofrezcais á vuestro Dios. Vuestro Dios os lo pide, quiere que seais vosotros en este año los destinados y preferidos á obsequiarle; y deben enmudecer todos los pretestos y escusas, que al fin nada valdrán en su divina presencia. Dios os lo pide, quiere que voluntariamente le ofrezcais vuestros dones, y aunque pudiera usar de su

poder, pudiera dejaros en la miseria, en la enfermedad y reducidos á la estrechez, por mas que seais ricos y opulentos, pudiera intimaros un riguroso precepto, os lo pide y se contenta con que graciosamente le ofrezcais de lo que él mismo os da, para que sea mayor vuestro mérito, y vayan vuestras ofertas acompañadas de vuestra buena voluntad. Dios os lo pide y á Dios es á quien teneis que responder. Lejos pues de vosotros no salamente toda escusa que podrá seros tan perjudicial, sino tambien todo respeto y miramiento humano, toda vanidad, todo lo que sea terreno, todo lo que no sea proponeros servir, honrar y agradar con vuestras dádivas á Dios, que al recibirlas atiende mas que á la ofrenda, al corazon del que la da. Todos así podeis cooperar á la solemnidad y triunfo de Jesus sacramentado, cada uno segun sus facultades, pudiendo contribuir con su parte hasta el último pobre, y contribuyendo así á que se conserven estos cultos tan del agrado de Jesus. Pero todos podeis y debeis sin que haya uno solo que pueda escusarse, y es lo que principalmente exige el Señor de vosotros, y lo que os toca muy especialmente en este año, ofrecer al Señor vuestro corazon, vuestras continuas adoraciones, vuestros respetos y vuestros desagravios.

Jesus sacramentado fue indignamente ultrajado en nuestra religiosa ciudad, las ofensas exigen de sus habitantes una satisfaccion, los segovianos se la han ofrecido solemnemente, y vosotros sois á quien os toca en este año desagraviar á Jesus, y llenar el deber que se impuso este pueblo tan favorecido de su Dios. Contra unos enemigos pérfidos y obstinados que le ultrajan, tiene el Señor necesidad de buscar su consuelo, digámoslo así, en sus fieles amigos y favorecidos; en

los cristianos fervorosos. *Dominus his opus habet.* Vosotros sois los que no solo en el dia de la Catorcena, sino en todo este año, debeis ofrecer todos los dias al Señor el sacrificio de vuestro corazon, de vuestro rendimiento, de vuestro amor y de vuestra accion de gracias. Vosotros sois los que ni de dia ni de noche debeis cesar de publicar las divinas alabanzas. Vosotros sois los mil pacíficos encargados de custodiar la viña del Señor (1). Los valientes que han de defender el lecho de Salomon (2). Los que deben servir de ejemplo á los demás, infundir veneracion á los fieles, é imponer respeto á los tibios y relajados. A vosotros toca visitar con frecuencia en este santo templo á Jesus sacramentado, porque en este año quiere ser adorado con mas especialidad en esta iglesia, y aunque en todos nuestros sagrarios está real y verdaderamente presente, en el nuestro quiere celebrar su triunfo, recibir vuestros homenajes y dispensar tambien sus favores con mas abundancia, y esta es otra razon por que debeis con especialidad honrarle y desagraviarle, por vuestro propio interés.

A la manera que aunque todas las imágenes sean de Jesus, de María santísima, ó de los santos, representan un mismo original, unas son mas milagrosas que otras, y somos mas atendidos y favorecidos orando delante de una, que delante de otras, porque Dios así lo quiere y dispone por sus incomprensibles fines, así podemos decir con la debida proporcion, que aunque el mismo Dios es, el mismo Jesus sacramentado es el que está en todas las iglesias cer-

(1) Cant., cap 8.
(2) Id., cap. 3.

rado en los sagrarios, en nuestra parroquia quiere en este año recibir mas culto y veneracion, hacer mas ostensible su presencia y derramar sus consuelos, sus dones y beneficios con mas abundancia, porque así es su voluntad adorable, y así lo tenemos esperimentado.

Por vuestro interés; por vuestro deber, porque Jesus mismo os lo pide y espera de vosotros, dichosos y afortunados feligreses de esta parroquia, en este año, no debeis negaros á servir continuamente á Jesus, á venerarle y honrarle en el adorable sacramento de su amor, á ofrecerle lo que nada os cuesta, lo que todos podeis darle, lo que compete á todas las personas de todas las clases y distinciones, lo mismo que á todos los tiempos, vuestro amor, vuestro afecto, vuestro corazon, vuestra accion de gracias, adorarle en espíritu y en verdad gozando de sus glorias, sintiendo sus ultrajes, implorando sus favores y la abundancia de sus misericordias. ¿Quién ha de honrarle y con quiénes ha de celebrar su triunfo si vosotros le rehusais y le abandonais? ¿Si sois tibios, indolentes y duros de corazon, apegados á las cosas terrenas, y aunque se os llama tan fuertemente la atencion os haceis sordos al dulce llamamiento, á la suerte dichosa de ser los escogidos para servir y adorar al mejor de los reyes, al santo de los santos, al que llena de beneficios á sus siervos, al mismo Dios que recompensa con una eternidad dichosa? No se diga de vosotros que no habeis llenado vuestro deber, que habeis dejado pasar el año sin desagraviar al Señor y hacerle la corte. Sin darle un corazon que os pide para hacerle feliz. *Dominus his opus habet.*

Sobre esto emplead vuestros esfuerzos, cooperad con vuestros bienes al culto del Señor, y al decoro y magnifi-

cencia de su triunfo. Que enmudezcan los impíos viendo que aun teneis fe y que nada ha sido capaz de arrancar de vuestros corazones la piedad que habeis heredado de vuestros padres cuyos nombres se ven escritos en los preciosos ornamentos y alhajas de esta parroquia. No atendais á lo mezquino de vuestro corazon apegado á lo terreno, sino á lo que exige la magestad y grandeza de ese Dios de quien os viene todo cuanto teneis. No temais que por honrarle y porque seais desprendidos ha de faltar para vuestra familia, para vuestro sustento, para atender á vuestros negocios. No puede faltar la promesa del Señor. El os recompensará con usuras, os dará ciento por uno, os concederá bienes espirituales y temporales, os librará de tantas calamidades y desgracias á que estais espuestos. Justo es el Señor, y si sois generosos con él, él lo será tambien con vosotros. Como los apóstoles desprendeos hasta de vuestras vestiduras para disponer un asiento decente al divino Maestro en el dia de su triunfo por las calles de esta ciudad. ¡Quiera el Señor concederos á todos salud para celebrar este dichoso dia por que suspirais! ¡Reciba el Señor vuestras ofrendas, vuestros inciensos y adoraciones en olor de suavidad! ¡El haga por fin, que despues de celebrar su solemnidad y cantar sus alabanzas en este mundo, le bendigamos y alabemos todos en la ciudad eterna y dichosa de su gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA DE CATORCENA.

El motivo de esta festividad debe consolidar nuestra fe y acrecentar nuestra devocion á Jesus sacramentado.

Confitemini Domino et invocate nomen ejus: anuntiate inter gentes opera ejus: cantate ei et psallite ei, narrate omnia mirabilia ejus.

PSAL. 104, V. 1 ET 2.

El Señor ha obrado grandes maravillas en medio de nosotros. Agotó, digámoslo así, los tesoros de su sabiduría y de su omnipotencia vencido de su amor, inventando el medio de quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos en el sacramento adorable de la Eucaristía, y aunque conocia muy bien las injurias, las traiciones, los desprecios, las burlas á que quedaba espuesto y las ingratitudes con que habian de corresponder los hombres á un beneficio tan singu-

lar, no le permitió su grande y escesiva caridad desistir de su deseo, del deseo grande que tuvo toda su vida de dejarnos en prendas de su amor su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad en el santísimo sacramento de la Eucaristía, en que se abate, se anonada y reduce mas que á la forma de siervo, á encubrirse bajo los accidentes de pan y vino para ser nuestra comida y alimentar y nutrir nuestras almas con su propia sustancia.

Su sabiduría infinita ha sabido sacar bienes de los mismos males, y por los mismos ultrajes y desacatos con que le han ofendido los malos cristianos, los judíos y los hereges en el sacramento de su amor, ha confirmado mas y mas la fe de los fieles, ha acreditado su presencia real y verdadera en el adorable sacramento de nuestros altares, y ha obligado á que publiquemos sus maravillas y le ofrezcamos todos nuestros respetos como á nuestro Soberano, nuestro Rey, nuestro Libertador, nuestro Dios.

Esta ciudad abrigó en su seno un cristiano indigno que con la perversidad de Judas cometió el sacrilegio horrendo de vender la sacratísima hostia á un judío pérfido y obstinado, que enemigo mortal de Jesus se presentó con ella en su sinagoga, y se complacia con sus infames compañeros en atormentarla y ultrajarla de mil modos á cual mas atroces y repugnantes. ¿Qué puede el hombre contra Dios? Así lo disponíais, Dios mio, para avivar la fe de esta ciudad, para vuestro mayor honor y gloria, para hacer mayor ostentacion de vuestro poder y hacer ver á todos que sois nuestro Dios aunque esteis humillado y oculto en el sacramento de vuestro amor, y que no hay otro Dios que pueda hacer los prodigios y maravillas que obrais vos.

Desaparecísteis milagrosamente de entre sus manos con pasmo y admiracion de vuestros enemigos y verdugos y su perfidia solo sirvió para publicar vuestro poder, para que los segovianos se consolidasen en la fe, y viendo vuestras maravillas cantasen vuestras alabanzas y se aumentase su amor, su fervor y su devocion.

Segovianos: Confesad al Señor, invocad su nombre, anunciad sus grandes obras á todos los pueblos y naciones. Entonad cánticos en honra y alabanza suya y referid todas las maravillas que ha obrado con vosotros. *Confitemini Domino et invocate nomen ejus: anuntiate inter gentes opera ejus. Cantate ei et psalite ei: narrate omnia mirabilia ejus.* Así lo entendieron nuestros padres luego que instruidos del suceso volvieron en sí del susto, de la pena y el dolor, y afianzándose con esto mas y mas en su fe dispusieron honrar á Jesus Sacramentado y desagraviarle de los ultrajes que recibió en este religioso pueblo de un modo solemne, público y perpetuo, de modo que se borrase el escándalo y se aplacase el Señor y fuese mayor su gloria que lo que habia sido su ignominia, y para ello establecieron esta festividad de Catorcena que despues de tantos siglos y en medio de tantas vicisitudes y trastornos venimos celebrando los segovianos sin interrupcion todos los años.

Entremos en los sentimientos de nuestros piadosos ascendientes y sírvanos tambien el motivo de esta festividad para confirmar y consolidar nuestra fe y para acrecentar nuestra devocion y nuestro amor y culto á Jesus Sacramentado. Estos son los sentimientos religiosos que quisiera inspirar en vuestras almas, y ¡ojalá tuviese la ciencia y la virtud necesaria para llenar mis deseos! Mi pobreza, mi esca-

sez, mi inutilidad, os es bien conocida, Dios mio, pero vos podeis suplirlo todo ayudando con vuestra gracia las felices disposiciones, los santos deseos que abrigan mis oyentes deseosos de trasmitir vuestra fe y vuestro culto hasta las mas distantes generaciones. Favorecednos con ella por la intercesion de vuestra Santísima Madre á quien decimos con el ángel:

Ave María.

Confitemini Domini.....

¿De qué vinieron á servir en último resultado los atentados sacrílegos y los ultrages cometidos contra la Sagrada Hostia cometidos por los judíos en nuestra ciudad? Para manifestar mas y mas la impotencia de los enemigos de Jesus y para que se nos hiciese mas patente el poder de Dios y mas indudable su presencia real y verdadera en el augusto Sacramento de nuestros altares. La heregía se estendia por todas partes; los judíos no eran ya solos los enemigos encarnizados de Jesus, los cristianos tambien vieron hermanos suyos, hijos desnaturalizados de su madre la Iglesia sacudir el yugo de la fe, tener por duras é increibles las palabras del Señor y negar la existencia de Jesus en el sacramento de sus amor. Segovia creia firmemente

todo cuanto creyeron sus mayores, conservaba la fe que recibió de su primer obispo san Geroteo; la voz de la Iglesia, de sus doctores y obispos unidos al pontífice de Roma, era la regla de su doctrina y de sus creencias, y jamás se dejó llevar del viento corrompido de máximas perversas, ni prestó sus oidos á los que intentaron diseminar los errores y robarlos su fe; pero con las maravillas que el Señor obró en la sinagoga, con el prodigio tan público del Señor en la sagrada forma que dió motivo á esta solemnidad se afianzaron y confirmaron mas y mas los habitantes de esta ciudad en la fe y creencia firme de la presencia real y verdadera del cuerpo, sangre, alma y divinidad en ese adorable sacramento. Como los habitantes de Samaria á la samaritana convertida, pueden decir los segovianos á la Iglesia: Hemos creido en Jesus por tus palabras en que nos dabas testimonio. Por las decisiones de tus concilios, por las sentencias de tus doctores, por el testimonio del Pontífice de Roma, centro de la verdad y de la unidad, y oráculo que no puede engañarse ni engañar, porque la ciencia de Dios, el Espíritu Santo es el que le dirige; pero ya tenemos otros motivos que nos harian inescusables, nosotros mismos hemos visto y hemos oido los prodigios que ha obrado en medio de nuestro pueblo, y que nos acreditan su presencia real y verdadera en la adorable Eucaristía. *Quia jam non propter tuam loquelam credimus; ipsi enim audivimus et scimus quia hic est vere salvator mundi* (1).

A la manera que el Señor permitió las dudas y la in-

(1) Ioann., cap. 4, v. 42.

credulidad de su apóstol Tomás para convencerle despues y convencer en él á todos los hombres haciéndole palpar su carne y sus cicatrices, de la verdad de su resurreccion gloriosa, y nos aprovechó mas para la solidez de nuestra fe la incredulidad de Tomás que la docilidad de todos los demás discípulos, como dice el padre san Gregorio, porque dudando y reduciéndose despues á creer palpando con sus manos la verdad curó tadas nuestras dudas y confirmó nuestra fe; así podemos decir, que bien pudo el Señor con su omnipotencia impedir los ultrajes que recibió en nuestra ciudad en la sagrada forma; bien pudo evitar la venta sacrílega y las profanaciones de la sinagoga, pero las permitió y se sujetó á sufrirlas hasta que fue su voluntad para nuestro mayor bien, para que conociesen y se convenciesen plenamente los segovianos de que aunque está abatido y humillado y se deja despreciar y atormentar en el sacramento de su amor, no por eso deja de ser nuestro Dios lleno de poder y de burlarse con su omnipotencia de sus enemigos, dejándolos en el terror y en el espanto con sus admirables maravillas. Quiso el Señor ser vendido y profanado para aparecer mas glorioso, mas resplandeciente, mas visible, y decirnos como su querido Tomás: *Noli esse incredulus, sed fidelis.* No querais ser incrédulos, sed fieles.

Este fue el efecto admirable y benéfico que produjo en los fieles segovianos la horrenda profanacion de la forma consagrada y las maravillas que obró el Señor en la sinagoga, confirmarlos y robustecerlos en la fe, arraigarlos profundamente en la fe de este misterio, y dejar un monumento á la posteridad en estas no interrumpidas solemnida-

des no solo de sus creencias, sino tambien de su fervor, de su devocion, de su amor y gratitud á Jesus sacramentado. Y este es el efecto mismo que debe producir esta festividad consagrada á recordar las maravillas que obró el Señor en medio de sus enemigos y verdugos. Afianzarnos en la fe, recordar y congratularnos con este testimonio que nos haria inescusables y acreedores á mayores penas que los demás, si llegásemos á dudar de la presencia real de Jesus en la sagrada Eucaristía. Debe servir tambien para dar un testimonio público de nuestra misma fe, para desagraviar con nuestros obsequios, nuestras adoraciones y homenages al divino Jesus sacramentado de los ultrages que recibió de mano de los judíos de esta ciudad, para aumentar nuestro fervor, nuestro culto, nuestro respeto y nuestro amor á Jesus sacramentado por lo mismo que él nos amó con particularidad y quiso obrar grandes maravillas en nuestro pueblo en prueba de la predileccion, y formarse un pueblo escogido que le adore en espíritu y en verdad.

Cuando los segovianos supieron el atentado sacrílego cometido con su Dios, lloraban sin consuelo como el antiguo sacerdote Heli al recibir la noticia de la cautividad del arca santa, se cubrieron de luto, se cerraron sus templos, no habia consuelo á su pesar, se concluyeron todas las concurrencias y diversiones, no descansaron hasta conseguir castigar á los culpables y desagraviar á su Dios con sus votos, publicando las maravillas del Señor, cantando sus alabanzas, inflamándose en un celo santo que quisieron perpetuar en sus hijos hasta la última generacion, estableciendo esta fiesta y consagrando al perpetuo culto y servicio de Dios el mismo sitio en que habia sido ultrajado. Vic-

ron y palparon, como el apóstol Tomás, en las maravillas que obró en la sinagoga la realidad y verdad de su presencia en el adorable sacramento y con una fe humilde, pronta, ardiente y perfecta, esclamaron como aquel: *Dominus meus et Deus meus.* Vos Señor, sois nuestro Dios, Dios y Señor á quien reconocemos y adoramos, á quien veneramos por mas que se oculte bajo los accidentes eucarísticos y por mas que la impiedad quiera ultrajar y desconocer. Cantaremos vuestras alabanzas y bendeciremos vuestro santo nombre, publicando en todos los pueblos los prodigios que habeis obrado entre nosotros. Para esto establecieron esta festividad, y su celebracion lleva consigo el producir en todos vosotros estos mismos afectos, en inflamaros en amar á Jesus Sacramentado, el aumentar vuestro fervor y devocion, en deshaceros en cánticos y en alabanzas al Señor.

Vosotros sabeis que Jesus está en vuestros altares, teneis una fe firme y por unos motivos muy especiales, de que el mismo Dios, el que se hizo hombre y murió por nosotros está real y verdaderamente presente en aquella sagrada hostia. ¿Pues qué mas necesitais para aclamarle rendida y fervorosamente por vuestro Señor y vuestro Dios? *Dominus meus et Deus meus.* El Dios de cielos y tierra habita con vosotros, ha obrado grandes maravillas en medio de vosotros, pues que sepan las gentes que teneis un Señor tan poderoso y tan benigno, cantad sus alabanzas, invocad su nombre, anunciad sus obras y prodigios en todos los pueblos y naciones, entonad cánticos en honra y alabanza suya, referid las maravillas que ha obrado, gloriaros de confesarle, adorarle y servirle, dad testimonios públicos de

vuestra fe y de vuestro amor y devocion á ese Señor en quien teneis toda vuestra esperanza y toda vuestra gloria, conducidle en triunfo por las calles y las plazas para que se oculten y avergüencen sus enemigos y se enfervoricen y llenen de un santo júbilo los que le aman. Así lo haceis, y esta festividad de catorcena manifiesta al mundo entero la fe siempre constante y el amor y veneracion de los segovianos á Jesus sacramentado. Manifiesta su desprendimiento generoso, sus ofrendas, sus preciosos donativos, su entusiasmo religioso por honrar y venerar en cuanto los es posible con sus dones y con su espíritu á Jesus sacramentado.

Sí, con el espíritu tambien porque no serán aceptas al Señor vuestras alabanzas ni vuestras ofrendas, si no van acompañadas de un corazon puro, si os reservais ese corazon que quiere el Señor que le entregueis todo entero, si no salen de unos labios sin mancha esos cánticos solemnes que entonais. No perdais el fruto de vuestra fe, y no sea estéril vuestro fervor y devocion; no se contente vuestro entusiasmo religioso con este aparato y magnificencia esterior, porque á Jesus sacramentado no podreis alucinarle con esterioridades y apariencias; unid vuestro espíritu, un espíritu recto, un espíritu que lleno y abrasado en el amor de Dios nada desee sino amar, servir, honrar y adorar á Dios y desagraviarle cantando sus alabanzas y publicando sus maravillas.

Así, celebrad en paz esta catorcena y muchas venideras, legad á vuestros hijos y descendientes vuestra piedad; valeos de esta fiesta para afianzarlos en la fe y acrecentar su fervor y devocion á Jesus sacramentado, celebrad su

triunfo y gloriaos de tener la dicha de honrarle y haga el Señor por su gran misericordia, que despues de alabarle y celebrar su festividad en esta vida, le veamos cara á cara y cantemos sus alabanzas eternamente con los ángeles y santos en el cielo. Amen (*).

F. L. G.

(*) Aunque estos dos sermones últimos sean esclusivos para la poblacion á que estan destinados, hemos creido oportuno insertarlos ya por hacer este obsequio á los segovianos, y ya porque los suscritores á quienes no puedan ser útiles, podrán con facilidad acomodarlos á otros casos y circunstancias análogas que no faltan en varios pueblos.

SERMON

DEL SANTO ANGEL DE LA GUARDA, PREDICADO EN EL DIA DE PASCUA DE RESURRECCION.

Los ángeles de nuestra guarda hacen con cada uno de nosotros lo que el ángel del sepulcro de Jesus con las piadosas mugeres que fueron á visitarle en el dia de su Resurreccion.

> *Viderunt juvenem sedentem in dextris coopertum stola candida et stupuerunt. Qui dicit illis: Nolite expavescere: Jesum quæritis Nazarenum crucifixum: surrexit, non est hic.*
>
> Vieron á un jóven sentado á la diestra cubierto de una estola blanca y se llenaron de pavor; quien las dijo: No temais; buscais á Jesus Nazareno crucificado, ha resucitado, no está aquí.
>
> MARC., CAP. 16, V. 5 ET 6.

La populosa ciudad de Jerusalen llena de espanto, confusion y terror en los dias de su festividad, los centinelas del sepulcro de Jesus crucificado, despavoridos y llenos de consternacion, unas piadosas mugeres que se levantan muy de mañana y se dirigen al sepulcro custodiado con tanta vigilancia y cautela, el sepulcro abierto, un ángel senta-

do en la parte diestra lleno de blancura y resplandor que las dice: No temais. Este es el lugar donde pusieron á Jesus crucificado á quien buscais, pero ha resucitado ya, no está aquí. Ved, hermanos mios, lo que nos dice el Evangelio que acabais de oir. Ved anunciada la resurreccion de nuestro Redentor, la prueba mas auténtica, el testimonio mas irrefragable de la divinidad de nuestra religion, el orígen de nuestra salud, y el motivo mas plausible de nuestra alegría y de nuestra solemnidad.

¿Es solemnidad nuestra, ó es solemnidad de los ángeles, pregunta el padre san Gregorio? Llamémosla, dice el mismo, solemnidad nuestra y solemnidad tambien suya. Nuestra, porque el Señor nos ha reducido á la inmortalidad; suya, porque habiéndonos ya abierto las puertas celestiales, ha aumentado el número de los ciudadanos de la gloria. Nuestra, porque por ella adquirimos un derecho de herencia al reino de Dios; suya porque así se reparan los daños de la patria celestial. Nuestra, porque hoy se han roto las cadenas de nuestra esclavitud, suya, porque pueden ya llevarnos y presentarnos en los cielos

Consideremos atentamente lo que observa hoy el ángel del sepulcro de Jesus con las mugeres piadosas, y hallaremos que el ángel que cada uno tenemos deputado para nuestra custodia observa lo mismo con nosotros, y es cuanto se requiere para intruducirnos en el cielo, que es el fin para el que el Señor nos le ha destinado. Levantó la losa que cubria el sepulcro y las estorbaba llegar á Jesus: *Viderunt lapidem revolutum*. Las mostró el camino para encontrar á su bien, á su Jesus: *Surrexi non est hic*. Y las comunicó y confirmó en una santa paz y alegría: *Nolite espavescere*. Pues esto

mismo practica con nosotros desde que nos toma de su cuenta nuestro Angel Custodio. Nos aparta del mal quitándonos la piedra pesada, la multitud de estorbos que nos impiden llegar á Jesus, nos conduce al bien manifestándonos con sus inspiraciones los caminos rectos y seguros que nos guian á Jesus: y difunde en nosotros una santa alegría, un gozo celestial que nos hace caminar gustosos por las sendas comenzadas hasta llegar á descansar dulcemente en la mansion de los cielos. Esta es la ocupacion, el interés, la mira que tiene sobre nosotros nuestro Angel Custodio.

Así lo vais á ver, porque en este dia que habeis elegido para dar culto y manifestar vuestra gratitud á vuestro Angel Custodio, en este dia de la solemnidad de la resurreccion de nuestro Redentor, primero en que despues del luto de la cuaresma podeis entonar solemnemente las alabanzas del Señor y de sus ángeles y santos, me ha parecido oportuno daros á conocer con tan glorioso ejemplar los servicios, los favores, los beneficios y los premios de que somos deudores á este protector generoso, confiando en los auxilios de aquel Dios que sale hoy del sepulcro para confirmarnos una ley de gracia, y en la intercesion de la Reina de los ángeles llena tambien de gracia como la saludó, y nosotros la decimos con el ángel:

Ave María.

Viderunt juvenem...

Aunque el hombre nació todo para su Dios, parece que en nada piensa menos que en su Dios. Al paso que el principal, la primera y mas esencial obligacion del hombre es buscar á su Dios, procurar estar unido á su Dios, ofrecerle sus obsequios, entregarle su corazon y venerar su Providencia, por un efecto de su naturaleza corrompida se obstina en apartarse de su Dios, en huir de él como si fuera un enemigo suyo, en negarle con la mas insolente rebeldía el amor y los obsequios que por tantos títulos le debe. Aquel espíritu de locura é insensatez con que los escribas y fariseos se empeñaron en negar y desconocer á Jesus, aquella temeridad con que se obstinaron en no querer reconocer y confesar la verdad de su gloriosa resurreccion en medio de las pruebas y testimonios mas convincentes ¿no es una semejanza de nuestra reprobable conducta con este Padre amoroso, que nos llama y no le oimos, que nos busca y levantamos un muro de division y unas piedras pesadas que nos separen de él y hagan que no nos encuentre?

¡Religion santa! ¡Obra de aquel Dios de paz y de misericordias! ¡De aquel Dios amoroso que se ocupó en su vida y en su muerte preciosa en regar con sus lágrimas y su sangre á la ingrata Jerusalen! ¡Religion santa, obra de aquel Dios tan amante de los hombres y que tanto siente sus desvíos, perdona si en el dia de tu exaltacion y tu triunfo perturbo con mis quejas y lamentos tu regocijo; per-

dona si recuerdo la ingratitud de tantos hijos desleales que se atreven insolentemente á desconocer y negar á Jesus, de tantos que abandonan y desprecian la fe, y corren frenéticos con la fiebre de sus pasiones por los caminos anchurosos y torcidos que los abre, y con que los convida una filosofía impía, y queriendo descorrer el velo misterioso que oculta vuestros misterios, caen y perecen miserablemente. Y ¿qué espíritu domina á estos seres al querer penetrar é investigar las verdades santas que hasta ahora hemos mirado con un religioso respeto? Si un hombre de costumbres inocentes, de un corazon recto, de un ánimo dócil inquiriese la verdad desnudo de preocupaciones, de orgullo, sin otro interés que el de hallarla, si un hombre que pidiese y solicitase con su Dios las luces de que se hallaba falto, no creyere, nos admirarfamos estraordinariamente, porque la religion que profesamos nos da prendas y seguridad de que habia de creer; porque aunque la fe es un don celestial que Dios no debe á ninguno, sin embargo, parece imposible que no le conceda á los que le desean y le piden de veras. Pero si vemos á unos hombres esclavos de la vanidad y de la soberbia, cuya ciencia, lejos de ser pacífica y caritativa como encarga el apóstol, es hinchada, altanera, llena de sofisterías y disputas eternas; si vemos á unos hombres enemigos de toda autoridad y sujecion, idólatras de su propio dictámen, que disputan, que sutilizan, que se burlan tambien, que temen ver la luz y se obstinan contra lo mismo que estan viendo; si vemos á unos hombres entregados á los pasatiempos, al juego, á la ambicion y codicia, á la destemplanza y la sensualidad, á unos hombres viciosos y tal vez sujetos á esos vicios inmundos que tan-

ta injuria hacen al pudor y á la modestia, á unos hombres que con un entendimiento indómito juntan un corazon corrompido. ¿Qué deberemos decir de semejantes hombres gobernándonos por los principios de nuestra religion, sino que sin un milagro estraordinario de la gracia no creerán ni se llegarán jamás á su Dios? ¿Por qué? porque sus desordenadas pasiones son otras tantas lápidas pesadas, que le estorban ver la luz, porque él mismo se fabrica y prepara sus tinieblas y su ceguedad, porque él mismo emprende un camino enteramente opuesto al que conduce á Jesus y que no halla otro término que el precipicio. ¿Quereis vosotros llegar á Jesus por la fe? Pues quitad esa piedra, dejad ese trato deshonesto, quemad ese libro lleno de máximas detestables, apartaos de esos pasatiempos, renunciad á esas profanidades, huid de esas fiestas nocivas, evitad esas ocasiones y entonces podrán penetrar en vuestras almas las luces de la fe que os harán conocer, respetar y buscar con ansia á Jesus; descuidaos de esos afectos depravados y entonces podreis descubrir la hermosura de la verdad. ¿Y quién quitará de encima de vosotros estas piedras tan pesadas, estas costumbres tan envejecidas? ¿*Quis revolvet nobis lapidem ab ostio monumenti*?

Esta es la obra de nuestro Angel Custodio, de este fiel é inseparable amigo que á pesar del hediondo olor de muerte que exhala el pecador, no le abandona sino que le acompaña, le ayuda, trabaja con él y sin él para destruir la piedra de sus vicios. Al avariento le inspira horror á las riquezas, al lascivo le envenena los placeres voluptuosos, al indómito y soberbio le persuade la humildad, al incrédulo y obstinado le atrae á la verdad con repetidas inspiraciones,

da fortaleza al pobre, resignacion al enfermo, paciencia al atribulado... ¡Pecador que corres sin freno á sumergirte entre el lodo de todo género de vicios! Aquella muerte repentina que viste, aquel contratiempo y disgusto que esperimentaste, aquella perfidia de tu amigo que te vendió y derribó de tu destino, aquella enfermedad que te contuvo y te hizo volver la consideracion hácia tí mismo, ¿qué ha sido todo sino los poderosos y continuos esfuerzos de tu ángel para quitar la piedra de ese sepulcro en que tienes enterrada sin que reciba la luz tu pobre alma? En medio de nuestros desórdenes, en los momento mismos en que estamos cometiendo algun crímen ¿no oimos en nuestra conciencia una voz de terror que nos acusa y confunde, una voz justiciera que nos amenaza con un severo castigo? ¿No oimos tambien que nos alienta, nos consuela, que nos persuade y nos anima á dejar y detestar el crímen, á mudar de costumbres, á emprender nueva vida, á hacer una fructuosa confesion, á llorar nuestras culpas, y á hacer una verdadera penitencia? ¿No oimos en el fondo de nuestra alma una voz consoladora, que nos convida con el perdon, que nos endulza los trabajos, que nos hace apetecible la virtud, y no esperimentamos cuando nos resolvemos á hacer algun bien una dulzura, un placer, una satisfaccion y gozo interior mucho mas que el que sentíamos cuando nos entregábamos á la satisfaccion de nuestras pasiones? ¿qué es todo esto sino medios de que se vale nuestro ángel para quitarnos tantas piedras pesadas que nos estorban el llegar á Jesus?

Como á las mugeres piadosas de quienes nos habla el Evangelio de este dia nos manifiesta tambien los caminos

rectos y seguros para encontrar á Jesus. La ley divina es este camino verdadero, y el cumplimiento y observancia de los preceptos de Dios es, segun la sentencia del Evangelio, el medio seguro de conseguir la union con Jesucristo y de reinar con Jesucristo: *Si vis ad vitam ingredi serva mandata.* Pues por este camino dirige nuestros pasos nuestro Angel Custodio. Luego que logra apartarnos del mal, nada deja por hacer, no descansa hasta lograr de nosotros que obremos el bien. Nos inspira amor á nuestro Dios, gusto á la oracion y á la humildad, sentimientos de paz con nuestros enemigos, de misericordia y compasion con los necesitados, de caridad con los enfermos y afligidos, dirige con prudencia nuestras penitencias y austeridades, y con sus ruegos y súplicas nos consigue del Señor los auxilios para continuar á la virtud, las fuerzas para sostenernos y pelear contra tantos enemigos... Basta que uno se aparte del mundo y emprenda la senda de la virtud, que se declare por Jesus y comience á ser siervo suyo procurando observar su ley para que el demonio, la carne, el mundo todo se declare contra él, como se declaró la sinagoga contra los apóstoles; basta que uno se aparte del camino de la disolucion, que no siga los estravíos de la muchedumbre, que llore en el silencio de su retiro los delitos de su pueblo; basta no ser mundo para que el mundo le aborrezca, le vilipendie, le mofe, le tenga por necio é insensato, para que la carne se le rebele y contradiga con todas sus fuerzas; para que el demonio le tiente con todas sus astucias... pero el ángel del Señor le defiende, le libra en todos sus caminos, le coge en sus manos en los mayores precipicios para conducirle sin que tropiecen sus pies en los derrum-

baderos, y para que siga sin declinar á la diestra ni la siniestra por el camino que le conduce á Jesus crucificado.

Si el demonio le pone delante su miseria, si le convida con una abundancia que nada mas exige que sacrificar la conciencia, si le escita á la soberbia y vanagloria, el ángel le dice como á las mugeres piadosas: No está aquí Jesus, no es este el camino que te ha de conducir á Jesus. Si le mortifica y atormenta, si le apesadumbra y entristece, si con su sagacidad infernal intenta conducirle á la desesperacion, el ángel de su guarda le dice: No está aquí Jesus. No es este el camino que conduce á Jesus. Si la carne le atormenta con sus estímulos, con la avaricia, con la destemplanza, con la lascivia y con el desenfreno de las pasiones y apetitos, el ángel de su guarda le dice: No está aquí Jesus. No es este el camino para hallar á Jesus. Si el mundo le convida con sus diversiones y desenvolturas, con sus falaces encantos y atractivos, con sus juegos y pasatiempos, con sus murmuraciones y locuras: si le atormenta con desprecios, con persecuciones y calumnias, si se rie de sus males, si le envidia sus bienes, si sus limosnas las gradúa y tiene por miras interesadas, sus devociones por hipocresía, su humildad por desprecio de sus prójimos, su retiro por falta de humanidad y de prudencia, el ángel de su guarda le dice que nada tema, porque en esa insensatez de los mundanos no se halla Jesus. Si apartándose de la ley santa se espone á las tentaciones y peligros, busca sus placeres, sus gustos, sus desahogos; no está aquí Jesus, le dice este infatigable y vigilante centinela, no es este el camino para llegar á Jesus. Si hallais con tanta frecuencia entre los héroes de nuestra religion hom-

bres que se burlaron del poder del infierno, que despreciaron los halagos del mundo, que mortificaron de un modo que llena de asombro sus pasiones y sus carnes; sabed que el ángel de su guarda los condujo por unos caminos tan sólidos y seguros comunicándolos fuerza contra unos enemigos tan poderosos, y dirigiéndolos con sus inspiraciones en esas virtudes que admirais.

Si nosotros hemos triunfado alguna vez de nuestros enemigos, si los hemos despreciado y hemos abandonado las sendas torcidas y practicado alguna virtud, ¿quién nos ha inspirado y conducido sino el ángel de nuestra guarda que á todas horas, en toda edad, en todas partes, nos está manifestando el camino que nos conduce á Jesus? Y difunde tambien en nuestros corazones una santa alegría, una paz y sosiego sobrenatural y divino.

Nolite espavescere; no querais temer. Apodérese en buena hora el temor de los que viven entregados á los deleites carnales; teman y no encuentren paz los que viven oprimidos de los deseos de la tierra, desespérense los que miran cerradas para ellos las puertas del cielo; pero el hombre que ha oido la voz de su Angel Custodio, que ha seguido los caminos que le ha marcado, que espera acompañarle en su gloria, que tiene todas sus miras puestas en Jesus, ¿qué podrá asustarle en este mundo? En sus trabajos y aflicciones, en sus infortunios y adversidades si atiende á la voz consoladora de su ángel que le manifiesta y convida con un premio infinitamente grande, todo lo despreciará y reputará por estiércol; nada alterará su reposo y la alegría de su corazon.

A pesar de la fortaleza de los guardas del sepulcro de

Jesus, del poder de los fariseos, de la autoridad de los pontífices y de la potestad de la sinagoga, todos tiemblan y se confunden, todos huyen y se estremecen con un horroroso pavor, y solo á unas tímidas y débiles mugeres que no tienen ánimo ni valor para levantar una losa las comunica el ángel el valor, la paz y la alegría. ¿Por qué así? Porque aquellos maltratan y persiguen á Jesus y estas le buscan, porque abandonan todos sus cuidados, y se dirijen al sepulcro desde la madrugada del dia, porque se preparan de ungüentos y aromas para honrar á su sacratísimo cuerpo. ¿Queremos la paz y alegría de nuestras almas? Nuestro ángel nos la dará, pero ha de ser á condicion de que nos entreguemos á su direccion y cuidado, de que despreciemos todo lo que es mundano por buscar á Jesus, de que le busquemos cuanto antes y no lo dilatemos de dia en dia, ya que no lo hayamos hecho desde la madrugada de nuestra vida, de que nos preparemos con los aromas y buenos olores de todas las virtudes. De otro modo, ni podremos tener, ni nuestro ángel podrá darnos la paz.

¡Qué miseria y horror para el hombre que como los júdíos se obstina en su ceguedad y se endurece en sus vicios! ¡Para el hombre que vive olvidado de su Dios y entregado á sus desvaríos! ¡Para aquel que confia en su valor, en su autoridad, en sus conocimientos, y desprecia la voz de su ángel que le instruye, le aconseja y le dirige! ¡Qué horror para el pecador que ve pasar su vida en un olvido de Dios, que no madruga ni se levanta jamás á empezar una vida espiritual, que no trata de proveerse de los aromas de las virtudes, que no...:

Hermanos mios: Hoy se nos convida con la paz, hoy

se nos abren y franquean las puertas de las mansiones de la paz, y se nos comunica y establece desde el sepulcro de Jesus resucitado una religion de paz. Quitemos sobre nosotros esas losas pesadas que nos impiden conseguirlas, resolvámonos á seguir los caminos que nos manifiesta nuestro ángel, despertemos del sueño mortal que nos ha tenido ciegos para ver y sordos para oir, levantémonos desde ahora y oigamos su voz; si hemos sido rebeldes, obstinados, incrédulos, desobedientes y pecadores: *Nolite expavescere*, nos dice todavía nuestro angel. No temais, que teneis afianzada una religion que convida con la paz á los arrepentidos y contritos, á los que la buscan y la quieren de buena voluntad. Yo la quiero, ángel mio, yo la quiero á toda costa y la quieren como única recompensa estos fieles devotos que agradecidos á tus cuidados te tributan estos obsequios y te rinden sus adoraciones; bendecid sus deseos, aumentad su piedad, libertadlos del mal, dadlos y dadnos la santa paz por que todos suspiramos. Apresuraos, ángel mio, y en aquellas concurrencias en que nos vísteis con dolor disputar lo que no entendemos, negar y dudar de lo que como misterio sagrado debimos respetar, apresuraos, digo, y decid con un santo estusiasmo. *Non est hic*. Ya mis devotos se han levantado del cieno de su ceguedad, ya no corresponden á nuestras corrompidas reuniones; apresuraos y á aquellos amigos y compañeros de nuestros delitos, á aquellos cómplices de nuestros pecados vergonzosos, á aquellas casas de juegos y reunion en donde tanto perdimos, á aquellos que nos ayudaron á murmurar y á infamar á nuestro prójimo, á todos hacedlos saber, que nos hemos arrepentido, que hemos dejado el vicio, desamparado el desórden y que ya

solo anhelamos y suspiramos por Jesus. Alcanzadnos del Señor los auxilios necesarios, las gracias eficaces para llevar adelante estos propósitos: no nos desampareis, y como á un niño que no alcanza á coger la fruta con sus manos le inclinamos las ramas para que llegue, así con vuestra intercesion inclinad la divina misericordia para que alcancemos á coger el fruto de la gloria con Jesus resucitado. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE ROGATIVA CON MOTIVO DEL PREÑADO DE ALGUNA REINA.

Es muy conveniente y muy propio de cristianos acudir á Dios y pedirle sus auxilos en favor de los Reyes, bajo cuya potestad viven.

Quærite pacem civitatis ad quam transmigrare vos fecit; et orate pro ea ad Dominum, quia in pace illius erit pax vobis.
JEREM., CAP. 29, V. 7.

El *Señor, Dios de los ejércitos dice que vivais y procureis la paz de la ciudad á que ha sido su voluntad que trasmigreis, y que pidais á Dios porella en vuestras oraciones.* Así lo decia al pueblo hebreo el profeta Jeremías, sin embargo de que los judíos estaban entonces reducidos á la cautividad y bajo el dominio de Nabucodonosor, de un emperador que los habia destruido la ciudad santa, derribado su templo, robado los tesoros sagrados, quitado sus bienes y su liber-

tad, y que sobre todo esto los perseguia con pena de muerte, porque no adoraban sus estátuas; y él mismo da la razon para ello, y es: *porque en la paz de la ciudad estará tambien la vuestra: Quia in pacem illius erit pax vobis.* Esta misma ha sido desde su orígen la doctrina del Evangelio; la que el mismo Jesucristo enseñó; la que san Pablo escribia y encargaba á su discípulo Timoteo diciéndole y rogándole que enseñase á todos los fieles á orar públicamente por los reyes y emperadores, no obstante que eran tan corrompidos y tan enemigos y perseguidores de los cristianos; la práctica con que se escudaba Tertuliano contra las calumnias de los enemigos de los fieles y las sospechas de infidelidad contra los cristianos, haciendo ver que entre ellos se guardaba la costumbre de orar en público y en secreto por la salud y felicidad de los Césares, la doctrina que constantemente han enseñado en todos los siglos los santos padres y doctores de la Iglesia, y lo que esta practica todos los dias.

Si pues así ha obrado y obra la Iglesia aun con los príncipes y reyes infieles, y ha querido que sus hijos, no solamente en las oraciones públicas, sino tambien en las suyas particulares oren por ellos y los encomienden al Señor en sus oraciones ¿cuánto mas de su agrado será el que oren y pidan por la salud y prosperidad de unos reyes cristianos, hijos de la misma Iglesia; por unos reyes no ya enemigos y perseguidores declarados de los cristianos y del culto de Jesucristo, sino sus principales protectores, defensores y propagadores de su fe? Y si esta obligacion incumbe en todos tiempos: ¿cuánto mas urgente debe ser en los momentos de algun conflicto, de alguna necesidad estraor-

dinaria, de algun suceso trascendental en el que puede interesarse el bien general, la paz de la nacion y con ella la tranquilidad de las familias y la práctica pacífica tambien de las virtudes cristianas? ¿Cuánto mas urgente será orar y recurrir al Señor en favor de nuestros católicos reyes, en los momentos en que nos hallamos, y en que habiéndose publicado el estado interesante en que se halla nuestra soberana reina, necesita unos auxilios y de una asistencia especial? Este es el motivo que hoy nos reune en este santo templo, y con este motivo se entonan solemnemente los cánticos sagrados, y se ofrece el sacrificio de infinito valor sobre ese altar, para impetrar los divinos auxilios en favor de nuestra reina, siguiendo la práctica piadosa de nuestra madre la Iglesia, y lo que en casos semejantes hicieron nuestros antecesores. Y en confirmacion de esta religiosa costumbre y sagrado deber diré solamente: Que es muy conveniente y muy propio de los cristianos acudir á Dios y pedirle sus auxilios en favor de sus reyes y mucho mas cuando en ello se interesa el bien general y la paz de la nacion como en el caso presente.

Poco he menester para persuadir á los católicos españoles un deber á que son naturalmente inclinados y en cuyo cumplimiento esceden con entusiasmo á lo que pudiéramos exigir, como lo acredita la pompa y ostentacion de estos cultos y la concurrencia de un pueblo inmenso en que confundiéndose las clases y categorías se oye solo la voz del cristiano que se apresura y esperaba con ansia el momento de manifestar su amor á sus reyes y de venir al templo á implorar para ellos los auxilios y socorros del que es Señor de los señores y Rey de todos los reyes. ¡Quiera

el Señor que yo acierte á grabar en todos, estos sentimientos de lealtad, de adhesion y de piedad cristiana, y que el Dios de las misericordias se digne dar un despacho feliz á nuestras súplicas, y concedernos lo que hoy le pedimos, un feliz alumbramiento de nuestra reina. Interceded Vos, reina y Señora Nuestra, Patrona y Protectora de esta nacion escogida y predilecta, de esta nacion que os es tan devota y para ello os saludamos con el ángel:

Ave María.

Quærite pacem....

Desde luego podemos pedir absolutamente y sin condicion alguna al Señor aquellas cosas que se ordenan al servicio de Dios y al logro de la eterna bienaventuranza, por que esto es lo que Dios quiere de nosotros, el fin á que nos destinó, y lo que debemos procurar por todos los medios. El anteponer los deseos y las súplicas demandando á nuestro Dios los bienes temporales antes y con mas instancia y fervor que los eternos, es invertir el órden que nos dejó establecido Jesucristo en la oracion del Padre nuestro, es no saber vivir, es pedir, pero sin pedir en el nombre de Jesucristo, y es orar en vano, porque no seremos oidos si pedimos lo que deseamos y buscamos segun nuestros afectos y deseos, y no segun la santísima y siempre justa y

conveniente voluntad de Dios. Hagamos aquí tres tabernáculos, decia san Pedro á Jesus en el monte Tabor viendo los resplandores de su gloriosa transfiguracion, y sin embargo aunque Jesucristo le amaba, no le oyó porque no sabia lo que pedia, porque se interesaba por su propia comodidad y provecho. Cuando ores, nos dice por esto san Ambrosio, pide á Dios cosas grandes, es decir; las que son eternas, y no las caducas y perecederas, las que son divinas y celestiales. No te abatas á pedir el dinero, porque es estiércol, el oro, porque no es otra cosa que un metal frio, las posesiones, porque al fin son un pedazo de tierra y nada mas. Semejantes oraciones no las oye el Señor, no llegan á su presencia, ni las tiene por dignas de corresponderlas con sus beneficios. Oye solamente las oraciones piadosas llenas de devocion en que se le pide su gracia. En tu oracion, nos dice san Juan Damasceno, no pidas las riquezas, ni la abundancia, ni la salud corporal, ni la venganza y victoria contra tus enemigos; pide aquellas cosas que pueden servirte de ayuda para conseguir la salud de tu alma. Muchos hay, dice san Agustin, que claman al Señor por adquirir riquezas, por evitar los daños que los amenazan, por su salud corporal y la de los suyos, por la estabilidad de su casa, por su felicidad temporal, por conseguir dignidades terrenas y por otras cosas semejantes; y apenas hay uno que ore á Dios por el mismo Dios y por su gloria. Por eso claman y no hay quien los salve ni quien los oiga, porque no invocan á Dios: *Dominum non invocaverunt*, porque aunque le invocan, no le invocan para que reine y habite en sus corazones, sino que invocan lo que aman, lo que quieren que venga á ellos, y hacen á Dios cómplice, y quieren que

sea cooperador de sus viles deseos y concupiscencias. No quiere, pues, el Señor y Dios de las eternidades que pidamos cosa alguna vil y despreciable, nada terreno y temporal, y hará una injuria gravísima á su magnificencia, el que omitiendo las peticiones de las cosas eternas, quiere y pide con preferencia lo que es transitorio y caduco, y con semejante oracion ofende mas bien á su Magestad, lejos de ser oido y atraerse su propiciacion. Sin embargo podemos, y es del agrado de Dios que despues de pedirle la gloria y exaltacion de su nombre, que nos conceda su reino, que todos cumplan y se sometan á su divina voluntad, y nos dé su gracia necesaria para alabarle y llegar despues á gozarle en la gloria, le pidamos tambien los bienes temporales, no poniendo en ellos nuestra ansia y nuestro fin último, sino solamente en cuanto nos son necesarios y conducen para que logremos los bienes eternos, y en este sentido, no solamente podemos pedir, sino que es muy conveniente y propio de los verdaderos cristianos pedir á Dios sus auxilios para sus reyes, para aquellos que velan y miran por ellos y estan encargados por Dios de su defensa y custodia.

La razon es porque esta es la voluntad de Dios que así nos lo manda, y la Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, nos lo enseña; porque con el bien y prosperidad de nuestros reyes se afianza la paz que tanto contribuye al engrandecimiento de nuestra religion, y se logra que, libres de los peligros de los enemigos, y á salvo de las perturbaciones y movimientos violentos, sirvamos mas exacta y cumplidamente á Dios, que es el fin para que fuimos criados, porque los reyes son representantes de Dios en la

tierra, y honrándolos y pidiendo á Dios por ellos, hacemos un obsequio que refluye en el mismo Dios cuya autoridad ejercen; porque pidiendo al Señor por el feliz alumbramiento de nuestra católica Reina, pedimos que esta nacion que vive en la fe pura y santa se conserve en ella y no venga á ser presa de los enemigos de nuestra divina religion, que se aleje el furor de la guerra en que se ensangrientan las pasiones, se levanta el padre contra el hijo, y el hermano contra el hermano, se abandona el culto del Señor, se profanan sus templos, se dejan de celebrar sus fiestas, y se relajan miserablemente las costumbres. Pidiendo por el bien y prosperidad de nuestros reyes, pedimos por el bien de toda nuestra nacion, que al abrigo de un gobierno pacífico y paternal, prospera en todo género de bienes, y el bien de una nacion, ni aun el de una sola alma, hermanos mios, no es indiferente para Dios; pedimos, pidiendo el feliz alumbramiento de nuestra augusta soberana, herederos de la religiosidad y las virtudes de nuestros beneméritos monarcas, de su prudencia y justicia en el régimen de sus pueblos, dignos sucesores de los Fernandos é Isabeles, que llenos del celo de la honra de su Dios, conserven su religion en nuestra patria, y la lleven, planten y hagan respetar de las bárbaras naciones: pedimos la paz de esta patria que nos vió nacer, y con ella pedimos tambien la nuestra: *In pace illius erit pax vobis*, y esta paz es un don del cielo que quiere el Señor que le pidamos mas que los intereses y bienes terrenos, porque á la paz esterior puede acompañar la paz interior de nuestras almas.

Justo es, pues, y muy conveniente que, secundando

los deseos de nuestros augustos y católicos reyes, de los ministros encargados del gobierno de nuestra nacion, de los deseos de nuestros prelados y de todas nuestras autoridades, recurramos públicamente al Señor pidiendo por nuestra augusta reina, y que el Señor de quien emana todo don y toda gracia, la conceda un feliz alumbramiento, si como confiamos, ha de ser para mayor gloria de Dios y bien espiritual y temporal de estos dilatados dominios.

¿Y á quién hemos de acudir, qué favor hemos de implorar, qué medios debemos adoptar en esta presente necesidad, sino los medios mas eficaces y poderosos para todas las necesidades, á implorar por medio de la oracion los auxilios del Todopoderoso? A la oracion, que triunfa de los enemigos y abre las puertas del cielo. Con la oracion triunfó Moisés de los amalecitas; con la oracion y esperando en el auxilio de Dios triunfaron los macabeos del ejército numeroso y formidable de Antíoco; con la oracion libró Judit á Betulia, su pueblo, de los estragos con que la amenazaba Holofernes; Elías y Eliseo con sus oraciones alcanzaron de Dios beneficios sobre su patria; los tres niños del horno de Babilonia oraron y salieron ilesos del fuego devorador. Hoy nos dice nuestra católica y amada reina en las interesantes circunstancias en que se halla, lo que en otro tiempo decia la religiosa princesa Esther á Mardocheo: *Vade et congrega omnes judeos quos in Susan repereris, et orate pro me* (1). Reunid en el templo del Dios de las misericordias á los españoles todos, y que pidan por mí. To-

(1) Cap. 4, v. 15.

do su consuelo, sus esperanzas, el éxito feliz de su alumbramiento le cifra en las oraciones de sus queridos españoles. Oremos por ella, y yo añado para interesaros mas, que con su bien nos proporcionamos tambien el nuestro. *In pace illius erit pax vobis.*

Dignaos, Señor, atender á las súplicas de esta católica nacion, que con toda la efusion y sinceridad de que son capaces sus habitantes, os piden por su reina y esperan la favorezcais con una especial asistencia: oid las súplicas de tantos santos españoles á quienes interesamos en nuestra demanda, la de María Santísima que tanto se complace en proteger á esta nacion que se gloría de ser la primera á honrarla y venerarla; y aceptad el sacrificio que os ofrecemos de vuestra divino Hijo, prenda á que nada podeis negar.

Ceda todo para bien y gloria vuestra y provecho de nuestras almas, y alabándoos y sirviéndoos en paz en esta vida, dadnos que os gocemos todos con un gozo imperturbable en la eterna. Amen.

F. L. G.

SERMON

EN HONOR DE SAN PEDRO APOSTOL, PATRONO DE LA SOCIEDAD DE SOCORROS MUTUOS DEL CLERO, PREDICADO EN SEGOVIA POR DON FELIX LAZARO GARCIA EN ESTE AÑO DE 1850.

La caridad ha creado á la Sociedad de socorros mutuos del clero; y la misma caridad es la que la debe conservar y dar el mas completo incremento y perfeccion.

Deus charitas est.
Dios es la misma caridad.
1.ª JOANN., c. 4., v. 8.

La mayor de todas las gracias, la mas incomparable de todas las virtudes es la caridad. Es preferible al martirio y á la fe grande con que se traspasan los montes. Sin la caridad ni vale algo el martirio, ni se posee virtud alguna. La caridad nos da la libertad verdadera, espele de nosotros todo género de temor, nos da ánimo para las mayores em

presas. El que tiene caridad y obra por caridad, ni siente los trabajos, ni busca premios y recompensas, ni alega méritos, y sin embargo trabaja, se esfuerza y adelanta mas que todos. Por la caridad el hombre está en Dios y Dios está en el hombre, porque ¿qué cosa hay tan de Dios como la caridad? Dios es la misma caridad, segun el testimonio del discípulo amado: *Deus charitas est.*

Segun esto, el que tiene la caridad posee al mismo Dios, y ved ya, mis venerables hermanos, formado el mas completo elogio de nuestro glorioso patrono el bienaventurado apóstol san Pedro, á quien hoy ofrecemos estos cultos y estas pruebas de nuestra veneracion y gratitud. Tuvo la caridad, tuvo al mismo Dios, y de ser así, alegó por testigo al mismo Hijo de Dios hecho hombre, que registraba los secretos de su corazon: *Domine tu omnia nosti: tu scis quia amo te.* Tú, Señor, sabes bien que yo te amo (1). Con este amor, y abrasado en el fuego de esta caridad, dió testimonio de Jesucristo y echó en su cara á los mismos que le habian crucificado el sacrilegio enorme y horroroso, el haber dado muerte al Mesías prometido despues de haberle pospuesto á un malvado y homicida. Con este amor lo despreció todo, sufrió los mayores trabajos y contradicciones, se espuso á los mayores peligros, recorrió tantos pueblos, convirtió á la fe á tantas naciones idólatras, plantó la fe de Jesus crucificado en la misma Roma, y selló con su sangre la doctrina que con un celo infatigable habia anunciado. Amó á su Dios, tuvo la caridad, y

(1) Joan., c. 21, v. 17.

con esta caridad todo lo emprendió, todo lo sostuvo, todo lo sufrió, porque la caridad todo lo puede, todo lo vence, triunfa de todo, porque ella es el mismo Dios, y el que tiene la caridad tiene al mismo Dios, y nada mas grande podemos decir de él: *Tu scis quia amo te.*

Propio es de nuestra Sociedad general de socorros mutuos del clero publicar esta gloria de su patrono, bajo cuya proteccion está fundada, y á la vez que celebra la grande caridad y amor de san Pedro arraigarse y consolidarse mas y mas en esta caridad divina. Esta caridad es Dios, y como Dios, lo puede tambien todo y todo lo vence. Todo lo vence la caridad. Ved, mis venerables hermanos, una verdad eterna que me congratulo en recordaros desde este sitio con toda la emocion de mi corazon: verdad de que damos hoy un testimonio público con nuestra Sociedad. Verdad que es la espresion de nuestros corazones y de lo que hemos esperimentado. Lejos de mí en este dia, y al sentir el placer inesplicable de verme de nuevo entre mis condiscípulos, mis amigos, mis compañeros en el sacerdocio, y entre los que tanto han coadyuvado para plantear en toda nuestra España la Sociedad de socorros mutuos del clero, lejos de mí la idea de presentarme con un discurso brillante, obra estudiada del entendimiento y en que pudiera tal vez tener mas parte el arte que la razon y la sinceridad. Ni quiero, ni puedo hacer otra cosa que dejar hablar á mi corazon y que desahogue su placer entre los que se hallan unidos por la caridad; y conforme á los sentimientos que abrigo á la vez que publico que todo lo vence la caridad, porque ella es Dios, á la vez que honramos y publicamos los méritos de nuestro santo patrono porque

tuvo esta caridad, diré para nuestro consuelo y para que continuemos en los buenos propósitos que hemos formado, y en la union santa á que nos hemos reunido: *Que la caridad es la que ha creado á la Sociedad general de socorros mutuos del clero, y que la misma caridad es la que debe conservarla y darla el mas completo incremento y perfeccion.*

En vano hablaremos de la caridad si no tenemos caridad. No puede recibir un pecho helado los elogios que estan llenos de fuego, y como al que no entiende el griego ó el latin se le habla en vano cuando se le habla en estos idiomas, así, dice el padre san Bernardo, será bárbaro, imperceptible y desconocido el lenguaje de la caridad para el que no conoce ni tiene la caridad.

Empecemos por pedirla al Señor como el mayor don y gracia que podemos desear; recurramos á la poderosa mediacion de su Santísima Madre á quien saludaremos con el ángel.

Ave María.

Deus charitas est.

Se dejó oir la voz de la caridad, se dió la señal de la caridad que intentaba reunir bajo la proteccion del apóstol, que por su caridad mereció ser el pastor universal y apacentar las ovejas y los corderos del rebaño de Jesucristo,

y los ungidos del Señor abatidos y dispersos en nuestra patria, sin patria en el mismo suelo que los vió nacer, reducidos á la miseria y la indigencia, que gemian en los destierros, en las cárceles, y el que mas benignamente era tratado yacia en el olvido y la pobreza, los huesos áridos y secos oyeron la voz del Señor y cobraron nuevo espíritu. se reanimaron y tomaron una nueva vida. Se estendió por nuestra patria la noticia de que se deseaba instalar una Sociedad general de socorros mutuos del clero, bajo la proteccion del príncipe de los apóstoles en el año de 1846, y á este pensamiento caritativo se reunieron bien pronto un crecido número de sacerdotes. Esta es la ocasion de hacer saber que fueron de los primeros muchos de los señores párrocos del obispado de Segovia que ahora me escuchan, y estendieron con celo y entusiasmo este cristiano proyecto cuanto los fue posible, y aun cooperaron con sus luces, sus advertencias y sus prudentes remitidos á la formacion de los Estatutos. Estos primeros resultados no podian menos de prometer las mas lisonjeras esperanzas y dar aliento á continuar en la obra comenzada. Formados los Estatutos conformes en lo posible á los votos y observaciones que se recibian de todas partes, se presentaron al exámen y aprobacion y sancion real; y el Señor que tiene en sus manos los corazones de los reyes y los mueve é inclina donde quiere, dispuso, no solo que las autoridades eclesiásticas los aprobasen, y que nuestra soberana reina doña Isabel II los diese su sancion, sino que todo se hiciese con una prontitud admirable, que el gobierno mismo de S. M. acogiese el proyecto con entusiasmo y fuese el primero á recomendarle y protegerle, que en la real cédula

se concediese aun mas de lo que se pedia; y contra las esperanzas de los que miraron con poca fe el proyecto de la Sociedad, y lo que valian y podia esperarse del ningun valimiento humano de los que se interesaron en él, se vió con júbilo general en 1847 aprobada nuestra Sociedad y publicados sus Estatutos, que eran deseados y buscados con ansia.

Bien pronto se formaron comisiones en Gandia, cuyo celoso clero se anticipó al de la misma corte impaciente por ver planteado lo que deseaba desde que tuvo noticia del proyecto. En Madrid, en Zaragoza, en Orense, en Burgos, en Segovia, Leon, Avila, Valencia, Pamplona y en todas las capitales y pueblos principales del reino. ¿Y cómo no habia de ser así? El anciano sacerdote sin albergue ni morada fija desde que el huracan de la revolucion en los infaustos dias de su mayor violencia le arrancó del claustro en que se consagró á servir á su Dios en la vida monástica, tanto mas útil y recomendable cuanto mas odiada y perseguida por la impiedad, el ministro del Señor sin amparo, harto de oprobios, lleno de hambre y sin tener á quién volver los ojos en los dias de su afliccion, confundido en los hospitales con los mas infelices y en las calles y caminos con los mendigos y pordioseros; tantos tambien retenidos en las cárceles, trasportados á los destierros, perseguidos y afligidos de mil modos en la patria misma del catolicismo, y la pobreza de casi todos y con ella la imposibilidad de atender á sus propias necesidades estraordinarias cada uno por sí solo, no podia ser indiferente á ningun sacerdote que apreciase en algo su sagrado carácter. Exigia un remedio eficaz y pronto la situacion del

clero que aliviase su deplorable suerte; y este se presentaba en los Estatutos de la Sociedad de socorros mutuos. Ya no quedarian abandonados en la oscuridad y en los hospitales los ungidos del Señor; ya no serian estraños en ningun punto de su patria, donde quiera que los condujere la Providencia ya con una fortuna próspera ó adversa, con libertad ó sin ella, sanos ó enfermos hallarian hermanos prontos á prodigarlos sus consuelos y sus recursos, y aun hasta despues de su muerte quedaria á los socios el bien inmenso de un sin número de sufragios por sus almas que en cada año se ofrece por cada uno de los socios que sobreviven y por las comisiones reunidas. Basta leer los Estatutos para convencerse de estas y otras ventajas que ha reportado la Sociedad, fundadas y emanadas todas del espíritu de caridad que la preside, y esta caridad tan ingeniosa y tan pródiga es la que no hizo vacilar un momento á la mayor parte del clero de España para asociarse y formar un todo compacto del clero de todas las clases y categorías, y que se viese con admiracion en muy poco tiempo una sociedad compuesta de mas de diez mil sacerdotes estendida por todos los pueblos de la Península.

Bien podia temerse en un tiempo en que en todo se especula, en que se invoca la caridad y beneficencia sin otra mira que el interés particular y el provecho propio que la Sociedad general de socorros mutuos del clero corriese la misma suerte; pero en sus Estatutos estaba marcado el desprendimiento y desinterés, y bien pronto vino la esperiencia á confirmar que la Sociedad y sus socorros y auxilios y aun mas de lo que en sus Estatutos se prometia era una realidad. El obispado de Segovia parece que era

el destinado en la divina Providencia para servir de prueba y testimonio el mas concluyente. Un párroco de esta diócesis fue trasladado desde donde se hallaba tomando baños á la corte gravemente enfermo, y se halló fuera de su pais sin recursos, sin consuelo y amenazado de una muerte próxima á impulsos de una enfermedad aguda. En su situacion su espíritu se hubiera afligido y agravado su mal, pero ese socio se halló entre sus hermanos, bien pronto tuvo rodeada su cama de sacerdotes que se esforzaban á consolarle, y no le faltaron de noche ni de dia, así como los recursos necesarios para atender á sus necesidades. Fue preciso administrarle el santísimo viático, y Madrid presenció con admiracion lo que no habia visto jamás, y despues ha sido frecuente. Mas de ochenta sacerdotes con cirios encendidos presididos por el Excmo. é Ilmo. señor obispo de Coria que por no permitirlo las ocupaciones en aquella hora del Excmo. señor arzobispo de Toledo se encargó de administrarle el viático, se vieron por las calles mas públicas y concurridas de Madrid, y preguntándose unos á otros de los que lo veian se admiraban mas y mas oyendo que el enfermo era un pobre cura forastero, pero que era socio de una nueva sociedad de socorros de los sacerdotes. En su convalecencia no recibió sino obsequios de las personas mas distinguidas. Un esclaustrado carmelita descalzo de esta ciudad falleció casi repentinamente en la corte. Nadie se presentó á ejercer con su cadáver los oficios de la piedad y religion cristiana sino los que estaban al frente de la Sociedad de que era individuo. Unos pocos libros era todo su caudal, y una ropilla pobre que se dejó para unos hermanos á quienes se avisó, y no estorbó su pobre-

za y miseria para que en la Basílica de San Pedro se le hiciese un entierro suntuoso y concurrido de un crecidísimo número de sacerdotes como si el difunto fuese una de las primeras dignidades. En este mismo año han sido conducidos á las cárceles de Madrid como á todos es notorio, algunos de nuestros consocios de este obispado. La caridad no reconoce ni inspecciona delitos que reserva al exámen de la justicia, y solo atiende al consuelo del necesitado y afligido, sea el que fuere su carácter, sus opiniones y aun sus delitos. En la cárcel de Madrid han sido visitados, consolados y favorecidos por el señor vicario eclesiástico, por los párrocos y muchísimos socios, y el mismo Excmo. señor arzobispo de Toledo se ha interesado por ellos y mandado visitar sin otra consideracion ni antecedente que por ser socios, y á esto han debido en no pequeña parte su pronta salida de Madrid. Entre nosotros, en todo el reino ¿cuántos han sido los socorridos y los ejemplos de caridad y religiosidad que con gozo y admiracion de los fieles han dado los socios en todas partes con los enfermos y difuntos? ¿Cómo habia de creerse que en el angustioso estado del clero hubieran podido espenderse entre los socios necesitados y sacados solo de los mismos socios en solos tres años mas de seiscientos mil reales? ¿Cómo se creeria que se incorporasen mas de diez mil sacerdotes á esta Sociedad? Pero toda ella es caridad, y la caridad todo lo vence, porque es el mismo Dios. La caridad es la que ha unido al sacerdocio español, y creado esta prodigiosa Sociedad de socorros mutuos del clero; y si la caridad no hubiera sido ni hubiera llegado á tal estado, ni hubiera producido unos frutos tan admirables y providenciales.

Gloriémonos y consolémonos en el Señor, y miremos con serenidad los contratiempos y desgracias que puedan sobrevenirnos, porque en medio de ellos seremos como una ciudad fuerte, segun la sentencia del Espíritu Santo: *Frater qui adjuvatur á fratre, quasi civitas firma* (1). Un cuerpo considerable de ministros del Señor se interesa por nosotros y orará por nosotros sin intermision en nuestras desgracias, así como la Iglesia toda de Jerusalen oraba por san Pedro aprisionado por Herodes, y el Señor que no desatiende la voz de la caridad, que es la misma caridad, enviará su ángel para que nos conforte, nos consuele y nos ponga á salvo de nuestros enemigos. Gloriémonos de vernos tan felizmente unidos por la caridad, y esta es la ocasion de manifestar mi gratitud á vosotros, mis venerables consocios, que tanto contribuísteis á la formacion y estension de la Sociedad, al digno gobernador de esta provincia que tan espontánea y ampliamente le dispensó toda su proteccion y á nuestro Excmo. prelado que con tanto gusto y consuelo suyo supo que estaba estendida en su diócesis, y ha aumentado el número de sus socios inscribiéndose en ella entre casi todos los Excmos. señores arzobispos y obispos que han tenido á honor corresponder á una sociedad tan caritativa.

Falta que continuemos unidos en esta misma caridad cristiana, porque así como la caridad sola es la que ha creado y podido crear á nuestra sociedad, así es esclusivo y está reservado á la misma caridad el conservarla y llevarla

---

(1) Prov., cap. 18, v. 19.

á su complemento y perfeccion. De temer eran las contradicciones, la oposicion y cuanto el enemigo comun pone en juego para derribar todo lo que sea bueno y pueda ser útil á nuestra religion. A este enemigo implacable del género humano deben atribuirse las calumnias, los juicios errados, las imposturas y cuanto por desgracia se ha dicho de los fundadores de nuestra sociedad; pero todo lo tenian previsto, todo lo esperaban, no desconocian el genio del mal, pero la caridad es benigna, paciente, sufrida, todo lo sostiene y todo lo espera. Descansaban en la rectitud de sus intenciones y en la pureza de sus conciencias, y esperaban con confianza que la tribulacion serviria para mayor afianzamiento y estabilidad de la sociedad que habian planteado. Confiaban en que era obra de la caridad y no descuidaria el Señor el salir á su defensa. En el furor de la tribulacion, ¿cuántas cartas llegaron á sus manos escritas desde el lecho del dolor por sacerdotes respetables próximos á espirar que creian de su deber manifestar su gratitud á los piadosos fundadores, y en que protestaban pedir al Señor por ellos si eran dignos de gozar de su presencia? En estos escritos dictados por el corazon esento de pasiones hallaban un abundante consuelo de que el Señor los proveia con oportunidad. Escritos que arrancaban con dulzura sus lágrimas y los confirmaban en la resolucion de sacrificarse por la sociedad. El Señor oyó las súplicas de los justos que esentos de los cuidados de la tierra pensaron solamente en su alma en los dias últimos de su vida, y pasaron á gozarle á su gloria y desaparecio la persecucion y se puso en claro la verdad y la pureza de los fundadores, y no se oyó sino la voz de la caridad que olvida, que perdona, que

disculpa y solo apetece la confraternidad y la union del clero por todos tan deseada.

El clero de España está unido por medio de los vínculos de la caridad, que es el alma de la Sociedad de socorros mutuos del clero, y ha dado el ejemplo de que no se conozcan entre sus individuos las odiosas denominaciones políticas que tanto han trastornado á nuestra desgraciada patria, y de que no se miren sino como hermanos y consocios, sean esclaustrados, seculares, canónigos, ó sea la que fuere su dignidad y categoría atendiendo solo al necesitado, al enfermo, al desvalido, para socorrerle donde quiera que se halle por mas que sea desconocido y esté distante de su patria. De esperar es que esta union prospere y produzca en adelante los frutos que hasta aquí: que los sacerdotes todos se unan y formen un cuerpo en esta caritativa institucion, y que con la bendicion del Señor no la falten jamás los medios para llenar sus fines como no han faltado hasta aquí. De esperar es que de aquí resulte el bien y prosperidad de nuestra patria y de nuestra misma religion. De nuestra patria, porque viendo los pueblos unidos á sus sacerdotes, agrupados al rededor del Dios de las misericordias para darle culto, para pedir por sus consocios difuntos y contribuir al socorro de los necesitados sin distincion de ricos, pobres, ni de color alguno político, categoría ni dignidad, se unirán tambien, y con la union y confraternidad desaparecerán los odiosos bandos y partidos que tan cruelmente han desgarrado á nuestra nacion y causado tantos males. De nuestra religion, sí, y mucho mas en estos dias de frialdad, de indiferencia y abandono del culto. Desde la instalacion de nuestra Sociedad se han visto con frecuencia y en todas las

principales poblaciones del reino funciones religiosas con toda la posible solemnidad celebradas por las respectivas comisiones, dando el ejemplo la misma corte, se han erigido altares á nuestro patrono san Pedro, se ha administrado el viático con una ostentacion y aparato nunca visto, han concurrido á los pueblos á los funerales de los socios sacerdotes distantes, sin reparar en las estaciones ni molestias, la Sociedad ha dado en todas partes ejemplos de religiosidad y piedad cristiana, y estos han producido y producirán sus efectos, y no podrán los fieles desentenderse de hacer lo que los encargados, viendo que somos los primeros á hacer lo mismo que predicamos y enseñamos. El culto, la piedad con los enfermos y los difuntos la practicaron los fieles, y se disipará la tibieza y frialdad viendo al clero celoso por promover y dar repetidos ejemplos de uno y otro.

El interés mutuo de socorrernos en nuestras necesidades, el sentimiento de humanidad que no puede dejarnos consentir ver á nuestros hermanos en la miseria y abandono, el medio fácil de socorrernos unidos por los vínculos de la caridad, que nos proporciona nuestra Sociedad, no en una, sino en todas nuestras necesidades y aflicciones; el bien de nuestra patria y la prosperidad de nuestra religion, todo debe inclinarnos á permanecer unidos y procurar la estabilidad y afianzamiento de nuestra Sociedad, y todo lo conseguiremos continuando unidos en la caridad como hasta aquí, en esta caridad que es Dios, y que donde está, está el mismo Dios, y todo lo vence, todo lo puede y todo lo alcanza.

Veritatem autem facientes in charitate, crescamus in illo per omnia, qui est caput Christus, concluiré diciéndoos con

el Apóstol (1). No obremos por temor, por hipocresía, por miras terrenas, sino por caridad, sin la que nada aprovecha todo lo demás, y con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo. Esta os pedimos hoy, Soberano Señor, dispensádnosla á todos y en especial á los que tienen á su cargo la direccion de nuestra Sociedad general y la de esta comision de Segovia. Y porque no tenemos méritos para ser oidos, os la pedimos por la intercesion del Apóstol que tanto os amó, del que elegísteis para vuestro vicario en la tierra, sobre el que quisísteis fundar vuestra Iglesia y hacer pastor universal de los fieles. Dispensadnos, glorioso Apóstol, vuestra proteccion; alcanzadnos la caridad de Dios para que unidos con los vínculos santos en este mundo, muramos en la caridad y pasemos con ella á acompañaros y cantar las glorias y alabanzas á Dios por toda la eternidad.

F. L. G.

---

(1) Ad Ephes., cap. 4.

SERMON

PARA EL DIA EN QUE POR PRIMERA VEZ SE PRESENTA EL NUEVO AYUNTAMIENTO EN LA IGLESIA.

Sobre la prudencia y demás virtudes que deben hacer el adorno de los que tienen autoridad en los pueblos.

> *Moises, electis viris strenuis de cuncto Israël, constituit eos principes populi, qui judicabant plebem omni tempore.*
>
> Moisés, habiendo elegido á los varones mas señalados de Israel, los constituyó príncipes del pueblo, los que juzgaban á la plebe en todo tiempo.
>
> EXOD., C. 18, V. 25.

Con gran placer de mi alma y alegría de mi corazon me valgo de las autorizadas palabras del Salmista para deciros:— Venid, amables oyentes, venid, y alegrémonos todos en el Señor: démosle gracias por sus favores y beneficios; alabémoslo con salmos, con himnos y cánticos de júbilo, porque se complace con nosotros; porque quiere

hacernos dichosos y felices; porque hoy se digna presentarnos bajo un solo punto de vista la magestad de los cielos y la de la tierra, la potestad divina y la potestad humana, el altar en que es adorada la divinidad, y el trono en que se sientan y dominan nuestros reyes. La Providencia ha querido dirigir el mundo hácia su destino por medio de las potestades civiles y eclesiásticas: estas dirigen los hombres á la patria de la felicidad eterna; aquellas les asegura el bienestar en la tierra. Ambas son independientes, supremas y soberanas en sus terrenos respectivos: pero son amigas, se auxilian mutuamente, se protegen, y caminando acordes, las sociedades disfrutan de la paz que es la base y fundamento de la prosperidad, y todo marcha, segun los designios de Dios, en armoniosa concordia, en pacífica inteligencia, en órden maravilloso, en magestuosa conformidad con la ley eterna. ¿No deja verse todo esto en estos momentos, en este santo templo? En aquel sagrado tabernáculo es adorada la divinidad por los que creen y esperan en ella; y en los sacerdotes que sirven al altar, y tratan santamente las cosas santas vemos, sus ministros, sus confidentes, sus domésticos y amigos encargados de mirar por nuestra felicidad eterna: pero tambien vemos en esos bancos de honor á los representantes del Monarca autorizado por Dios para hacer la dicha y ventura de los hombres sobre la tierra.

Moisés, elegido por Dios para ser la cabeza de su pueblo dividió su potestad en varones escogidos de las doce tribus de Israel, levantó en el desierto de Rafidin un magestuoso tribunal cuyo cargo era el de juzgar las causas menores del pueblo, promover la observancia de los precep-

tos legales, defender la inocencia perseguida, asegurar á los maridos la fidelidad de sus consortes, á los padres la educacion de sus hijos, al ejército la posesion de sus derechos é intereses, y á las familias la paz, el decoro, la buena armonía, el órden y la religion. *Moises, electis viris strenuis de cuncto Israel...*

Esto mismo hace en este dia el supremo Legislador del pueblo español disponiendo la formacion del nuevo ayuntamiento destinado á obrar en nombre de S. M. la felicidad de sus subordinados. Ahí lo veis compuesto de los decanos de la poblacion, conocidos por su providad y rectitud: ellos son los representantes del trono de nuestros reyes; los depositarios de la autoridad necesaria para llevarnos por la senda recta de la justicia. Debemos acatarlos, respetarlos y obedecerlos como á imágenes de Dios, ser súbditos fieles como nos lo encarga el Apóstol, y vivir persuadidos de que todo el poder que tienen lo ha puesto el Señor en sus manos para bien nuestro y felicidad de nuestro pueblo. Ellos antes de funcionar, recurren al Dios de las luces celestiales para que los ilumine é ilustre en el desempeño de sus graves obligaciones; vienen ante todas cosas á recibir instrucciones del cielo para ejercer con justificacion el alto ministerio que se les ha confiado; son cristianos, como lo fueron nuestros Padres, y ¿qué han de querer y desear, sino contribuir á la dicha y felicidad que nos proporciona la observancia de las leyes sábias que forman la legislacion del pueblo español?

Vosotros, señores de ayuntamiento, sois la torre inespugnable en que la virtud debe hallar apoyo, y remedio el vicio: de vuestros consejos y providencias deben derivarse

la moderacion, el buen órden, la equidad y la justicia que eleva á los pueblos á la mayor altura de su prosperidad, como lo dice el Sabio. Para que sepais pronunciar oráculos que declaren el destino de los hombres pacíficos, y determinen la suerte de los delincuentes: para que acerteis á dirigir vuestras operaciones, y todo ceda en honor de Dios y fiel cumplimiento de los deseos de nuestro Soberano (ó Soberana) os voy á hablar en este razonamiento de la prudencia y demás virtudes que deben hacer el adorno de las autoridades civiles que respetamos en vuestras personas. Digamos, antes de entrar en materia, á la Madre de la divina gracia:

Ave María.

Moises, electis viris strenuis de cuncto Israel.....

La prudencia es uno de los ejes principales sobre que rueda el carro triunfante de la autoridad sostenida y dirigida por Dios: esta virtud política á cuya posesion nos convida Salomon en sus Provervios; que es la princesa de las virtudes; que con ella se dirige y mantiene el mundo, y que proporciona mas tesoros á los pueblos que la fertilidad de los campos y la abundancia de las estaciones, es en sentir del cardenal Richeliu el alma de la justicia, el apoyo del acierto, el gobernalle de la navegacion peligrosa de la judicatura, la virtud que indispensablemente debe adornar

á los ministros de justicia revestidos con el honroso carácter que hace tan respetables á los que ejercen la autoridad depositada en sus manos para bien de la Iglesia y del Estado.

Sí, señores, la prudencia es la antorcha que debe alumbraros y conduciros en el confuso laberinto de los negocios que van á abrumaros: ella os pondrá delante de los ojos la hermosa imágen de la equidad, regulará vuestros actos, os llevará por la difícil senda del acierto, y os hará justos, íntegros, rectos y celosos por los derechos del altar y del trono. Nada importa que seais de un genio fogoso, irritable y precipitado, porque la prudencia apagará vuestra impetuosidad, templará vuestros instintos biliosos, y os pondrá al nivel de los que imperan y dominan en el nombre del Señor. La prudencia modifica la severidad de un temperamento orgulloso, y aviva al mismo tiempo la naturaleza lánguida de los que tienen una complexion tétrica y melancólica: ella pone freno á los movimientos irregulares de un natural precipitado, y calma los ardores de los espíritus acelerados é impacientes; despierta la indolencia del apático é indolente, retarda al mismo tiempo las prontitudes de una viveza poco reflexiva, y hace entrar al hombre público en una profunda meditacion, y en un exacto cálculo de los tiempos, de los lugares, de las ocasiones, de los sucesos y de una multitud de circunstancias que bien combinadas influyen en el acierto de las providencias y hacen decir á los que administran justicia:— Hemos obrado, Señor, segun vuestra ley, correspondiendo á la confianza de nuestro Soberano, vuestro lugarteniente en la tierra:— De este modo no se oirán en la sociedad aquellas tristes

peticiones con que decia el pueblo de Israel: *Júzganos, Señor, porque no hay justicia sobre la tierra.* No se dirá que las autoridades atienden á los ricos y poderosos con desprecio de los pobres y miserables: no habrá aquellas quejas que suele animar un vulgo mal contento é indiscreto, sino que resonará la voz libre é ingenua de la multitud que no sabe seguir mas que los movimientos de su candidez y simplicidad: todos viendo la prudencia de los que mandan en nombre de Dios dirán regocijados que en el nuevo ayuntamiento tiene el buen derecho un apoyo firme; la inocencia un defensor, el vicio un enemigo, el delincuente un juez, y todos los ciudadanos un padre. Dirán, que sus providencias, siendo hijas legítimas de la Providencia, estan llenas de rectitud, de ternura y de amor por el bien público, y que Dios es el que obra en sus ministros fieles, justos y afables.

He dicho *afables*: pero como la amable afabilidad es una de las bellas prendas que deben adornar á los señores del nuevo ayuntamiento para los fines de la divina Providencia y del supremo Legislador del reino, no estrañareis que os hable de ella, como de uno de los medios mas á propósito para imperar sobre los corazones de los ciudadanos. Ella pone un velo á los resplandores de la autoridad para que se le acerquen con confianza los miserables que se consuelan con decir y contar las cosas á su modo: anima y alienta al infeliz para esponer con libertad sus trabajos y necesidades: enjuga las lágrimas del huérfano que no tiene otro padre que le socorra, sino el juez afable y compasivo: ella llena de consuelo el corazon de la viuda pobre y desamparada, y á todos da derecho para presentar sin

empacho sus derechos legítimos, y promover sin recelo y sin temor todas sus acciones. La afabilidad hace al Juez accesible á todos sus dependientes y subordinados; con ella se hace semejante al Dios que tanto ama, quiere y acaricia á los hijos de los hombres; se da á conocer por su agrado y benevolencia, y obliga á decir al hombre reflexivo, que en él se halla fielmente retratado el carácter bondadoso y afable del escelso monarca que nos ha dado el cielo en su misericordia. La afabilidad debe ser el distintivo de un juez benigno; con ella es un padre de su pueblo, un amigo de los hombres, un confidente de cuantos lo conocen, respetan y reverencian: pero sin ella... con la austeridad y ceño imponente del déspota y tirano... ¡Ah! A este podrán temerlo todos, pero ninguno lo amará, ninguno se le acercará confiadamente, será tratado con prevencion y reserva, y todos se apartarán de él como de un enemigo temible. No, no os hagais conocer por el temor tanto como por el amor: imitad á Dios y al rey, ó reina, en cuyos nombres vais á mandar, que no quieren ostentar su poderío en castigar, sino en premiar y favorecer, y no acudais á los medios del terror, sino despues de haber agotado todos los recursos de la caridad y del amor siempre afable y cariñoso. Así lo quiere Dios, y así lo mandan las leyes que debeis cumplir los primeros para dar ejemplo á los que penden de vuestras enseñanzas.

Pero debeis ser íntegros, y estar en que la integridad es la principal de las virtudes que deben adornar al hombre constituido en dignidad judiciaria; en que ella impele y lleva á todos á la observancia de las leyes, y en que es tan necesaria en los que ejercen la autoridad, que sin ella,

de padres prudentes y jueces afables se convierten en patrocinadores de delitos, en panegiristas y defensores de los vicios siempre pujantes á la sombra de la autoridad que flaquea y se detiene cuando la razon y la religion le mandan que corte y saje en los casos que así lo exija el bien comun de la sociedad. Si los encargados de hacer que se observen las leyes y se cumplan los mandatos del Soberano, de íntegros é inflexibles se convierten en débiles y condescendientes dejando pasar el vicio y el crímen en marcha triunfal: ¿qué será del pueblo dirigido y gobernado por semejantes ministros de notoria y manifiesta injusticia? Con su apoyo dejarán de tenerse por odiosos los delitos, por lícito el crímen, y por laudables las cosas mas reprensibles y vituperables. Sin integridad... Pero yo supongo esta virtud en los señores á quienes la recomiendo: porque sin ella, no es posible que hubieran merecido la confianza de los que los han elegido entre los mejores que se conocen en esta poblacion, modelo de juicio y de sensatez. Debo sin embargo repetir á los que en esos bancos representan á Dios y al rey: — Señores: que jamás os abandone la integridad, porque sin ella, ni aun concebirse puede un hombre justo. Ni se os figure que la fortaleza de un juez íntegro se opone á la piedad cristiana ó que destruye la misericordia, porque este seria un error funesto para vosotros y para la sociedad. Moisés y David tenian unos corazones llenos de suavidad y de dulzura, y sin embargo, cuando conocian la causa de un reo parecian hombres insensibles; entonces se diria que el celo de la vindicta pública y la debida observancia de las leyes les habia mudado el genio y la complexion. ¿Qué hombre mas dulce, tierno y compasivo, que el amantísi-

mo Jesus Redentor y Maestro de los hombres todos? En él se halló la plenitud de la clemencia, de la mansedumbre y de la piedad; y con todo eso, cuando vió á los que con sus profanaciones querian hacer la casa de Dios espelunca de ladrones, no fió á otros la ejecucion de su severidad, sino que él mismo tomó un látigo para castigar y arrojar del templo santo á los que vendian y compraban en él como si fuera en un campo de feria. Tened presente este ejemplo de integridad que os dejó el divino Maestro y entended, que porque lo imiteis en la bondad con que trató á cuantos se le acercaron contritos pidiendo misericordia, en la clemencia con que perdonó á la pública pecadora, y en la piedad con que miró á la muger adúltera, no por eso debeis dejar de imitarlo en el celo é integridad con que defendió los derechos de la divina Magestad. Ojo siempre á las leyes justas y sábias de la monarquía española para cumplirlas y hacerlas cumplir con arreglo á las instrucciones de vuestros superiores, y yo os aseguro, que en este caso mereceréis bien de Dios, del rey y de cuantos tienen la dicha de pertenecer al reino español, y muy particularmente al pueblo que hoy se goza con la vista y contemplacion de un personal tan digno como el que forma el nuevo ayuntamiento.

¿Qué mas podré deciros, para que deis gloria á Dios, honor al rey, honrosa nombradía á vuestras personas, bienes al pueblo que se os confia, y ningun mal á nadie? Recapitulando lo que dejo dicho os repetiré, que dejando los hábitos, usos y costumbres de simples particulares, os considereis como escogidos por el Moisés que está á la cabeza de nuestra nacion española para juzgar las causas menores

de la plebe, y procureis corresponder á sus esperanzas y deseos. Para esto es necesario que hoy mismo llameis en vuestra ayuda á la prudencia, á la dulce afabilidad, y á la fuerte y poderosa integridad, que son las virtudes que deben formar el carácter de los magistrados, de los jueces, alcaldes y demás llamados á juzgar en nombre de Dios y del rey, y ser con ellas lo que fueron vuestros prudentes, afables, é íntegros progenitores. Tened muy presente, que con aquellas virtudes os habeis quedado sin sangre, sin parientes, sin amistades, sin respetos humanos, y sin las pasiones del odio, del interés y otras que se oponen á la imparcialidad y á la justificacion con que debeis desempeñar los cargos que os han confiado ambas Magestades divina y humana, y no querais ser condescendientes con los parientes, ricos y poderosos, y severos, duros é intratables con los desvalidos, pobres y miserables. Tened delante de los ojos las amenazas que fulmina el Espíritu Santo contra los jueces que tienen en las manos diferentes pesos y medidas para unos y para otros, y no olvideis jamás que los hombres que mandan, gobiernan é imperan, deben ser como el sol, que se comunica igualmente á toda clase de vivientes, para no mirar las personas, sino las causas, administrando á todos justicia y gracia con igualdad. Sed celosos y activos, y llenad vuestras almas de espíritu y de fervor para sostener los derechos del príncipe, la gloria de Dios, y los intereses del pueblo. Aplicaos únicamente á hacer valer los fueros de la justicia y de la razon, y abrazad toda especie de trabajos á fin de remediar los desórdenes públicos, cortar los escándalos que pueden contagiar á los ciudadanos, sofocar en su misma cuna á la iniquidad, con-

tener con santa severidad á los delincuentes, distribuir á cada uno lo que es suyo, poner fin á los pleitos, riñas y disensiones, y conservar la paz, la union y la armonía en la sociedad. Haced frente y arrostrad con denodado espíritu todos los obstáculos que puedan oponerse al firme propósito de llevar á su debido cumplimiento las leyes y disposiciones del monarca que Dios nos ha dado. Mantened en el mas perfecto equilibrio la prudencia, la afabilidad, la integridad y el celo, y estad seguros de que apoyados sobre la moral cristiana cumplireis con vuestros deberes, y conservareis á cada uno sus derechos conteniendo con saludable severidad á los delincuentes. De este modo, Dios os concederá su gracia, el pueblo os colmará de bendiciones, y el rey (ó reina) de favores, de honores y de beneficios que sirvan de anuncio y presagio de los que en el cielo prepara el rectísimo juez de vivos y muertos á los que en su nombre administran justicia y gobiernan á los pueblos con la equidad que inspiran la prudencia y demás virtudes que deben conduciros á la gloria que os deseo. Amen.

A. M.

FIN DEL TOMO XXII.

INDICE.

PAG.

Sermon en la toma de hábito de una religiosa.
Cada uno debe permanecer en la vocacion á que ha sido llamado, como nos lo manda el apóstol. . 7
Sermon en el dia de la profesion de una religiosa.
Con la profesion de los votos monásticos se vence á la muerte. 18
Sermon para el dia en que las religiosas deben elegir prelada.
Para que esta eleccion sea meritoria es necesario que en ella no se piense mas que en hacer la santísima voluntad de Dios. 31
Plática que suele predicarse despues de prima en la víspera de Navidad.
En el pesebre ha puesto Dios la escuela en que se enseña la ciencia de la salvacion. 41
Sermon para la festividad de las sagradas formas de Alcalá de Henares.
La milagrosa permanencia de Jesucristo en estas formas incorruptas, es un testimonio auténtico de la predileccion con que nos ama nuestro Dios. 52
Sermon para la bendicion de una bandera militar.
No hay mas heroismo verdadero que el que inspira la religion que manda acordarse de Dios en la guerra. 66
Sermon de jubileo.
En la gracia del jubileo que se nos concede, debemos evitar el poco aprecio y la demasiada confianza en ella. 78

Sermon en la reconciliacion de un pueblo dividido en partidos.
No puede hallarse la felicidad mas que en el ejercicio de las virtudes cristianas. 93
Sermon de honras fúnebres en alguna cofradía.
No puede pensarse en lo que sufren las almas del purgatorio, sin que se interese nuestra caridad en su socorro y alivio. 104
Sermon de accion de gracias por los frutos recibidos, que despues de verano suele predicarse en algunos pueblos, y llaman sermon de ofrenda.
Debemos bendecir y alabar á Dios por los favores y beneficios que nos hace, y corresponder agradecidos dándole de lo que él mismo nos ha dado. 118
Sermon de san Pedro apóstol, predicado en la primera fiesta que le hizo en Madrid la Sociedad de socorros mutuos del clero. 130
Sermon de la Bula de la santa Cruzada.
La falta de fe es la causa del abandono y desprecio con que se mira en nuestros dias á la Bula de la santa Cruzada. 141
Plática para el dia en que empieza á regentar un párroco su parroquia.
Afianzaremos la paz tan apetecible en los pueblos y familias, y el cumplimiento de nuestros deberes en el amor y caridad que tanto nos encargó Jesucristo. 155
Plática para el dia en que un párroco se despide de sus feligreses.
El consuelo y la esperanza de un párroco es dejar á su pueblo en el amor de Dios. 165
Plática para el primer dia del año en que asiste á la misa del pueblo la justicia nueva.
Obrando los que estan constituidos en autoridad de un pueblo como ministros de Jesucristo, desempeñarán su destino á satisfaccion de Dios y de los

hombres, y harán su propia felicidad y la de sus dependientes. 171
Plática para la eleccion de oficios en una cofradía ó congregacion.
Si han de conservarse estas piadosas congregaciones, ha de ser procurando todos sus individuos la union espiritual. 178
Sermon para el dia de una misa nueva.
En proporcion de la grandeza y dignidad de un sacerdote, debe ser su celo y vigilancia para cumplir los deberes que lleva consigo. 184
Sermon para el dia de la dedicacion ó consagracion de una Iglesia.
Los templos del Señor son las casas en que se nos dispensa la salud de nuestras almas. 196
Oracion fúnebre en las honras de algun particular.
Se hace el elogio de las virtudes y mérito de un varon que se distinguió por su piedad. . . . 209
Otra oracion fúnebre en las honras de algun particular.
De los difuntos debemos sacar documentos útiles para los que vivimos. 220
Sermon de accion de gracias despues de una peste, en honor de san Antonio de Padua.
San Antonio ha sido un protector generoso en los males por que hemos atravesado. 228
Sermon para el dia de reseña.
A los feligreses de esta parroquia toca muy especialmente en este año honrar y desagraviar á Jesus sacramentado. 240
Sermon para el dia de catorcena.
El motivo de esta festividad debe consolidar nuestra fe y acrecentar nuestra devocion á Jesus sacramentado. 251
Sermon del santo Angel de la Guarda, predicado en el dia de pascua de Resurreccion.

Los ángeles de nuestra guarda hacen con cada uno de nosotros lo que el ángel del sepulcro de Jesus con las piadosas mugeres que fueron á visitarle en el dia de su Resurreccion. 261
Sermon de rogativa con motivo del preñado de alguna reina.
Es muy conveniente y muy propio de cristianos acudir á Dios y pedirle sus auxilios en favor de los reyes bajo cuya potestad viven. 274
Sermon en honor de san Pedro apóstol, patrono de la Sociedad de socorros mutuos del clero, predicado en Segovia por D. Felix Lázaro García en este año de 1850.
La caridad ha creado á la Sociedad de socorros mutuos del clero; y la misma caridad es la que la debe conservar y dar el mas completo incremento y perfeccion. 283
Sermon para el dia en que por primera vez se presenta el nuevo ayuntamiento en la Iglesia.
Sobre la prudencia y demás virtudes que deben hacer el adorno de los que tienen autoridad en los pueblos. 297

FIN DEL INDICE.

FE DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEASE.
26	17	con	cor
28	15	dosofiar	desafiar
38	16	lugar	lugar
54	últim.	rocurrimos	recurrimos
56	15	sacirlegamente	sacrilegamente
id.	27	depues	despues
78	3	con ella	en ella
83	10	poder	podemos
90	22	remordimiento	reconocimiento
102	8	omnion	comunion
142	6	en que todo	en que en todo
243	3	¿Por qué hemos	¿por qué no hemos
161	2	y por el amor	y olvideis por el amor
176	últim.	él	á él
177	22	gocemos despues la	gocemos la
194	5	el cielo	en el cielo
197	12	administrarnos,	admitirnos á
204	16	preguntaremos	preguntársenos